

NOVELA GALARDONADA CON EL PREMIO EDGAR

Lawrence

# BLOCK

UN BAILE EN  
EL MATADERO

Lectulandia

Matt Scudder ha pasado muchos de sus días sumergido en el alcohol, dejándose el alma en cada rincón de la Gran Manzana. Hace tiempo perteneció al Departamento de Policía de Nueva York, pero todo aquello ya quedó atrás. Ahora es un detective sin licencia, perseverante y de mente afilada, y no deja que sus obsesiones enturbien la investigación. Lo acaban de contratar para que demuestre una sospecha: que Richard Thurman, personaje influyente de la vida pública, planeó el brutal asesinato de su esposa, estando ella embarazada. En medio de la investigación aparecerán pistas desconcertantes, aparentemente desligadas del caso, pero todos los misterios acabarán confluyendo para enseñar al detective que una vida joven e inocente puede ser comprada, corrompida..., y aniquilada.

**Lectulandia**

Lawrence Block

# **Un baile en el matadero**

**Matt Scudder - 9**

ePub r1.0

Titivillus 27.02.16

Título original: *A Dance in the Slaughterhouse*

Lawrence Sanders, 1991

Traducción: Elena González

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Philip Friedman*

El autor se enorgullece de agradecer sus sustanciales contribuciones al Centro para las Artes Creativas de Virginia, donde comenzó este libro, y a la Fundación Ragdale, donde lo completó.

Si Dios castigase a los hombres de acuerdo con sus merecimientos,  
terminaría por no dejar ni una sola bestia sobre la faz de la tierra.

*EL CORÁN*

# 1

A mitad del quinto asalto el chaval del calzón azul le sacudió a su oponente un buen izquierdazo en la mandíbula, al que siguió un contundente directo de derecha a la cabeza.

—Va a caer —me dijo Mick Ballou.

Era cierto que lo parecía, pero cuando el de azul fue a rematarle, el otro logró esquivar su puñetazo justo a tiempo y consiguió, casi a tientas, hacerle un clinch. Mis ojos se cruzaron con los suyos antes de que el árbitro se interpusiera entre ambos púgiles. Los tenía borrosos, desenfocados.

—¿Cuánto tiempo falta?

—Más de un minuto.

—Tiempo de sobra —me aseguró Mick—. Mira cómo tu chico se lleva a ese chaval por delante. Para ser tan pequeño, está fuerte como un toro.

En realidad, ninguno de los dos era tan pequeño. Eran pesos medios júnior, lo que supongo que les situaría en torno a los 70 kilos. Antes me sabía los límites de pesos para todas las categorías, pero ya no es tan fácil. Ahora se utiliza casi el doble de clasificaciones; hay júnior esto y súper aquello, y además se han creado tres consejos de administración diferentes, cada uno de los cuales proclama a su propio campeón. Sospecho que esta moda debió de comenzar cuando alguien se dio cuenta de que, de cara al público, era mucho más fácil promocionar encuentros por el título, y de hecho, estamos llegando a un punto en el que resulta raro ver algún combate que no sea precisamente eso.

En el que estábamos viendo, sin embargo, no estaba en juego ningún título, y, desde luego, se encontraba muy alejado del *glamour* y la enorme espectacularidad de los combates por un título que se organizaban en los casinos de Las Vegas y Atlantic City. Estábamos, para ser precisos, en un bloque de cemento perdido en una oscura calle de Maspeth, una zona industrial casi desierta del barrio de Queens, bordeada al sur y al oeste por las secciones de Greenpoint y Bushwick, de Brooklyn, y separada del resto de Queens por un hemiciclo de cementerios. Se puede pasar toda una vida en Nueva York sin acercarse jamás a Maspeth, o incluso recorrerla en coche docenas de veces sin darse uno cuenta. Estoy seguro de que Maspeth, con sus almacenes, sus fábricas y sus monótonas calles residenciales, no está en la lista de preferencias de ningún potencial aburguesamiento, pero supongo que estas cosas nunca pueden saberse a ciencia cierta. Antes o después, la gente acabará por marcharse a otras zonas, y los destartalados almacenes renacerán como *lofts* de artistas, mientras que los jóvenes constructores de casas abrirán el podrido asfalto junto a las hileras de casas y empezarán a destripar sus interiores. Plantarán ginkgos a ambos lados de la acera de la avenida Grand, y una frutería coreana abrirá en cada esquina.



Sin embargo, de momento, el New Maspeth Arena era el único indicio de aquel glorioso futuro que había imaginado para el barrio. Unos meses antes, el Madison Square Garden había cerrado el Felt Forum para hacer reformas, y en algún momento a principios de diciembre, el New Maspeth Arena había abierto sus puertas para acoger los combates de boxeo que se celebraban todos los jueves por la noche, y cuyo primer previo daba comienzo hacia las siete.

Aquel edificio era más pequeño que el Felt Forum, y tenía un cierto aire de sencillez, con sus muros de cemento sin decoración, su tejado de hoja metálica y su suelo constituido por una única losa de cemento. Tenía forma rectangular, y el cuadrilátero se encontraba en el centro de uno de sus largos muros, enfrente de las puertas de entrada. Varias hileras de sillas de metal plegables enmarcaban sus tres lados abiertos. Eran de color gris, excepto las de las dos primeras filas de cada una de las tres secciones, que eran de un tono rojo sangre. Las localidades más próximas al cuadrilátero estaban reservadas, pero el resto del estadio estaba abierto al público. La entrada costaba solo cinco dólares, dos menos que un estreno en un cine de Manhattan; aun así, casi la mitad de los asientos grises permanecían vacíos.

El precio era bajo precisamente para intentar ocupar el mayor número posible de sitios, y que los aficionados que seguían las peleas a través de la televisión por cable no se percatasen de que el encuentro se había organizado exclusivamente en su honor. El New Maspeth Arena se había convertido en un auténtico fenómeno para este tipo de televisión, y casi se podía decir que el lugar en sí se había creado para suministrar programación a la FBCS, la Five Borough Cable Sportscasts, el último canal de deportes que se había sumado a la carrera por las audiencias en el área metropolitana de Nueva York. Los camiones de la FBCS ya estaban aparcados en el exterior del recinto cuando Mick y yo llegamos, unos pocos minutos después de las siete; y a las ocho en punto comenzaba la retransmisión.

Ya estaba acabando el quinto asalto del último combate previo y el chaval del calzón blanco aún continuaba en pie. Ambos púgiles eran negros y oriundos de Brooklyn. En la presentación habían dicho que uno era de Bedford-Stuyvesant, y el otro de Crown Heights. Los dos llevaban el pelo muy corto y tenían facciones corrientes. También eran más o menos de la misma estatura, aunque el de azul parecía más bajo en el cuadrilátero, ya que peleaba medio agachado. Era una suerte que llevasen los calzones de distinto color ya que, de otra forma, hubiese costado mucho diferenciarlos.

—Ya debería haber acabado con esto —dijo Mick—. El otro chaval estaba a punto de caer, pero parece que este no es capaz de rematarlo.

—El de blanco tiene coraje —le respondí.

—Lo que tiene son los ojos vidriosos. ¿Cómo dices que se llama el de azul?

Miró al programa, una única hoja azul en la que figuraban todos los combates.

—McCann —se contestó a sí mismo al cabo de un rato—. Pues bueno, ese McCann ha dejado escapar su oportunidad.

—Pero si ha estado encima de él todo el tiempo.

—Sí, y le ha pegado unos cuantos puñetazos, pero no sabe dar el golpe de gracia. A muchos les pasa eso, ponen en serios problemas al rival pero luego no logran acabar con él. No sé qué les ocurre.

—Aún le quedan tres asaltos.

—Sí pero ya ha perdido su oportunidad —insistió Mick meneando la cabeza.

Tenía razón. McCann ganó los tres asaltos finales con gran dificultad, pero la pelea ya no volvió a encontrarse tan cerca de un final por k.o. como en el quinto asalto. Cuando sonó la campana que señalaba el final del combate, ambos púgiles se quedaron trabados en un sudoroso abrazo durante unos segundos, y entonces McCann casi se dejó caer en su rincón con los guantes levantados en señal de victoria. Los jueces estuvieron de acuerdo con él. Dos de ellos lo declararon vencedor mientras que el tercero daba como ganador al chaval de blanco.

—Voy a por una cerveza —me anunció Mick—. ¿Te traigo algo?

—No, ahora no me apetece.

Estábamos en la primera fila de sillas grises, a la derecha del *ring*. Desde allí podía vigilar la entrada, aunque lo cierto es que en ningún momento había llegado a apartar realmente la vista del cuadrilátero. Sin embargo, en ese momento sí que miré hacia allí, mientras Mick se dirigía al puesto de las bebidas, que estaba situado al otro lado de la sala, y, para mi sorpresa, vi a alguien a quien reconocí; un hombre alto y negro con un traje de raya diplomática azul marino de magnífica confección. Al ver que se aproximaba me puse en pie y nos dimos la mano.

—Me parecía que eras tú —dijo—. Antes he entrado para ver un par de minutos de Burdette contra McCann desde atrás y me ha parecido ver a mi amigo Matthew aquí sentado, en las localidades baratas.

—En Maspeth todas las localidades son baratas.

—La verdad es que tienes razón —reconoció mientras me ponía una mano en el hombro—. ¡Qué curioso! La primera vez que te vi también fue en el boxeo. Fue en el Felt Forum, ¿verdad?

—Exacto.

—Estabas con Danny Boy Bell.

—Y tú con Sunny... Lo siento, no recuerdo su apellido.

—Sunny Hendryx. Sonya, en realidad, pero nadie la llama así.

—¿Te apetece quedarte con nosotros? —lo invité—. Mi amigo ha ido a por una cerveza, pero toda esta zona se encuentra vacía, o casi vacía. Si no te importa sentarte en las localidades baratas, claro.

Él sonrió.

—Ya tengo mi asiento —dijo—, justo detrás del rincón azul. Tengo que animar a mi hombre para que gane. Te acuerdas de Kid Bascomb, ¿verdad?

—Por supuesto. Estaba en cartel la noche que nos conocimos; le dio una buena paliza a un italiano, del que, por cierto, me temo que no recuerdo nada.

—Ni tú ni nadie.

—Kid lo dejó hecho pedazos de un puñetazo en el tronco, de eso sí me acuerdo. Pero no pelea esta noche, ¿verdad? Al menos no figura en el programa.

—No, se retiró. Colgó los guantes hace un par de años.

—Sí, eso pensaba.

—Está allí sentado —dijo señalando en dirección a su localidad—. No, mi hombre en el combate estrella es Eldon Rasheed. Lo normal es que gane, pero su contrincante lleva ganadas once peleas, y solo ha perdido dos; y una de ellas, en realidad, se la robaron. Así que es un oponente muy serio.

Cuando Mick regresó con dos vasos grandes de papel, todavía me estaba hablando de estrategias de boxeo. Uno de los vasos era de cerveza, y el otro de Coca-Cola.

—Toma —me dijo—, por si te entra sed. No me apetecía hacer toda esa cola para una sola cerveza.

—Chance, este es Mickey Ballou —le dije.

—Chance Coulter.

—Un placer —dijo Mick.

Aún no había dejado las bebidas, así que no pudo darle la mano.

—Aquí viene Domínguez —anunció Chance.

El boxeador bajaba por el pasillo rodeado por su comitiva. Llevaba una bata de un azul marino intenso con ribetes oscuros. Era un hombre bastante atractivo, con la cara alargada y la mandíbula cuadrada, además de un bigote negro muy cuidado. Sonrió, saludó a sus admiradores y después se subió al cuadrilátero.

—¡Qué buen aspecto tiene! —admitió Chance—. Me parece que le va a dar mucho trabajo a Eldon.

—¿Vas con el otro? —preguntó Mick.

—Sí. Eldon Rasheed. Aquí viene. Tal vez luego podamos tomar algo con él.

Le dije que me parecía muy bien. Chance volvió a su asiento, junto al rincón azul, y Mick me pasó los dos vasos para que se los aguantase mientras él se sentaba.

—«Eldon Rasheed contra Peter Domínguez» —leyó—. ¿De dónde sacarán estos nombres?

—Peter Domínguez es un nombre bastante corriente —le dije.

Me echó una mirada extrañada.

—Eldon Rasheed —pronunció, mientras el boxeador pasaba entre las cuerdas—. Bueno, si se tratase de un concurso de belleza, me temo que el ganador sería Pedro. A Rasheed parece que Dios le ha pegado en la cara con una pala.

—¿Por qué iba Dios a hacer algo así?

—¿Por qué hace la mitad de las cosas que hace? El que sí es bastante guapo es tu amigo Chance. ¿Cómo lo conociste?

—Trabajé para él hace unos años.

—¿Cómo detective?

—Exacto.

—Tiene pinta de abogado. Por la ropa, supongo.

—En realidad es marchante de arte africano.

—¿Tallas y esas cosas?

—Sí, algo así.

El locutor estaba en el *ring*, anunciando a bombo y platillo el siguiente combate y haciendo todo lo posible por dar publicidad al cartel de la semana siguiente. Presentó a un peso medio local que pelearía en el encuentro principal de la próxima semana y después nombró a unos cuantos famosos que estaban sentados junto al cuadrilátero, incluido, cómo no, Arthur «Kid» Bascomb. Kid se llevó los mismos aplausos displicentes que habían recibido todos los demás.

Presentó luego al árbitro, a los tres jueces, al cronometrador, y al tío que se encargaba de hacer la cuenta en caso de k.o., quien aquella noche, según parecía, iba a tener trabajo, ya que los boxeadores eran dos pesos pesados que habían noqueado a la mayoría de sus anteriores contrincantes. Ocho de los once combates ganados por Domínguez lo habían sido por k.o. y Rasheed se había proclamado vencedor en diez encuentros profesionales, de los que solo uno había llegado hasta el final.

Domínguez tenía al otro lado del estadio un montón de seguidores, casi todos hispanos. La ovación recibida por Rasheed fue más modesta. Ambos púgiles se juntaron en el centro del cuadrilátero mientras el árbitro les daba las instrucciones pertinentes previas al combate, que lógicamente no eran nuevas para ninguno de los dos. Después se tocaron los guantes y volvieron cada uno a su rincón. La campana sonó y el combate dio comienzo.

El primer asalto fue poco más que un ejercicio de reconocimiento del contrario, aunque los dos recibieron algún que otro puñetazo. Rasheed conectó un fuerte izquierdazo que alcanzó el cuerpo de su adversario de forma muy efectiva. Desde luego se movía con agilidad para tener semejante tamaño. Domínguez, en comparación, resultaba torpe, uno de esos boxeadores de aspecto desgarrado, pero tenía un directo de derecha realmente potente, con el que alcanzó el ojo izquierdo de Rasheed a los treinta segundos de comenzar el combate. Este meneó la cabeza como para despejarse, pero estaba claro que le había hecho daño.

Entre un asalto y otro, Mick me dijo:

—Es fuerte ese Pedro, podría haber ganado el asalto solo con ese puñetazo.

—Nunca he sabido cómo puntúan los jueces.

—Unos cuantos golpes como ese y no tendrán que hacerlo.

Rasheed marcó el ritmo en el segundo asalto. Se dedicó a esquivar la derecha de su oponente y le dio un par de golpes verdaderamente serios. Durante el asalto, me fijé en un hombre que estaba sentado junto al cuadrilátero en la sección central. Ya había reparado antes en él, pero algo me hizo volver la vista de nuevo en su

dirección.

Tendría unos cuarenta y cinco años, se estaba quedando calvo y el pelo que le quedaba era castaño, igual que sus prominentes cejas. Iba muy bien afeitado. Tenía la cara llena de bultos, como si en su tiempo hubiese sido boxeador, pero supongo que de haber sido así, lo habrían nombrado en las presentaciones previas al combate. La verdad era que el sitio no estaba precisamente inundado de celebridades, así que cualquiera que hubiese participado en tres asaltos en los Golden Gloves tenía bastantes posibilidades de ser nombrado para saludar a las cámaras de la FBCS. Y además estaba justo al lado del *ring*; todo lo que hubiera tenido que hacer era pasar entre las cuerdas y disfrutar de los aplausos.

Lo acompañaba un chaval al que el hombre rodeaba con el brazo. Tenía una de sus manos sobre el hombro, mientras la otra gesticulaba para señalarle las cosas que ocurrían en el cuadrilátero. Supuse que eran padre e hijo, aunque la verdad es que físicamente no se parecían demasiado. El chico, apenas un adolescente, tenía un pelo de color castaño claro que dibujaba un pico en su frente. En el padre, si aquel rasgo había existido alguna vez, desde luego hacía mucho tiempo que había desaparecido. Él llevaba un jersey azul de pico y unos pantalones de franela gris. Su corbata era azul clara, con unos topos de color negro o azul marino, muy grandes, de casi tres centímetros de diámetro. El chico llevaba una camisa de franela de cuadros rojos y unos pantalones de pana azul marino.

No sabía de qué, pero creía conocer a aquel tipo.

El tercer asalto, a mi entender, resultó bastante igualado. No estaba llevando la cuenta, pero tenía la impresión de que Rasheed había conectado más puñetazos. No obstante, Domínguez también había conseguido unos cuantos de consideración, y desde luego, mucho más potentes que los de su contrincante. Cuando el asalto terminó no volví a mirar al hombre de la corbata de lunares, sino que me dediqué a observar a otro espectador.

Era más joven. Concretamente, tenía 32 años. Medía poco más de metro y medio, y tenía el aspecto de un peso pesado no muy grande. Se había quitado la chaqueta del traje y la corbata y llevaba una camisa blanca con rayitas azules y cuello de botones. Se aproximaba al aspecto que suele verse en los catálogos de moda masculina, ya que poseía una combinación de rasgos cuidadosamente cincelados y actitud de modelo, aunque el efecto final lo estropeaban un tanto el excesivo grosor de su labio inferior y una nariz muy tosca. Tenía el pelo muy espeso y oscuro, bien peinado y secado con secador. Y estaba bronceado, imagino que después de pasar una semana en Antigua.

Se llamaba Richard Thurman, y producía el programa de televisión de la Five Borough Cable Sportscasts. Se encontraba cerca del cuadrilátero, junto a las cuerdas, hablando con una cámara. La chica de los carteles se acercó y, además de mostrarnos que el cuarto asalto estaba a punto de comenzar, nos hizo una generosa exhibición de

su piel con aquel vestido tan escaso. Los telespectadores se perderían aquella parte del espectáculo, ya que probablemente estuvieran viendo algún anuncio de cerveza mientras ella le enseñaba al mundo todo lo que tenía que ofrecerle. Era alta, de largas piernas y figura exuberante, y desde luego, mostraba buena parte de su anatomía.

Se acercó a la cámara y le dijo algo a Thurman. Él alargó una mano y le dio un azote en el culo. La chica ni siquiera pareció darse cuenta. Puede que él estuviera acostumbrado a tocar a las mujeres y ella a que la tocasen. O tal vez fuesen viejos amigos, aunque ella estaba muy pálida, así que no parecía probable que lo hubiera acompañado a Antigua.

La joven se bajó del *ring*, y él hizo lo propio en el mismo instante en que sonaba la campana. Los púgiles se levantaron de sus banquetas y dio comienzo el cuarto asalto.

Durante el primer minuto, Domínguez encajó un directo de derecha que le hizo un corte a Rasheed en el ojo izquierdo. Este, por su parte, se dedicó a lanzar puñetazos, fundamentalmente al torso de su contrincante; y hacia el final del asalto, le echó la cabeza hacia atrás con un magnífico uppercut. Domínguez respondió con un buen rechazazo justo cuando sonaba la campana. No tenía ni idea de cómo iría el tanteo, y se lo comenté a Mick.

—Ni te molestes —dijo él—, no llega a diez.

—¿Cuál te gusta más?

—El negro —contestó—, pero no estoy muy seguro de sus posibilidades. Ese Pedro es la hostia de fuerte.

Volví a echar un vistazo al hombre que estaba acompañado del chico.

—Ese tío de allí —señalé—, el que está en la primera fila, sentado junto al chaval. El de la chaqueta azul y la corbata de lunares.

—¿Qué pasa con él?

—Creo que lo conozco —dije—, pero no sé de qué. ¿A ti te suena?

—En mi vida lo había visto.

—Es que no sé de qué lo conozco —insistí.

—Parece poli.

—No —aseguré—. ¿De verdad te lo parece?

—No digo que lo sea, digo que tiene pinta. ¿Sabes a quién se parece? A un actor que suele hacer de poli, no recuerdo su nombre. A ver si me sale.

—Un actor que hace de poli. Menuda pista, todos hacen de poli.

—Gene Hackman —dijo él.

Volví a mirarlo.

—Hackman es mayor —afirmé—. Y está más delgado. Este tío está fuerte, y Hackman es más bien enjuto. Y además tiene más pelo, ¿no?

—Por Dios —me dijo—, no digo que sea Hackman, digo que se parece a él.

—Si fuese Hackman lo habrían llamado para saludar a cámara.

—Aunque hubiese sido su puto primo lo habrían llamado. Están desesperados.

—Bueno, en realidad tienes razón —le dije—. Sí que se parece.

—Hombre, no son como dos gotas de agua, pero...

—Pero sí se da un aire. Aunque no me resulta familiar por eso. Me pregunto de qué le conozco.

—Tal vez de alguna de tus reuniones.

—Es posible.

—Ya, pero lo que está bebiendo es cerveza. Si fuese uno de los tuyos no estaría tomando alcohol, ¿no?

—Probablemente no.

—Aunque no todos conseguís dejarlo, ¿verdad?

—No, todos no.

—Bueno, esperemos que sea Coca-Cola lo que tiene en ese vaso —dijo él—. O si es cerveza, recemos para que se la dé al chaval.

Domínguez se llevó el quinto asalto. Muchos de sus golpes más contundentes se perdieron en el aire, pero un par de ellos sí que alcanzaron a Rasheed y desde luego, le hicieron mucho daño, y, aunque se recuperó bastante al final, estaba claro que el asalto era para el púgil latino.

En el sexto, Rasheed recibió un directo de derecha en la mandíbula que lo mandó al suelo.

Fue un knockdown claro que hizo que la gente se pusiera en pie, pero Rasheed se incorporó cuando el árbitro había llegado a cinco, aunque concluyó la obligatoria cuenta de ocho; y cuando les indicó que reanudasen la pelea, Domínguez lo lanzó sobre las cuerdas sin perder un segundo. Rasheed se tambaleaba, pero demostró tener mucha clase. Se agachaba, esquivaba los puñetazos de su oponente, ganaba tiempo con clinches, y se defendía con gran valentía. El derribo se había producido bastante pronto, pero al final de los tres minutos reglamentarios, Rasheed volvía a estar de pie.

—En el próximo asalto lo deja k.o. —señaló Mick Ballou.

—No creo.

—¿Qué?

—Ha tenido su oportunidad —le dije—, igual que el tío del último combate, ¿cómo se llamaba? El irlandés.

—¿El irlandés? ¿Qué irlandés?

—McCann.

—Ah, claro. Un irlandés negro. ¿Crees que Domínguez también es uno de esos que no sabe apretar para dar el golpe de gracia?

—Sí sabe, pero ya no volverá a tener otra oportunidad. Ha pegado demasiados puñetazos, y eso cansa, especialmente cuando los estás dando al vacío. Creo que el combate le ha costado más a él que a Rasheed.

—¿Crees que acabarán decidiendo los jueces? Si es así declararán ganador a

Pedro, a no ser que ese amigo tuyo, Chance, haga algún apaño.

En aquel tipo de peleas no había apaño posible; ni siquiera había apuestas.

—No, el combate no llegará a ese punto. Rasheed lo dejará k.o. antes —aseguré.

—Matt, estás soñando.

—Ya lo verás.

—¿Quieres apostar? No me refiero a dinero, contigo no quiero jugar; pero podemos apostar de todos modos.

—No sé qué decirte.

Volví a mirar al padre y al hijo. Algo se removía en mi mente, algo que me fastidiaba.

—Si yo gano —me dijo— nos quedaremos toda la noche e iremos a las ocho de la mañana a St. Bernard, a la misa de los carniceros.

—¿Y si gano yo?

—Entonces no iremos.

Me eché a reír.

—Curiosa apuesta —dije—. Yo no gano nada, porque de todos modos no pensábamos ir.

—Vale —repuso—. Si tú ganas iré a una de tus reuniones.

—¿A una reunión?

—Sí, a una puta reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Por qué ibas a querer hacer eso?

—Es que no quiero —dijo—. ¿No se trataba de eso? Lo haría porque habría perdido la puta apuesta.

—Ya, pero ¿por qué iba yo a querer que vinieses a una de mis reuniones?

—No lo sé.

—Si alguna vez quieres ir —le dije— me encantaría llevarte. Pero desde luego no quiero que vayas por mí.

El padre colocó la mano sobre la frente del chico y le atusó el pelo echándoselo hacia atrás. Hubo algo en aquel gesto que me golpeó como un rechazo en medio del corazón.

Mick dijo algo, pero yo no lo estaba escuchando y tuve que pedirle que me lo repitiese.

—Entonces no hay apuesta —dijo él.

—No, mejor que no.

La campana sonó. Los púgiles se levantaron de sus banquetas.

—Creo que tienes razón —admitió Mick—. Creo que ese cabrón de Pedro se ha agotado de tanto pegar.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. El séptimo asalto no estuvo tan claro como esperábamos, porque Domínguez aún conservaba fuerzas suficientes como para



lanzar unos cuantos golpes que volvieron loco al público, pero desde luego poner a la afición en pie era mucho más sencillo que tumbar a Rasheed, quien no tenía aspecto de estar cansado, y a quien, para colmo, se le veía muy seguro. De hecho, casi al final del asalto lanzó un derechazo corto y fuerte al plexo solar de su contrincante, y Mick y yo nos miramos y asentimos. Nadie se había movido, no había habido vítores, pero aquello era el final, y nosotros lo sabíamos, igual que Eldon Rasheed. Y supongo que también Domínguez.

Al final del asalto, Mick dijo:

—Tengo que reconocerlo. Te diste cuenta de algo en el asalto anterior que a mí se me pasó por alto. Todos esos golpes al cuerpo... Estaba claro, ¿verdad? Parece que no le hacen daño, pero de repente, después de un golpe, da la impresión de que el tío no tuviese piernas en las que sujetarse. Y hablando de piernas...

La chica de los carteles nos informaba de que el octavo asalto iba a comenzar.

—Ella también me suena —le comenté.

—La habrás conocido en una reunión —me sugirió.

—No sé por qué, pero no creo.

—No, te acordarías de ella, ¿verdad? Entonces, debió de ser en un sueño. Seguro que estuviste con ella en sueños.

—Eso sí es más posible.

Dejé de mirar a la chica para concentrarme una vez más en el hombre de la corbata moteada, pero al cabo de unos instantes volví de nuevo la vista hacia la mujer.

—Dicen que este es uno de los signos que indican que te vas haciendo mayor —le aseguré—, que todo el mundo con el que te encuentras te recuerda a alguien.

—¿Ah, sí? ¿Eso dicen?

—Bueno, es una de esas cosas que se dicen por ahí —le contesté, mientras sonaba la campana del octavo asalto.

Dos minutos después Eldon Rasheed hizo que Peter Domínguez se tambaleara con un monumental gancho de izquierda dirigido al hígado. Las manos del latino bajaron y Rasheed le propinó un derechazo cruzado en la mandíbula.

Se puso en pie justo cuando la cuenta llegaba a ocho, pero probablemente no fuese más que su orgullo de macho lo que le hizo incorporarse. Rasheed le cayó encima como si estuviese en todas partes a la vez, y tres golpes al pecho volvieron a lanzar a Domínguez contra la lona. En aquella ocasión, el árbitro ni se molestó en contar. Se colocó en medio de los púgiles y levantó el brazo de Rasheed en señal de victoria.

La mayoría de la gente que lo había estado animando volvía a estar de pie, jaleando al ganador.

Al cabo de un rato nos encontrábamos junto a Chance y Kid Bascomb, al lado del

rincón azul, cuando el locutor mandó callar al público y anunció lo que ya todos sabíamos, que el árbitro había detenido la pelea a los dos minutos y treinta y ocho segundos del octavo asalto y que el ganador por k.o. técnico era Eldon Rasheed, el Bulldog. Recordó que después se celebrarían otros dos combates a cuatro asaltos y que nadie querría perderse toda la acción que aún les estaba reservada allí en el New Maspeth Arena.

Los boxeadores que tenían que medirse en las próximas peleas tenían frente a sí una ingrata tarea, ya que iban a encontrarse con una sala prácticamente vacía. Aquellos encuentros se programaban solo como seguro para la FBCS. Si los combates previos hubiesen terminado demasiado pronto, uno de estos dos se hubiese incluido antes del evento principal; y si Rasheed hubiese noqueado a Domínguez en el segundo asalto o él mismo hubiese acabado k.o., aún habría uno o dos combates para rellenar el espacio televisivo.

Pero ya eran casi las once, así que ninguno de aquellos combates llegaría a verse en pantalla. Ya casi todo el mundo se iba a casa, igual que los aficionados que asistían al béisbol se marchaban del estadio de los Dodgers en la séptima entrada de un partido empatado.

Richard Thurman estaba sobre el *ring*, ayudando al cámara a recoger el equipo. No vi por ninguna parte a la chica de los carteles. Tampoco vi al padre y al hijo que habían estado junto al cuadrilátero, aunque los busqué con la mirada, pensando que tal vez fuera buena idea señalárselos a Chance para ver si él reconocía al tipo.

A la mierda. Nadie me pagaba para descubrir por qué me resultaba familiar aquel padre entregadísimo. Mi trabajo era encontrar el hilo que me condujese hasta Richard Thurman, y descubrir si era o no el asesino de su esposa.

El noviembre pasado, Richard y Amanda Thurman habían asistido a una pequeña cena en Central Park West. Habían abandonado la fiesta poco después de la medianoche. La noche era agradable y, de hecho, durante toda aquella semana había hecho un calor desacostumbrado para la época del año en la que estaban, así que decidieron aprovechar para ir paseando a casa.

Su apartamento ocupaba la totalidad del piso superior de un edificio de cinco alturas construido en piedra caliza en la calle Cincuenta y Dos Oeste, entre la Octava y la Novena avenidas. La planta baja estaba ocupada por un restaurante italiano, mientras que en el segundo piso estaban instalados una agencia de viajes y un representante teatral. El tercero y el cuarto eran residenciales. En el tercero había dos apartamentos. En uno vivía una actriz de teatro retirada, y en el otro un joven corredor de bolsa y un modelo masculino de pasarela. El cuarto piso solo tenía una vivienda; los inquilinos, un abogado retirado y su mujer, habían volado a Florida el día 1 de aquel mismo mes y no regresarían hasta la primera semana de mayo.

Cuando los Thurman volvieron a casa, entre las doce y las doce y media aproximadamente, llegaron al cuarto piso en el preciso instante en que un par de ladrones salía del apartamento vacío del letrado. Se trataba de dos hombres blancos, corpulentos y musculosos, de veintimuchos o treinta y pocos años, que llevaban armas y condujeron a los Thurman al interior de la vivienda que acababan de desvalijar. Una vez allí, a Richard le quitaron el reloj y la cartera y a Amanda las joyas; y además los insultaron, diciéndoles que eran un par de *yuppies* inútiles y que merecían morir.

Al hombre le dieron una buena paliza, lo ataron y lo amordazaron con cinta adhesiva. Después, y en su presencia, agredieron sexualmente a su mujer. Finalmente, uno de ellos golpeó a Richard en la cabeza con lo que parecía ser una palanca, y lo dejó inconsciente. Cuando el hombre volvió en sí, los ladrones se habían ido, y su esposa estaba tirada en el suelo de la habitación, desnuda y aparentemente inconsciente.

Se lanzó rodando de la cama al suelo y trató de captar la atención de los vecinos dando patadas en el suelo, pero la alfombra era muy gruesa y no logró hacer ruido suficiente para que lo oyese el inquilino de la planta inferior. Tiró la lámpara, pero tampoco consiguió nada con aquello. Logró llegar al lado de Amanda con la esperanza de reanimarla, pero ella no respondía y parecía haber dejado de respirar. Le dio la impresión de que estaba fría y temió que estuviese muerta.

No pudo soltarse las manos y tenía la boca tapada. Le costó bastante deshacerse de la cinta adhesiva. Probó a ver si lo oían gritar, pero nadie respondió. Las ventanas, claro está, permanecían cerradas, y el edificio era antiguo y tenía paredes y suelos

muy gruesos. Por fin consiguió volcar una mesilla y tirar al suelo un teléfono, que afortunadamente quedó a su alcance. Sobre la mesa también había un utensilio metálico con el que el abogado prensaba el tabaco de su pipa. Thurman agarró el instrumento con los dientes y lo utilizó para marcar el 911. Le dio su nombre y su dirección a la operadora y le dijo que tenía miedo de que su mujer estuviese muerta o a punto de morir. Después se desmayó, y así fue como se lo encontró la policía.

Todo aquello había ocurrido la segunda semana de noviembre, durante la noche del sábado al domingo. El primer martes de enero yo estaba sentado en el local de Jimmy Armstrong a las dos de la tarde, tomando una taza de café. Al otro lado de la mesa se encontraba un hombre de unos cuarenta años de edad. Tenía el pelo corto y oscuro y una barba bien recortada que ya comenzaba a tornarse gris. Llevaba una chaqueta de paño marrón sobre un jersey de cuello alto de color beis. El tono de su piel dejaba claro que no salía mucho, lo que no era de extrañar en pleno invierno neoyorquino. Su mirada, tras las gafas de montura metálica que lucía, era claramente pensativa.

—Creo que ese bastardo mató a mi hermana —aseguró.

Aquellas palabras estaban llenas de ira, pero su voz mantenía la calma, y su tono era tranquilo y neutro.

—Creo que la asesinó y creo que va a salir impune de todo esto, y como comprenderá, no sería de mi agrado que tal cosa sucediera.

Armstrong's está en la esquina de la Décima con la Cincuenta y Siete. El negocio lleva ya unos cuantos años abierto, pero su localización ha ido variando con el tiempo, pues antes se encontraba en la Novena Avenida, entre la Cincuenta y Siete y la Cincuenta y Ocho, en un local que ahora ocupa un restaurante chino. En aquellos días yo vivía muy cerca de aquella zona. Mi hotel estaba justo en la esquina, y solía hacer allí una o más comidas al día, reunirme con mis clientes, y pasar las noches en mi mesa de siempre, al fondo, hablando con la gente o dando vueltas en la cabeza a algún asunto, tomando mi habitual burbon solo, con hielo o, para ayudarme a permanecer despierto, mezclado con café.

Cuando dejé de beber, Armstrong's se situó en el puesto más alto de mi lista no escrita de gente, lugares y cosas que hay que evitar. Tengo que reconocer que aquello se hizo mucho más fácil de cumplir cuando Jimmy perdió su contrato de arrendamiento y se mudó un bloque del oeste, fuera de mi recorrido diario. Estuve sin ir bastante tiempo, pero un día un amigo sobrio<sup>[1]</sup> me sugirió que pasásemos por allí a picar algo a última hora, y desde entonces habré vuelto al local a comer media docena de veces. Dicen que no es buena idea parar por bares cuando intentas mantenerte alejado de la bebida, pero aquel lugar, de todos modos, tenía más aspecto de restaurante que de otra cosa, especialmente ahora, con sus paredes de ladrillo visto y sus macetas de helechos colgando. La música de fondo era clásica, y las noches de los fines de semana tenían tríos que tocaban en vivo música de cámara. Ya no era

exactamente el antro inmundado que había sido en otros tiempos.

Cuando Lyman Warriner me dijo que vendría desde Boston le sugerí que nos reuniésemos en su hotel, pero se iba a alojar en el apartamento de un amigo. La habitación que ocupaba yo en el mío era minúscula, y mi oficina estaba demasiado desvencijada como para inspirar confianza a nadie. Así que, una vez más, elegí el local de Jimmy como punto de encuentro con un posible cliente. Un quinteto barroco de viento sonaba por los altavoces mientras yo tomaba un café y Warriner daba pequeños sorbos a su té Earl Grey y acusaba a Richard Thurman de asesinato.

Le pregunté qué había dicho la policía sobre la muerte de Amanda.

—El caso está aún abierto —dijo con el ceño fruncido—. El término parecería sugerir que aún están trabajando en él, pero me temo que significa justo lo contrario, que ya hace mucho tiempo que perdieron toda esperanza de resolverlo.

—Las cosas no están tan claras —le dije—. Generalmente lo que significa es que la investigación ya no se lleva de forma activa.

Él asintió:

—Hablé con el detective Joseph Durkin. Creo que son amigos.

—Digamos que tenemos una relación amistosa.

—Curiosa distinción —comentó, arqueando las cejas—. El detective Durkin no dijo que sospechase que Richard fuese responsable de la muerte de mi hermana, pero precisamente fue el modo en que no lo dijo lo que me inquietó. Me entiende, ¿no?

—Creo que sí.

—Le pregunté si se le ocurría algo que yo pudiese hacer para ayudar a esclarecer los hechos. Él me respondió que todo lo que era factible hacer a través de los canales oficiales ya se había intentado. Solo necesité un minuto para darme cuenta de que no podía sugerir de forma directa que contratase a un detective privado, pero desde luego lo dejó bastante claro. Yo dije que tal vez lo idóneo sería salir de los cauces oficiales, por ejemplo poniendo el caso en manos de un investigador ajeno a la policía, y él sonrió, como queriendo decirme que por fin lo había comprendido.

—Sí, no podía sugerir tal cosa de forma explícita.

—No, supongo que no, y tampoco podía recomendarme sus servicios directamente. Dijo que en lo que a orientación se refería, lo único que podía hacer era remitirme a las páginas amarillas, aunque se sentía en la obligación de informarme de que había un tipo, justo aquí, en el barrio, que no encontraría en el directorio ya que carecía de licencia, lo cual lo convertía en un canal verdaderamente no oficial. Se está sonriendo...

—Es que imita usted muy bien a Joe Durkin.

—Gracias. Es una pena que ya no tenga que seguir haciéndolo. ¿Le importa si fumo?

—Por supuesto que no.

—¿Está seguro? Casi todo el mundo ha dejado el tabaco. También yo lo dejé, pero después retomé el vicio.

Parecía que iba a seguir dándome explicaciones sobre el tema, pero lo que hizo fue coger un Marlboro y encendérselo. Aspiró el humo como si aquello le devolviese la vida.

—El detective Durkin asegura que es usted bastante poco ortodoxo, incluso algo excéntrico —me aseguró.

—¿Lo dijo con esas palabras?

—Más o menos. Dice que sus tarifas son arbitrarias y caprichosas, y no, sus palabras no fueron exactamente esas. Dice que usted no proporciona informes detallados a sus clientes, ni mantiene ningún tipo de cuenta de gastos.

Se echó hacia delante, mientras proseguía:

—He de reconocer que a mí nada de eso me importa. También dice que cuando le hinca el diente a algo, no deja que se le escape, y eso es precisamente lo que yo ando buscando. Si ese hijo de puta mató a Amanda, necesito saberlo.

—¿Qué le hace suponer que fue así?

—Solo que tengo la sensación de que es así. Supongo que el argumento no resulta muy científico.

—Lo que no implica que no sea cierto.

—No —admitió, mirando su cigarrillo—. La verdad es que ese hombre nunca me ha gustado. Lo intenté, de verdad, porque Amanda lo quería, o estaba enamorada de él, o como prefiera llamarlo. Pero es difícil que alguien a quien tú no le caes bien te caiga bien a ti, o al menos a mí me cuesta.

—¿Usted no le cae bien a Thurman?

—Su rechazo hacia mí fue inmediato y automático. Soy gay.

—¿Y es eso lo que no le gusta?

—Es posible que tenga otras razones, pero mi orientación sexual fue suficiente para colocarme fuera de su círculo de amigos potenciales. ¿Ha visto usted alguna vez a Thurman?

—Únicamente su foto en los periódicos.

—No ha parecido sorprendido cuando le he dicho que yo era gay. Lo sabía desde el principio, ¿no?

—Yo no diría eso. Pero sí me parecía posible que lo fuera.

—Es por mi aspecto. No voy a hacerme ahora el ofendido, Matthew. ¿Le importa que le llame Matthew?

—Para nada.

—¿O prefiere Matt?

—Como usted quiera.

—Y a mí llámeme Lyman. Lo que quiero decir es que tengo pinta de gay, implique lo que implique eso, aunque para la gente que no ha tenido demasiado contacto con homosexuales, probablemente mi condición sea bastante menos evidente. Bueno, lo que yo supongo acerca de Richard Thurman basándome en su apariencia es que está metido tan dentro del armario que no puede ni siquiera ver los

abrigos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no estoy seguro de si está actuando, y es perfectamente posible que ni siquiera sea consciente de ello, pero creo que prefiere a los hombres. Desde el punto de vista sexual, quiero decir. Por eso se muestra tan abiertamente ofensivo hacia los gays, porque teme que lo contemos entre el grupo de nuestras hermanas secretas.

La camarera vino y me sirvió más café. Le preguntó a Warriner si deseaba más agua caliente para su té. Él contestó que sí, y que también desearía una nueva bolsita de té.

—Es una de esas cosas que siempre me han molestado —me comentó—. Si tomas café te rellenan la taza gratis. Pero si bebes té, lo único que consigues es agua caliente, y si quieres otra bolsa te cobran una segunda taza. Y además, el té les cuesta menos que el café.

Suspiró, para luego añadir:

—Si fuera abogado, probablemente los demandaría. Estoy de broma, por supuesto, aunque en alguna parte de esta sociedad nuestra tan dada a los litigios, es muy probable que haya alguien que esté haciéndolo en este mismo momento.

—No me sorprendería.

—Estaba embarazada, ¿sabe? De casi de dos meses. Había ido al médico.

—Sí, salió en las noticias.

—Es mi única hermana, así que nuestra familia desaparecerá cuando yo me muera. Me repito una y otra vez que eso debería molestarme, pero la verdad es que no es así. Lo que sí me molesta es que Amanda muriera a manos de su marido, y que además él salga impune de todo esto. Y la idea de no saberlo a ciencia cierta... Si lo supiera...

—¿Qué haría?

—Me molestaría menos.

La camarera le trajo el té y él sumergió la bolsita nueva en el agua. Le pregunté cuál había podido ser el móvil de Thurman para matar a su esposa.

—El dinero —me respondió—. Mi hermana tenía bastante.

—¿Cuánto es bastante?

—Nuestro padre hizo mucho dinero con negocios inmobiliarios. Mamá consiguió gastar una buena parte de él, pero aún quedaba bastante cuando ella murió.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Hace ocho años. Cuando el testamento fue validado, Amanda y yo heredamos cada uno algo más de seiscientos mil dólares. Dudo que se lo gastase todo.

Para cuando terminamos ya eran casi las cinco y la clientela del bar estaba empezando a mejorar, ya que comenzaban a llegar los habituales de la hora feliz. Yo

había rellenado varias páginas de mi cuaderno de bolsillo y había empezado a rechazar el café que me ofrecían. Lyman Warriner, por su parte, se había pasado del té a la cerveza y ya llevaba en el cuerpo medio vaso largo de Prior negra.

Había llegado la hora de acordar mis honorarios y, como siempre, no sabía cuánto pedirle. Asumía que aquel hombre podría permitirse pagarme lo que le pidiera, pero la verdad es que aquello no era algo que entrase en mis cálculos. Fijé la cifra en dos mil quinientos dólares, y él ni siquiera me preguntó cómo había llegado a aquella cantidad. Simplemente, sacó su talonario y destapó una estilográfica. No recordaba la última vez que había visto una.

—¿Matthew Scudder? ¿Con dos «t» y dos «d»? —me preguntó.

Yo asentí y él rellenó el cheque y lo agitó para secar la tinta. Le dije que era posible que le reembolsase parte de aquel dinero si las cosas se resolvían con más rapidez de lo que yo esperaba, pero que también podría llegar a pedirle más si era necesario. Él asintió. No parecía preocupado por la cuestión económica.

Cogí el cheque y me dijo:

—Lo único que quiero es saber lo que ocurrió, eso es todo.

—Y eso es lo máximo que debe esperar. Descubrir si lo hizo y encontrar algo que permita que el caso se pueda presentar en los tribunales son cosas diferentes. Es posible que consiga confirmar sus sospechas, pero que su cuñado siga sin recibir castigo alguno por parte de la justicia; eso debe tenerlo en cuenta.

—No le estoy pidiendo que pruebe nada ante un jurado, Matthew. Solamente que me lo pruebe a mí.

No podía pasar por alto aquel comentario, así que le dije:

—Sus palabras suenan como si quisiera tomarse la justicia por su mano.

—Bueno, eso ya lo he hecho contratando a un detective privado, ¿no cree? No he dejado que las cosas siguiesen su curso, no he permitido que Dios terminase de trazar los renglones torcidos que parecen ser tan de su agrado.

—No me gustaría formar parte de algo que acabe con usted en un juicio por el asesinato de Richard Thurman.

Guardó silencio un momento y después dijo:

—No voy a negar que se me haya ocurrido la idea, pero, honestamente, creo que no sería capaz de hacerlo. No es mi estilo.

—Mejor.

—¿De verdad lo cree? Me sorprende.

Le hizo un gesto a la camarera para que se acercase, le dio un billete de veinte dólares y la despidió sin esperar a que le entregara las vueltas. Nuestra cuenta no debía de ascender ni a una cuarta parte de aquello, pero habíamos ocupado una mesa durante tres horas.

—Si él la asesinó —añadió—, se comportó como un auténtico estúpido.

—El asesinato siempre es estúpido.

—¿Usted cree? No estoy seguro de estar de acuerdo, pero aquí el experto es



usted. No, lo que quería decir es que actuó de forma prematura. Debería haber esperado.

—¿Por qué?

—Por más dinero. No lo olvide, yo heredé la misma cantidad que Amanda y le puedo asegurar que no la malgasté. Amanda hubiera sido mi heredera, y la beneficiaria de mi seguro.

Sacó un cigarrillo pero al segundo siguiente volvió a dejarlo en el paquete.

—No hubiera tenido nadie más a quien dejárselo. Mi pareja murió hace año y medio, de la enfermedad de las cuatro letras.

Sonrió levemente.

—Y no me refiero a la gota, sino a la otra.

No dije ni una palabra.

—Yo también soy seropositivo —me anunció—. Hace varios años que lo sé. A Amanda le mentí. Le dije que me había hecho las pruebas y que habían sido negativas, así que no tenía de qué preocuparme.

Sus ojos me buscaron.

—Me pareció una mentira piadosa, ¿no está usted de acuerdo? Con ella no iba a practicar el sexo, así que ¿por qué hacerla cargar con la verdad?

Volvió a sacar el cigarrillo, pero tampoco entonces lo encendió.

—Además —añadió—, existía la posibilidad de que no enfermase. Tener anticuerpos no significa necesariamente tener el virus. Pero bueno, hubiera sido demasiada suerte. La primera mancha morada, una de esas que indican casi siempre el comienzo de la enfermedad, apareció el pasado agosto. Era un sarcoma de Kaposi.

—Lo sé.

—Ya no es la sentencia de muerte a corto plazo que era hace uno o dos años. Existe la posibilidad de que viva diez años, o incluso más —dijo, encendiéndose por fin el cigarrillo—. Pero, no sé por qué, tengo el presentimiento de que eso no va a suceder.

Se puso en pie, cogió su gabán del perchero mientras yo también alcanzaba mi abrigo y lo seguía hasta la calle. Un taxi se nos acercó en aquel momento y él le dio el alto. Abrió la puerta de atrás, y se volvió hacia mí.

—No fui capaz de decírselo a Amanda —me confesó—. Tenía planeado contárselo el día de Acción de Gracias, pero, por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde. Sé que nunca lo supo, y, por tanto, tampoco él lo sabía, así que no pudo entrar en sus planes la ventaja económica que suponía retrasar su asesinato.

Tiró el cigarrillo.

—Es irónico —me dijo—, ¿no es cierto? Si yo le hubiese dicho que estaba muriéndome, probablemente aún estuviera viva.

A la mañana siguiente me desperté e ingresé el cheque de Warriner en el banco. Saqué dinero suficiente para el día, ya que ahora contaba con él. Durante el fin de semana había nevado un poco, pero la mayor parte de la nieve ya había desaparecido, y solo quedaba un leve residuo gris en los bordillos. Fuera hacía frío, pero no demasiado viento; no era un día especialmente desapacible, si tenemos en cuenta que nos encontrábamos en mitad del invierno.

Me dirigí hacia la comisaría de Midtown North por la Cincuenta y Cuatro Oeste, esperando encontrar allí a Joe Durkin, pero no fue así. Le dejé recado de que me llamase y bajé hasta la gran biblioteca que había en la intersección de la Cuarenta y Dos con la Cincuenta. Pasé allí un par de horas leyendo todo lo que pude encontrar sobre el asesinato de Amanda Warriner Thurman. Les busqué a ella y a su marido en el índice del New York Times de los últimos diez años. Leí el anuncio de su boda, que había aparecido cuatro años antes, en septiembre. Para entonces, ella ya habría recibido su herencia.

Yo ya sabía por Warriner cuándo se habían casado, pero confirmar la información que te aporta el cliente nunca está de más. El anuncio me facilitó otros datos que Lyman no me había dado, como los nombres de los padres de Thurman y de otros cuantos asistentes al enlace, las escuelas a los que él había ido y los trabajos que había tenido antes de entrar en la Five Borough Cable.

Nada de lo que encontré me reveló si había matado o no a su mujer, por supuesto, pero tampoco esperaba resolver el caso con solo algunas horas de trabajo de biblioteca.

Volví a llamar a la comisaría desde un teléfono público situado en la esquina. Joe aún no había regresado. Tomé un perrito caliente Sabrett y un knish para almorzar y me fui paseando hasta la iglesia sueca de la Cuarenta y Ocho, en la que se celebran reuniones los fines de semana, a las doce y media del mediodía. La que estaba hablando en aquel momento era una de las tantas personas que vivían fuera de la ciudad y viajaban todos los días hasta el centro para acudir a su trabajo. Vivía con su familia en Long Island y trabajaba en una de las seis grandes empresas financieras de la ciudad. Llevaba sobrio diez meses y decía no ser capaz de transmitir lo maravilloso que aquello le resultaba.

—Recibí tu mensaje —dijo Durkin—. Traté de localizarte en tu hotel, pero me dijeron que habías salido.

—Ahora mismo iba de camino para allá —le informé—. Pensé probar a ver si te encontraba.

—Bueno, hoy es tu día de suerte, Matt. Siéntate.

—Ayer vino a verme un tipo —le conté—. Lyman Warriner.

—El hermano. Suponía que te llamaría. ¿Vas a hacer algo por él?

—Si puedo, sí —le contesté, mientras sacaba un billete de cien dólares y se lo deslizaba entre los dedos—. Te agradezco que me mencionaras.

Estábamos solos en la oficina, así que pudo abrir el billete sin problemas y mirarlo.

—Es bueno —le aseguré—. Yo mismo estaba allí cuando lo imprimieron.

—Ah, vale, eso me tranquiliza —bromeó—. No, en realidad lo que estaba pensando era que no debería aceptar este dinero, ¿sabes por qué? Porque esta vez no se trata solo de mandarte a alguien que te dé un par de dólares y se quede tranquilo. Me alegro de que te hayas encargado tú de ese tipo. Me encantaría que resolvieses el caso.

—¿Crees que Thurman se cargó a su esposa?

—¿Que si lo creo? Joder, estoy seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—En realidad no lo sé —admitió, tras haber meditado la pregunta durante un momento—. Supongo que por instinto de poli, ¿qué tal te suena?

—A mí, bien. Entre tu instinto de poli y la intuición femenina de Lyman, me temo que Thurman tiene suerte de estar libre todavía.

—¿Ya lo has conocido, Matt?

—No.

—Veamos si te da la misma impresión que a mí. Desde luego, es un hijo de puta mentiroso, bien lo sabe Dios. Cuando me asignaron el caso fui la primera persona en llegar después de que los agentes respondieran a la llamada al 911. Estaba aún traumatizado, sangrando por la herida de la cabeza y con la zona en la que le habían pegado la cinta adhesiva con la que le taparon la boca toda roja y despellejada. Durante las dos semanas siguientes lo vi no sé ni cuántas veces. Matt, no sé por qué pero nunca me pareció que dijera la verdad. Simplemente no me trago que sintiese la muerte de su mujer.

—Lo cual no significa necesariamente que la matase él.

—Ese es el problema. He conocido asesinos que sentían que su víctima estuviese muerta y supongo que también puede ocurrir lo contrario. Y no pretendo dármelas de ser Joe Durkin, el polígrafo humano. Cuando me mienten, no siempre me doy cuenta, pero con él resulta fácil. Si mueve los labios, te está mintiendo.

—¿Crees que lo hizo solo?

—No creo que sea posible —respondió, meneando la cabeza—. A la mujer la violaron por delante y por detrás, y había signos de penetración forzada. Encontramos semen en la vagina y definitivamente no era del marido. No se correspondía con su grupo sanguíneo.

—¿Y por detrás?

—En la región anal no había semen. Tal vez ese tipo fuera de los que practican sexo seguro.

—Las violaciones de la era moderna —le dije.

—Sí, bueno, debe ser por todos esos panfletos que el ministerio de Sanidad ha mandado para elevar el nivel de concienciación pública y todo eso. En cualquier caso, me temo que sí encaja lo de los dos ladrones que nos contó el marido.

—¿Encontrasteis alguna otra evidencia física aparte del semen?

—Sí, pelos. Cortitos y rizaditos. Y además, parecen de dos tipos diferentes. Uno, definitivamente, no es del esposo; sobre el otro, no estamos seguros. El problema es que del vello púbico no se puede extraer demasiada información. Está claro que ambas muestras pertenecen a hombres de raza caucásica, pero prácticamente eso es todo lo que se puede sacar de ellos. Además, que uno de los pelos fuera de Thurman no prueba nada; estaban casados, por Dios santo, no es raro llevar vello púbico de la pareja un par de días en el felpudo.

Me quedé pensativo un momento y luego dije:

—Para que Thurman lo hubiera hecho él solo...

—No puede ser.

—Claro que sí. Todo lo que tendría que hacer era conseguir semen y vello púbico de otra persona.

—¿Y eso cómo se consigue? ¿Se la machaca a un marinero y se queda con el contenido del preservativo?

Pensé un segundo en la hipótesis de que Thurman no hubiera salido aún del armario, mencionada por Lyman Warriner.

—Supongo que es tan posible como cualquier otra conjetura que se nos ocurra —le dije—. Solamente estoy repasando lo que me parece factible, aunque sea de forma remota, y lo que no puede serlo de ninguna manera. De un modo u otro, obtiene muestras de semen y vello de otro hombre. Se va a la fiesta con su mujer, vuelven a casa...

—Suben los tres pisos de escaleras y le dice que espere un minuto mientras él revienta la cerradura del apartamento de los Gottschalk. «Mira, cariño, qué modo más bonito de abrir puertas sin las llaves he aprendido».

—¿Forzaron la puerta?

—Con una palanca.

—Eso pudo hacerlo después.

—¿Después de qué?

—Después de matarla y antes de llamar al 911. Digamos que tenía la llave del apartamento de los Gottschalk.

—Los Gottschalk dicen que no.

—Bueno, podría tener una sin que ellos lo supieran.

—La puerta tenía dos cerraduras.

—Vale, podría tener dos llaves. «Espera, cariño, les prometí a Roy y a Irma que les regaría las plantas».

—No se llaman así. Él es Alfred Gottschalk, el abogado; y el nombre de la mujer

se me ha olvidado.

—«Le prometí a Alfred y a Como-se-llame que les regaría las plantas».

—¿A la una de la mañana?

—¿Y qué importa? Tal vez le dijo que quería coger un libro de los Gottschalk, algo que hacía tiempo que quería leer. O tal vez estuviesen los dos un poco borrachos después de la fiesta y él le propusiera colarse en el apartamento de sus vecinos y echar un polvo en su cama.

—«Será divertido, cariño, igual que antes de casarnos».

—Vale, esa es la idea. Consigue meterla allí dentro, la mata, hace que parezca una violación y coloca las pruebas físicas, el esperma y el vello púbico. ¿Se encontraron restos bajo sus uñas, algo que sugiriese que arañó a alguien?

—No, pero él no dijo que se resistiera. Además, había dos hombres, uno pudo haber estado sujetándole las manos mientras el otro se divertía con ella.

—Volvamos a la idea de que lo hizo solo. La mata y finge la violación. Lo prepara todo en el apartamento de los vecinos, hace que parezca que han robado en él... ¿Conseguisteis que los Gottschalk regresasen para ver si les faltaba algo?

—Sí, vino él, Alfred —asintió Joe—, dijo que su mujer estaba enferma, que debía evitar viajes innecesarios. Tenían un par de cientos de dólares para emergencias en la nevera, y habían desaparecido. También faltaban algunas joyas de él, recuerdos de familia, gemelos y anillos que había heredado pero que no se ponía. Y algunas joyas de ella, pero no las podía describir porque no estaba seguro de cuáles se había llevado a Florida su mujer y cuáles estaban en la caja de seguridad. En cualquier caso, todas las joyas buenas las tenían en el banco o en Florida, así que no creía que la pérdida económica fuese cuantiosa, pero tendría que hablar con Ruth y elaborar con ella una lista detallada de lo que había desaparecido. Así era como se llamaba la esposa, Ruth; sabía que al final lo recordaría.

—¿Y faltaban las pieles?

—No tiene pieles. Es defensora de los derechos de los animales. Además no creo que necesite un abrigo de piel, teniendo en cuenta que pasa seis meses y un día al año en Florida.

—¿Seis meses y un día?

—Como mínimo, porque así cuentan como residentes en Florida a efectos fiscales. Allí no hay impuestos estatales.

—Creía que él estaba retirado.

—Y lo está, pero aún tiene ingresos. De inversiones y cosas así.

—Bueno, vale, nada de pieles —acepté—. ¿Y alguna cosa grande? ¿Un estéreo, un televisor...?

—Nada. Teles había dos, un proyector muy grande en la sala de estar y un modelo más pequeño en la habitación de atrás. Desenchufaron el del dormitorio y lo llevaron a la sala, pero lo dejaron allí. Parece que pretendían llevárselo, pero luego, con todo el lío, se les olvidó; o decidieron no arriesgarse a parecer sospechosos; muy lógico,

con una mujer muerta en el apartamento.

—Eso, suponiendo que supieran que ella estaba muerta.

—Hombre, después de destrozarle la cara a golpes y estrangularla con las medias... Joder, sabían perfectamente que aquella mujer estaba bastante peor que cuando entró en el apartamento.

—Así que solo cogieron el metálico y algunas joyas.

—Eso es lo que parece. O al menos es todo lo que nos pudo aclarar Gottschalk. El tema, Matt, es que le dieron la vuelta a todo el apartamento.

—¿Quiénes, los chicos del laboratorio?

—No, los ladrones. Lo revolvieron todo, y lo dejaron hecho un desastre. Tiraron el contenido de los cajones, y los libros de las baldas, todas esas cosas, ya sabes. No parecía que estuviesen buscando ningún escondite secreto, no rajaron los colchones ni los cojines, pero de todos modos hicieron un trabajo muy concienzudo. Supongo que lo que buscaban era dinero en metálico, y no solo un par de cientos de dólares en la mantequillera del frigorífico.

—¿Qué dijo Gottschalk?

—¿Qué podía decir, que tenía cien de los grandes que no había declarado y que esos bastardos los habían encontrado? Pues no, dijo que no tenían nada de verdadero valor dentro del apartamento, aparte de las obras de arte; y esas no las tocaron. Tenía algunos cuadros enmarcados, firmados y numerados, un Matisse, un Chagall y alguna otra cosa más, y además una póliza de seguros que los cubría. Creo que el valor de todos ellos ascendía a ochenta de los grandes. Los ladrones bajaron algunos de las paredes, probablemente buscando alguna caja fuerte, pero no se los llevaron.

—Pongamos que lo hizo él solo —le dije.

—¿Volvemos a eso, eh? Adelante.

—La casa la han desvalijado, así que parece un robo en toda regla, pero lo único que Thurman tenía que hacer para que lo pareciera era guardarse un fajo de billetes y un puñado de joyas. ¿Lo registrasteis?

—¿A Thurman? —preguntó, mientras negaba con la cabeza—. El tío estaba totalmente machacado, tenía las manos atadas a la espalda y su mujer estaba muerta, tirada allí mismo, ¿cómo le vas a hacer un registro integral en esas condiciones? No le vas a mirar si se ha metido en el culo los gemelos de platino de alguien... De todos modos, siguiendo con tu hipótesis, podría haberlo guardado todo en su propio apartamento.

—Claro, eso es justo lo que te iba a decir.

—Y siguiendo con tu idea, entra en el piso de los Gottschalk con la llave, bueno, mejor dicho, con las dos llaves, o con lo que haga falta; se carga a su mujer; finge la escena de la violación; roba el dinero y las joyas; sube a casa; los esconde en un par de calcetines y los mete en el cajón. Luego, baja de nuevo y utiliza una palanca para abrir la puerta, como si hubiera entrado por la fuerza. Supongo que después vuelve a subir para esconder también la palanca, porque desde luego no la encontramos en la

casa de los Gottschalk.

—¿Y registrasteis el apartamento de Thurman?

—Sí —respondió—. Y con su permiso, además. Le dije que existía la posibilidad de que los ladrones hubiesen comenzado en su apartamento y hubiesen ido bajando, aunque sabía que eso era imposible, ya que no existía signo alguno de que hubiesen forzado la puerta de su domicilio. Por supuesto, siempre se podía pensar que habían entrado por la escalera de incendios, pero al margen de esto, estaba claro que allí dentro no había entrado nadie. No obstante, lo registré todo, buscando algo que pudiesen haberse llevado de allí abajo.

—Y no encontraste nada.

—No, pero tampoco eso prueba gran cosa. No tuve ocasión de peinar la zona, y él podía haber guardado las joyas de los Gottschalk con las suyas y las de su mujer sin que yo me diese cuenta, ya que no sabía lo que estaba buscando. Y el dinero solo eran un par de cientos de dólares, que podía haberse metido incluso en la puta cartera.

—Creí que los ladrones se habían llevado su cartera.

—Sí, bueno. Le quitaron el reloj y la cartera. Pero tiraron la cartera en el primer piso mientras salían del edificio, al pie de las escaleras. Se llevaron el dinero, pero dejaron las tarjetas de crédito.

—Podría haber bajado él y dejarla allí.

—O haberla tirado por la barandilla. Así no tendría que andar subiendo y bajando.

—Y las joyas que se supone que le robaron a la mujer...

—Pues las coge y las vuelve a dejar en el joyero. Y el Rolex de él, bueno, ¿quién sabe? Quizá aquel día ni siquiera se lo había puesto. Tal vez lo guardase también en los calcetines.

—¿Y entonces, qué? —le pregunté—. ¿Se da él solo una paliza, se ata él solo las manos a la espalda, se amordaza...?

—Hombre, creo que si lo hiciera yo, me amordazaría primero y luego me ataría las manos a la espalda.

—Sí, claro, pero tú planificas las cosas mejor que yo, Joe. ¿Cómo estaba atado? ¿Cuándo lo visteis aún lo estaba?

—No, joder —respondió—, y esa es una de las cosas que no deja de incordiarme. Me dieron ganas de cargarme a esos dos polis que le liberaron; pero de todos modos, ¿qué iban a hacer? Hay un tío de aspecto respetable, bien vestido, atado e histérico, allí tirado, y su mujer, también en el suelo, muerta; ¿cómo vas a decirle al individuo que tiene que quedarse así hasta que el detective llegue para analizar la escena del crimen? Por supuesto que lo soltaron. Hasta yo lo habría hecho, y tú también.

—Desde luego que sí.

—Pero, joder, desearía que no lo hubieran hecho. Ojalá hubiera podido echarle primero un vistazo. Para seguir con tu teoría de que lo hizo todo él solo, la siguiente pregunta sería cómo se ha atado él mismo, ¿no?

—Exacto.

—Tenía las piernas atadas. Eso no es difícil hacerlo uno mismo. Pero las manos las tenía amarradas a la espalda, y eso parece imposible de hacer; aunque no lo es, no necesariamente.

Abrió un cajón, miró dentro y sacó un par de esposas.

—Dame las manos, Matt.

Me puso las esposas en las muñecas.

—Vale —dijo—, ahora dóblate hacia delante y pasa las piernas, primero una y luego la otra, a través de esa especie de ojal. Siéntate en el borde del escritorio. Vamos, puedes hacerlo.

—¡Por Dios!

—Esto se ve en la tele continuamente: un tipo está esposado, con las manos a la espalda, y no sé muy bien cómo, salta a través del círculo que forman sus propios brazos, y aunque aún sigue esposado, tiene las manos delante. Vale, ahora vamos a intentar hacerlo al revés y que tú mismo te coloques las manos a la espalda.

—Me temo que esto no va a funcionar.

—Bueno, desde luego, ayudaría que estuvieras un poco más flaquito. Thurman tiene menos de ochenta centímetros de cintura y nada de culo.

—¿Tiene los brazos largos? Desde luego me facilitaría la maniobra que mis brazos fueran unos centímetros más largos.

—Hombre, no le he mirado la talla de manga. Sería un buen comienzo para tu investigación, ahora que lo pienso. Puedes ir a las lavanderías chinas de su barrio e intentar averiguar su talla de camisa.

—¿Me quieres abrir las esposas?

—Pues no sé... —dijo—. El espectáculo resulta de lo más atractivo, verte ahí, agarrándote el culo, sin poder ponerte de pie ni sentarte. No me gustaría tener que perdérmelo.

—Vamos, quítamelas.

—Estoy seguro de que he puesto la llave por aquí, en alguna parte... Bueno, no hay problema, no tenemos más que bajar así a recepción, alguien debe de tener una llave... Bueno, vale, ya te las quito...

Sacó la llave, me abrió las esposas y conseguí ponerme derecho. Me dolía el hombro, y me había hecho daño en un muslo.

—Vaya, no sé —dudó—. En la tele parece todo mucho más fácil.

—¡No jodas!

—El tema es —dijo— que sin haberlo visto no se puede saber si estaba bien atado, o si podría haberlo hecho él mismo. Vamos a olvidar por un momento tu idea y asumir que los autores del crimen fueron unos ladrones y que le inmovilizaron, ¿sabes qué es lo que no me encaja?

—¿Qué?

—Que aún estuviera atado cuando los polis llegaron. Se tiró de la cama, derribó una mesa, llamó por teléfono...



—Con un artilugio para pipas fuertemente sujeto entre los dientes, no lo olvides.

—Sí, vale. Hace todo eso, y prácticamente se quita por completo la cinta de la boca, aunque no digo que sea una cosa que no se pueda hacer...

—Sí, bueno...

—¿Quieres que busque un rollo de cinta adhesiva y comprobemos si puedes hacerlo? Era broma, Matt. ¿Sabes cuál es el problema? Que no tienes sentido del humor.

—Me estaba preguntando en este momento cuál era el problema.

—Bueno, pues ya lo sabes. No, va en serio; hace todo lo demás pero no intenta soltarse las manos. Vale, es cierto que a veces no se puede hacer a no ser que seas Houdini. Si no tienes nada de movilidad, y las ligaduras están lo suficientemente fuertes, no hay muchas posibilidades de conseguirlo. Pero él logra moverse, y ¿crees que lo ataron tan bien si tenemos en cuenta que en esto del robo eran bastante inexpertos? Ojalá lo hubiera visto atado, porque tengo la corazonada de que probablemente hubiese conseguido soltarse de haber querido, pero que decidió no hacerlo. ¿Y por qué tomaría esa decisión?

—Porque quería estar atado cuando llegase la policía.

—Exacto, porque eso le proporcionaría una coartada para el asesinato. Si se hubiese soltase, podríamos pensar que podía haberla liberado, que ni siguiera le habían inmovilizado. Pero así, según están las cosas, lo único que podemos decir es que suponemos que estaba atado porque quería que lo encontrásemos así, lo cuál tampoco prueba nada porque bien mirado, está jodido tanto si lo hace como si no, pero por lo que respecta al móvil...

—Ya sé a qué te refieres.

—Dios, cómo hubiera querido verlo antes de que le soltasen.

—Sí, yo también. Por cierto, ¿cómo estaba atado?

—Te lo acabo de decir...

—No, mi pregunta es qué usaron: un cordón, las cuerdas de un tendedero o qué.

—Ah, vale. Utilizaron bramante del de uso doméstico, de ese duro, como el que se emplea para embalar. O para atar a la novia, si es que te gustan esas cosas. ¿Pero lo traerían ellos? No lo sé. Los Gottschalk tenían un cajón en la cocina con alicates, destornilladores y todas esas cosas que se suelen usar para arreglos caseros. El viejo no pudo asegurarme si tenían un ovillo de bramante o no. ¿Quién recuerda esas cosas, especialmente cuando tiene 78 años y vive medio año en un sitio y el otro medio en otro? Los ladrones tiraron el cajón, así que si allí había algún tipo de cuerda, lo hubieran visto.

—¿Y qué sabemos de la cinta?

—Era esparadrapo normal, blanco, como el que cualquiera puede tener en el botiquín.

—Menos yo —le aseguré—. En mi botiquín lo único que puedes encontrar son aspirinas de Rexall y algo de seda dental.

—Bueno, pues como el que puede tener en su botiquín cualquier ser humano normal. Gottschalk dijo que creía que tenían cinta adhesiva, y que en el baño, desde luego, no estaba. Pero no dejaron el rollo, ni tampoco el resto de la cuerda.

—Me pregunto por qué no lo hicieron.

—No lo sé. Supongo que querían ahorrar. También se llevaron la palanca. Si yo acabase de dejar a una mujer muerta en un apartamento, no creo que me apeteciese demasiado ir por la calle llevando herramientas de ladrón, pero la verdad es que no parecen haber actuado como genios.

—Sí, o probablemente estuvieran ocupándose de alguna otra cosa.

—Exacto. ¿Por qué llevárselo? Si Thurman estaba implicado en los hechos, y había sido él quien había comprado los materiales, tal vez tuvieran miedo de que pudiéramos localizarlos siguiéndole la pista a los objetos. Pero si utilizaron lo que encontraron en el apartamento... No lo sé, Matt, todo esto no son más que putas especulaciones, ¿te das cuenta?

—Ya lo sé. No hacemos más que discutir los «por qué...» y los «y si...», pero siempre queda algún cabo suelto.

—Y esa es precisamente la razón por la que estamos hablando de ello.

—¿Thurman describió a los ladrones?

—Por supuesto. Se mostró un poco vago en los detalles, pero en todos los interrogatorios respondió de una forma muy coherente. No se contradijo lo suficiente como para poder pillarlo en nada concreto. Las descripciones están en los archivos, puedes verlas tú mismo. Dijo que eran dos tíos grandes, blancos y más o menos de su edad y la de su mujer. Los dos llevaban bigote, y el más corpulento tenía el pelo largo por detrás, como tantos otros, como si un rabito les creciese en la nuca, ¿sabes?

—Sí, ya sé a qué te refieres.

—Un corte de pelo con mucha clase, capaz de distinguirte inmediatamente como miembro de la alta sociedad. Como los negros, con esos con el pelo cortado como si fuera un cepillo. Parece que les han puesto un fez pegado a la cabeza, y que luego les han cortado el resto con tijeras de podar. Con muchísima clase... Bueno, ¿qué te estaba contando?

—De los dos ladrones.

—Ah, vale. Echó un vistazo a las fotos del fichero, cooperó mucho, se mostró muy dispuesto a ayudar, pero no los reconoció. También hice que se los describiera a uno de nuestros dibujantes. Creo que le conoces. Es Ray Galíndez.

—Sí, claro que lo conozco.

—Es muy bueno, pero sus retratos robot a mí siempre me acaban pareciendo de hispanos. También hay copias en el archivo. Y creo que aparecieron publicados en uno de los periódicos.

—Pues yo no los he visto.

—Creo que fue en el Newsday. Tuvimos un par de llamadas, pero la verdad es que perdimos bastante el tiempo comprobándolas. No nos condujeron a ninguna

parte. ¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Que no lo hizo él solo.

—Lo mismo pienso yo.

—Hombre no se puede descartar definitivamente, porque podría haber encontrado el modo de atarse él mismo, y de deshacerse de la palanca, la cinta y el bramante. Pero no creo que las cosas sucediesen así, estoy casi convencido de que tuvo ayuda.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Hace un trato con un par de tipos, les da la llave de la puerta del edificio, les dice que entren con toda tranquilidad, que suban tres pisos y que se carguen todo lo que puedan en el apartamento de la cuarta planta. No tienen de qué preocuparse porque no hay nadie en casa, y tampoco en la de arriba. Podrán hacer todo lo que quieran: tirar los cajones, desparramar los libros por el suelo, y llevarse todo el dinero y las joyas que puedan encontrar. Lo único que tienen que hacer obligatoriamente es marcharse a las doce y media o la una de la madrugada, más o menos a la hora en la que ellos llegarán de la fiesta.

—Y regresan a casa andando porque él no quiere llegar demasiado pronto.

—Tal vez, o simplemente porque les apetece dar un paseo ya que hace buena noche. ¿Quién sabe? Llegan al piso de los Gottschak y ella dice: «Oh, mira, la puerta de Ruth y Alfred está abierta». Él la mete dentro de un empujón, ellos la cogen, le pegan una paliza, se la tiran y la matan. Y después él dice: «Eh, gilipollas, no querréis salir a la calle en mitad de la noche llevando una tele auestas; te puedes comprar diez con lo que te voy a pagar por esto». Así que dejan el aparato, pero se llevan el bramante, la cinta y la palanca para que no nos conduzcan hasta ellos. No, eso es una estupidez, ¿cómo se puede seguir la pista de esa mierda de objetos de ferretería?

—Se lo llevan porque ese sería exactamente el modo en que nosotros nos percataríamos de que no lo había hecho el propio Thurman, porque, ¿cómo se iban a marchar del apartamento la cuerda y la cinta ellas solitas?

—Vale, eso parece razonable. Pero antes de largarse le pegan una pequeña paliza y le dejan algunas lesiones, superficiales pero lo suficientemente impresionantes, para que parezca producto de una agresión real, ya verás las fotos que le sacamos y que figuran en el archivo. Después lo atan, lo amordazan e incluso puede que le arranquen la mitad de la cinta para que, llegado el momento, pueda hacer la llamada.

—O tal vez le aten lo bastante flojo para que pueda sacar una mano, hacer lo que necesite y luego volver a meterla entre las cuerdas.

—A eso iba yo. Dios, cómo me hubiera gustado que los chicos se hubieran dado un poco menos de prisa en soltarlo.

—De todos modos, los tíos se van y él espera todo lo que puede antes de llamar al 911 —le dije.

—Sí, vale. No veo que se nos esté escapando nada trascendente.

—No.

—Quiero decir, esta es la única forma de explicar que siga con vida. A ella la asesinaron, la tenían allí delante, muerta, así que, ¿por qué iban a atarlo a él cuando era mucho más fácil matarlo?

—¿Porque ya lo habían hecho antes de cargársela a ella?

—Bueno, vale, eso es lo que él cuenta. Pero incluso así, ¿por qué iban a dejarlo vivo? Él puede identificarlos, y de todos modos, si los pillan, se los van a cepillar por habérsela cargado a ella...

—En este estado no existe la pena de muerte.

—Ni me lo recuerdes, ¿vale? El tema es que los van a acusar de asesinato en segundo grado por haber matado a la mujer, y no se van a meter en más líos por cargárselo también a él, ya que están metidos en faena. Tenían la palanca, lo único que tenían que hacer era atizarle en la cabeza.

—Puede que lo hicieran.

—¿Que hicieran qué?

—Pegarle lo suficientemente fuerte como para pensar que estaba muerto. Recuerda que acababan de cargársela a ella y es posible que no lo tuvieran planeado, así que...

—Quieres decir, si es que dice la verdad.

—Sí, vale, déjame hacer de abogado del diablo por un momento. La mataron de forma accidental...

—Sí, claro, la estrangularon con las medias de forma accidental...

—... y no es exactamente que les entre el pánico, pero sí tienen prisa por abandonar la casa; le pegan una paliza y él se queda inconsciente; creen que lo más probable es que esté muerto: un golpe tan fuerte con una barra de acero debería matar a un hombre; y lo único que quieren es largarse de allí cuanto antes, no se van a parar a tomarle el pulso ni a mirar si su respiración empaña un espejo.

—Mierda.

—¿Me sigues?

—Sí, claro que te sigo —dijo él suspirando—. Por eso el caso sigue abierto. Las evidencias no resultan concluyentes, y los hechos con los que contamos apoyan prácticamente cualquier teoría que se te pueda ocurrir.

Se puso en pie y me dijo:

—Necesito un café, ¿quieres tú otro?

—Sí —le respondí—. ¿Por qué no?

—No sé por qué es tan malo este café —se lamentó Joe—. De verdad que no lo sé. Antes teníamos aquella máquina, ya sabes, la de monedas, y de semejante artilugio era imposible que saliese una taza de café ni medio decente. Pero pusimos dinero entre todos y compramos una de esas cafeteras eléctricas de goteo, y usamos café de calidad, y al final sigue sabiendo igual de mal. Creo que debe de haber alguna ley de

la naturaleza que dicte que cuando estás en una comisaría el café tiene que saber a mierda.

Pero la verdad es que a mí no me sabía tan mal.

—Si alguna vez llegamos a resolver este caso, ¿sabes cómo lo lograremos?

—Gracias a un soplón.

—Exacto. Un soplón escucha algo y nos lo dice. O también pudiera ser que uno de esos genios meta la pata, lo cacemos en algo gordo y él intente conseguir algún beneficio delatando a su compañero. Y a Thurman, suponiendo que estemos en lo cierto y esté implicado en los hechos.

—O aunque no lo esté.

—¿Qué quieres decir?

—«Estaba viva cuando nos marchamos, señor. Nosotros nos la tiramos, pero juro que le gustó, y estoy seguro de que no le atamos ninguna media al cuello. Tiene que haber sido el marido, decidió que quería sacarse un divorcio exprés».

—Dios, eso es exactamente lo que dirían.

—Lo sé. Lo dirían aun en el caso de que Thurman fuese inocente al cien por cien. «No he sido yo quien la ha matado, estaba viva cuando me marché». Y hasta podría ser verdad.

—¿Qué?

—Supongamos que fue un crimen de oportunidad. Los Thurman vuelven a casa y se encuentran con un robo en marcha. Los tipos les roban también a ellos; a él le pegan una paliza y a ella la violan, simplemente porque son unos animales, así que, ¿por qué no actuar como tales? Después se marchan, y Thurman se suelta una mano; su esposa está inconsciente, pero él cree que está muerta...

—Sin embargo, comprueba que no lo está, pero se le ocurre una idea...

—... y sus medias están allí tiradas junto a la cama, a su lado; y lo siguiente que sabe es que se los ha puesto alrededor del cuello y que esta vez sí está muerta.

Joe consideró la idea durante unos segundos.

—Claro —dijo—, podría ser. El forense fija la hora de la muerte alrededor de la una de la madrugada, lo cual cuadra con la versión de Thurman; pero si él se la cargó justo después de que los otros se marchasen y luego esperó el tiempo que se supone que estuvo inconsciente y que tardó en liberarse..., bueno, todo encajaría.

—Claro que sí.

—Y a él nadie podría inculparle. Ellos podrían decir que estaba viva cuando se marcharon, pero lo cierto es que eso lo dirían en cualquiera de los casos.

Se terminó el café y tiró el vaso de plástico a la papelera.

—Joder, podríamos estar aquí dando vueltas y vueltas durante todo el día. Yo creo que lo hizo el marido. No sé si lo planeó o le cayó del cielo, pero creo que es culpable. Con todo ese dinero por medio...

—Ella había heredado más de medio millón, según el hermano.

—Además del seguro —añadió Joe, asintiendo.

—A mí no me dijo nada de un seguro.

—Puede que no se lo dijera a nadie. Justo después de casarse, cada uno se hizo una póliza con el otro como beneficiario. Cien mil dólares si la muerte es por causas naturales, y el doble de la indemnización si es por accidente.

—Vaya, eso endulza bastante las cosas —dije yo—. Eleva las apuestas otros doscientos mil.

Él asintió con la cabeza.

—¿Voy descaminado?

—No, no. Ella se quedó embarazada en septiembre. En cuanto lo supieron, Thurman se puso en contacto con su agente de seguros y subió la cifra de la cobertura. Con un bebé en camino, aumentan las responsabilidades. Tiene sentido, ¿verdad?

—¿A cuánto la subió?

—La suya, a un millón. Después de todo, él es el que se gana el pan; sus ingresos serían difíciles de reemplazar. Sin embargo, el papel de ella también es muy importante, así que incrementó su cobertura a medio millón.

—Por lo tanto, su muerte...

—Significaba un millón entero del seguro, porque aún se mantenían la cláusula de la doble indemnización por accidente, además de todas las propiedades que él heredaría. Redondeando, se haría con un total de un millón y medio.

—¡Jesús!

—¡Oh, sí!

—¡Dios mío!

—Sí, tienes razón. Tiene los medios, el móvil y la oportunidad, y es el desalmado más cabrón que nunca haya visto. Y no he sido capaz de encontrar ni la menor prueba que demuestre que es culpable de una sola puta cosa.

Cerró los ojos un momento, y después volvió a mirarme.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto.

—¿Usas seda dental?

—¿Qué?

—Aspirinas y seda dental; dijiste que eso era todo lo que tenías en tu botiquín. ¿Alguna vez la usas?

—¡Ah! —le respondí—. Cuando me acuerdo. Mi dentista me dio la lata hasta que me la compré.

—A mí me pasa lo mismo, pero yo nunca la uso.

—En realidad yo tampoco. Pero lo bueno es que nunca nos quedaremos sin ella.

—Exacto —dijo él—. Tenemos reservas para toda la puta vida.

Aquella tarde me reuní con Elaine Mardell frente al teatro de la calle Cuarenta y Dos, al oeste de la Novena Avenida. Ella llevaba unos vaqueros muy ceñidos, botas de puntera cuadrada y una chupa de cuero negro con cremalleras en los bolsillos. Le dije que le sentaba genial.

—No sé —dijo ella—. Intentaba alejarme del estilo de Broadway, pero creo que me he pasado.

Teníamos buenas localidades, en las primeras filas, aunque el teatro era demasiado pequeño para que ninguna fuera realmente mala. Yo no recordaba el título de la obra, pero trataba sobre personas sin hogar, y el autor pretendía denunciar el problema. Uno de los actores, Harley Ziegler, era un habitual del «Keep It Simple», un grupo de Alcohólicos Anónimos que se reunía por las tardes en San Pablo Apóstol, a solo un par de bloques de mi hotel. En la función, Harley era un alcohólico que vivía en una caja de cartón. Su actuación resultaba muy convincente, pero ¿cómo no iba a serlo? Unos años antes había desempeñado aquel mismo papel en la vida real.

Al final, nos colamos entre bastidores para felicitarlo y nos encontramos con otra media docena de personas a las que yo conocía de las reuniones. Nos invitaron a unirnos a ellos para tomar un café, pero nosotros preferimos dar un paseo de diez manzanas por la Novena hasta el Paris Green, un restaurante que a los dos nos gustaba. Yo tomé filete de pez espada, y Elaine pidió linguini al pesto.

—No sé qué te parece a ti —le dije—, pero yo creo que llevas demasiado cuero para ser una heterosexual vegetariana.

—Es una de esas pequeñas y disparatadas contradicciones tras las que se esconde el secreto de mi encanto.

—Ya; me preguntaba de dónde venía tanto gancho.

—Pues ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Por cierto, a medio bloque de aquí mataron a una mujer hace unos meses. Su marido y ella sorprendieron a unos ladrones mientras robaban en el apartamento de sus vecinos de abajo, y ella terminó violada y muerta.

—Ya recuerdo el caso.

—Bueno, ahora es mi caso. Su hermano me contrató ayer; cree que lo hizo el marido. La pareja en cuyo domicilio se produjeron los hechos, los vecinos de abajo, está compuesta por un abogado judío retirado y su mujer; tienen montones de pasta, pero a ella no le robaron las pieles, ¿sabes por qué?

—Porque las lleva puestas continuamente, todas a la vez.

—No, no. Porque es una activista por los derechos de los animales.

—¿Ah, sí? Bien por ella.

—Supongo. Pero me pregunto si lleva zapatos de piel.

—Probablemente. Pero ¿a quién le importa? —dijo Elaine, inclinándose hacia delante—. Mira, podrías negarte a comer pan porque la levadura sacrifica su vida para hacerlo. Podrías negarte a tomar antibióticos porque, en el fondo, ¿tenemos algún derecho a asesinar a los pobres gérmenes? Así que ella lleva zapatos de cuero, pero no abrigos de piel. ¿Y qué?

—Bueno...

—Además —añadió—, el cuero está muy bien, pero las pieles son bastante horteras.

—Bueno, visto así..., problema solucionado.

—Genial. Entonces, ¿lo hizo el marido?

—No lo sé. Pasé junto al edificio hace un rato. Luego te puedo indicar cuál es; si te acompaño a casa dando un paseo, nos pilla de camino. A lo mejor recibes algún tipo de vibración y me resuelves el caso simplemente pasando junto a la escena del crimen.

—Tú no tuviste ninguna corazonada.

—No, en realidad yo lo veo bastante claro. El tipo tenía millón y medio de razones para matarla.

—Millón y medio...

—Sí, de dólares —le informé—. Entre el seguro y sus posesiones.

Le conté todo lo que sabía de los Thurman y lo que me habían contado Joe Durkin y Lyman Warriner.

—Lo que pasa es que no sé qué puedo hacer yo que la policía no haya hecho ya. Supongo que tendré que dedicarme a figonear un poco; llamar a ciertas puertas, hablar con cierta gente... Estaría muy bien si consiguiese demostrar que él tenía un lío de faldas, pero, por supuesto, eso fue lo primero que investigó Durkin y no lo llevó a ninguna parte.

—Tal vez tenga un novio.

—Eso encajaría perfectamente con la teoría de mi cliente, pero los gays tienen tendencia a creer que todo el mundo lo es.

—Mientras que tú y yo sabemos que todo el mundo es gilipollas.

—Ajá... ¿Te apetecería ir a Maspeth mañana por la noche?

—¿Y eso a qué viene? ¿A lo de la gilipollez?

—No, es que...

—¿O debiera decirse idiotéz? Ya solo la palabra Maspeth me suena bastante gilipollas, aunque tengo que reconocer que no he estado nunca allí. ¿Qué hay en Maspeth?

Se lo expliqué, y ella me dijo:

—No me gusta demasiado el boxeo. Y no es una cuestión moral, no me importa si dos hombres adultos quieren juntarse y pegarse una buena paliza, pero cambiaría de canal al minuto siguiente. De todos modos, mañana por la noche tengo clase.



—¿Qué haces este semestre?

—Ficción Latinoamericana Contemporánea. Trata de todos los libros que llevo tiempo diciéndome a mí misma que debería leer; y ahora tengo que hacerlo por obligación.

En otoño había estudiado arquitectura urbana, y yo la había acompañado en un par de ocasiones a ver edificios.

—Pues te vas a perder la arquitectura de Maspeth —le dije—. Aunque, a decir verdad, tampoco yo tengo demasiadas razones para ir hasta allí. No tengo por qué viajar tan lejos para ver al sospechoso. Vive justo aquí, en el barrio, y su oficina está en la Cuarenta y Ocho con la Sexta. Creo que simplemente estoy buscando una excusa para ir al boxeo. Si el New Maspeth Arena programase partidos de squash en vez de combates de boxeo, probablemente me quedaría en casa.

—¿No te gusta el squash?

—Sí, el zumo Orange Squash no me desagrada. No, en serio, en realidad nunca he visto a nadie jugar a eso, así que, ¿qué puedo saber? A lo mejor me hubiese gustado de haberlo hecho.

—A lo mejor. Conocí hace tiempo a un tipo que era jugador de squash, reconocido a nivel nacional; un psicólogo clínico de Schenectady. Estaba en la ciudad para disputar un torneo en el New York Athletic Club. Pero yo no llegué a verlo jugar.

—Ya te contaré si me lo encuentro en Maspeth.

—Bueno, nunca se sabe. El mundo es un pañuelo. ¿No has dicho que los Thurman vivían a un bloque de aquí?

—A medio bloque.

—A lo mejor solían venir a este restaurante. Tal vez Gary los conozca —conjeturó, frunciendo el ceño—. O los conocía. O lo conoce a él y la conocía a ella.

—Tal vez. Ya le preguntaré.

—Sí, pregúntale tú —dijo ella—. Parece que a mí hoy no se me dan demasiado bien los verbos.

Después de pagar la cuenta, nos fuimos a la barra. Gary estaba detrás. Era un hombre alto y larguirucho, con un aire simpático y una barba que le colgaba de la mandíbula como si del nido de una oropéndola se tratase. Dijo que se alegraba de vernos, y me preguntó cuándo le daría algo de trabajo. Le contesté que eso era difícil de saber.

—Una vez, este caballero me confió un asunto de enorme trascendencia —le explicó a Elaine—. Se trataba de una operación clandestina y la verdad es que me desenvolví muy bien.

—No me sorprende —le aseguró ella.

Le pregunté por Richard y Amanda Thurman. Me contestó que venían de vez en cuando, a veces con otra pareja y a veces, ellos solos.

—Él solía tomarse un martini con vodka antes de cenar —nos dijo—, y ella un vaso de vino. A veces venía él solo y se tomaba una cerveza rápida en el bar. No recuerdo bien la marca. Bud Light, Coors Light... No sé, alguna *light*.

—¿Ha vuelto desde el asesinato?

—Solo lo vi en una ocasión, hace una semana; o dos, más bien. Vino con otro tipo y cenaron aquí. Es la única vez que le he visto desde que sucedió. Vive muy cerca de aquí, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé.

—A mitad del bloque, más o menos.

Se inclinó sobre la barra y bajó el tono de voz para añadir:

—¿Qué pasa? ¿Acaso hay sospechas de juego sucio?

—Debería haberlas, ¿no te parece? A la mujer la violaron y la estrangularon.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Lo hizo él?

—¿Tú qué crees? ¿Te parece que tiene aspecto de asesino?

—Hombre, llevo mucho viviendo en Nueva York —respondió—. Para mí todo el mundo tiene aspecto de asesino.

Cuando salíamos del local, Elaine me dijo:

—¿Sabes a quién le podría apetecer ir mañana al boxeo? A Mick Ballou.

—Es posible. ¿Te importa que paremos un minuto en Grogan's?

—Claro que no —me contestó—. Mick me cae muy bien.

El aludido estaba allí, y aseguró estar encantado de vernos. Le entusiasmó la idea de conducir hasta Maspeth para ver cómo dos hombres adultos se daban una buena paliza. No permanecemos en su bar mucho tiempo y cuando salimos, yo llamé a un taxi, así que finalmente no pasamos junto al edificio donde Amanda Thurman había muerto; para horror de su esposo o con su complicidad.

Pasé la noche en el apartamento de Elaine, y al día siguiente comencé a husmear en los recovecos de la vida de Richard Thurman. Regresé a mi hotel justo a tiempo de ver las noticias de las cinco en la CNN. Después me di una ducha, me vestí y bajé a la calle. El Cadillac plateado de Mick ya estaba aparcado allí, junto a una boca de incendios.

—Maspeth —me dijo.

Yo le pregunté si sabía ir.

—Claro que sí. Conocí a un tío que tenía una fábrica en ese lugar; era un judío rumano. Tenía una docena de mujeres trabajando para él, juntando piezas de metal y plástico para hacer quitagrapas.

—¿Qué es eso?

—Imagínate que has grapado unos papeles y quieres volver a separarlos. Coges uno de esos artilugios y quitas con él la grapa. Tenía unas cuantas mujeres montándolas y otras empaquetándolas por docenas y enviándolas por todo el país.

Suspiró.

—Pero era muy aficionado al juego y al final acabó gastándose el dinero de la empresa.

—¿Y qué ocurrió?

—Ah, bueno, es una larga historia —aseguró—. Un día de estos te la cuento.

Cinco horas después nos dirigíamos de nuevo a Manhattan por el puente Queensboro. No habíamos vuelto a hablar del dueño de la fábrica de Maspeth. Más bien fui yo el que le estuvo hablando del ejecutivo de la televisión por cable.

—Hay que ver las cosas que se hace la gente —dijo él.

Pero también él había tenido su buena dosis de violencia. Una de las cosas que había hecho, según contaba la leyenda de su vecindario, era matar a un hombre llamado Farrelly, llevar su cabeza metida en una bolsa de bolos y mostrarla en una docena de bares de mala muerte. Hay gente que decía que no llegó a abrir la bolsa, que se limitaba a decir lo que contenía, pero otros juraban que habían sido testigos de cómo sacaba la cabeza y la sostenía en el aire diciendo: «¿Quieres echarle un vistazo a Paddy Farrelly? ¿A que es el bastardo más feo que has visto en tu vida?».

En los periódicos dicen que se lo conoce como «el chico del carnicero», pero solo ellos lo llaman así, igual que nadie más que el locutor de un *ring* llamaría nunca a Eldon Rasheed el Bulldog. Probablemente, la historia de Farrelly tuviera algo que ver con su apodo, pero me temo que este se debía también al delantal de carnicero manchado de sangre que a Mick le gusta llevar en ciertas ocasiones.

El delantal pertenecía a su padre. El viejo Ballou había venido de Francia y había trabajado toda su vida cortando piezas en los mercados cárnicos al por mayor de la calle Catorce Oeste. La madre de Mick era irlandesa, y fue de ella de quien heredó su forma de hablar, mientras que su aspecto era más bien el del viejo.

Era un hombre corpulento, alto y de complexión fuerte, con un aire como a monolito, como los monumentos prehistóricos o las cabezas de piedra de la isla de Pascua. Incluso su propia cabeza —con la piel marcada por el acné y la violencia, y esas mejillas que empezaban a exhibir los capilares rotos que producen los años de abuso del alcohol— parecía un canto rodado. Sus ojos eran de un verde realmente llamativo.

Era un gran bebedor y criminal profesional, un hombre con tanta sangre en las manos como en su delantal; y había quien, él y yo incluidos, se preguntaba cómo era posible que fuéramos amigos. Me costaría mucho explicarlo, al menos tanto como explicar mi relación con Elaine. Puede que, en realidad, todas las amistades sean inexplicables, pero algunas son más difíciles de entender que otras.

Mick me invitó a ir a Grogan's para tomar un café o una Coca-Cola, pero le puse una

excusa. Él admitió que también estaba cansado.

—Pero algún día de la semana que viene tenemos que quedar toda la noche —me dijo—. Cuando llegue la hora de cerrar, echaré el pestillo y nos quedaremos aquí contándonos historias.

—Me parece genial.

—Y luego, por la mañana, iremos a misa.

—Esa parte ya no sé si me gusta tanto —le confesé—, pero el resto suena fantástico.

Me dejó frente al Northwestern y yo me paré en el mostrador antes de ir a mi habitación. No tenía mensajes, así que subí y me metí en la cama.

Mientras esperaba a que me viniese el sueño, me encontré recordando al hombre que había visto en Maspeth, el padre que estaba sentado junto a su hijo en la primera fila de la sección central. Sabía que lo había visto en alguna parte, pero no era capaz de recordar dónde. El chico no me resultaba familiar, pero sí su padre.

Allí, tumbado en la oscuridad, me di cuenta con sorpresa de que lo que más me había llamado la atención de él no era que me resultase conocido. Todos los días veo gente que tengo la impresión de que ya he visto antes, y eso no es nada nuevo para mí; Nueva York está atestada de gente, y miles y miles de personas pasan por mi campo visual cada día, por la calle, en el metro, en los parques o en los teatros o, digamos, en el palacio de los deportes de Queens. No, lo más extraño no era aquella impresión de que lo conocía, sino la desazón que todo aquello me provocaba. Por alguna razón, era evidente que sentía que era extremadamente importante ubicar a aquel hombre, descubrir de quién se trataba y de qué lo conocía yo.

Lo recordaba allí sentado, con su brazo alrededor del chico, con una mano en el hombro del chaval y la otra señalando esto y aquello mientras le explicaba lo que ocurría en el *ring*. Y después, otra imagen, la de su mano moviéndose por la frente del joven y apartándole su pelo castaño claro.

Me centré en aquella visión, mientras me preguntaba qué era lo que me hacía sentir tan mal; mi mente se fijó en ella, pero luego se deslizó por algún otro corredor de mi memoria, y me dormí.

Unas horas después me desperté, cuando el camión de la basura pasó con su estruendo habitual para recoger las sobras del restaurante de al lado. Fui al baño y regresé a la cama. Las imágenes parpadeaban ante el ojo de mi mente. La chica de los carteles que sacudía la cabeza y erguía la espalda. El padre, con su animada expresión en el rostro. La mano en la frente del chaval. La chica. El padre. La chica. La mano que se movía y le apartaba el pelo...

¡Por Dios!

Me senté de un salto. El corazón me latía en la garganta y tenía la boca seca. Jadeaba sin control.

Dirigí la mano a un lado y encendí la lamparilla de mesa. Miré la hora. Eran las cuatro menos cuarto, pero aquella noche yo ya había dormido todo lo que iba a

dormir.

Seis meses antes, una noche de calor sofocante de un martes de mediados de julio, yo estaba en mi habitual reunión nocturna del sótano de San Pablo. Sé que era ese día de la semana porque durante seis meses me había comprometido a ayudar a apilar las sillas tras las reuniones de los martes. La teoría es que ese tipo de servicios ayudan a que uno se mantenga sobrio, aunque yo no estoy muy seguro de su efectividad. Lo que yo creo es que lo que te mantiene sobrio es no beber, aunque seguro que apilar sillas no le hace mal a nadie. Es difícil coger un vaso cuando tienes una silla en cada mano.

No recuerdo nada especial sobre la reunión en sí, pero sí que, durante el descanso, un tipo llamado Will se me acercó y me dijo que le gustaría hablar conmigo después de la sesión. Le aseguré que no había problema, pero le advertí que no podría salir justo cuando terminase, que tenía que quedarme unos minutos para recoger los asientos.

La reunión se reanudó, y concluyó a las diez en punto con el habitual padrenuestro; y terminé más rápido que de costumbre de recoger porque Will me echó una mano con las sillas. Cuando terminamos le pregunté si quería ir a algún sitio a tomar un café.

—No, tengo que regresar a casa —me dijo—. No tardaremos mucho, de todos modos. Tú eres detective, ¿verdad?

—Más o menos.

—Y antes eras poli. Te oí presentarte cuando yo llevaba más o menos un mes sobrio. Mira, ¿me harías un favor? ¿Podrías echarle un vistazo a esto?

Me pasó una bolsa de papel marrón doblada que formaba una especie de paquetito compacto. Lo abrí y saqué un videocasete que iba metido en una de esas cajas de plástico translúcido y medio rígido que usan en los videoclubes. La etiqueta la identificaba como Doce del patíbulo.

La miré, y luego miré a Will. Era un hombre como de unos cuarenta años y trabajaba en algo relacionado con ordenadores. Para entonces, llevaba ya seis meses sobrio; había empezado a venir justo después de las vacaciones de Navidad, y lo había oído hablar en una ocasión. Me sabía muy bien su historia como bebedor, pero no conocía casi nada de su vida personal.

—Conozco perfectamente esta película —le dije—. Debo de haberla visto cuatro o cinco veces.

—Esta versión no la has visto nunca.

—¿Qué tiene de diferente?

—Créeme, es diferente. O mejor, no me creas, llévate la película a casa y échale un vistazo. Tienes vídeo, ¿no?

—Pues no.

—¡Ah! —dijo, y de pronto pareció perdido.

—Si pudieras decirme qué tiene de especial...

—No, mejor que no te lo diga. Prefiero que la veas sin ideas preconcebidas.

¡Mierda!

Le di un momento para que se aclarase.

—Te diría que vinieses a mi apartamento, pero la verdad es que no puedo hacerlo esta noche. ¿Conoces a alguien que tenga vídeo y que te deje usarlo?

—Sí, alguien se me ocurre.

—Genial. ¿Vas a verla, Matt? Volveré aquí mañana por la noche, y entonces podremos hablar de ella.

—¿Quieres que la vea esta misma noche?

—¿Sería posible?

—Bueno —le respondí—. Lo intentaré.

Había planeado reunirme con el resto de la gente en el Flame para tomar un café, pero en lugar de aquello, volví a mi hotel y llamé a Elaine.

—Si no te viene bien, sencillamente me lo dices —le hice saber—, pero un tipo acaba de darme una película y me ha dicho que tengo que verla esta noche.

—¿Que alguien te ha dado una película?

—Sí, ya sabes, un casete.

—Y quieres verlo en mi como-se-llame.

—Exacto.

—En mi vídeo, vamos.

—Solo si estás segura de que no te importa.

—Podré soportarlo si tú puedes. El problema es que estoy hecha un desastre, ni siquiera estoy maquillada.

—No sabía que te maquillabas —le dije.

—Sí, claro.

—Pensé que lo tuyo era pura belleza natural.

—Vaya, chico —ironizó—, ¿y tú te llamas detective?

—Enseguida estoy ahí.

—¡Y una mierda! —me espetó—. Me vas a dar por lo menos quince minutos para arreglarme un poco, o le diré al portero que te pegue una patada en el culo cuando llegues.

En realidad había pasado como media hora para cuando llegué allí. Elaine vivía en la calle Cincuenta y Uno Este, entre la Primera y la Segunda avenidas. Su apartamento estaba en el piso dieciséis, y desde la ventana de su salón se disfrutaba de una buena vista panorámica del barrio de Queens sobre el East River. Supongo que incluso se podría ver Maspeth si uno supiera cómo localizarlo.

El apartamento era de su propiedad. El edificio se convirtió en cooperativa unos años antes, y ella adquirió la vivienda. También es dueña de varias propiedades que tiene en alquiler, dos casas familiares, y edificios de apartamentos; unos cuantos, aunque no todos, en Queens. Además, tiene otras inversiones y es muy probable que pudiera vivir desahogadamente de lo que le rentan si quisiese retirarse de la profesión. Pero no ha decidido hacerlo, al menos de momento.

Es prostituta. Nos conocimos hace años, cuando yo era poli y aún llevaba la placa dorada en mi cartera y tenía casa, mujer e hijos en Syosset, un lugar situado muy lejos, en Long Island, al otro lado de Queens; demasiado lejos para verse desde la ventana de Elaine. Establecimos una relación basada, supongo, en la necesidad mutua, lo que en realidad podría decirse de la mayoría de las relaciones, si no de todas, si uno las examina con suficiente detenimiento.

Hacíamos cosas el uno por el otro. Yo hacía por ella las típicas cosas que un policía puede hacer por alguien que está en su posición: la avisaba de que se cuidase de ciertos chulos especialmente crueles, le metía el miedo en el cuerpo a los clientes borrachos que la incordiaban, y, cuando algún tipo era tan descortés como para caérsele muerto en la cama, yo me llevaba el cuerpo a cualquier lugar en el que no resultase perjudicial ni para la reputación de él ni para la de ella. Yo le hacía cosas de poli y ella me hacía cosas de puta. Y todo aquello duró un tiempo sorprendentemente largo, porque lo cierto era que nos gustábamos de verdad.

Luego abandoné el Cuerpo; dejé la placa dorada de los detectives de la policía al mismo tiempo que mi casa, a mi mujer y a mis hijos. Elaine y yo ya rara vez nos veíamos. Incluso habríamos perdido el contacto si alguno de los dos se hubiese mudado, pero ambos permanecimos donde estábamos. Mi alcoholismo fue a peor, y finalmente, tras unos cuantos ingresos en centros de desintoxicación, acabé por cogerle el tranquillo a eso de no beber.

Llevaba así un par de años, viviendo el día a día, y en un momento determinado, un problema del pasado se materializó en el presente de Elaine. En concreto, vino de una parte de su pasado que ambos habíamos compartido, y no era solo problema suyo, sino que nos pertenecía a los dos. Ocuparnos de aquello volvió a unirnos, aunque resulta que no sabría decir lo que eso significaba. En aquel momento, desde luego, ella era mi amiga más íntima. También era la única persona a la que veía con una cierta frecuencia y con la que tenía algún tipo de historia, y solo por esa razón ya era importante para mí.

Además, era la mujer con la que me acostaba dos o tres veces a la semana, aunque lo que aquello podía significar, o hacia dónde podía llevarnos, se me escapaba por completo. Cuando hablaba del asunto con Jim Faber, mi responsable en Alcohólicos Anónimos, siempre me decía que viviese el día a día. Hay que reconocer que si uno se acostumbra a dar ese tipo de consejos en la organización, antes de que se dé cuenta termina con la reputación de un sabio.



El portero llamó por el interfono, y me indicó dónde estaba el ascensor. Elaine me estaba esperando en la puerta, con el pelo recogido en una coleta. Llevaba puestos unos pantalones piratas de color rosa brillante y una blusa sin mangas verde lima con los botones de arriba sueltos. Lucía unos enormes pendientes de aro de oro, y maquillaje suficiente para crear un efecto ligeramente burdo, lo que nunca conseguía sin pretenderlo.

—¿Lo ves? Belleza natural —le dije.

—Me alegro de que lo aprecie, señor.

—Es ese aire tuyo tan sencillo, a la vez que cuidado, lo que hace que vuelva aquí una y otra vez.

La seguí al interior y ella me cogió el casete.

—Doce del patíbulo —leyó—. ¿Esta es la película que tienes que ver sin remedio esta noche?

—Eso me han dicho.

—¿A Lee Marvin contra los nazis? ¿Esa versión de Doce del patíbulo? Me lo podías haber dicho y te habría contado la trama por teléfono. La vi en el cine cuando la estrenaron y ya he perdido la cuenta de las veces que la he vuelto a ver por la tele. Sale un montón de gente genial, Lee Marvin, Telly Savalas, Charles Bronson, Ernest Borgnine, y, ¿cómo se llama? El que salía en M.A.S.H...

—¿Alan Alda?

—No, en la película de M.A.S.H., y no me refiero a Elliot Gould, sino al otro. Donald Sutherland.

—Exacto. Y también Trini López.

—Me olvidaba de Trini López. Se mata enseguida, cuando se lanzan en paracaídas.

—No me la revientes.

—Muy gracioso. Robert Ryan también sale, ¿no? Y Robert Webber, que por cierto, acaba de morir. Es una pena, era un actor muy bueno.

—También Robert Ryan está muerto.

—Sí, Robert Ryan murió hace años. Los dos murieron. Has visto la peli, ¿no? Bueno, claro que la has visto, todo el mundo la ha visto.

—Una y otra vez.

—Entonces, ¿por qué tienes que verla ahora? ¿Cuestión de negocios?

Yo también me hice la misma pregunta. Will se había asegurado de que yo era detective antes de dármele.

—Es posible —le dije.

—Así que negocios. Ojalá a mí me pagasen por ver viejas películas.

—¿De verdad? Pues mira, a mí me gustaría que me pagasen por follar.

—Qué bonito. Mucho ojo con lo que pides en tus oraciones. ¿De verdad vas a verla o es que llevas una pistola en el bolsillo?

—¿Qué?

—Mae West. Olvídalo. ¿Puedo verla contigo o impediré que te concentres?

—Por supuesto que puedes verla —le contesté—, pero no estoy muy seguro de lo que es.

—Doce del patíbulo, *n'est-ce pas*? ¿No es lo que pone en la etiqueta?

Se golpeó con la mano en la frente, como hacía Peter Falk en su papel de Colombo cuando fingía sorprenderse al darse cuenta de alguna cosa que parecía de lo más obvia.

—Etiquetas falsas —dijo—. Estás trabajando otra vez con infracciones comerciales, ¿no?

Había trabajado durante días para una gran agencia de investigación, molestando a los vendedores callejeros por vender artículos de Batman de imitación, camisetas, viseras y esas cosas. Gané bastante dinero, pero el trabajo era muy desagradable, porque no me gustaba eso de trincar a recién llegados de Dakar y Karachi que ni siquiera tenían idea de lo que estaban haciendo mal. La verdad es que no tenía estómago para aquello.

—Creo que no va a ser exactamente eso —le dije.

—Hablaba del copyright. Alguien cogió el paquete y metió dentro una cinta pirata. ¿Me equivoco?

—Creo que no va a tratarse de eso —reiteré—, pero haces bien en ir formulando hipótesis. Lo que pasa es que voy a tener que verla para saber si estás en lo cierto o no.

—¡Ah! —dijo ella—. Bueno, ¡qué diablos! Vamos a verla ya.

La película dio comienzo. Parecía ser lo que anunciaba la etiqueta. Pasaron los créditos iniciales y Lee Marvin empezó a caminar de celda en celda. Nos presentaron a los famosos doce soldados americanos, los doce canallas, asesinos y violadores, un puñado de cabrones sentenciados a muerte por sus crímenes.

—Disculpa el atrevimiento —dijo Elaine—, pero creo que esto se parece mucho a la versión original de la película que yo recuerdo.

Y siguió pareciéndolo aproximadamente otros diez minutos más, durante los cuales comencé a preguntarme si Will tendría otro tipo de problemas más allá del alcoholismo y la dependencia a otras sustancias. Pero entonces, la pantalla se puso en negro, justo en mitad de una escena, y el sonido se cortó. La imagen permaneció así unos diez segundos, y después, apareció un chico joven y esbelto con cara de niño del medio Oeste. No tenía barba, y su pelo castaño claro estaba peinado con raya al lado y perfectamente ordenado. Estaba desnudo, a excepción de una toalla de color amarillo canario que llevaba atada a la cintura. Sus muñecas y tobillos aparecían encadenados a una estructura metálica con forma de aspa que formaba un ángulo de sesenta grados con el suelo. Además de los grilletes metálicos de las muñecas y los tobillos, unas correas de cuero le sujetaban las piernas por encima de la rodilla, y los

brazos por encima del codo. Llevaba puesto un cinturón del mismo material, parte de él cubierto por la toalla amarilla. Todos estos dispositivos parecían sujetarlo muy firmemente a aquel aparato de tortura.

Pero él no parecía estar particularmente incómodo, y una tímida sonrisa asomaba a sus labios. De pronto dijo:

—¿Ya está eso en marcha? Oye, ¿se supone que tengo que decir algo?

Una voz masculina que no estaba en el encuadre le dijo que guardase silencio. La boca del chaval se cerró inmediatamente. Me di cuenta entonces de que no era más que un niño, y no es que estuviera bien afeitado, sino que aún no le había salido la barba. Era alto, pero no parecía tener más de 16 años. No tenía pelo en el pecho, aunque sí algo de pelusilla en las axilas.

La cámara permanecía fija en él, y una mujer entró en el encuadre. Era aproximadamente igual de alta que el chico, pero aparentaba serlo más porque estaba erguida, y no abierta de piernas y brazos y atada a una cruz metálica. Llevaba puesta una máscara, parecida a la del Llanero Solitario, pero la de ella era de cuero negro. Iba a juego con el resto de su atuendo, que consistía en unos pantalones bien ajustados de cuero negro abiertos en la entrepierna, y guantes negros hasta el codo. Sus zapatos, de tacón de aguja de unos ocho centímetros, también eran negros y tenían la puntera plateada. Y eso era todo lo que llevaba. Iba desnuda de cintura para arriba, y los pezones de sus pequeños pechos estaban erectos. Los llevaba pintados de color escarlata, igual que sus gruesos labios, y me dio la impresión de que se los había embadurnado con carmín.

—Ese es el tipo de aire sencillo a la vez que cuidado del que antes hablabas —comentó Elaine—. Esto está empezando a ponerse bastante más feo que Doce del patíbulo.

—No tienes que verlo si no quieres.

—¿Qué te he dicho por teléfono? Que podré soportarlo si tú puedes. Antes tenía un cliente al que le gustaba ver películas de dominación. A mí siempre me parecieron bastante tontas. ¿Te gustaría que alguna vez te atase?

—No.

—¿Y atarme a mí?

—Tampoco.

—A lo mejor nos estamos perdiendo algo. Cincuenta millones de pervertidos no pueden estar equivocados. Bueno, allá vamos.

La mujer soltó la toalla de la cintura del chico y la tiró a un lado. Su mano lo acarició a través del guante, y el muchacho tuvo una erección casi inmediatamente.

—¡Ah, la juventud! —exclamó Elaine.

La cámara se movió para coger bien de cerca cómo lo agarraba y cómo lo manipulaba. Después volvió a retroceder, mientras ella soltaba al muchacho, tiraba de cada uno de los dedos del guante y finalmente se lo quitaba.

—Gipsy Rose Lee<sup>[2]</sup> —sentenció Elaine.

Las uñas de aquella mano que se había liberado del guante estaban pintadas con una laca que hacía juego con el lápiz de labios que lucía en la boca y los pezones. Sujetó el largo guante en su mano desnuda y le pegó al chico con él en el pecho.

—¡Eh! —protestó él.

—¡Cállate! —le recriminó ella, aparentemente muy enfadada.

Volvió a pegarle con el guante, esta vez en la boca. Los ojos del muchacho se abrieron de par en par. Ella volvió a golpearlo en el pecho y nuevamente en la cara.

—¡Eh, cuidado, ¿vale?! —dijo él—. Ojo, que eso duele de verdad.

—Seguro que sí —comentó Elaine—. Mira, le ha marcado la cara. Me temo que se está metiendo demasiado en el papel.

El hombre que estaba fuera de cámara le ordenó al chico que se estuviera quieto.

—Te ha dicho que te calles —repitió ella.

Se inclinó sobre el cuerpo del muchacho y se frotó contra él. Lo besó en la boca. Rozó con la punta de los dedos de su mano libre la marca que el guante había dejado en su mejilla. Fue bajando, dejándole una hilera de besos manchados de carmín por el pecho.

—Qué caliente —aseguró Elaine.

Hasta entonces había estado sentada en una silla, pero ahora se acercó, se acomodó a mi lado en el sofá y me puso la mano en el muslo.

—¿Y ese tipo te dijo que tenías que ver esto esta noche, eh?

—Exacto.

—¿Y te dijo que tuvieras a tu novia cerca mientras lo veías? Ya, ya.

Su mano se movió por mi pierna, pero yo la detuve con la mía.

—¿Qué ocurre? —dijo ella—. ¿Ahora no me dejas tocarte?

Antes de que pudiese responder, la mujer de la pantalla cogió el pene del chico con la mano que aún tenía enfundada en el guante. Después, con la otra, cogió el otro guante y lo golpeó fuertemente con él en el escroto.

—¡Ay! —se quejó él—. ¡Dios, deja ya de hacer eso, ¿vale?! Me duele. Dejadme bajar, dejadme bajar de esta cosa, ya no quiero seguir con esto...

Él seguía protestando cuando la mujer, con la más escalofriante de las furias reflejada en su rostro, dio un paso adelante y le clavó una rodilla en su desprotegida ingle.

Él gritó. La misma voz masculina fuera de cámara dijo:

—¡Tápale la boca, por Dios santo! No quiero oír toda esa mierda. Bueno, quítate de en medio, ya me ocupo yo.

Yo había supuesto que aquella voz pertenecía al cámara, pero no hubo corte alguno en el rodaje mientras el dueño de la voz entraba en imagen. Parecía llevar puesto un traje isotérmico de buceador, pero cuando se lo comenté a Elaine, ella me corrigió.

—Es un traje de goma —dijo—. De goma negra. Se los hacen a medida.

—¿Quiénes?

—Los aficionados a la goma. Ella va vestida de cuero, y él de goma. Como sacado de una de esas terapias de pareja...

Él llevaba también una máscara de goma negra; en realidad, era más bien una capucha que le cubría toda la cabeza. Tenía un agujero para cada ojo, y otro para la nariz y la boca. Cuando se giró vi que también el traje de goma llevaba la entrepierna abierta. De ella salía su pene, largo y flácido.

—El tío de la máscara de goma —dijo Elaine—, ¿qué esconde?

—No lo sé.

—No deberías bucear con eso, a no ser que quieras que un pez te haga una mamada. Pero una cosa sí te puedo decir de ese tío: que no es judío.

Para entonces, él ya había tapado la boca del muchacho con varias tiras de cinta adhesiva. Después, la chica de cuero le dio su guante, y él marcó nuevamente de rojo la piel del chico. Sus manos eran grandes y estaban cubiertas de pelo oscuro en gran cantidad. El traje acababa en las muñecas, y como las manos eran prácticamente la única parte de su cuerpo que quedaba expuesta, me fijé en ellas más de lo que hubiera hecho en otras circunstancias. Llevaba un enorme anillo de oro en el dedo anular de su mano derecha, con una gran piedra pulida que no supe identificar. Podía ser negra o azul oscura.

En aquel momento, se puso de rodillas y se la cogió al chico con la boca. Cuando consiguió devolverle la erección se apartó y le enrolló una tira de cuero muy fuertemente alrededor de la base del pene.

—Así se quedará dura —le dijo a la mujer—; le cortas la circulación y la sangre entra pero no puede salir.

—Como las cucarachas en los moteles —murmuró Elaine.

La mujer montó al chico a horcajadas, y lo atrapó con la abertura de sus pantalones de cuero y la correspondiente abertura de su carne. Lo montó, mientras el hombre los iba acariciando alternativamente, jugando primero con los pechos de ella, y pellizcándole luego los pezones a él.

La cara del chico cambiaba continuamente de expresión. Estaba asustado, pero también excitado. Hacía una mueca de dolor cuando él le hacía daño, pero el resto del tiempo parecía receloso; como si quisiera disfrutar de lo que le estaba sucediendo, pero tuviese miedo de lo que iba a pasar a continuación.

Mientras mirábamos, Elaine y yo habíamos dejado de hacer comentarios, y su mano ya hacía mucho tiempo que se había apartado de mi muslo. Había algo en aquel espectáculo que asfixiaba cualquier razonamiento con tanta fuerza como el trozo de cinta blanca acallaba al chico.

Yo empezaba a tener un mal presentimiento sobre lo que estábamos viendo.

Mi aprensión se confirmó cuando el ritmo con el que la mujer de cuero montaba al chico aumentó.

—Venga —le apremió, casi sin aliento—. Hazle lo de los pezones.

El hombre de goma salió del encuadre; volvió con algo en las manos, que al

principio no pude ver lo que era. Después me di cuenta de que se trataba de un utensilio de jardinería, uno de esos que se usan para podar los rosales.

Aún montando al chico, ella comenzó a retorcerle los pezones entre el pulgar y el índice, girándolos, tirando de ellos. El hombre puso una mano en la frente del muchacho; los ojos de este giraban con violencia. Suavemente, tiernamente, la mano del hombre se movió para retirarle el suave pelo castaño de la cara.

Con su otra mano, colocó las tijeras de podar.

—¡Ahora! —le pidió la mujer, pero él esperó y ella tuvo que ordenárselo de nuevo.

Después, mientras aún acariciaba la frente del joven, mientras aún le echaba hacia atrás el pelo, apretó más fuerte la mano que tenía las podaderas y le cortó el pezón.

Apreté el mando a distancia y la pantalla se apagó. Elaine tenía los brazos cruzados de modo que cada una de sus manos agarraba el codo contrario. La cara interna de sus brazos presionaba sus costados y aun así temblaba levemente.

—No creo que quieras ver el resto —le dije.

No respondió inmediatamente. Se quedó allí sentada, en el sofá, cogiendo y soltando aire, cogiéndolo y soltándolo. Después dijo:

—Era real, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Le han cortado, le han... ¿cómo se dice? Le han podado, sí, eso es, le han podado el pezón. Si le llevasen al hospital inmediatamente podrían reimplantárselo. ¿No se lo hicieron a uno de los Mets...?

—A Bobby Ojeda. El año pasado, y era la punta de un dedo.

—De la mano con la que tira, ¿verdad?

—Sí, de la mano con la que lanza.

—Y lo llevaron inmediatamente al hospital. No sé si funcionaría con un pezón —dijo, volviendo a respirar profundamente, cogiendo y soltando el aire—, pero no creo que nadie vaya a llevar a ese chaval al hospital.

—No, no lo creo.

—Siento como si fuera a desmayarme, o a vomitar, o algo así.

—Agáchate y pon la cabeza entre las rodillas.

—Y después, ¿qué hago? ¿Le doy un besito de despedida a mi culo?

—Si crees que te vas a desmayar...

—Ya lo sé, es para que la sangre vuelva a la cabeza. Solamente estaba bromeando. «Debe de estar bien, enfermera, está haciendo bromas». Estoy bien, no te preocupes. Ya me conoces, me han enseñado bien, me comporto bien en las citas, nunca me desmayo, nunca vomito y nunca pido langosta. Matt, ¿tú sabías que iba a ocurrir eso?

—No, no tenía ni idea.

—Un tijeretazo, y el pezón al diablo. Y la sangre corría hacia abajo por el pecho. Fluía dibujando una especie de zigzag, como un viejo río. ¿Qué palabra se usa cuando un río hace eso?

—No lo sé.

—Meandros, eso es. La sangre dibujaba meandros por su pecho. ¿Vas a ver el resto?

—Sí, más vale que lo vea.

—La cosa se va a poner peor, ¿verdad?

—Eso creo.

—¿Van a dejar que muera desangrado?

—Desde luego no a causa de ese corte.

—¿Y qué ocurre? ¿La sangre sencillamente se coagula?

—Sí, antes o después lo hace.

—A no ser que tengas hemofilia. Bueno, creo que no puedo ver más.

—Lo mejor es que ni lo intentes. ¿Por qué no me esperas en la habitación?

—¿Y me avisarás cuando pueda salir?

Yo asentí. Ella se puso en pie y al principio no parecía encontrarse demasiado estable, pero consiguió reponerse y salir caminando de la sala. Oí cómo se cerraba la puerta de la habitación, y aun así esperé, ya que tampoco yo tenía demasiada prisa por saber cómo continuaba todo aquello. No obstante, tras uno o dos minutos, apreté el botón del mando y volví a poner la grabación en marcha.

Lo vi entero, hasta el final. A los diez minutos oí cómo se abría la puerta de la habitación de Elaine, pero mantuve la vista fija en la pantalla. Cuando ella pasó por detrás de mí para volver a ocupar su asiento en el sofá me di cuenta. No le dirigí la mirada ni le dije nada. Me quedé allí sentado, contemplando.

Cuando terminó, la pantalla volvió a ponerse negra, y de pronto nos vimos zambullidos nuevamente, de forma brusca, en la acción de Doce del patíbulo, cuando la banda de matones y sociópatas del comandante andaba suelta por un castillo de la Francia ocupada lleno de oficiales nazis de permiso. Nos quedamos allí sentados y seguimos viendo aquella maldita cosa hasta que acabó. Vimos cómo Telly Savalas sufría una crisis psicótica, vimos a nuestros héroes disparar pistolas, lanzar granadas, y desatar un verdadero infierno.

Después de que la última escena pasara, después de que los créditos terminaran, Elaine se puso en pie, alcanzó el aparato y pulsó el botón de rebobinado. De espaldas a mí, me preguntó:

—¿Cuántas veces te dije que había visto esta película? ¿Cinco o seis? Cada vez me descubro deseando que en esa ocasión sea diferente y John Cassavetes no termine muerto. Es un tipo asqueroso, pero se te parte el alma cuando lo matan, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Es que ya lo habían conseguido y cuando por fin estaban fuera de peligro, una última bala sale de la nada y así, sin más, se muere. John Cassavetes, por cierto, también está muerto, ¿verdad? ¿No murió el año pasado?

—Eso creo.

—Y Lee Marvin, por supuesto, también. Lee Marvin, John Cassavetes, Robert Ryan y Robert Weber. ¿Y quién más?

—No lo sé.

Se puso frente a mí, y me miró fijamente:

—Todo el mundo muerto —dijo enfadada—. ¿Te has dado cuenta de eso? La gente se muere por todas partes, incluso el puto ayatolá se ha muerto, y yo pensaba que ese cabrón del turbante iba a vivir para siempre... A ese chico lo han matado, ¿verdad?

—Eso es lo que parece.

—Sí, eso es lo que es. Lo han torturado, se lo han follado y torturado más, han vuelto a follárselo otro poco, y después lo han matado. Eso es lo que hemos visto.

—Sí.

—Estoy hecha un lío —dijo ella, mientras se daba la vuelta y se dejaba caer sobre una silla, para luego proseguir—: en Doce del patíbulo cae gente muerta por todas partes, todos esos alemanes, y también algunos de los nuestros, ¿y qué? Lo ves y no pasa nada. Pero esto otro, esos dos hijos de puta y ese chaval...

—Sí, eso era real.

—¿Cómo puede alguien hacer algo semejante? Yo no nací ayer, no soy una mujer particularmente inocente. O al menos, eso creo. ¿Tú sí?

—No, nunca lo he pensado.

—Soy una mujer de mundo, por Dios santo. Quiero decir, no hay por qué ocultarlo, soy puta.

—Elaine...

—No, déjame terminar, cariño. No me estoy degradando, solamente estoy diciendo la verdad. Resulta que soy profesional en un terreno en el que generalmente la gente no muestra sus mejores instintos. Sé que el mundo está lleno de una fauna bastante extraña, y que la gente hace de todo. Sé que hay muchos pervertidos, sé que a la gente le gusta disfrazarse, llevar cuero, goma o pieles, atarse unos a otros, tener fantasías, y todas esas cosas. También sé que hay gente que acaba confundida, se pasa de la raya y hace cosas terribles. A mí misma casi me matan en una ocasión, ¿te acuerdas?

—Como si fuera hoy mismo.

—También yo. Bueno, vale. Está bien. Bienvenidos al mundo. Hay días en los que pienso que alguien debería cerrarle el grifo a toda la raza humana. Pero, bueno, mientras tanto puedo vivir con ello. Pero esta mierda no puedo soportarla. De verdad que no puedo.

—Lo sé.



—Me siento sucia —dijo ella—. Necesito darme una ducha.

Hubiese querido llamar a Will a primera hora de la mañana siguiente, pero no sabía cómo ponerme en contacto con él. Conocía cosas tuyas bastante personales, como que había empezado a beber jarabe para la tos a los doce años, que su novia lo había dejado porque, estando borracho, se había enzarzado en una pelea con el padre de ella, que su matrimonio actual estaba pasando por momentos difíciles cuando él dejó de beber..., pero no sabía su apellido ni dónde trabajaba, así que tuve que esperar hasta la reunión de las ocho y media.

Él llegó a San Pablo cuando la reunión estaba comenzando, y durante el descanso se dirigió hacia mí con paso decidido y me preguntó si había tenido oportunidad de ver la película.

—Por supuesto —le respondí—. Siempre ha sido una de mis favoritas. Me gusta especialmente la parte en la que Donald Sutherland suplanta a un general y pasa revista a las tropas.

—¡Dios! —dijo él—. Quería que vieses en concreto la película que yo te había dado, el casete que te entregué la otra noche, ¿no te lo dije?

—Solo era una broma —repuse.

—¡Ah, bueno!

—La vi. No es exactamente mi idea de un rato agradable, pero la vi entera.

—¿Y?

—¿Y qué?

Decidí que podíamos apañárnoslas sin asistir a la segunda mitad de la reunión. Lo cogí del brazo, lo saqué fuera y juntos subimos los escalones que nos conducían hasta la calle. En la Novena Avenida, un hombre y una mujer estaban discutiendo por cuestiones económicas, y sus voces se propagaban fuertes y lejos por el aire caliente. Le pregunté a Will de dónde había sacado la cinta.

—Ya viste la etiqueta —me contestó—. Del videoclub de la esquina de mi calle. En la Sesenta y Uno con Broadway.

—¿La alquilaste?

—Exacto. Ya la había visto antes. Tanto Mimi como yo la habíamos visto en varias ocasiones, pero pillamos por casualidad una de las secuelas por cable la semana pasada y nos apetecía ver de nuevo la versión original. Y ya sabes lo que vimos.

—Sí, ya lo sé.

—Es una puta película *snuff*. Así es como las llaman, ¿no?

—Eso creo.

—Nunca había visto ninguna.

—Tampoco yo.

—¿De verdad? Creí que siendo poli, detective y todo eso...

—Pues nunca había visto nada parecido.

—Bueno —suspiró—, ¿y ahora qué hacemos?

—¿A qué te refieres, Will?

—¿Vamos a la poli? No quiero meterme en líos, pero tampoco me sentiría bien desentendiéndome del tema. Vamos, que me gustaría que me aconsejases lo que puedo hacer.

La pareja seguía gritándose al otro lado de la avenida. «Déjame en paz», dijo el hombre, «joder, déjame en paz».

—Explícamelo todo, para que me haga una idea clara de cómo acabó esta película en tus manos. Entrás en el videoclub, la coges de una balda...

—No se coge de la balda la película real.

—¿Ah, no?

Me explicó cuál era el proceso, que lo que tenían en exposición no eran más que las carátulas en cartón, que uno elegía la que quería, la llevaba al mostrador y allí se la cambiaban por el vídeo correspondiente. Él era socio, así que lo que hacía el empleado era registrar que se la llevaba y cobrarle el precio por alquilarla durante veinticuatro horas, sea el que sea el que marca. Un par de dólares, por ejemplo.

—¿Y dices que el videoclub está en Broadway con la Sesenta y Uno?

—A dos o tres puertas de la esquina —asintió—, junto al bar Martin's.

Conocía el establecimiento. Era un local grande y diáfano, como Blarney Stone, con bebidas baratas, comida caliente y una mesa de bufé. Hace años solían tener un cartel en la ventana que trataba de captar clientes anunciando su hora feliz, de ocho a diez de la mañana, durante la que las bebidas estaban a mitad de precio. Desde luego, no dejaba de ser una hora curiosa.

—¿Hasta qué hora está abierto tu videoclub?

—Hasta las once, creo. Y los fines de semana, hasta las doce.

—Iré a hablar con ellos.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Bueno, no sé. ¿Quieres que vaya contigo?

—No es necesario.

—¿Estás seguro? Porque en ese caso me vuelvo para asistir a lo que queda de reunión.

—Vete si quieres.

Se giró y luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Oye, Matt. Se supone que tendría que haber devuelto la película ayer, así que es posible que te pidan que les abones un día extra. Ya me dirás lo que es y el próximo día te lo pago.

Le dije que no tenía por qué preocuparse de aquello.

El videoclub estaba exactamente donde Will me había indicado. Yo había pasado primero por mi habitación para recoger el casete. Había cuatro o cinco clientes curioseando por allí, y un hombre y una mujer detrás del mostrador. Ambos tenían unos treinta años, y él lucía una barba de dos o tres días. Me imaginé que sería el encargado, ya que si fuese ella quien estuviese al mando, probablemente le hubiera dicho que se fuera a casa y se afeitara.

Me acerqué al hombre y le dije que quería hablar con el encargado.

—Yo soy el dueño —me informó—. ¿Le sirvo?

—Creo que usted alquiló esta película —le dije, enseñándole el casete.

—Esa es nuestra etiqueta, así que debe de ser una de las nuestras. Doce del patíbulo, sigue siendo una de las favoritas del público. ¿Hay algún problema con ella? Y por cierto, ¿está seguro de que es culpa de la cinta o es que hace tiempo que no limpia los cabezales del vídeo?

—Uno de sus clientes la alquiló hace un par de días.

—¿Y usted quiere devolverla de su parte? Si se la llevó hace un par de días tendré que cobrarle por haberla devuelto tarde. Déjeme ver —dijo mientras se acercaba a un ordenador e introducía el código de la etiqueta—. William Haberman. Según esto, hace tres días, no dos, lo que significa que nos debe cuatro dólares y noventa centavos.

Ni siquiera saqué la cartera.

—¿Reconoce esta cinta? —le pregunté—. No la película en sí, sino este casete en concreto.

—¿Debería reconocerlo, acaso?

—Hay otra película grabada en la mitad.

—Déjeme comprobarlo —me pidió, mientras me cogía el casete y señalaba a uno de sus extremos—. ¿Ve esto? Las cintas vírgenes tienen una lengüeta aquí. Cuando se graba algo que se quiere conservar, se quita esa lengüeta y ya no se puede grabar encima por error. Una cinta comercial como esta viene ya sin lengüeta para que no se pueda estropear dándole al botón de grabar del vídeo por error, cosa que ocurriría constantemente si no lo hicieran; somos todos unos verdaderos genios. Pero si se tapa el hueco con un trocito de cinta adhesiva, vuelve a funcionar. ¿Está seguro de que no fue eso lo que hizo su amigo?

—Completamente seguro.

Me miró con cara de sospecha durante un segundo, y luego se encogió de hombros.

—Así que lo que quiere es otra copia de Doce del patíbulo, ¿verdad? No hay problema, es un título muy popular, tenemos varias copias. No una docena, pero sí unas cuantas.

Se disponía a coger una cuando lo detuve cogiéndolo por un brazo.

—Ese no es el problema —le dije.

—¡Ah!

—Alguien ha grabado una película de contenido pornográfico encima de Doce del patíbulo —le informé—. Y no se trata de los jugueteos habituales calificados como X, sino una demostración extremadamente violenta y sádica de porno infantil.

—Estará usted de broma.

Negué con la cabeza.

—Me gustaría saber cómo llegó ahí la grabación —planteé.

—¡No me extraña! —exclamó.

Alargó la mano para coger el casete, pero entonces la apartó como si quemase.

—Le juro que no tengo nada que ver con ella. Aquí no trabajamos con material X, ni Garganta profunda, ni Devil in Miss Jones, ni basura por el estilo. La mayor parte de los videoclubes tiene una sección, o al menos unos cuantos títulos, para que los matrimonios puedan animarse un poco viendo algo antes, para la gente que no frecuenta los antros de Times Square. Pero cuando abrí, decidí que no quería tener nada que ver con ese tipo de películas. No las quiero en mi tienda.

Miró el casete, pero ni siquiera alargó la mano para rozarlo.

—Así que, ¿cómo habrá llegado ahí? Esa es la cuestión, ¿verdad?

—Es probable que alguien quisiera hacer una copia de otra cinta.

—Y no tenía una cinta virgen a mano y utilizó esta. Pero ¿por qué usarían una cinta de videoclub y la devolverían al día siguiente? No tiene mucho sentido.

—Probablemente alguien cometiese un error —le sugerí—. ¿Quién fue la última persona que la alquiló?

—La anterior a Haberman, quiere decir. Déjeme ver.

Consultó el ordenador y frunció el ceño.

—Él fue el primero.

—¿La cinta era nueva?

—No, por supuesto que no. ¿Le parece a usted una cinta nueva? No sé, lo metes todo en el ordenador para tener todos los registros perfectamente organizados y te encuentras con una cosa así. ¡Ah, no...! espere un minuto. Ya sé de dónde ha salido esta cinta.

Una mujer, me explicó, le había traído una bolsa entera llena de videocasetes, la mayoría de ellos clásicos de los buenos.

—Había tres versiones diferentes de El halcón maltés, imagínese. La de 1936 titulada Satan met a lady, con Bette Davis y Warren Williams. Arthur Treacher hace de Joel Cairo y el papel de Sydney Greenstreet lo interpreta una gorda llamada Alison Skipworth, se lo crea o no. También trajo la versión original, de 1931, con Ricardo Cortez en el papel de Spade, aunque no está demasiado bien; no hay nada como el héroe en el que Bogart lo convirtió en la de 1940. Esa se llamaba también El halcón maltés, pero después de que sacasen la versión de Huston, a la primera le cambiaron el título. Le pusieron Dangerous female.

Me dijo que la mujer era la casera de un edificio. Uno de sus inquilinos había muerto y ella estaba vendiendo parte de sus pertenencias para recuperar los alquileres

atrasados.

—Así que le compré todo el lote —me explicó—. La verdad es que no sé si le debía el alquiler o simplemente ella había visto la oportunidad de sacar un par de pavos, pero desde luego no era una ladrona. No había robado las cintas. Además estaban en buenas condiciones, por lo menos las que vi.

Me dirigió una sonrisilla de arrepentimiento.

—No las vi todas. Desde luego, esta no la vi.

—Eso podría explicarlo todo —opiné—. Si ese tipo era el dueño de las cintas, fuera quien fuese...

—Y tenía una grabación que quería copiar, y tal vez era medianoche y no podía salir a comprar una cinta virgen... Claro, eso tendría sentido. No grabaría en un casete de videoclub, pero este no lo fue hasta que yo se lo compré a la señora, y para entonces él ya le había metido la otra.

Me miró y luego preguntó:

—¿De verdad que es porno infantil? ¿No estará exagerando?

Le dije que no, que no exageraba. Él comentó algo acerca del mundo en el que vivimos, y yo le pregunté el nombre de la mujer.

—Soy incapaz de recordarlo —reconoció—. Si es que lo he sabido alguna vez, cosa que dudo.

—¿Y no le extendió un cheque?

—Probablemente no. Creo que lo prefería en metálico, como casi todo el mundo. Pero existe la posibilidad de que le pagara con un talón. ¿Quiere que lo compruebe?

—Se lo agradecería.

Esperó a atender a un cliente, entró en la sala trasera y salió unos minutos más tarde.

—Nada de cheques —me dijo—. Ya me lo imaginaba. No obstante, encontré una nota sobre la transacción, lo que ya es sorprendente en mí. Me trajo treinta y un casetes y le di veinticinco dólares. Bastante poco, ¿no? Pero la verdad es que eran cintas usadas y los gastos generales son los que lo deciden todo en este negocio.

—¿En la nota de la transacción ponía su nombre?

—No, pero la fecha era del 4 de junio, si eso le sirve de ayuda. Y después de aquello no he vuelto a ver a la mujer. Me imagino que debe de vivir en el barrio, pero no sé nada más que lo que le he dicho.

No se le ocurrió ningún otro dato, ni tampoco a mí más preguntas que hacerle. Dijo que le daría a Will un alquiler gratuito de veinticuatro horas de Doce del patíbulo, una copia en perfecto estado, y sin cargo alguno, por supuesto.

Cuando volví a mi hotel, busqué el número de Will; era más sencillo localizarlo ahora que sabía su apellido. Lo llamé y le dije que podía recoger su película gratis cuando le apeteciese.

—Con respecto al otro casete —le informé—, no hay nada que tú o yo podamos hacer. Un tío copió lo que vimos en una cinta de Doce del patíbulo que era de su

propiedad, que luego terminó en circulación por error. Su dueño está muerto, y no hay manera de saber quién era, y mucho menos de seguir el rastro de la grabación a partir de él. De todos modos, estas cosas pasan de mano en mano así. La gente las copia porque no hay ningún otro modo de moverlas, no están disponibles en el mercado.

—Gracias a Dios —repuso—. Pero ¿crees que debemos dejar el asunto sin más? A ese chico lo mataron.

—La cinta original podría tener diez años —le dije—. Y podrían haberla grabado en Brasil.

Aquello no era muy probable, teniendo en cuenta que todo el mundo hablaba inglés americano; pero él no me lo tuvo en cuenta.

—La verdad es que es una cinta horrible, y desde luego, viviría mucho más tranquilo si no la hubiese visto, pero no creo que podamos hacer nada al respecto. Probablemente haya cientos de grabaciones similares por toda la ciudad. O, por lo menos, docenas. Lo único que tiene esta de especial es que tú y yo la hemos visto.

—¿No merece la pena enseñársela a la policía?

—En mi opinión, no. La confiscarían, y después, ¿qué? Acabaría guardada en algún almacén, y mientras tanto tendrías que responder a un montón de preguntas sobre cómo fue a caer en tus manos.

—Eso no me gustaría.

—Por supuesto que no.

—Bueno —se resignó—. Entonces supongo que más vale que nos olvidemos de ella.

Pero yo no podía.

Lo que había visto y la manera en que lo había visto me dejaron una profunda huella. Estaba diciendo la verdad cuando le aseguré a Will que nunca había visto una película *snuff*. Había oído rumores de vez en cuando; habían confiscado una en Chinatown, por ejemplo, y en el distrito policial 5 habían cogido un proyector y la habían visto. El poli al que se lo había oído contar decía que quien se lo había contado a él se había marchado de la habitación cuando a la chica le habían cortado la mano, y posiblemente fuera cierto; pero las historias de policías se van haciendo más y más grandes a medida que pasan de unos a otros, igual que el cuento aquel de los bares sobre la cabeza de Paddy Farrelly. Sabía que aquel tipo de películas existía, y que había gente que las hacía y otros que las veían, pero el mundo de toda aquella gente nunca había afectado al mío.

Así que hubo cosas que se quedaron en mi interior, y no fueron exactamente las que yo hubiera esperado. Una de ellas era el aire lacónico del chico al empezar la película: «¿Ya está eso en marcha? Oye, ¿se supone que tengo que decir algo?». Otra era su sorpresa cuando la fiestecita a la que lo habían invitado empezó a complicarse,

y su incapacidad para creer lo que estaba sucediendo.

Y la mano del hombre sobre la frente del chico en medio de todo aquello, gentil, solícita, acariciándole el pelo y retirándoselo de la cara. Era un gesto que se repitió de forma intermitente durante todo el proceso, hasta que le infligieron la crueldad más grande de todas las posibles y la cámara tomó una panorámica de la zona que me condujo hasta un sumidero colocado en el suelo a unos cuantos metros de los pies del chico. Ya habíamos visto aquel sumidero antes, pero entonces el cámara lo buscó intencionadamente. Se trataba de una reja de metal oscuro colocada en un suelo de cuadros blancos y negros. La sangre, tan roja como el lápiz de labios de la protagonista, tan roja como sus largas uñas y como las puntas de sus pequeños pechos, fluía por aquel damero maldito hasta llegar al sumidero.

Aquella era la última imagen, y no salía nadie en ella, solo las baldosas del suelo, la alcantarilla, y la sangre que fluía. Después la pantalla se quedaba en negro y, luego, volvía a salir Lee Marvin, tratando de hacer del mundo un lugar más seguro en nombre de la democracia.

Durante unos cuantos días, tal vez una semana, pensé sin cesar en lo que había visto. Sin embargo, no hice nada al respecto, porque no sabía cómo actuar. Había guardado el casete en mi caja fuerte sin volver a echarle un segundo vistazo (con uno ya había tenido suficiente) y, aunque a mí me parecía que era algo que debía seguir investigando, ¿cómo podía hacerlo? Al final no era más que un videocasete en el que dos personas no identificables mantenían relaciones sexuales entre sí y con una tercera persona, a la que tampoco se podía reconocer, y a la que maltrataban, presumiblemente contra su voluntad, y a la que, casi con toda certeza, asesinaban después. No había modo de decir quiénes eran, o dónde y cuándo lo habían hecho.

Un día, tras una de las reuniones que se celebraban al mediodía, bajé paseando por Broadway hasta la calle Cuarenta y Siete, y pasé un par de horas en el infecto tramo entre Broadway y la Octava. Entré y salí de un montón de sex shop. Al principio me encontraba muy cohibido, pero conseguí habituarme; me tomé mi tiempo y curioseé en las secciones de sadomasoquismo. Cada tienda tenía la suya propia en la que se incluían títulos sobre la dominación, la disciplina, la tortura, el dolor..., cada uno con unas cuantas frases descriptivas y una foto en la carátula para abrir boca.

No esperaba encontrar a la venta nuestra versión de Doce del patíbulo. La censura en los establecimientos de Times Square es mínima, pero el porno infantil y el asesinato aún están prohibidos, y lo que yo había visto incluía ambas cosas. El chaval era lo suficientemente mayor como para pasar por adulto, y un buen editor podría haber cortado las partes más comprometidas, pero parecía poco probable que encontrase una versión suavizada.

Existía una posibilidad, sin embargo, de que el hombre de goma y la mujer de cuero hubieran hecho otras películas, por separado o juntos. No estaba seguro de poder reconocerlos, pero tal vez lo hiciera, especialmente si aparecían de nuevo con



los mismos trajes. Así que eso era lo que estaba buscando, si es que en el fondo realmente buscaba algo.

En la zona alta de la calle Cuarenta y Dos, unos cinco portales al este de la Octava Avenida, había otro sex shop muy similar a los demás, aunque aparentemente especializado en material sadomasoquista. Por supuesto, también contaba con el resto de las especialidades, pero aquella sección era mucho mayor en proporción. Había vídeos que costaban entre 19,98 y 100 dólares, y revistas con nombres como Tit Torture.

Eché un vistazo a todos los casetes, incluidos los hechos en Japón y en Alemania, y también a los no profesionales, identificados por zafias etiquetas hechas por ordenador. Antes de llegar a la mitad ya había dejado de buscar al hombre de goma y a su despiadada compañera. En realidad, ya no buscaba nada, simplemente estaba dejándome invadir por aquel mundo en el que me había visto tan bruscamente introducido. Siempre había estado allí, más o menos a kilómetro y medio de mi lugar de residencia, y siempre lo había sabido, pero jamás había entrado en él. Nunca había tenido razones para hacerlo.

Finalmente, conseguí salir del local. Habría estado dentro como una hora, mirándolo todo, y sin comprar nada. Si aquello había molestado al dependiente, se lo guardó para sí. Era un hombre joven de piel oscura, procedente del subcontinente indio y de cara inexpresiva, que jamás hablaba. La verdad es que nadie en la tienda llegó a hablar, ni él, ni yo, ni ninguno de los demás clientes. Todo el mundo se cuidaba de evitar el contacto visual; curioseaban, compraban o no, entraban, recorrían el local y salían como si no fuesen conscientes de la presencia de los otros. De vez en cuando, la puerta se abría y se cerraba, o se oía un tintineo cuando el dependiente contaba el cambio sobre la palma de la mano de alguien y les daba monedas para las cabinas de vídeo que había al fondo. Por lo demás, todo permanecía en silencio.

Me di una ducha en cuanto volví al hotel. La verdad es que me ayudó, pero aún me envolvía un cierto aura que recordaba a Times Square. Aquella noche fui a una reunión, y volví a ducharme antes de acostarme. Por la mañana, tomé un desayuno rápido y leí el periódico. Después bajé por la Octava Avenida y torcí a la izquierda hacia el Deuce.

Volví al sex shop especializado en sado que había visitado el día anterior. Estaba allí el mismo dependiente, pero no dio señales de haberme reconocido. Le pedí cambio de diez dólares, me dirigí hacia una de las pequeñas cabinas traseras y cerré la puerta. No importa qué cabina se elija porque todas contienen un terminal de vídeo enganchado a un único sistema de circuito cerrado de dieciséis canales. Se puede cambiar de un canal a otro a voluntad. Es como ver la televisión en casa, salvo que la programación es diferente y cada treinta segundos hay que echar una moneda si uno quiere que la retransmisión continúe.

Me quedé hasta agotar todas mis monedas. Vi a hombres y mujeres hacerse cosas de lo más variopintas, todas ellas ligeras variaciones sobre el tema general del castigo y el dolor. Algunas de las víctimas parecían disfrutar de la situación y ninguna parecía estar sufriendo verdaderamente. Se trataba de actores, voluntarios que aceptaban su papel y formaban parte de un espectáculo.

Nada de lo que vi allí se parecía ni remotamente a lo que había presenciado en casa de Elaine.

Cuando salí del local, tenía diez dólares menos en el bolsillo y me sentía como si me hubiesen caído varias décadas encima. El aire era cálido y húmedo allí fuera, toda la semana lo había sido. Me sequé el sudor de la frente y me pregunté qué estaba haciendo en la calle Cuarenta y Dos y por qué había ido allí. En aquel lugar no había nada que debiera interesarme.

Y sin embargo, parecía que no podía apartarme de aquella zona. Ningún otro sex shop me atraía, no quería utilizar el resto de los servicios que ofrecía la calle, ni comprar drogas ni contratar a una compañera sexual. No quería ver una película de kung fu ni comprarme unas zapatillas de baloncesto, un equipo electrónico o un sombrero de paja con un ala de más de cinco centímetros. Podría haberme comprado una navaja automática («se vende solo en forma de kit, ensamblarla podría resultar ilegal en algunos estados»), o fotos de identificación falsas, de esas que te entregan al instante a cinco dólares en blanco y negro y a diez en color. Podía haber jugado un rato al Pac-Man o al Donkey Kong, o haberme quedado a escuchar a un hombre de color de pelo blanco que aseguraba tener pruebas irrefutables de que Jesucristo era un negro de pura sangre nacido en lo que hoy es Gabón.

Caminé por la calle arriba y abajo, arriba y abajo. Al cabo de un rato decidí cruzar la Octava y tomar un sándwich y un vaso de leche de pie en un establecimiento de la terminal de autobuses Port Authority. Me quedé allí un rato; el aire acondicionado resultaba una bendición. Y después algo volvió a llevarme a la calle.

Uno de los teatros ponía un par de películas de John Wayne, Asalto al carro blindado y La legión invencible. Pagué un dólar o dos, no recuerdo bien lo que costaba, y entré. Llegué a la mitad de una de las películas, me quedé hasta la mitad de la siguiente, y luego volví a salir.

Y seguí caminando.

Estaba sumido en mis pensamientos y no presté atención a un chaval negro que se me acercó y me preguntó qué estaba haciendo. Me di la vuelta y le miré, y él se me quedó también observando con expresión desafiante. Tendría unos quince o dieciséis años, tal vez diecisiete, más o menos la misma edad que el chico que habían asesinado en la película, pero sin duda era mucho más espabilado.

—Solo miro escaparates —le respondí.

—Pues los has mirado todos —me dijo—. Llevas un buen rato dando vueltas al mismo bloque.

—¿Y qué?

—Que qué estas buscando.

—Nada.

—Baja hasta aquella esquina —me indicó—, hasta la Octava, y después dobla la esquina y espera.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Para que no se nos quede mirando todo el mundo, para eso.

Lo esperé en la Octava Avenida y él debió de correr para dar la vuelta al bloque o tomar algún atajo por el Hotel Carter. Hacía años se llamaba hotel Dixie, y era famoso porque el telefonista contestaba siempre a las llamadas diciendo: «Hotel Dixie, ¿y qué?». Creo que le cambiaron el nombre más o menos cuando Jimmy Carter le arrebató la presidencia a Gerald Ford, pero es posible que me equivoque; no obstante, aunque hubiese sido así, probablemente no fuese más que una coincidencia.

Yo estaba de pie en un portal cuando el chico se me acercó caminando desde el sur de la calle Cuarenta y Tres, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada a un lado. Llevaba una chaqueta vaquera, pantalones de la misma tela y una camiseta. Cualquiera pensaría que estaba asándose con aquella chaqueta puesta, pero el calor no parecía molestarlo.

—Te vi ayer, tío, y hoy vuelvo a verte todo el día por aquí. Todo el tiempo arriba y abajo, arriba y abajo. ¿Qué estás buscando?

—Nada.

—¡Y una mierda! Todo el mundo en el Deuce busca algo. Al principio creí que eras de la pasma, pero no eres poli.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo eres, ¿verdad? —preguntó mientras me echaba una mirada concienzuda—. ¿O sí? Igual resulta que sí eres un madero.

Me reí.

—¿De qué te ríes? Te portas muy raro, tío. Por ahí preguntan si quieres comprar porros, o coca, si es así, no tienes más que hacerme un gesto con la cabeza, ni siquiera tienes por qué mirar al tipo que te la venda. ¿Quieres algún tipo de droga?

—No.

—No. Lo que quieres es una cita con alguna pibita.

Negué con la cabeza.

—¿Con un tío, entonces? ¿O con un tío y una tía? ¿Quieres ver algún espectáculo? ¿Quieres formar tú parte del espectáculo? Dime lo que quieres.

—No he venido más que a pasear —le contesté—. Tengo cosas en que pensar.

—¡Y una...! —me dijo—. Venir hasta el Deuce a pensar. Anda tío, ponte mi gorra de pensar y baja ya a la Tierra. Si no me dices lo que quieres, ¿cómo te lo voy a conseguir?

—¡Que no quiero nada!

—Dime lo que quieres, yo te ayudaré a conseguirlo.

—Ya te lo he dicho, no quiero nada.

—Bueno, pues yo quiero mierda, un montón de mierda, así que dame un dólar.

No pretendía amenazarme, no había ningún signo de intimidación, así que yo le pregunté:

—¿Y por qué tengo que darte un dólar?

—Tío, porque somos amigos. Y después, como somos colegas, a lo mejor te doy un porro. ¿Qué te parece?

—Yo no fumo chocolate.

—¿Qué no fumas chocolate? Y entonces, ¿qué fumas?

—Es que yo no fumo.

—Entonces dame un dólar y yo no te daré nada.

Me reí, aun a mi pesar. Eché un vistazo a mi alrededor y vi que nadie nos estaba prestando atención. Saqué la cartera y le alargué un billete de cinco dólares.

—¿Para qué es esto?

—Para nada. Te lo doy porque somos amigos.

—Vale, ¿pero qué quieres? ¿Quieres que me vaya a alguna parte contigo?

—No.

—Y entonces, ¿por qué me das esto?

—Oye, sin problemas, si no lo quieres...

Le eché la mano al billete, pero él lo retiró rápidamente, mientras se reía.

—¡Eh! —exclamó—. Lo que se da no se quita, ¿no te lo enseñó tu mamá?

Se metió el billete en el bolsillo, ladeó la cabeza y me escrutó con la mirada.

—Tío, no te entiendo...

—No hay nada que entender. ¿Cómo te llamas?

—¿Que cómo me llamo? ¿Por qué quieres saber cómo me llamo?

—Por nada.

—Puedes llamarme TJ.

—Vale.

—Vale. ¿Y cómo te llamas tú?

—Puedes llamarme Booker.

—¿Qué pasa, Booker? —dijo, meneando la cabeza—. Tío, no te pega eso de Booker. Te puede pegar cualquier otra cosa, pero eso de Booker...

—Bueno, me llamo Matt.

—Matt —repitió él, como si estuviera probando cómo le sonaba mi nombre—. Sí, eso mola. Matt. Matthew. Ese eres tú, Matthew.

—Y esa es la verdad, Caridad.

Se le iluminaron los ojos.

—¡Eh! —me dijo—. Eso es de Spike Lee. ¿Has visto la peli?

—Claro.

—Desde luego, eres un tipo difícil de entender.

—Que te repito que no hay nada que entender.

—Tú tienes algún vicio. Lo que pasa es que no sé cuál es.

—A lo mejor no tengo.

—¿En esta calle?

Silbó de forma monótona. Tenía la cara redonda, la nariz ancha y los ojos brillantes. De pronto me pregunté si los cinco dólares que le había dado no se los gastaría en una dosis de *crack*. Estaba un poco rechoncho como para pensar que se metía *crack*; no tenía el aspecto que se les pone a los que lo consumen. Pero también es cierto que eso no se produce de forma inmediata.

—En el Deuce —prosiguió— todo el mundo tiene un vicio. Un vicio de *crack* o de porros, de sexo o de viruta, de subidón o de flipe. Tío, si tú no tienes, ¿qué haces aquí?

—¿Y tú qué haces aquí, TJ?

—Oh, yo tengo mi propio vicio —me dijo riéndose—. Tengo que saber los vicios del resto de la peña, ese es mi vicio, y ahora esa gente eres tú, Matt.

Pasé unos cuantos minutos más con TJ, y desde luego fue la mejor cura que podía haber encontrado para la tristeza que me había dejado la calle Cuarenta y Dos, y, además, por solo cinco dólares. Para cuando volví a la parte alta de la ciudad ya me había quitado la mortaja que había llevado puesta todo el día. Me di una ducha, tomé una buena cena y me fui a una reunión.

Al día siguiente el teléfono sonó mientras me afeitaba. Cogí el metro hasta Brooklyn y conseguí un trabajo que me proporcionó un abogado de la calle Court llamado Drew Kaplan. Tenía un cliente que había sido acusado de haber matado a un hombre en un atropello y haberse dado a la fuga.

—Él jura que es inocente —me dijo Kaplan—, aunque yo personalmente creo que todo lo que cuenta es un montón de mierda, pero por si acaso está diciéndole la verdad a su abogado, deberíamos tratar de encontrar algún testigo del atropello de la viejecita. ¿Te gustaría intentarlo?

Dediqué una semana al asunto, y después Kaplan me dijo que lo dejase, que le habían ofrecido la posibilidad de que su cliente adujera conducción temeraria y negación de auxilio.

—Han decidido retirar la acusación de homicidio —me informó—. Y desde luego yo le he recomendado que lo acepte, y finalmente lo ha hecho, una vez que se le ha metido en la cabeza que de esa forma no tendrá que cumplir condena. Le van a pedir seis meses, pero estoy seguro de que el juez le concederá la libertad condicional, así que mañana aceptaré el acuerdo, a no ser que desde que hablamos por última vez hayas encontrado al testigo perfecto.

—Acabo de encontrar a alguien esta tarde.

—Un cura —me dijo—, un cura con una visión perfecta y que además tiene la medalla de honor del Congreso.

—En realidad no es tan perfecto, pero sí muy válido. El problema es que la chica está segura de que tu cliente es culpable.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Y la acusación no ha dado con ella?

—Hasta hace dos horas, por lo menos, no.

—Bueno, rogaremos a Dios para que no la encuentren —me dijo—. Dejaré cerrado el caso mañana. Te he enviado el cheque por correo. Sigues sin tener licencia ni presentar informes, ¿verdad?

—Sí, a no ser que necesites algo para tener constancia del trabajo.

—De hecho —dijo—, lo que necesito en este caso es no tener nada en lo que conste, así que no me pases informes y me olvidaré de que hemos tenido esta conversación.

—Por mí, está bien.

—Fantástico. Y, Matt, creo que te convendría sacarte la licencia en algún momento. Podría darte más trabajo, pero hay asuntos que no te puedo encargar si no la tienes.

—Sí, ya lo he pensado.

—Bueno —concluyó—. Si te decides, házmelo saber.

El cheque de Kaplan resultó ser de lo más generoso, y cuando me llegó decidí alquilar un coche y viajar con Elaine hasta los Berkshires para gastarme una parte del dinero que había ganado. Cuando regresamos, Wally de Reliable me llamó y me ofreció un trabajo de dos días, en un asunto relacionado con un parte de seguros.

La película que había visto se había perdido en el pasado y mi conexión emocional con ella se estaba diluyendo. Me había afectado por el simple hecho de que la había visto, pero en realidad no tenía nada que ver conmigo, ni yo con ella, y según iba pasando el tiempo y mi vida volvía a su curso normal, volvió a ser en mi mente lo que realmente era: otra atrocidad más en un mundo que rebosa de ellas. Leía el periódico cada mañana, y todos los días aparecían nuevas crueldades que hacían que uno se olvidase de las del día anterior.

Aún había imágenes de la grabación que de vez en cuando se venían a la mente, pero ya no me mortificaban como antes. Tampoco volví a la calle Cuarenta y Dos ni a encontrarme con TJ; de hecho, apenas volví a pensar en él. Desde luego era un tipo interesante, pero Nueva York está llena de gente así.

Pasó el año. Los Mets fueron perdiendo fuerza y acabaron fuera de la competición, y los Yankees nunca llegaron a estar en ella. En las series terminaron jugando dos equipos de California, y lo más interesante que ocurrió en el partido fue el terremoto de San Francisco. En noviembre la ciudad tuvo su primer alcalde negro, y la semana siguiente a la de su elección Amanda Warriner Thurman fue violada y asesinada tres pisos por encima de un restaurante italiano en la calle Cincuenta y Dos Oeste.

Después, vi la mano de un hombre acariciar el pelo castaño claro de un chaval, y todo volvió a empezar.

Ya había desayunado y leído dos periódicos cuando el banco abrió. Saqué el casete de mi caja fuerte y llamé a Elaine desde un teléfono público de la calle.

—Hola —me saludó—, ¿qué tal estuvo anoche el boxeo?

—Mejor de lo que esperaba. ¿Qué tal tu clase?

—Fenomenal, pero tengo como una tonelada de cosas que leer. Y hay una boba en clase que levanta la mano cada vez que el profesor termina una frase. Si él no consigue que se calle la boca voy a tener que matarla.

Le pregunté si le importaba que me pasase por su casa.

—Quisiera usar tu vídeo durante una hora —le dije.

—Vale —asintió ella—, pero solo si vienes enseguida y la película no dura mucho más de una hora. Y si lo que vamos a ver es más divertido que el casete que me trajiste la última vez.

—Llegaré enseguida —le dije.

Colgué, me acerqué al bordillo y conseguí un taxi inmediatamente. Cuando llegué allí, ella me cogió el abrigo y me dijo:

—Bueno, ¿qué tal anoche? ¿Viste al asesino?

Supongo que se me abrieron los ojos como platos, ya que ella añadió:

—A Richard Thurman, quiero decir. ¿No se suponía que iba a estar allí? ¿No ibas para eso a Maspeth?

—Ah, ahora mismo no estaba pensando en él. Sí, estaba allí, pero la verdad es que no he averiguado nada sobre si fue él quien mató a su esposa o no. Fue a otro asesino a quien creo que vi.

—¿Qué?

—Al tipo del traje de goma. Vi a un hombre y creo que era él.

—¿Llevaba el mismo traje, o qué?

—No, llevaba un jersey azul de pico.

Le conté lo del hombre y el chico que estaba a su lado, y luego dije:

—Así que traigo la misma cinta que la última vez; no creo que quieras verla de nuevo.

—Ni por todo el oro del mundo. Creo que lo que voy a hacer, que de hecho es lo que tenía pensado de todos modos, es salir y comprar los libros que necesito para clase. No debería llevarme más de una hora. Sabes cómo funciona el vídeo, ¿verdad?

Le dije que sí.

—Volveré a tiempo de prepararme para mi cita. Va a venir alguien a las once y media.

—Para esa hora yo ya me habré marchado.

Esperé hasta que Elaine hubo salido por la puerta; después me puse manos a la



obra con el vídeo y pasé las secuencias de Doce del patíbulo. Ella regresó unos minutos antes de las once, casi una hora después de que se hubiera marchado. Para entonces yo ya había visto el espectáculo dos veces. Duraba media hora, pero la segunda vez que lo visioné pasé algunas de las partes, con lo cual solo me llevó la mitad del tiempo. Ya había rebobinado la cinta y estaba de pie junto a la ventana cuando ella volvió.

—Me acabo de gastar cien dólares en libros —me dijo—. Y lo peor es que no he dado ni con la mitad de la lista.

—¿Y no te puedes comprar versiones de bolsillo?

—Todos estos ya son de bolsillo. No sé de dónde voy a sacar tiempo para leérmelos todos.

Volcó la bolsa sobre el sofá, cogió un libro y lo echó de nuevo a la pila.

—Por lo menos están en inglés, lo que ya es bastante, porque la verdad es que no sé ni español ni portugués. Lo que es una pena, porque no leer la versión original es casi como no leer el libro...

—Si la traducción es buena...

—Supongo que sí, pero ¿no es un poco como ver una película con subtítulos? Lo que estás leyendo no es lo mismo que escribió el autor. ¿Ya has visto la cinta?

—Ajá.

—¿Y? ¿Era él?

—Creo que sí —le dije—, pero habría sido mucho más fácil de comprobar si no hubiese llevado esa maldita capucha. Debía de estar medio ahogado con ese traje de goma tan ajustado y esa capucha.

—Bueno, tal vez la entrepierna abierta sirva para refrescarse.

—Me parece que es él —le repetí—. Ese gesto, cuando le pasaba la mano por el pelo al chico es lo que finalmente me sonó de él, pero también hay otros detalles que coinciden. La actitud, el modo en el que se movía... Son cosas que no se pueden tapar con un traje. Y las manos también me parecían las suyas, pero, sobre todo, el gesto... eso de tocarle el pelo al chaval, era exactamente como lo recordaba.

Fruncí el ceño y luego añadí:

—Y creo que también era la misma chica.

—¿Qué chica? No mencionaste a ninguna chica. ¿Te refieres a su secuaz, la de las tetas pequeñas?

—Creo que era la chica de los carteles. La que se contonea alrededor del cuadrilátero entre asaltos, con un cartelón que anuncia los asaltos.

—Me imagino que tampoco ella llevaba el traje de cuero.

—Iba más bien vestida como para ir a la playa, enseñando bastante pierna —dije yo mientras negaba con la cabeza—. La verdad es que no le presté demasiada atención.

—Sí, claro.

—En serio. Había algo en ella que me resultaba vagamente familiar, pero no me

fijé bien en su cara.

—Por supuesto que no. Estabas demasiado ocupado mirándole el culo —me dijo, poniéndome una mano en el brazo—. Me encantaría seguir charlando...

—Pero esperas compañía. Ahora mismo me voy. ¿Te importa que deje la cinta? No quiero llevarla por ahí durante todo el día ni tampoco ir expresamente al hotel a dejarla.

—No hay problema. Odio tener que echarte, pero...

Le di un beso y me marché.

Cuando salí a la calle sentí el deseo de plantarme en mitad de la puerta y ver quién aparecía. Ella no me había dicho a las claras que su cita fuera con un cliente, pero tampoco lo contrario. Y yo me había mostrado lo suficientemente prudente como para no preguntárselo. Tampoco quería, en realidad, quedarme escondido allí, entre las sombras, intentando enterarme de con quién tendría su cita del mediodía, y especulando lo que tendría que hacer para ganarse el dinero que necesitaba para comprarse aquellas traducciones del español y el portugués.

A veces me molestaba su trabajo, y otras veces no. En ocasiones, incluso pensaba que debería molestarme más o menos de lo que lo hacía. Algún día, pensé, y no por vez primera, tendría que arreglar la situación.

Mientras tanto, me fui caminando hacia Madison y cogí un autobús que me llevó treinta bloques más allá, en dirección a la parte alta de la ciudad. La galería de Chance se encontraba en un primer piso, sobre una tienda que vendía ropa cara para niños. El escaparate mostraba una encantadora escena de El viento en los sauces, con todos los animalitos vestidos con la ropa del establecimiento. La rata llevaba un jersey de color verde musgo, que probablemente costase tanto como una balda entera de libros de ficción latinoamericana contemporánea.

La placa de bronce que estaba colocada sobre el portal decía: «L. CHANCE COULTER. ARTE AFRICANO». Subí un tramo de escaleras cubiertas de moqueta. Las letras negras con ribetes dorados de la puerta mostraban la misma leyenda, además de la acotación: «Solo con cita previa». Yo no tenía cita, pero confiaba en no necesitarla. Llamé al timbre, y después de un rato, la puerta se abrió y apareció Kid Bascomb. Llevaba un traje de tres piezas y me sonrió abiertamente cuando me reconoció.

—¡Señor Scudder! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verlo! ¿Le espera el señor Coulter?

—No, a menos que tenga bola de cristal. Me arriesgué a venir y ver si estaba en la galería.

—Se alegrará mucho de verle. Ahora mismo está al teléfono, pero pase, señor Scudder, y póngase cómodo. Ahora mismo le digo que está usted aquí.

Me di una vuelta por la habitación, mirando las máscaras y las estatuas. No era un experto en aquel tipo de arte, pero tampoco se necesitaba serlo para darse cuenta de la

calidad de las piezas expuestas. Estaba de pie frente a una cuya etiqueta la identificaba como una máscara Senufo procedente de Costa de Marfil, cuando Kid volvió para decirme que Chance me recibiría enseguida.

—Está hablando por teléfono con un caballero de Amberes —me informó—. Creo que eso está en Bélgica.

—Sí, eso creo. No sabía que trabajabas aquí.

—Oh, ya llevo un tiempo, señor Scudder.

La noche anterior, en Maspeth, le había dicho que me llamase Matt, pero esa era una causa perdida.

—Ya sabe que me retiré del boxeo; no era lo suficientemente bueno.

—Eso no es cierto, eras la hostia de bueno.

Él me sonrió.

—Bueno, me crucé con tres seguidos que eran bastante mejor que yo. Mejores, quiero decir. Así que me retiré. Me busqué otra ocupación y el señor Chance me dijo que si quería trabajar para él. El señor Coulter, quiero decir.

No me extrañó que cometiera aquel error. Cuando conocí a Chance, aquel monosílabo era el único apelativo que tenía, y hasta que se metió en el negocio del arte no le añadió una inicial delante y un apellido detrás.

—¿Y te gusta este trabajo?

—Es mucho mejor que recibir golpes en la cara. Y sí, me gusta mucho. Aprendo cosas. No pasa un día sin que aprenda algo nuevo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —nos interrumpió Chance—. Matthew, ya era hora de que vinieras a verme. Pensé que anoche te nos ibas a unir con tu amigo. Bajamos todos al vestuario de Eldon, y cuando me di la vuelta para presentarte ya te habías ido.

—Decidimos no alargar más la noche.

—Pues resultó ser una velada verdaderamente larga. ¿Todavía eres aficionado al buen café?

—¿Aún usas esa mezcla especial?

—Blue Mountain de Jamaica. El precio es de escándalo, por supuesto, pero mira a tu alrededor —me pidió, señalando las máscaras y las estatuas—. El precio de todo lo que hay aquí es ridículo. Café solo, ¿verdad? Arthur, ¿puedes traernos un poco de café? Y después creo que deberías ponerte con todas esas facturas.

Ya había tomado antes café jamaicano en su casa, que era en realidad un parque de bomberos reconvertido, situado en una calle muy tranquila de Greenpoint. Sus vecinos polacos creían que el domicilio pertenecía a un médico jubilado y confinado en casa llamado Levandowski, y que Chance era el ayudante y chofer del buen doctor. Pero en realidad Chance vivía allí solo, en una casa que contaba con un gimnasio completo y una mesa de billar de casi dos metros y medio, y cuyas paredes estaban cubiertas de piezas de arte africano de calidad suficiente como para exponerse en un museo.

Le pregunté si todavía conservaba aquella casa.

—Oh, no soportaría mudarme —afirmó—. Creí que iba a tener que venderla para poder abrir esta galería, pero al final me las arreglé. Después de todo, no tuve que invertir en las existencias. Tenía toda la casa atestada de estas piezas.

—¿Aún tienes tu colección?

—Y mejor que nunca. En realidad, podríamos considerar todos estos objetos como parte de mi colección, y, por otra parte, todo lo que tengo está a la venta, así que todo forma parte de las reservas de mi negocio. ¿Te acuerdas de aquel bronce de Benín? ¿La cabeza de la reina?

—¿Aquella toda llena de collares?

—Pagué por ella más de su valor real en una subasta, y cada tres meses que estaba en la estantería y no se vendía, le subía el precio. Al final resultó tan cara que hubo alguien que no pudo resistir la tentación y la compró. Me dio mucha pena desprenderme de ella, pero después, con aquel dinero me compré otra cosa.

Me cogió del brazo.

—Deja que te enseñe alguna de estas piezas. Esta primavera he estado un mes en África, dos semanas enteras en Mali, en el país de los dogon. Son primitivos, pero muy amables; sus cabañas recuerdan a aquella especie de nichos en los que vivían los anasazi de Mesa Verde. ¿Ves? Esa pieza es dogon. Los ojos son agujeros cuadrados, todo muy sencillo y diáfano.

—¡Cómo has cambiado, Chance! —le dije.

—Por Dios —repuso—, ¿verdad que sí?

Cuando conocí a Chance, también era un hombre de éxito, pero en otro tipo de trabajo. En aquellos tiempos era proxeneta, aunque se apartaba bastante del tipo tradicional que todos tenemos en mente, con el Cadillac rosa y el enorme sombrero morado. Me contrató para que descubriera quién había matado a una de sus chicas.

—Todo te lo debo a ti —me dijo—. Tú me sacaste del negocio.

De algún modo, aquello era cierto. Para cuando conseguí completar la misión para la que me había contratado, ya había muerto otra de sus chicas, y el resto lo había abandonado.

—Yo creo que en aquel momento simplemente estabas listo para cambiar de carrera —le comenté—. Estabas ya inmerso en la crisis de los cuarenta.

—Eh, era demasiado joven para eso. Aún hoy lo soy, Matthew. Pero bueno, no has venido aquí solo para hacerme una visita de cortesía, ¿verdad?

—No, así es.

—Ni tampoco por la proverbial calidad de mi café.

—No, tampoco. Anoche vi un tipo en el boxeo y pensé que tal vez pudieses decirme de quién se trata.

—¿Te refieres a alguno de los que estaban conmigo? ¿Alguien que estaba en el rincón de Rasheed?

Negué con la cabeza.

—No, se trata de un tipo que estaba sentado en la primera fila, en la sección central —le dije, mientras dibujaba un croquis en el aire—. Aquí está el cuadrilátero, ¿vale? Aquí es donde tú estabas sentado, justo en el rincón azul. Aquí estábamos Ballou y yo. El tipo que me interesa estaba sentado más o menos aquí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Es un hombre blanco, con poco pelo, de poco más de metro y medio, y unos 85 kilos.

—Un peso semipesado. ¿Cómo iba vestido?

—Con chaqueta azul, pantalón gris y corbata azul con lunares grandes.

—La corbata es lo único que le podría diferenciar del resto de la gente. Debería haberme fijado en una corbata como esa, pero no lo hice.

—Lo acompañaba un chico, un adolescente de pelo castaño claro, que podría ser su hijo.

—Ah, sí que los vi —afirmó Chance—. Al menos sé que había un padre y un hijo en la primera fila, pero no te podría decir el aspecto que tenía ninguno de los dos. La única razón por la que me fijé en ellos es porque probablemente aquel fuera el único chaval que había en el recinto.

—Pero sabes a quién me refiero.

—Sí, pero no sé quién es —dijo cerrando los ojos—. Casi ni me acuerdo de él, ¿sabes? Lo veo allí sentado, pero si me pidieses que le describiera no creo que fuese capaz de hacerlo, únicamente podría repetir como un loro los detalles que me acabas de dar. ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Que qué ha hecho?

—Lo buscarás para algún caso, ¿no? Pensé que estabas en Maspeth solo para ver el boxeo, pero parece que estabas trabajando.

Pero en otro caso, pensé. En realidad no había razón alguna para que me hubiese metido en este.

—Tenía negocios que hacer allí —le dije.

—Y este tipo forma parte de ellos, pero no sabes quién es.

—Podría formar parte de ellos. Tengo que identificarlo para poder asegurarlo.

—Vale, ya lo entiendo.

Pensó un momento y prosiguió:

—Estaba justo delante. Debe de ser un auténtico aficionado. Es posible que vaya con frecuencia. Estaba a punto de decirte que nunca le había visto en el Garden ni en ningún otro sitio, pero la verdad es que yo he empezado a ir regularmente al boxeo desde que tengo una participación en la carrera de Rasheed.

—¿Y es grande esa participación, Chance?

—No, muy pequeña, se podría decir que mínima. ¿De verdad que te gusta? Anoche dijiste que sí.

—Es impresionante. Pero se deja pegar con la derecha.

—Sí, ya lo sé. Kid también me lo dice. Ese Domínguez, sin embargo, tiene un

derechazo muy rápido.

—Sí, la verdad es que resulta muy brusco en sus movimientos.

—Claro que sí. Pero, de repente, perdió —dijo sonriendo—. Me encanta el boxeo.

—También a mí.

—Es un deporte brutal y bastante bárbaro. No lo puedo justificar, pero me da igual, me encanta de todos modos.

—Ya lo sé. ¿Habías ido a Maspeth antes, Chance?

Negó con la cabeza.

—Está en el culo del mundo, ¿verdad? —se quejó—. Bueno, en realidad no está tan lejos de donde tengo mi casa, en Greenpoint, lo que pasa es que no fui desde allí ni tampoco regresé a ella cuando acabó la velada, así que no me sirvió de mucho vivir cerca. Solo fui porque la pelea era en ese lugar.

—¿Vas a volver?

—Si nos vuelve a tocar pelear allí y puedo, sí iré. El próximo combate programado es dentro de tres semanas, a partir del martes próximo, en Atlantic City —me informó, sonriendo—, en el edificio de Donald Trump, que me temo que es mucho más lujoso que el New Maspeth Arena.

Me contó con quién se iba a enfrentar Rasheed y yo le dije que iría a verlo. O por lo menos, que lo intentaría. El propósito era que el púgil pelease cada tres semanas, me explicó, pero la verdad era que acababa siempre siendo una vez al mes.

—Siento no poder ayudarte —se lamentó—. Puedo preguntar aquí y allá, si quieres. La gente del rincón de Rasheed va constantemente al boxeo. ¿Sigues aún en el hotel de siempre?

—Sí, en el mismo.

—Si me entero de algo...

—Te lo agradezco, Chance. Y, ya sabes, me alegro de que todo te vaya tan bien.

—Gracias.

Ya en la puerta, le dije:

—Ah, casi se me olvida. ¿Te suena de algo la chica de los carteles?

—¿Quién?

—Ya sabes, la que se pavonea por el *ring* con el número del siguiente asalto.

—¿La llaman la chica de los carteles?

—No lo sé. Supongo que se la podría llamar Miss Maspeth. Es solo que me preguntaba...

—Si sé algo de ella. Bueno, desde luego, lo que sí sé es que tenía buenas piernas.

—Sí, de eso ya me di cuenta yo solito.

—Y piel, creo recordar que enseñaba mucha carne. Me temo que eso es todo lo que sé de ella, Matthew. Estoy fuera del negocio, gracias a ti.

—«Fuera del negocio». ¿Te pareció prostituta?

—No —dijo él—, más bien me pareció monja.

—Sí, de la orden de las Clarisas.

—Más bien de las Hermanas de la Caridad. Aunque a lo mejor tienes tú razón.

Hay un bar llamado Hurley's en la Sexta Avenida, frente a la torre de cristal y acero donde la Five Borough Cable Sportscasts tiene sus oficinas. Mucha gente de la NBC es cliente del local desde hace años, y Johnny Carson dio fama al establecimiento cuando hacía su programa en directo desde Nueva York, ya que era el lugar en el que se desarrollaban todos sus chistes de borrachos de Ed McMahon. Hurley's aún sigue donde siempre, situado en uno de los pocos edificios antiguos que todavía permanecen en pie en aquel tramo de la Sexta. La gente de la televisión aún va asiduamente al lugar; allí matan el tiempo, ya sea una hora o una tarde entera; y uno de sus visitantes más habituales es Richard Thurman. Al final de la jornada solía entrar y quedarse el tiempo justo de tomarse una copa, a veces dos, antes de volver a casa.

No había que ser el mejor detective del mundo para saber aquello, porque, en realidad, Joe Durkin ya tenía recogido el dato en el archivo que me había dejado leer. Llegué a Hurley's hacia las cuatro y media de la tarde, y me quedé en la barra con un vaso de gaseosa. Se me había pasado por la cabeza sonsacar al camarero, pero el local estaba atestado de gente y él estaba demasiado ocupado como para poder atender a mis conversaciones de tanteo. Además, hubiéramos tenido que gritarnos para hacernos oír.

El tipo que estaba a mi lado quería hablar sobre la Super Bowl, que se había celebrado el domingo anterior. La conversación era tan desigual que no creí que fuera a prolongarse durante mucho tiempo, pero resultó que los dos habíamos acabado por apagar la tele a mitad del partido. Aquel lazo común le llevó a pagarme una ronda, pero su entusiasmo disminuyó al descubrir que lo que yo bebía era gaseosa, y se desvaneció por completo cuando intenté desviar la charla hacia el boxeo.

—Eso no es un deporte —me dijo—. Un par de críos del gueto intentando machacarse hasta la muerte. ¿Por qué no lo simplificamos, les damos pistolas y dejamos que se maten a balazos?

Poco después de las cinco vi entrar a Thurman. Iba acompañado de otro hombre más o menos de su misma edad y encontraron sitio en la barra, justo en la esquina opuesta a donde yo me encontraba. Pidieron bebidas, y después de diez o quince minutos, Thurman se marchó solo.

Al poco rato también yo me fui.

El restaurante de la planta baja de la casa de Thurman, en la Cincuenta y Dos Oeste, se llamaba Radicchio's. Estuve un rato de pie al otro lado de la calle, y comprobé que no había luces en el último piso. El de la planta inmediatamente inferior, la residencia



de los Gottschalk, también estaba a oscuras, ya que Ruth y Alfred se encontrarían pasando el invierno en Palm Beach Oeste.

Me había saltado la comida, así que decidí cenar pronto en aquel restaurante italiano. Solo había otras dos mesas ocupadas, ambas por parejas jóvenes que estaban totalmente enfrascadas en su conversación. Me apetecía llamar a Elaine y decirle que cogiese un taxi y se reuniese conmigo, pero no estaba seguro de que fuese una buena idea.

Tomé ternera y media ración de farfalle, o al menos creo que así se llama esa pasta en forma de lacitos que allí servían con una salsa roja y muy especiada. La pequeña ensalada que acompañaba a la comida llevaba un montón de aquellas hojas amargas que daban nombre al local. Una frase escrita en la carta me advertía que una cena sin vino era como un día sin sol. Pero yo tomé agua con la comida, y después, un expreso. El camarero me trajo, sin que yo se la pidiera, una botella de anís. Le hice un gesto para indicarle que podía llevársela.

—Es cortesía de la casa —me aseguró—. Puede servirse un par de gotas en el café; le da un toque especial y muy bueno.

—Ya, pero prefiero que no esté tan bueno.

—¿Scusi?

Le repetí el gesto para que se la llevase; él se encogió de hombros y la devolvió al bar. Me tomé el expreso y traté de imaginar cómo sabría con el anís. No era exactamente su sabor lo que hacía que sintiese aquella añoranza en mi interior, como tampoco era lo que les impulsaba a ellos a traerme la botella a la mesa. Si el anís mejorase el sabor del café, la gente le añadiría una cucharada de semillas antes de ponerlo al fuego, y nadie lo hace.

Era el alcohol; aquello era lo que me atraía, lo que me había estado susurrando al oído durante todo el día, pero su canto de sirena se había vuelto más fuerte en las últimas dos horas.

No iba a beber, no quería hacerlo, pero algún estímulo había disparado una respuesta celular, y despertado algo que estaba muy profundamente escondido en mí, algo que nunca en mi vida desaparecería.

Si uno de estos días decido claudicar y tomarme una copa, será una botella de burbon en la intimidad de mi habitación, o quizá una del irlandés de 12 años que toma Mick. Desde luego, no será una taza de expreso con una cucharada de puto anís flotando encima.

Miré el reloj. Acababan de dar las siete, y la reunión de San Pablo no empieza hasta las ocho y media. Pero lo que sí hacen es abrir las puertas del local una hora antes del comienzo, y desde luego, no me haría daño llegar allí pronto. Podría ayudar a poner las sillas y colocar los panfletos y las galletas. Los viernes por la noche tenemos una reunión en la que discutimos uno de los doce pasos que conforman el programa espiritual de Alcohólicos Anónimos. Esta semana volveremos a tratar del primer paso: «Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas

se habían vuelto ingobernables».

Crucé mi mirada con la del camarero y le hice una señal para que me trajese la cuenta.

Al final de la reunión, Jim Faber se me acercó y me confirmó la cita que teníamos para cenar el domingo. Él es mi valedor, y tenemos una cita fija para cenar todos los domingos, a no ser que uno de los dos se vea obligado a cancelarla.

—Creo que me quedará un rato en el Flame —me dijo—. No tengo prisa por volver a casa.

—¿Pasa algo?

—El domingo te cuento. Y a ti, ¿te apetece venir conmigo a tomar un café?

Le puse una excusa y me fui andando por la Sesenta y Uno hasta Broadway. El videoclub estaba abierto, y no parecía haber cambiado lo más mínimo desde que lo visité seis meses antes. Sin embargo, en esta ocasión había más gente, ya que todo el mundo quería asegurarse material para verlo el fin de semana. Una pequeña cola se apostaba frente al mostrador, y yo me coloqué al final de la misma. La mujer que tenía delante se llevó tres películas y tres paquetes de palomitas para microondas.

Al dueño le seguía haciendo falta un buen afeitado.

—Debes de vender muchas palomitas —le dije.

—La verdad es que sí —admitió—. La mayor parte de los videoclubes las venden. Lo conozco, ¿verdad?

Le di una tarjeta en la que ponía mi nombre, mi número de teléfono y nada más. Jim Faber me había hecho imprimir una caja entera de tarjetas como aquella. La miró, me miró a mí, y entonces le dije:

—El pasado mes de julio un amigo mío alquiló una copia de Doce del patíbulo, y yo...

—Lo recuerdo perfectamente, ¿qué ocurre ahora? ¿No me irá a decir que ha pasado de nuevo?

—No, nada de eso, pero sí ha sucedido algo que ha cambiado las cosas. Es importante que encuentre a la persona de quien provino el casete.

—Creo que ya se lo dije. Una viejecita me lo trajo junto con muchos otros clásicos.

—Sí, eso ya me lo dijo.

—¿Y no le dije también que no la había vuelto a ver y que tampoco la conocía de antes? Bueno, han pasado seis meses desde aquella conversación, y desde entonces tampoco he vuelto a verla. Me encantaría ayudarlo, pero...

—Ahora mismo no puede seguir atendiéndome porque está ocupado.

—Sí, así es. Los viernes por la noche siempre pasa lo mismo.

—Quisiera volver cuando esto esté más tranquilo, si no le importa.

—Sí, será mejor —asintió—; pero no sé qué voy a poder decirle. No he tenido

más quejas, así que supongo que esa era la única cinta que llevaba grabada una película guarra encima. Y con respecto a lo de localizar a la mujer, al origen de la cinta, sabe usted tanto como yo.

—Tal vez sepa usted más de lo que cree. ¿A qué hora le viene bien que nos veamos mañana?

—¿Mañana? Mañana es sábado. Abrimos a las diez y está bastante tranquilo hasta el mediodía.

—De acuerdo, vendré a las diez.

—¿Sabe qué? Creo que será mejor que venga a las nueve y media. Siempre vengo pronto para ponerme al día con el papeleo. Podrá entrar y tendremos media hora libre antes de que abra.

A la mañana siguiente leí el Daily News mientras tomaba huevos y café. Una anciana de Washington Heights había muerto mientras veía la televisión; durante un tiroteo, había recibido en la cabeza una bala perdida procedente de un coche que se encontraba en la calle de su edificio. La persona a quien iba destinada la bala había tenido que ser operada de urgencia en el hospital Columbia Presbyterian y estaba en estado crítico. Tenía dieciséis años, y la policía creía que el altercado estaba relacionado con asuntos de drogas.

Aquella mujer era la cuarta víctima inocente que había muerto de forma fortuita en el presente año. El año anterior, la ciudad había alcanzado una cifra récord, con treinta y cuatro personas abatidas del mismo modo. Si la tendencia actual se mantenía, anunciaba el News, la marca caería a mediados de septiembre. En Park Avenue, a unos cuantos bloques de la galería de Chance, un hombre que sacaba la cabeza por la ventanilla de una furgoneta blanca sin matrículas le había pegado un tirón al bolso de una mujer de mediana edad que estaba esperando a que cambiase un semáforo. Ella llevaba la correa del bolso cruzada sobre el pecho, probablemente para que resultase más difícil robárselo, y cuando la furgoneta aceleró, la arrastró con ella y la estranguló. Una columna adyacente al artículo principal recomendaba a las mujeres que llevasen el bolso de forma que se minimizase el riesgo físico si les daban un tirón. «O mejor, no lleven bolso», sugería un experto.

En Queens, un grupo de adolescentes que paseaban por el campo de golf de Forest Park había encontrado el cuerpo de una mujer joven secuestrada varios días antes en Woodhaven. Había salido a hacer las compras en Jamaica Avenue cuando otra furgoneta de color azul claro se subió al bordillo. Dos hombres se bajaron de la parte trasera del vehículo, la cogieron, la metieron a empujones en su interior, y se subieron atrás. Desaparecieron antes de que nadie hubiese logrado anotar la matrícula. El examen médico preliminar mostraba evidencias de agresión sexual y múltiples heridas por apuñalamiento en el tórax y el abdomen.

En aquella ciudad no se podía ver la televisión, ni llevar bolso, ni andar por la

calle. ¡Dios santo!

Llegué al videoclub a las nueve y media. El dueño, recién afeitado y con una camisa limpia, me condujo a su oficina, situada en la parte posterior del local. Recordaba mi nombre, y se presentó como Phil Fielding. Nos dimos la mano, y me dijo:

—No lo ponía en su tarjeta, pero ¿es usted investigador o algo por el estilo?

—Sí, algo por el estilo.

—Como en las películas —aseguró—. Me encantaría ayudarlo si pudiese, pero no sabía nada la última vez que le vi, y de eso hace seis meses. Anoche, después de cerrar, me quedé un rato y comprobé los libros por si había apuntado el nombre de la mujer en alguna parte, pero fue inútil. A no ser que tenga alguna idea, algo que a mí no se me haya ocurrido...

—El inquilino —le dije.

—¿Se refiere al inquilino de la señora? ¿El dueño original de las cintas?

—Exacto.

—Ella dijo que había muerto. ¿O que se había ido sin pagarle? El recuerdo es bastante vago, no le di mayor importancia en aquel momento. De lo que estoy bastante seguro es de que me dijo que vendía las cintas para recuperar el alquiler que le debía.

—Sí, eso fue lo que me contó en julio.

—Así que si murió o se marchó de la ciudad...

—De todos modos, quisiera saber quién era —insistí—. ¿Es frecuente que una persona tenga tantas películas de su propiedad? A mí me da la impresión de que la mayor parte de la gente las alquila.

—Se sorprendería usted —me respondió—. Vendemos muchas, especialmente clásicos infantiles, incluso en este barrio en el que no hay tanta gente que tenga hijos pequeños. Blancanieves, El mago de Oz... Hemos vendido toneladas de copias de E.T. y ahora estamos vendiendo bastantes de Batman, aunque no tantas como yo esperaba. Mucha gente se compra las películas que le apetece ver de vez en cuando. Y, desde luego, el mercado de los vídeos de ejercicio físico y de ese tipo es muy amplio; pero esa área es completamente diferente, no son películas.

—¿Cree usted que mucha gente tiene en casa más de treinta películas?

—No —me dijo—; no estoy seguro, pero creo que es bastante raro tener más de media docena. Eso sin contar los vídeos de ejercicios y los de momentos estelares del fútbol. O la pornografía, que aquí no se vende.

—Quiero decir que el inquilino en cuestión, el dueño de esos treinta casetes, era probablemente un verdadero cinéfilo.

—Oh, sin lugar a dudas —dijo él—. Ese tío tenía las tres versiones de El halcón maltés. La original de 1931, con Ricardo Cortez...

—Sí, ya me lo contó.

—¿De verdad? No me sorprende; desde luego, me llamó mucho la atención. No sé de dónde sacó aquel material, yo nunca he podido dar con él en los catálogos. Sí, está claro que era muy aficionado.

—Así que es posible que también alquilase películas, además de las que ya poseía.

—Ah, ya veo por dónde va. Sí, creo que sería lo lógico. Mucha gente compra alguna película, pero todo el mundo las alquila.

—Y vivía en el barrio.

—¿Cómo sabe eso?

—Si su casera vivía por aquí...

—Ah, claro.

—Así que es posible que fuera cliente suyo.

Se lo pensó un momento, para luego añadir:

—Seguro; es muy posible. Incluso puede ser que alguna vez hubiéramos hablado de cine negro, pero no lo recuerdo.

—Tiene un archivo con todos los socios en el ordenador, ¿verdad?

—Sí, me facilita mucho el trabajo.

—Me dijo que la mujer había traído la bolsa de casetes la primera semana de junio. Así que si él era cliente, su cuenta debería llevar inactiva unos siete u ocho meses.

—Puedo tener montones de cuentas así —me advirtió—. La gente se muda de barrio, se muere, o algún adicto al *crack* les entra en casa y les roba el vídeo. O empiezan a frecuentar otro videoclub y dejan de venir aquí. Hay gente a la que no he visto en meses y, de repente, vuelve.

—¿Cuántas cuentas cree que puede tener que estén inactivas desde junio?

—No tengo la menor idea —reconoció—, pero seguro que hay alguna forma de averiguarlo. ¿Por qué no se sienta? O, ¿por qué no echa un vistazo? Tal vez encuentre alguna película que quiera ver.

Eran ya más de la diez para cuando acabó la búsqueda, pero ningún cliente había llamado aún a la puerta.

—Ya le dije que las mañanas eran siempre muy tranquilas —señaló—. He encontrado veintiséis nombres. Se trata de gente cuyas cuentas llevan sin actividad registrada desde el mes de junio, pero que sí alquilaron alguna película durante los cinco primeros meses del año. Pero claro, el tipo que andamos buscando ha podido estar enfermo mucho tiempo, ingresado en un hospital...

—Empezaré con lo que tiene ahí.

—Muy bien. Le he copiado los nombres y las direcciones, y los números de teléfono de los que dispongo, ya que mucha gente no quiere darlo, especialmente las mujeres; y la verdad es que no las culpo. También tengo los números de las tarjetas de crédito, pero eso no se lo he copiado, porque se supone que es información confidencial, aunque creo que podría hacer una excepción en caso de que, con el

resto de los datos, no consiga localizar a la persona que busca.

—No creo que lo necesite.

Había copiado los nombres en dos hojas de papel rayado de cuaderno. Les eché un vistazo y le pregunté si alguno de los nombres le sonaba de algo.

—En realidad, no —me respondió—. Veo entrar y salir a tanta gente todos los días que solo me acuerdo de los clientes habituales, y la verdad, es que ni a esos los reconozco siempre, ni recuerdo sus nombres. También he comprobado los vídeos que estas veintiséis personas alquilaron el año pasado, por eso he tardado tanto. Pensé que tal vez un verdadero cinéfilo podría haber alquilado películas del mismo estilo de las que ya poseía, pero lo cierto es que no he encontrado nada que pueda resultar de ayuda.

—Merecía la pena probar.

—Sí, eso mismo pensé yo. Estoy casi seguro de que era un hombre, creo que la casera se refirió al inquilino y no a la inquilina, y varios de entre esos veintiséis son mujeres, aunque yo los he apuntado todos.

—Bien —le dije, mientras doblaba las hojas y me las metía en el bolsillo de la chaqueta—. Siento haberle causado tantas molestias. Se lo agradezco mucho.

—Bueno —me dijo—. Si me pongo a pensar en lo bien que me lo han hecho pasar ustedes en las películas, ¿cómo iba a negarle mi colaboración?

Sonrió y luego se volvió a poner serio.

—¿Está intentando destapar alguna red de pornografía? ¿De eso se trata todo esto?

Al verme dudar, me aseguró que comprendía que no pudiese hablar del tema. Lo que sí me pidió es que, cuando todo hubiera acabado, me pasase por allí y le dijese cómo se había resuelto el caso.

Le dije que así lo haría.

Tenía veintiséis nombres, y solo once números de teléfono. Probé con ellos en primer lugar, ya que era mucho más fácil que ir casa por casa a lo largo de toda la ciudad. Sin embargo, el intento resultó frustrante, ya que parecía que no lograba terminar ninguna de las llamadas, y en las raras ocasiones en que lo conseguía, me daba de bruces con un contestador automático. Encontré tres, de hecho; uno con un mensaje muy ingenioso y los otros dos en los que solo se repetían los cuatro últimos números del teléfono y me invitaban a dejar un mensaje. En otras cuatro ocasiones, me contestó la voz generada por ordenador de Nynex diciéndome que el número que había marcado ya no estaba en servicio. En una de ellas, me proporcionaron un nuevo número, lo apunté y llamé, pero nadie me respondió.

Cuando por fin oí una voz humana, ya casi no sabía ni lo que quería preguntarle. Miré rápidamente mi lista y dije:

—Ahhh, ¿señor Accardo? ¿Joseph Accardo?

—El mismo.

—¿Es usted socio del videoclub... —alargué la palabra mientras trataba de recordar el nombre del establecimiento— de Broadway con la Sesenta y Uno?

—Broadway con la Sesenta y Uno —repitió mi interlocutor—. ¿Cuál es ese?

—El que está junto a Martin's.

—Ah, sí, claro. ¿Qué es lo que he hecho? ¿He olvidado devolver algo?

—Oh, no —le tranquilicé—. Es solo que me he percatado de que no ha habido actividad en su cuenta desde hace varios meses, señor Accardo, solo quería invitarle a que se pasase por el local y echase un vistazo a nuestra selección de títulos.

—Ah —dijo sorprendido—. Bueno, es usted muy amable. Iré en cualquier momento. Me había acostumbrado a ir a un sitio que está al lado del trabajo, pero pasaré por ahí cualquier noche de estas.

Le colgué el teléfono y taché a Accardo de la lista. Me quedaban veinticinco nombres y parecía que iba a tener que hacérmelos todos a pie.

A las cuatro y media de la tarde di la jornada laboral por concluida, y para entonces había conseguido tachar de mi lista otros diez nombres más. El proceso resultó ser de lo más tedioso, aún más lento de lo que me había imaginado. Las direcciones no estaban demasiado alejadas unas de otras, con lo cual se podía ir andando sin problema, pero eso no significaba que fuese capaz de comprobar si una persona en concreto vivía o no en determinado domicilio.

Para las cinco ya había regresado a la habitación de mi hotel. Me di una ducha, y me senté a ver la tele. A las siete me encontré con Elaine en un local marroquí de la calle Cornelia, en el Village. Los dos pedimos cuscús. Ella me dijo:

—Si la comida es tan deliciosa como el olor, nos llevaremos una agradable sorpresa. ¿En qué parte del mundo se come el mejor cuscús?

—No lo sé. ¿Casablanca?

—Walla Walla.

—Ah.

—¿No te das cuenta? Cuscús, Walla Walla. Y si quieres comer buen cuscús en Alemania tienes que ir a Baden Baden.

—Ya, creo que ya entiendo el chiste.

—Claro que sí, eres muy rápido para estas cosas. Y, en Samoa, ¿dónde tomarías cuscús?

—En Pago Pago. Discúlpame, volveré dentro de un minuto, tengo que ir a hacer pipí.

El cuscús estaba estupendo y las raciones eran de lo más generosas. Mientras comíamos, le conté cómo me había ido el día.

—Resultó frustrante —le aseguré—. No podía ir simplemente a los buzones y mirar si la persona vivía o no allí.

—No, por supuesto, en Nueva York no se puede hacer eso.

—Claro que no. Un montón de gente deja, por una cuestión de principios, el espacio en blanco. Y yo lo comprendo, ya que formo parte de un programa que se basa en mantener el anonimato, pero para otra gente debe resultar extraño. Hay quien, incluso, pone nombres falsos, porque están alquilados de forma ilegal y no quieren que nadie lo descubra. Así que si estoy buscando a Bill Williams...

—Lo cual sería William Williams —dijo ella—. El rey del cuscús de Walla Walla.

—Ese mismo. El hecho de que su nombre no figure en el buzón no significa que no viva allí. Y aunque sí esté su nombre, tampoco me asegura nada.

—Pobrecito. Y entonces, ¿qué haces, llamar al casero?

—Si es que vive allí mismo, pero en la mayoría de los edificios pequeños no es así; y además, no tiene por qué estar en casa en todo momento, ni conocer el nombre de todos sus inquilinos. Total, que termino llamando a los timbres, aporreando puertas y hablando con gente, que en la mayor parte de los casos no sabe demasiado de sus vecinos, y además pone mucho cuidado en no revelar lo que sabe.

—Un trabajo muy duro, está claro.

—Algunos días, desde luego, sí lo es.

—Bueno, pero a ti te encanta.

—¿Tú crees? Sí, supongo que sí.

—Claro que sí, o eso me parece a mí. Resulta muy satisfactorio cuando has estado insistiendo mucho en algo y al final le encuentras sentido. Aunque eso no siempre ocurre, ¿no?

Ya estábamos tomando el postre, que era un empalagoso pastel de miel, demasiado dulce para que me lo pudiese terminar. La camarera nos había traído también café marroquí, que era más o menos como el café turco, muy espeso y amargo, y con posos que llenaban aproximadamente un tercio de la taza.

—Desde luego, hoy he trabajado muchísimo —continuó—. Y eso sí me resulta satisfactorio. Aunque la pena es que me estoy ocupando del caso que no es.

—¿Y no puedes trabajar en los dos a la vez?

—Probablemente, pero en realidad nadie me paga por investigar lo de la película *snuff*. Se supone que debería estar intentando averiguar si Richard Thurman mató o no a su esposa.

—Pero ya estás trabajando en ello.

—¿Tú crees? El jueves por la noche fui al boxeo con la excusa de que él era quien producía el programa para la tele. Y descubrí varias cosas, por ejemplo, que es el tipo de tío que se quita la corbata y la chaqueta cuando trabaja; y que es muy ágil, ya que se puede subir al *ring* de un salto y después bajarse sin ni siquiera empezar a sudar. Además vi cómo le daba una palmadita en el culo a la chica de los carteles, y...

—Bueno, eso sí es interesante.

—Desde luego, para él sí. Pero no sé por qué tiene que serlo para mí.

—¿Estás bromeando? Hombre, si le puede tocar el culo a cualquier fulanita dos



meses después de la muerte de su mujer...

—Dos meses y medio, para ser exactos —le corrigió.

—Enorme diferencia.

—Así que una fulanita, ¿eh?

—Una fulanita, una putilla, una tontita sin más... ¿Y qué hay de malo en decir fulanita?

—Nada, nada. En realidad, no le estaba tocando el culo, simplemente le dio una palmadita.

—Sí, pero delante de millones de personas.

—No tendrán tanta suerte. Allí no había más de un par de cientos.

—Además de los telespectadores.

—No, ellos estaban viendo anuncios. De todos modos, ¿qué prueba eso? ¿Que es un hijo de puta insensible, que le echa la mano a otra mujer mientras el cuerpo de su esposa apenas ha tenido tiempo de asentarse en la tumba? ¿O que no tiene que demostrar nada porque realmente es inocente? Podría interpretarse de cualquiera de los dos modos.

—Bueno —dijo ella.

—Eso fue el jueves. Ayer, fíjate lo cruel que soy, me tomé un vaso de soda en el mismo garito que él. Fue un poco como estar en lados opuestos de un vagón de metro repleto de gente, pero en realidad estábamos los dos en el mismo local y al mismo tiempo.

—Bueno, ya es algo.

—Y anoche cené en Radicchio's, en la planta baja del edificio donde está su apartamento.

—¿Y qué tal?

—Nada especial. La pasta estaba bastante buena. Ya la probaremos alguna vez.

—¿Estaba él en el restaurante?

—No creo que estuviera ni en el edificio. Si se encontraba en casa, desde luego estaba con la luz apagada. Esta mañana llamé a su apartamento, ¿sabes? Como estaba llamando a toda esa gente, decidí telefonarlo a él también.

—¿Y qué te contó?

—Saltó el contestador, y no dejé mensaje.

—Espero que eso le resulte a él tan frustrante como me resulta a mí.

—Esperemos que así sea. ¿Sabes qué debería hacer? Debería devolverle el dinero a Lyman Warriner.

—No, no hagas eso.

—¿Por qué no? No puedo quedármelo si no hago nada para ganármelo, y parece que no se me ocurre nada que hacer al respecto. Me he leído el informe de la policía y ellos ya han intentado todo lo que a mí se me había ocurrido, e incluso más.

—No devuelvas el dinero —me recomendó ella—. Cariño, a ese tío le importa un bledo la pasta. Su hermana ha sido asesinada y si él cree que está haciendo algo por

esclarecer los hechos, por lo menos morirá en paz.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo, darle falsas esperanzas?

—Si te pregunta, dile que estas cosas llevan su tiempo. No le vas a pedir más dinero...

—Por Dios, claro que no.

—... así que no tiene ninguna razón para pensar que le estás intentando apretar las tuercas. Además, no tienes por qué quedarte con el dinero si sientes que no has hecho nada para ganártelo. Regálalo. Dónalo a la investigación sobre el sida, o dáselo a la asociación God's Love We Deliver, ellos tienen montones de sitios en los que emplearlo.

—Supongo que sí.

—De todos modos —me dijo—, conociéndote, sé que encontrarás el modo de ganártelo.

Había una película en el Waverly que ella quería ver, pero era sábado por la noche y había una cola enorme; y a ninguno de los dos nos apetecía tener que esperar tanto. Dimos un paseo, tomamos un capuchino en la calle Macdougall, y escuchamos a una cantante folk en un tranquilo club en Bleecker.

—Pelo largo y gafas de abuela —dijo Elaine—. Y un vestido largo de guinga. ¿Quién había dicho que los sesenta habían acabado?

—Todas sus canciones suenan igual.

—Bueno, solo se sabe tres acordes.

Ya una vez fuera de allí, le pregunté si le apetecía escuchar *jazz* un rato.

—Claro, ¿dónde? —dijo ella—. ¿En Sweet Basil? ¿En el Vanguard? Elige tú el sitio.

—Estaba pensando que tal vez estaría bien ir a Mother Goose.

—Ajá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, me gusta Mother Goose.

—Entonces, ¿te apetece ir?

—Claro que sí. ¿Y nos quedaremos aunque no esté Danny Boy?

Danny Boy no estaba, pero llegó poco después que nosotros. Mother Goose está en el cruce de Ámsterdam con la Ochenta y Uno, y es un club de *jazz* que atrae a un tipo de público de lo más variopinto. Las luces siempre están bajas, el batería usa escobillas para tocar y nunca hace solos. Aquel local y el Poogan's Pub eran los dos lugares en los que se podía encontrar a Danny Boy Bell.

Le vieses donde le vieses, él siempre destacaba, y es que se trata de un negro albino. Su piel y sus ojos son extremadamente sensibles a la luz solar, y se ha

organizado la vida de modo que el sol y él nunca coincidan en el mismo sitio. Es un hombre de baja estatura, que se viste con estilo, y prefiere los trajes oscuros y los chalecos extravagantes. Bebe vodka ruso en cantidad, sin hielo, pero muy frío, y siempre tiene una chica al lado, generalmente tan llamativa como su chaleco. La que lo acompañaba aquella noche tenía una melena muy abundante de color rubio fresa y unos pechos increíblemente grandes.

El *maître* los condujo hasta la mesa de primera fila donde habitualmente se sentaba él. No creo que nos viera, pero al cabo de un rato apareció un camarero y nos dijo que el señor Bell nos rogaba que nos uniésemos a él. Cuando llegamos a su lado, Danny Boy nos dijo:

—Matthew, Elaine, qué alegría veros. Esta es Sasha, ¿no es adorable?

Sasha sonrió. Entablamos conversación, y tras unos pocos minutos la chica se largó al servicio.

—Iría a empolvarse la nariz —dijo Danny—. Ya ves; el mejor argumento para legalizar las drogas es que la gente dejaría de ir tantísimo al baño. Cuando se den cuenta de las horas de producción que la cocaína le está costando a la industria americana, probablemente empezarán a tener en cuenta todos esos viajes a los servicios.

Esperé hasta la siguiente escapada de Sascha para hablarle de Richard Thurman.

—Yo suponía que la había matado él —dijo Danny Boy—. Ella era rica y él no. Si ese tipo fuera médico, diría que no había duda. ¿Por qué crees que los médicos siempre van por ahí matando a sus mujeres? ¿Es que siempre se casan con zorras? ¿Cómo te lo explicas?

Le dimos unas cuantas vueltas al asunto. Yo dije que tal vez estuvieran acostumbrados a jugar a ser Dios, a tomar decisiones de vida o muerte. Elaine tenía una teoría más sofisticada. Decía que la gente que se dedica a sanar a la gente son frecuentemente individuos que tratan de superar una percepción de sí mismos como seres que hacen daño a los que les rodean.

—Se hacen médicos para probarse a sí mismos que no son criminales —afirmó ella—, y después, en situaciones de estrés, vuelven a lo que se puede considerar su naturaleza básica, y asesinan.

—Eso es muy interesante —dijo Danny Boy—. Pero ¿por qué iban a tener esa percepción de sí mismos?

—Son pensamientos innatos —respondió ella—. La madre pudo haber estado a punto de morir cuando nacieron, o haber experimentado muchísimo dolor. Así que lo que piensa el niño es «yo hago daño a las mujeres» o «yo mato a las mujeres». Trata de compensarlo haciéndose médico, y después, a la hora de la verdad...

—Se carga a su mujer —concluyó Danny Boy—. Me gusta.

Le pregunté con qué datos contaba para apoyar su teoría, y ella dijo que no tenía ninguno, pero que había montones de estudios sobre los efectos de los pensamientos innatos. Danny Boy aseguró que a él no le importaban los datos, que se pueden

encontrar datos para probar casi cualquier cosa, pero que la teoría era la primera que había oído en su vida que le parecía convincente, así que, que les jodan a los datos. Sascha había vuelto a la mesa durante la discusión, que se desarrolló sin interrupción alguna por su parte; de hecho, ni siquiera parecía estarle prestando atención.

—Sobre Thurman —dijo Danny Boy— no he oído nada específico. Aunque la verdad es que no he estado muy atento a los comentarios. ¿Debería?

—Hombre, siempre está bien tener los oídos bien abiertos.

Se sirvió otra copa de Stoly. En Poogan's y Mother Goose siempre le traen su vodka en una cubitera llena de hielo. Miró fijamente al vaso, y después se lo bebió de un trago como si fuera agua.

—Trabaja en un canal de la televisión por cable —comentó—. Un canal nuevo dedicado a los deportes.

—Sí, el Five Borough.

—Eso es. Por cierto, sobre ellos sí que se oyen cosas.

—¿Qué se oye?

—Nada concreto —me dijo, meneando la cabeza—. Cosas oscuras, como que el dinero que los respalda es de procedencia incierta. A ver de qué más me entero.

Unos minutos más tarde, Sasha volvió a abandonar la mesa. Cuando ya no podía oírla, Elaine se inclinó hacia delante y dijo:

—No puedo soportarlo. Esa cría tiene las tetas más grandes que he visto en toda mi vida.

—Ya lo sé.

—Danny Boy, pero si son más grandes que tu cabeza.

—Ya lo sé. Es especial, ¿verdad? Pero me temo que voy a tener que dejarla.

Se sirvió otro vaso, mientras añadía:

—No puedo pagarle los caprichos. No te puedes imaginar lo que cuesta mantener contenta esa naricita.

—Bueno, disfruta de ella mientras puedas.

—No te preocupes, lo haré —dijo él.

De regreso a su apartamento, Elaine hizo café y nos sentamos en el sofá. Puso en el tocadiscos unas grabaciones con solos de piano de Monk, de Randy Weston, de Cedar Walton...

—Tenía algo, ¿verdad? —me dijo—. Me refiero a Sascha. No sé de dónde las saca Danny Boy.

—Del Kmart —sugerí yo.

—Cuando ves algo así tan grande tienes que imaginarte que son de silicona, aunque, bueno, puede ser como Topsy, tal vez le crecieron así de forma natural. ¿A ti qué te parece?

—La verdad es que no me fijé.

—Pues entonces más vale que empieces a ir a más reuniones, porque si no te fijaste en la chica, supongo que estabas babeando por el vodka.

Se me acercó un poco más y volvió a preguntarme:

—¿Qué te parece? ¿Crees que yo te gustaría más si tuviera unas tetas enormes?

—Claro.

—¿Seguro?

—Y si tuvieras las piernas más largas, tampoco estaría mal —dije yo, con un gesto de asentimiento.

—Sí, por supuesto. ¿Y qué te parecerían unos tobillos más delgados?

—Hombre, no te haría daño.

—De verdad, ¿eh? Dime más piropos.

—Bueno, déjalo —le corté—. Ya pica.

—¿Tú crees? A ver, dime qué más te gustaría. ¿Qué te parecería el coño más prieto?

—Eso sería demasiado pedir.

—Ay, chico —dijo ella—. Estás pidiendo guerra, ¿no?

—¿Quién, yo?

—Espero que sí —dijo ella—. De verdad que lo espero.

Después me quedé acostado en su cama mientras ella cambiaba los discos y traía dos tazas de café. Nos sentamos y casi no hablamos.

Al cabo de un rato me dijo:

—Ayer te cabreaste, ¿verdad?

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando tuviste que marcharte de aquí porque iba a venir alguien.

—Ah, ya.

—Te enfadaste, ¿no es cierto?

—Un poco. Pero luego se me pasó.

—Te molesta, ¿verdad? Que siga viendo a clientes, quiero decir.

—A veces. Pero en la mayoría de las ocasiones, no demasiado.

—Es probable que antes o después lo deje —repuso—. No se puede estar lanzando tanto tiempo. Ni Tommy John pudo, y tenía un brazo biónico.

Se giró sobre el costado para ponerse frente a mí, y me puso una mano en la pierna.

—Si me pidieses que lo dejase, probablemente lo haría.

—Sí, claro, pero luego estarías resentida conmigo toda la vida.

—¿De veras lo crees? ¿Tan neurótica me ves?

Se lo pensó un rato, y luego añadió:

—Sí, bueno, probablemente lo sea.

—De todos modos, yo nunca te pediría eso.

—No, tú eres de los que prefieren el resentimiento.

Se volvió a girar hasta darme la espalda, y se quedó mirando al techo. Después de

un rato, me dijo:

—Lo dejaría si nos casásemos.

Se hizo el silencio, y después se oyó una cascada de notas descendentes y un sorprendente acorde fuera de tono procedente del estéreo.

—Si vas a hacer como que no lo has oído —prosiguió—, yo haré como que no lo he dicho. Ni siquiera hemos hablado de amor y yo ya te estoy hablando de matrimonio.

—Hemos llegado a un punto peligroso —le aseguré— en el tema de la terminología.

—Ya lo sé. No debería hablar más que de follar, que es lo que hago siempre. La verdad es que no quiero casarme. Me gustan las cosas como están. ¿No podríamos dejarlas así?

—Claro que sí.

—Me siento tan triste... Es una locura, ¿por qué tendría que sentirme triste? De repente, me dan ganas de llorar.

—No pasa nada.

—No voy a llorar. Pero abrázame un momento, ¿vale? Osito, ¿puedes abrazarme?

El domingo por la tarde encontré por fin a mi cinéfilo.

Su nombre, según los archivos de Phil Fielding, era Arnold Leveque, y vivía en la avenida Columbus, unas seis manzanas al norte del videoclub. Su edificio era un bloque de viviendas que había escapado a la tendencia al aburguesamiento experimentada por la zona. Dos hombres estaban sentados en el portal bebiendo cerveza de latas metidas en bolsas marrones de papel. Uno de ellos tenía una niña en el regazo. Ella estaba tomando zumo de naranja en un biberón.

En ninguno de los timbres figuraba el nombre de Leveque. Volví a salir y les pregunté a los hombres del portal si Arnold Leveque vivía allí. Se encogieron de hombros y negaron con la cabeza. Volví a entrar y no encontré el timbre de la casera, así que llamé a varios de los del primer piso hasta que alguien me abrió.

La entrada olía a ratones y a orina. Al otro lado del pasillo se entornó una puerta y un hombre asomó la cabeza. Me acerqué a él y me preguntó:

—¿Qué quiere? No se me acerque.

—Tranquilo —le dije.

—Tranquilo tú —me respondió—. Tengo un cuchillo.

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo y le mostré las palmas de las manos. Le dije que estaba buscando a un hombre llamado Arnold Leveque.

—¿Ah, sí? —me dijo—. Espero que no le debiera dinero.

—¿Por qué?

—Porque está muerto —me contestó, y se echó a reír con ganas de su propio chiste.

Era un hombre mayor, de pelo blanco y ralo, con las cuencas de los ojos muy hundidas; la verdad es que parecía que acompañaría a Leveque en pocos meses. Llevaba unos pantalones anchos que se sujetaba con tirantes. La camisa de franela que tenía puesta también le caía. O se había comprado toda aquella ropa en alguna tienda de artículos de segunda mano o había perdido mucho peso en los últimos tiempos.

Como si estuviera leyéndome el pensamiento, me explicó:

—He estado enfermo, pero no se preocupe, no es contagioso.

—Me da más miedo el cuchillo.

—Oh, Jesús —dijo, y me enseñó un cuchillo de chef francés con mango de madera y hoja de acero al carbono de más de veinticinco centímetros—. Entre. No voy a hacerle daño, por Dios santo.

Me abrió paso y dejó el arma en una pequeña mesa situada junto a la puerta.

Su apartamento era minúsculo, y tenía solo dos pequeñas y estrechas habitaciones. La única iluminación de que disponía eran tres bombillas instaladas en

el techo de la sala más grande. Dos de ellas se habían fundido y la que quedaba no podía ser de más de cuarenta vatios. El piso estaba bastante ordenado, pero olía a algo; allí se respiraba el hedor de los años y la enfermedad.

—Arnie Leveque —me dijo—. ¿De qué lo conoce?

—No, en realidad no lo conocía.

—¿Ah, no?

Tiró de un pañuelo que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón y tosió en él.

—Mierda. Esos cabrones me cortaron desde el culo hasta arriba, pero no consiguieron nada. Esperé demasiado. Ya ve, me daba miedo saber lo que iban a encontrar —me dijo con voz áspera, mientras se reía—. Bueno, hice bien, ¿no cree?

No contesté.

—¿Vivió en este bloque mucho tiempo?

—¿Cuánto es mucho tiempo? Yo llevo aquí cuarenta y dos años. Quién me lo iba a decir. Cuarenta y dos años en este puto agujero. Hará cuarenta y tres en septiembre, pero supongo que para entonces ya me habré marchado. Me mudo a un sitio aún más pequeño.

Se rio de nuevo, lo que le provocó otro acceso de tos, y volvió a coger el pañuelo. Consiguió controlarse y luego añadió:

—Un sitio de menor tamaño, como de metro ochenta de largo, ya sabe a lo que me refiero.

—Supongo que bromear sobre ello ayuda.

—Qué va, no ayuda nada —me dijo—. No hay nada que ayude. Supongo que Arnie vivió aquí unos diez años, más o menos. Pasaba casi todo el tiempo en su habitación. Pero claro, según estaba no se podía esperar que fuese bailando claqué por la calle.

Debí de poner cara de asombro, porque añadió:

—Oh, lo olvidaba, usted no lo conocía. Ese Arnie estaba tan gordo como un cerdo.

Puso las manos delante y las fue separando a medida que las bajaba, dibujando una silueta en el aire.

—Tenía forma de pera. Andaba como los patos. Además, vivía en el tercero, así que tenía dos pisos de escaleras que subir si quería ir a alguna parte.

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé. Unos cuarenta. Es difícil calcular la edad cuando se trata de un tipo tan gordo.

—¿Y qué hacía?

—¿Para ganarse la vida? No lo sé. Tenía un trabajo al que iba, pero la verdad es que no salía demasiado.

—Creo que le gustaba el cine.

—Oh, sí que le gustaba, tenía una de esas cosas, ¿cómo lo llaman?, de esas que se enchufan a la tele y ves películas.



—Un vídeo.  
—Eso es, lo tenía en la punta de la lengua.  
—¿Qué le pasó?  
—¿A Leveque? ¿Es que no me está escuchando? Murió.  
—¿Pero, cómo?  
—Se lo cargaron —afirmó—. ¿Qué esperaba?

Estaba claro que no sabía quién lo había asesinado. Arnold Leveque había muerto en la calle, presumiblemente víctima de un atraco. Cada año la inseguridad ciudadana era mayor, me dijo el viejecito, con toda aquella gente que fumaba *crack* y vivía en la calle. Son capaces de matar a una persona por quitarle lo que vale un billete de metro, me aseguró, sin pensárselo dos veces.

Le pregunté cuándo había ocurrido todo aquello, y él me dijo que creía que hacía un año. Yo le comenté que Leveque aún estaba vivo en abril, ya que los archivos de Fielding indicaban que la última transacción que realizó en el videoclub había sido el 19 de ese mes. Él me confesó que ya no tenía tan buena memoria para las fechas como antes.

Me indicó cómo encontrar a la casera.

—La verdad es que la mujer no se ocupa mucho —me dijo—; recoge el dinero del alquiler y poco más.

Cuando le pregunté su nombre, me dijo que era Gus, pero al querer saber también su apellido, se le dibujó una expresión maliciosa en la cara.

—Con Gus ya le vale. ¿Por qué iba a decirle mi nombre si usted no me ha dicho el suyo?

Le di una de mis tarjetas. La sujetó frente a la cara con el brazo muy estirado, la miró con los ojos entreabiertos y leyó mi nombre en voz alta. Me preguntó si podía quedarse con la tarjeta y le dije que sí.

—Cuando me reúna con Arnie —me dijo—, le comentaré que lo estaba buscando.

Y volvió a reírse.

El apellido de Gus era Giesekind. Lo descubrí al mirarlo en su buzón, lo que demuestra claramente que como detective no soy ningún principiante. El nombre de la casera era Herta Eigen, y la encontré en la misma calle, dos puertas más arriba, donde tenía un apartamento en un sótano. Era una mujer pequeña, de poco más de metro y medio de estatura, con acento centroeuropeo y cara menuda, de expresión recelosa y desconfiada. Iba doblando los dedos mientras hablaba. Los tenía totalmente deformados por la artritis, pero conseguía moverlos con bastante agilidad.

—La policía ya estuvo aquí —me informó—. Me llevaron al centro y me

obligaron a verlo.

—¿Para identificarlo?

La mujer asintió.

—«Es él», les dije, «ese es Leveque». Luego volvieron a traerme aquí y tuve que dejar que entrasen en su habitación. Pasaron dentro, y yo tras ellos. «Ya puede marcharse, señora Eigen». «Muy bien», les dije. «Pero creo que voy a quedarme». No me fiaba, algunos de estos tipos son gente honrada, pero otros serían capaces de robarle el dinero de la cartera a un cadáver. ¿No le parece?

—Puede ser.

—Así que cuando acabaron de fisgonear aquí y allá, los dejé salir y cerré la puerta. Les pregunté qué debía hacer, y si vendría alguien a recoger sus cosas. Me dijeron que se mantendrían en contacto conmigo, pero luego no lo hicieron.

—¿No volvió a saber nada de ellos?

—Nada. Nadie me dijo si la familia del muerto vendría a recoger sus pertenencias, ni qué se supone que debía hacer yo. Cuando me di cuenta de que no me iban a llamar, telefoneé yo a la comisaría. Ni siquiera sabían de qué les estaba hablando. Supongo que hay tanta gente asesinada que nadie se molesta en seguirles la pista.

Se encogió de hombros.

—Y yo tenía allí un apartamento vacío, y tenía que alquilarlo, ¿sabe? Le dejé los muebles, pero todo lo demás me lo traje aquí abajo. Cuando vi que nadie lo reclamaba, acabé por deshacerme de todo.

—Los videocasetes los vendió, ¿no es cierto?

—¿Las películas? Las llevé a un sitio de Broadway y me dieron unos cuantos dólares por ellas, ¿hay algún problema?

—No, no lo creo.

—Realmente, no estaba robándole a nadie. Si hubiera tenido familia, se lo habría dado todo a ellos, pero no tenía a nadie. El señor Leveque llevaba viviendo aquí muchos años. De hecho, ya estaba aquí antes de que yo consiguiese el trabajo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace seis años. No, espere un momento, más bien siete años.

—¿Y usted es solo la casera?

—¿Y qué más quiere que sea, la reina de Inglaterra?

—Conozco a una mujer que era la dueña del edificio, aunque le decía a sus inquilinos que no era más que la casera.

—Ya, claro —me replicó—. Este edificio es mío, por eso vivo en el sótano. Soy rica, pero me gusta vivir en un agujero en el suelo, como los topos.

—¿Y quién es entonces el propietario del edificio?

—No lo sé.

La miré, pero siguió diciéndome:

—Denúnciame, no lo sé. ¿Quién sabe esas cosas? Lo lleva una gestoría, que fue

quien me contrató a mí. Yo me ocupo del alquiler. El dinero se lo doy a ellos, y son ellos los que hacen el resto. Al dueño no lo conozco. ¿Acaso importa quién sea?

La verdad es que no importaba. Le pregunté cuándo había muerto Arnold Leveque.

—La primavera pasada —me contestó—, pero no sería capaz de decirle la fecha exacta.

Volví a la habitación de mi hotel y encendí la tele. Tres canales diferentes estaban poniendo partidos de baloncesto universitario, pero resultaban demasiado frenéticos y no pude soportar seguirlos. Encontré un partido de tenis en uno de los canales de cable, y, en comparación con los otros, me pareció tranquilo. La verdad es que no creo que sea exacto decir que lo vi, pero sí me quedé allí sentado, frente al televisor, mientras los chicos lanzaban la pelota a un lado y otro de la red.

Me reuní con Jim para cenar en un restaurante chino de la Novena Avenida. Con frecuencia cenábamos allí los domingos. El local nunca se llenaba, y no les importaba el tiempo que ocupásemos la mesa ni cuántas veces tuviesen que rellenarnos la tetera. La comida no estaba mal, y la verdad es que no sabía por qué el negocio no iba mejor.

—¿No habrás leído hoy el Times, verdad? —me preguntó—. Había un artículo, una entrevista con el sacerdote católico ese que escribe novelas guarras. No recuerdo su nombre.

—Ya sé a quién te refieres.

—Tiene eso de las encuestas telefónicas para respaldarle, y ha dicho que solo el diez por ciento de la población casada de este país ha cometido adulterio en alguna ocasión. Nadie engaña, esa es su opinión, y puede probarla porque alguien llamó a un montón de gente y eso es lo que le dijeron.

—Me parece que estamos al borde de un nuevo renacimiento moral.

—Eso es lo que él dice.

Cogió los palillos e hizo con ellos un redoble de tambor.

—Me pregunto si llamaría a mi casa.

—¿Por qué?

—Creo que Beverly está viendo a alguien —me confesó sin mirarme a la cara.

—¿A alguien en particular?

—A un tipo que conoció en Alcohólicos Anónimos.

—Tal vez solo sean amigos.

—No, no lo creo —dijo, mientras servía té para los dos—. Ya sabes, yo también andaba follando bastante por ahí antes de dejar de beber. Cada vez que entraba en un bar me decía a mí mismo que lo que quería era conocer a alguien. Generalmente, lo único que hacía era beber, pero de vez en cuando tenía suerte. A veces hasta me acordaba.

—Y a veces deseabas no haberlo recordado.

—Claro. El tema es que eso no lo dejé del todo cuando entré en el programa. Casi me cargo mi matrimonio cuando bebía, pero llegué a tocar fondo, luego me recuperé y conseguimos arreglarlo. Ella empezó a ir también a Alcohólicos Anónimos, y a ocuparse de sus propios asuntos; y seguimos adelante. Pero yo continuaba teniendo alguna amiguita, ya sabes.

—Pues no, no lo sabía.

—¿Ah, no? —dijo con extrañeza, y se quedó pensativo un momento—. Supongo que eso sería antes de conocerte, antes de que tú dejases de beber, porque dejé de hacer el tonto al cabo de un par de años. La verdad es que no fue una decisión moral muy meditada, simplemente no volví a hacerlo. No sé, el tema de la salud pudo ser uno de los factores decisivos, primero el herpes, después el sida..., pero la verdad es que tampoco creo que lo hiciera por miedo, simplemente perdí el interés.

Le dio un sorbo a su taza de té y luego prosiguió:

—Ahora formo parte del noventa por ciento del padre Feeney, y ella del otro diez.

—Bueno, ahora le toca a ella. Es su turno de echar una canita al aire.

—Lo malo es que no es la primera vez.

—¡Ah! —musité.

—Y ahora no sé cómo sentirme.

—¿Sabe ella que te has dado cuenta?

—¿Quién sabe lo que ella sabe? ¿Quién sabe lo que sé yo? Lo único que quiero es que las cosas se queden como estaban, pero eso nunca pasa.

—Ya lo sé —asentí—. Anoche estuve con Elaine y ella pronunció la gran palabra.

—¿Qué gran palabra? ¿Hijo de puta?

—No, me habló de matrimonio.

—Bueno, es casi lo mismo —me dijo—. El matrimonio no deja de ser una putada. ¿Qué pasa, que quiere casarse?

—No, no es eso lo que dijo. Dijo más bien que si nos casábamos dejaría de recibir tíos.

—¿Tíos?

—Sí, clientes.

—¿Y esa es la condición? ¿Que si te casas con ella lo deja?

—No, nada de eso. Solo estábamos hablando de forma hipotética. Después me pidió perdón por haber sacado el tema y los dos estuvimos de acuerdo en que lo que queríamos es que las cosas siguiesen como están.

Fijé mis ojos en la taza de té igual que solía hacerlo antes con los vasos de güisqui.

—No sé si eso va a ser posible. A mí me parece que cuando dos personas quieren que las cosas se queden exactamente como están, es cuando se producen los cambios.

—Bueno —dijo él—, tendrás que ir viendo cómo evoluciona la situación.

—Sí, controlar el día a día, y seguir sin beber.

—Exacto —refrendó—. Eso es exactamente lo que tienes que hacer.

Nos quedamos allí sentados un buen rato, hablando de unas cosas y de otras. Yo le comenté de mis casos; el caso del que tendría que estar ocupándome pero en el que no era capaz de concentrarme; y del otro, que parecía que no podía dejar de lado. Hablamos de béisbol y de cómo los entrenamientos de primavera se podían retrasar por cierre patronal. Hablamos de un chaval de nuestro grupo que tenía a sus espaldas una horrible historia de drogas y alcohol y que había vuelto a beber tras cuatro meses de sobriedad.

—¿Sabes qué creo que voy a hacer? —me dijo alrededor de las ocho de la tarde—. Ir a alguna reunión en la que no me encuentre con nadie conocido. Quiero hablar de toda esta mierda que me pasa con Bev en una sesión, y eso no puedo hacerlo por aquí.

—Claro que puedes.

—Puedo, pero no quiero. Ya soy un veterano, llevo sobrio desde antes del Diluvio. No quisiera que los recién llegados se diesen cuenta de que no soy el modelo perfecto de serenidad por el que me tienen —me dijo sonriendo—. Iré al centro y me tomaré la libertad de mostrarme tan confuso y jodido como en realidad estoy. Y, ¿quién sabe? Tal vez tenga suerte y me encuentre con alguna jovencita que esté buscando una figura paterna en la que refugiarse.

—Buena idea —le dije—, y entérate de si tiene una hermana.

También yo fui a una reunión. Los domingos no se celebra la de San Pablo, así que fui a una en el hospital Roosevelt. La mayoría de la gente que se reunía allí eran pacientes que estaban ingresados en el pabellón de desintoxicación. Quien nos hablaba había comenzado como adicta a la heroína, y había conseguido dejarla en uno de esos programas residenciales de veintiocho días en Minnesota, pero había dedicado los siguientes quince años a la bebida, hasta quedar completamente inmersa en el alcoholismo. Ahora llevaba unos tres años sobria.

Cuando acabó de hablar, el turno de palabra fue pasando de uno a otro por toda la sala, pero la mayor parte de los internos no hicieron más que decir sus nombres y demostrar su abierto desinterés. Yo decidí que diría algo más, aunque solo fuera para demostrarle a la chica que había disfrutado con su historia y que me alegraba de que se mantuviese sobria; pero cuando me llegó el turno, lo único que dije fue:

—Me llamo Matt y soy alcohólico. Esta noche únicamente he venido a escuchar.

Después, regresé a mi hotel. No tenía mensajes. Me senté en mi habitación y leí durante un par de horas. Un amigo me había prestado una edición de bolsillo de The Newgate Calendar, un informe, caso a caso, de los crímenes británicos de los siglos XVII y XVIII. Llevaba con él un mes, y por las noches leía un par de páginas

antes de irme a dormir.

Resultaba bastante interesante, aunque la verdad es que unos episodios eran mejores que otros. Lo que me afectaba algunas noches, sin embargo, era comprobar que las cosas no habían cambiado en absoluto con el paso del tiempo. La gente en aquel entonces se mataba con razón o sin ella, y lo hacía por medio de cualquier cosa que tuviera a su alcance y con toda la ingenuidad de la que eran capaces.

A veces resultaba ser un buen antídoto para el periódico matinal, con su burda crónica del crimen contemporáneo. Era fácil leer las noticias cada día y concluir que la humanidad está infinitamente peor que en épocas pasadas, que el mundo se estaba yendo al infierno, y que allí era, en realidad, donde debía estar. Después, cuando leía sobre hombres y mujeres que se mataban entre sí, cientos de años antes, por unos cuantos peniques o por amor, podía decirme a mí mismo que, después de todo, no íbamos a peor, que estábamos exactamente igual que siempre.

Sin embargo, otras noches, esa misma revelación no me tranquilizaba en absoluto, sino que más bien me provocaba desesperanza. Siempre habíamos sido así, no estábamos mejorando, nunca lo haríamos. Cualquiera que a lo largo del amplio camino que habíamos recorrido hubiese muerto para redimir nuestros pecados, lo había hecho en vano. Siempre teníamos más pecados en reserva, tantos que nos durarían toda la eternidad.

Lo que leí aquella noche no me enganchó, ni tampoco me produjo sueño. Como a medianoche, decidí salir. Había refrescado y hacía un viento muy fuerte que venía del Hudson. Me fui al Grogan's Open House, la taberna irlandesa de Mick, aunque lo cierto es que en la licencia y en los papeles del bar constaba otro nombre.

El local estaba casi vacío. Dos individuos bebían a solas, muy separados uno del otro, en la barra. Uno consumía un botellín de cerveza y el otro jugueteaba con una pinta de Guinness negra. Dos viejos con largos abrigos de segunda mano compartían una mesa junto a la pared. Burke estaba tras la barra. Antes de que pudiera preguntarle, me dijo que Mick no había aparecido en toda la noche.

—Puede que llegue en cualquier momento —me aclaró—, pero la verdad es que no le espero.

Pedí una Coca-Cola y me senté en la barra. La televisión estaba puesta en un canal por cable que programaba viejas películas en blanco y negro sin interrupciones publicitarias. En aquel momento proyectaban Hampa Dorada, con Edward G. Robinson.

Estuve viéndola media hora más o menos. Mick no dio señales de vida, ni tampoco entró ningún otro cliente. Me terminé el refresco y me fui a casa.

Los policías del Distrito 20 no se mostraron demasiado impresionados al descubrir que también yo había pertenecido al cuerpo. Estuvieron muy atentos y me dijeron que no les importaba informarme sobre las circunstancias de la muerte de Arnold Leveque. Solo había un problema: que no habían oído hablar nunca de él.

—No sé la fecha exacta —le aseguré al agente del registro—, pero tuvo que ocurrir entre el 19 de abril y el 4 de junio; si tuviera que dar una fecha aproximada me inclinaría por primeros de mayo.

—¿Estamos hablando del año pasado?

—Exacto.

—¿Me había dicho Arnold Leveque? ¿Me podría deletrear otra vez el apellido, para asegurarme de que lo he cogido bien?

Lo hice, y le di también su dirección en la avenida Columbus.

—Sí, eso es aquí, en el Distrito 20 —me dijo—. Déjeme ver si alguien ha oído hablar del tipo.

Pero nadie lo había hecho. Volvió y hablamos del tema durante unos minutos, tras los que se excusó y volvió a marcharse. Cuando regresó tenía una expresión divertida en la cara.

—Arnold Leveque —me dijo—. Hombre de raza caucásica, muerto el 9 de mayo. Múltiples heridas por apuñalamiento. No estaba en nuestros archivos porque el caso no lo llevamos nosotros. Lo mataron al otro lado de la calle Cincuenta y Nueve. Tendrá que dirigirse a la comisaría de Midtown North, que está en la Cincuenta y Cuatro Oeste.

Le dije que ya sabía dónde era.

Eso explicaba por qué Herta Eigen no pudo conseguir nada de la policía de su distrito; ni siquiera sabían de qué les estaba hablando. Me había dirigido al Distrito 20 nada más desayunar, y para cuando llegué a Midtown North ya era mediodía. Durkin no se encontraba allí, pero la verdad es que no necesitaba su ayuda para aquello. Cualquiera podría proporcionarme la información que necesitaba.

Había un poli llamado Andreotti con el que me había reunido en algunas ocasiones durante los últimos uno o dos años. Estaba sentado en su escritorio, poniéndose al día con el papeleo y no le importó nada que lo interrumpiese.

—Leveque, Leveque... —repitió con el entrecejo arrugado mientras se pasaba la mano por su mata de greñudo pelo negro—. Creo que yo mismo me ocupé del caso. Creo que lo hicimos Bellamy y yo. Un tío gordo, ¿verdad?

—Sí, eso me han dicho.

—Ve uno tantos fiambres al cabo de la semana, que termina confundiéndolos. Debieron de asesinarlo. De los que mueren por causas naturales no te acuerdas ni siquiera del nombre.

—No.

—A no ser que tengan algún nombre raro, de esos que llaman mucho la atención. Hace dos o tres semanas me encontré con una mujer, Wanda Casas. Pensé que no me importaría nada jugar a las casitas con ella.

Se rio al recordarlo.

—Bueno, claro, estaba viva, pero me refería a ella porque es uno de esos nombres que no se suelen olvidar.

Sacó el archivo de Leveque. Habían encontrado al cinéfilo en una calle estrecha entre dos edificios, en la Cuarenta y Nueve, al oeste de la Décima Avenida. El cuerpo había sido descubierto después de una llamada anónima al 911 registrada a las 6:56 del 9 de mayo. El forense estimó que el crimen se había cometido hacia las 11 de la noche anterior. El muerto había recibido siete puñaladas en el tórax y en el abdomen con un cuchillo largo de hoja estrecha. Cualquiera de las heridas que le habían infligido habría sido mortal de necesidad.

—Apareció en la Cuarenta y Nueve, entre la Décima y la Undécima —le dije.

—Más cerca de la Undécima. Los edificios situados a ambos lados estaban en ruinas, con «X» en las ventanas, y ya nadie vivía en ellos. Supongo que los habrán derribado.

—Me pregunto qué estaría haciendo allí.

—Probablemente estuviera buscando algo —supuso Andreotti, encogiéndose de hombros—, y tuvo la mala suerte de encontrarlo. Lo más seguro es que buscase costo, o una tía, o un tío. En esa zona, todo el mundo busca algo.

Me acordé de TJ. Todo el mundo tiene un vicio, me había dicho, ¿qué otra cosa se puede hacer en el Deuce?

Le pregunté si Leveque consumía drogas. Me comentó que no parecía tener signos externos de ello, pero que nunca se sabe.

—Tal vez estuviese borracho —me sugirió—; a lo mejor andaba por ahí tambaleándose y ni siquiera sabía dónde estaba. No, eso no puede ser, casi no encontramos rastros de alcohol en sangre. Bueno, buscase lo que buscase, eligió el peor sitio para hacerlo.

—¿Fue un robo?

—No llevaba dinero en los bolsillos, ni tampoco reloj ni cartera. A mí me parece que pudo ser obra de algún asesino adicto al *crack* de esos que andan por ahí con una navaja en la mano.

—¿Cómo lo identificasteis?

—Lo hizo la casera de su edificio. Y nos costó bastante, tío. Era como así de alta —dijo, señalando con la mano—, pero no se andaba con tonterías. Nos dejó entrar en la habitación, pero se quedó allí, observándonos como un águila, como si le fuésemos



a limpiar el lugar en cuanto se diese la vuelta. Cualquiera diría que todo aquello era suyo; aunque, bueno, probablemente acabase siéndolo, porque creo que al final no localizamos a ningún familiar.

Ojeó un poco el archivo.

—No, creo que no. De todos modos, fue ella quien lo identificó. No quería venir. «¿Para qué iba a querer yo ver a un tipo muerto? Ya he visto suficientes en mi vida, créanme». Pero al final lo examinó a conciencia y nos aseguró que era él.

—¿Cómo disteis con ella? ¿Qué os dio la pista para buscar el nombre y la dirección de Levege?

—Ah, ya entiendo. Buena pregunta. ¿Cómo lo supimos? —intentó recordar, frunciendo el entrecejo.

Volvió a revisar los documentos.

—Las huellas. Sí, sus huellas estaban en nuestros ordenadores, y eso nos dio su nombre y su dirección.

—¿Y cómo es que teníais registro de sus huellas?

—No lo sé. Tal vez fuese del cuerpo, o quizá trabajase como funcionario alguna vez. No sabes cuánta gente tiene sus huellas registradas.

—Ya, pero no en los ordenadores de la policía de Nueva York.

—Sí, tienes razón —dijo, volviendo a fruncir el ceño—. ¿Las tendríamos nosotros o tuvimos que conectarnos con el sistema central de Washington? No lo recuerdo. Probablemente fuese otro quien se ocupase de ello. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Comprobasteis si tenía antecedentes?

—Si los tenía, debían de ser por cruzar la calle sin mirar. En los archivos no figuraba nada.

—¿Te podrías asegurar?

Se resistió un poco, pero al final lo hizo.

—Sí, bueno, hay una anotación —concluyó—. Lo arrestaron hace cuatro, en realidad casi cinco años. Le soltaron y retiraron los cargos.

—¿De qué se le acusaba?

Volvió a dirigir la mirada hacia la pantalla del ordenador.

—Violación de la sección 235 del Código Penal. ¿Qué demonios es eso? El número no me resulta conocido.

Cogió su carpeta negra de anillas y le echó un vistazo.

—Aquí está. Obscenidad. Puede que insultase a alguien. Los cargos se desestimaron, y cuatro años después alguien va y le clava un cuchillo. Esto te enseña a no decir tacos, ¿verdad?

Probablemente me hubiera enterado de más cosas sobre Levege si Andreotti me hubiese dejado mirar en su ordenador, pero tenía asuntos propios de los que ocuparse.

Fui a la biblioteca principal de la calle Cuarenta y Dos y revisé el índice del Times por si su nombre había aparecido en los periódicos, pero parecía que había conseguido no llamar la atención de la prensa, ni cuando lo detuvieron ni cuando lo mataron.

Cogí el metro hasta la calle Chambers y visité unas cuantas oficinas estatales y municipales, en las que encontré a varios funcionarios dispuestos a hacerme un favor si yo les hacía otro a cambio. Revisaron sus informes, y yo les pasé disimuladamente un poco de dinero por las molestias.

De este modo logré enterarme de que Arnold Leveque había nacido hacía treinta y ocho años en Lowell, Massachusetts. A los veintitrés ya estaba en Nueva York, viviendo en la Asociación Cristiana de Muchachos Sloane House, en la Treinta y Cuatro Oeste, y trabajando en el departamento de registro de un editor de libros de texto. Un año después había dejado la editorial y se había pasado a una empresa llamada R & J Merchandise, con sede en la Quinta Avenida, a la altura del número 40. Allí trabajó como dependiente. La verdad es que no sé qué vendía, pero la firma ya no existía. Había unos cuantos bares muy caros en aquel tramo de la Quinta Avenida, diseminados entre las tiendas más serias, con sus carteles que decían que el negocio cesaba, en las que se vendían jade y marfil, de calidad y procedencia bastante dudosas, además de cámaras y equipos electrónicos. R & J podía haber sido una de ellas.

Por entonces aún seguía viviendo en Sloane House, y por lo que pude enterarme, se trasladó a la avenida Columbus en el otoño del 79. La mudanza pudo estar provocada por un cambio laboral, ya que un mes antes había comenzado a trabajar en la CBS, que se encontraba un bloque al oeste de mi hotel, en la calle Cincuenta y Siete. Desde su nueva residencia podía ir a trabajar andando.

No sabía lo que hacía en la CBS, pero solo le pagaban 16 000 dólares al año, así que supongo que no sería el presidente de la cadena. Allí estuvo algo más de tres años, y había llegado a ganar 18 500 cuando se marchó, en octubre del 82.

Por lo que pude averiguar, desde entonces no había vuelto a trabajar.

Cuando llegué al hotel tenía correo esperándome. Me invitaban a unirme a una asociación internacional de policías retirados y a asistir a convenciones anuales en Fort Lauderdale. Los beneficios de hacerse miembro de la misma incluían un carné de socio, un bonito alfiler de solapa, y un boletín informativo mensual. ¿Qué diantres podrían publicar en aquel boletín? ¿Obituarios?

También tenía un mensaje que me pedía que telefonease a Joe Durkin. Lo localicé en su despacho, y me dijo:

—Entiendo que lo de Thurman no es suficiente para ti. Parece que vas a ocuparte de resolvernos todos los casos que tenemos abiertos.

—Solo intento ser útil.

—Arnold Leveque. ¿Qué conexión tiene con Thurman?

—Probablemente ninguna.

—Bueno, no estés tan seguro. Se lo cargaron en mayo, y a ella en noviembre, casi justo seis meses después. A mí me parece que hay un patrón claro.

—Sí, pero el *modus operandi* es un tanto diferente.

—Bueno, a ella la violaron y la estrangularon unos ladrones y a él le asestaron una puñalada en una calle, pero eso es solo porque los asesinos quieren despistarnos. En serio, ¿qué tiene que ver Leveque con todo esto?

—Resulta difícil de explicar. Ojalá supiera lo que hizo los últimos siete años de su vida.

—Pasearse por barrios peligrosos, evidentemente. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—No trabajaba, y tampoco tenía asistencia social ni cobraba ningún otro tipo de ayuda, que yo sepa. He visto dónde vivía, y el alquiler no podía ser muy caro, pero de alguna parte tenía que sacar el dinero.

—A lo mejor heredó algo de pasta, igual que Amanda Thurman.

—Ese sería otro punto en común —le dije—. Me gusta cómo razonas.

—Sí, bueno, mi cabeza nunca deja de funcionar, ni siquiera cuando duermo.

—Especialmente cuando duermes.

—Exacto. Pero me llama la atención eso de que no trabajase en siete años... Cuando le arrestaron sí estaba trabajando.

—Según los archivos del Gobierno, no.

—Bueno, que les jodan a los archivos del Gobierno —dijo él—. Así es como lo pillaron; él era el dependiente cuando se produjo la infracción por obscenidad; Leveque; francés. Supongo que lo pillaron por algunas postales o algo así.

—¿Vendía pornografía?

—¿No te lo contó Andreotti?

—Ah. Solamente me dio el número de código del delito.

—Bueno, podría haberte dado algo más de información si se hubiera molestado. Hicieron una redada en Times Square. ¿Cuándo fue? En octubre del 85. Ah, sí, ya recuerdo. Fue justo antes de las elecciones. El alcalde quería dar buena impresión. Me pregunto cómo será el tipo nuevo.

—No me gustaría tener ese trabajo.

—Por Dios, si me diesen a elegir entre ser alcalde o que me colgasen les diría: «Dadme la cuerda». Pero volviendo a Leveque, entraron en todas las tiendas y pillaron a todos los dependientes, se llevaron todas las revistas guarras e hicieron una rueda de prensa. Un par de tíos pasaron la noche en la cárcel y ahí acabó todo. Se retiraron todos los cargos.

—Y devolvieron el material porno.

Se rio.

—Hay un montón de cosas de aquellas en un almacén en alguna parte —añadió—, que nadie encontrará hasta el siglo XXIII. Por supuesto, unos cuantos artículos

seguramente terminaron en casa de algún policía para ayudar a poner un poco de picante en su matrimonio.

—¡Qué sorpresa!

—Sí, me imaginaba que dirías eso. No, no creo que devolviesen la mercancía confiscada. Pero el otro día tuvimos por aquí a un tipo, un camello de los de la calle, a quien pillamos y detuvimos, y que se valió de un tecnicismo para escapar; y encima quería saber cuándo le íbamos a devolver la droga.

—Hombre, Joe, no exageres.

—Te lo juro por Dios. Total que Nickerson le dijo: «Mira, Maurice, si te doy el chocolate, tendré que volver a detenerte por posesión». Solo quería acojonarlo, ya sabes. Y el cabrón va y le dice: «No, tío, no puedes hacer eso. No hay causa verosímil». Nick le preguntó que a qué se refería, que la causa era que le acababa de dar el costo y que había visto cómo se lo metía en el bolsillo. Maurice le dijo que no, que jamás podría demostrarlo ante un tribunal, y que acabaría librándose. ¿Y sabes lo que te digo? Que creo que tenía razón.

Joe me dio la dirección de la tienda de Times Square donde Leveque había sido detenido. Estaba en el bloque situado entre la Octava y Broadway, justo en el Deuce, y como ya sabía lo que había ocurrido, no vi la necesidad de ir allí. No sabía si había trabajado en aquel establecimiento durante un día o un año, y no había modo de descubrirlo. Aunque me lo quisieran decir, era muy poco probable que alguien de allí lo recordase.

Repasé mis notas durante unos minutos, y después me recosté y puse los pies en alto. Cuando cerré los ojos, me vino un recuerdo del hombre de Maspeth, el padre perfecto acariciando el pelo de su hijo.

Decidí que probablemente estaba dándole demasiada importancia a un solo gesto. La verdad es que no tenía ni idea del aspecto que podía tener el tío de la película debajo de toda aquella goma negra. Tal vez solo fuera que el chaval se parecía al de la grabación, tal vez fuera eso lo que había disparado el recuerdo.

Y, de todos modos, aunque se tratase del mismo individuo, ¿cómo iba a dar con él husmeando el leve rastro de un triste bastardo que llevaba muerto ya casi un año?

El jueves los había visto en el boxeo, y ya era lunes. Si era su hijo, si la caricia no era más que un gesto inocente, entonces es que estaba dando vueltas a todo aquel asunto sin razón real alguna, y si no, estaba claro que ya era demasiado tarde.

Si tenía planeado matar al chico y hacer que su sangre corriese por el suelo hasta una alfombrilla, lo más probable es que para entonces ya lo hubiera hecho.

Pero ¿por qué lo llevaría al boxeo? Tal vez le gustase hacer un poco de psicodrama bien elaborado, quizá incluso quisiera tener primero una aventura por un tiempo con sus víctimas. Aquello explicaría por qué el chico de la película no parecía tener miedo al principio, se mostraba casi indiferente por estar allí atado a un potro de

tortura.

Si el chaval ya estaba muerto, no había nada que hacer por él. Y si estaba vivo, de todos modos tampoco podía hacer demasiado, porque me encontraba a años luz de identificar y encontrar al hombre de goma y me acercaba a él a paso de tortuga.

El único dato con el que contaba era un tipo muerto. ¿Y qué podía hacer con eso? Leveque murió con la cinta de vídeo, y esta mostraba al hombre de goma matando a un chico. Leveque murió de forma violenta, probablemente víctima, pero no necesariamente, de un atraco normal en una zona de la ciudad en la que esas cosas son el pan nuestro de cada día. Leveque trabajaba en un sex shop, y lo hacía secretamente, así que podía llevar allí años, pero Gus Giesekind me había dicho que se pasaba muchos días sin salir de casa, así que no daba la impresión de ser una persona con un empleo habitual.

Y su último trabajo habitual...

Cogí la guía telefónica y busqué un número. Cuando el contestador me respondió, dejé un mensaje. Después agarré el abrigo y me dirigí a Armstrong's.

Estaba en el bar cuando yo entré. Era un hombre delgado, con perilla y gafas con montura de carey. Llevaba puesta una chaqueta de pana marrón con parches de cuero en los codos, y estaba fumando una pipa de forma curvada. No habría desentonado para nada en París, tomándose un aperitivo en la ribera izquierda del Sena. Pero allí estaba, bebiendo una cerveza canadiense en un bar de la calle Cuarenta y Siete, y tampoco se le veía fuera de lugar.

—Manny —le dije—, acabo de dejarte un mensaje.

—Ya lo sé —me contestó—; aún se estaba grabando cuando entré por la puerta. Decías que vendrías aquí a buscarme, así que volví a salir inmediatamente. De hecho, ni siquiera tuve que pararme a coger el abrigo, porque no había tenido tiempo ni de quitármelo. Y como vivo más cerca de aquí que tú...

—Llegaste antes.

—Eso parece. ¿Vamos a una mesa? Me alegro de verte, Matt. Nos vemos muy poco.

Antes nos reuníamos casi a diario, en la época en la que el local de Jimmy de la Novena Avenida se había convertido casi en mi segundo hogar. Manny Karesh era cliente habitual y se dejaba caer por allí casi todos los días durante una o dos horas, incluso a veces se quedaba toda la tarde. Trabajaba como técnico en la CBS y vivía en la esquina. Nunca se pasaba con la bebida, le gustaba aquel bar tanto por la comida como por la cerveza, y más que nada, por la compañía.

Nos fuimos a una mesa, pedí un café y una hamburguesa y nos pusimos los dos al día. Me dijo que se había jubilado y yo le comenté que algo de eso había oído.

—Trabajo tanto como antes —me aseguró—, pero ahora lo hago por cuenta propia, a veces para mis antiguos jefes y otras para quien quiera contratarme. Tengo

todo el trabajo que quiero, y al mismo tiempo, cobro la pensión.

—Hablando de la CBS... —le dije.

—¿Hablábamos de eso?

—Bueno, lo hacemos ahora. Te quiero preguntar por un tío, porque es posible que lo conocieras hace años. Estuvo trabajando en la cadena durante tres años y se marchó en el otoño del 82.

Se quitó la pipa de la boca y asintió.

—Arnie Leveque —me dijo—. Así que al final te llamó. Me preguntaba si lo haría. ¿Por qué me miras con esa cara de asombro?

—¿Por qué iba a llamarme?

—¿Quieres decirme que no te ha llamado? Entonces, ¿por qué...?

—Contesta tú primero. ¿Por qué iba a llamarme?

—Porque necesitaba un detective privado. Me lo encontré en un rodaje. Debió de ser hace unos seis meses.

Bastante más, pensé yo.

—No sé ni cómo salió el tema, pero me dijo que quería saber si podía recomendarle un detective, aunque no podría jurar que esas fueran sus palabras exactas. Le dije que conocía a un tipo, un expolicía que vivía aquí en el barrio, y le di tu nombre. Le dije que, así de pronto, no sabía tu número, pero que vivías en el Hotel Northwestern. Aún estás allí, ¿verdad?

—Sí.

—Y todavía te dedicas a ese tipo de trabajo, ¿no? Espero que no te haya importado que le diera tu nombre.

—Por supuesto que no —repuse—; al contrario, te lo agradezco. Pero no me llamó.

—Bueno, no he vuelto a verlo desde entonces, Matt, y estoy seguro de que hace por lo menos seis meses, así que si aún no has tenido noticias tuyas, probablemente ya no te llame.

—Estoy completamente seguro de que no lo hará —le dije—, y también de que tu conversación con él tuvo lugar hace más de seis meses. Lleva muerto desde mayo.

—No lo dirás en serio... ¿Está muerto? Pero si era un hombre joven. Estaba gordo, obviamente, pero aun así...

Tomó un sorbo de cerveza.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Que lo han matado.

—¡Oh, por Dios santo! ¿Cómo ha sido?

—Aparentemente lo apuñaló un atracador.

—«Aparentemente». ¿Acaso sospecháis que hay algo oscuro detrás?

—Los atracos ya resultan bastante oscuros por sí mismos, ¿no crees? Pero lo cierto es que oficialmente no hay ninguna sospecha. Leveque tiene relación con el caso en el que estoy trabajando, o al menos eso creo. ¿Por qué quería contratar a un

detective privado?

—No me lo dijo —afirmó frunciendo el ceño—. La verdad es que no le conocía demasiado. Cuando empezó en la CBS era joven y se esforzaba mucho. Era técnico asistente, y trabajaba con un grupo de cámaras. Creo que no estuvo mucho tiempo con nosotros.

—Tres años.

—Yo incluso hubiera dicho que menos.

—¿Por qué se marchó?

—Tengo la impresión de que lo despidieron —dijo, atusándose la barba.

—¿Recuerdas por qué?

—Dudo que alguna vez lo supiera. No creo que tuviera ningún problema concreto, pero lo cierto es que Arnold nunca tuvo lo que se podría llamar una personalidad atractiva. Era algo así como el pardillo del colegio cuando ya es adulto, aunque la verdad es que no me gusta mucho usar esos términos. En cualquier caso, así era él, y además, tendía a ser bastante descuidado en cuestiones de higiene personal. Solo se afeitaba de vez en cuando y usaba la camisa uno o dos días más de lo que dicta el decoro. Y, por supuesto, estaba gordo. Otra gente está igual de gorda, pero lo lleva bien. Arnold, por el contrario, no lo hacía.

—¿Y después empezó a trabajar por su cuenta?

—Bueno, eso es lo que estaba haciendo la última vez que me encontré con él. El caso es que yo llevo trabajando así ya varios años y solo recuerdo otra ocasión en la que coincidiéramos en un rodaje. Supongo, no obstante, que debía de tener trabajo de forma bastante continua ya que no tenía aspecto de haberse saltado muchas comidas.

—Estuvo trabajando durante algún tiempo como dependiente en una librería de Times Square.

—Pues mira por donde —me dijo—, sí que me lo creo. No sé por qué, pero le pega. Siempre hubo algo sospechoso en Arnie, algo que hacía que te lo imaginases sin aliento y con las palmas de las manos sudorosas. Desde luego, me imagino perfectamente a algún tipo deslizándose a hurtadillas en uno de esos sitios y a Arnie detrás del mostrador, frotándose las manos y lanzándole miradas maliciosas.

Se estremeció.

—¡Dios mío!, ese hombre está muerto y mira cómo estoy hablando de él.

Cogió una cerilla y volvió a encender su pipa.

—He hecho que parezca el cruel ayudante de laboratorio de cualquier remake del doctor Frankenstein. La verdad es que no haría mal el papel. Además, mi santa madre decía que se ha de hablar mal de los muertos, ya que no pueden vengarse de uno por ello.

—Da miedo —dijo Elaine—. Murió antes de poder contactar contigo, y después ha conseguido alcanzarte desde la tumba.

—¿Pero qué dices?

—Bueno, ¿qué dirías tú que ha pasado? Resulta que hay una cinta en su habitación cuando muere y luego la dueña del edificio la vende...

—Solo es la casera.

—... a un videoclub, y ellos la alquilan a alguien que te la lleva a ti directamente. ¿Cuántas posibilidades existen de que suceda algo así?

—Estamos todos en el mismo barrio, tanto Manny como Leveque, Will Haberman, el videoclub y yo mismo. Desde luego, esta vez la aguja estaba en un pajar bastante pequeño.

—Ya, ya... ¿Qué sueles decir tú que es la coincidencia? ¿Que es Dios intentando mantener el anonimato?

—Sí, eso es lo que se dice.

La llamé después de dejar a Manny en Armstrong's. Parecía que se había resfriado, ya que llevaba todo el día con malestar general, molestias por todo el cuerpo y estornudos.

—Tengo a todos los enanitos dentro —me dijo—, salvo a Tristán.

Estaba tomando un montón de vitamina C y bebiendo agua caliente con zumo de limón.

—¿Qué crees que ocurrió en realidad con Leveque? —me preguntó—. ¿Cómo crees que encaja en todo esto?

—Creo que era el cámara —le contesté—. Tenía que haber una cuarta persona en la sala cuando rodaron la película. La cámara se movía de un lado a otro y alguien tenía que estar manejando el *zoom* para acercar o alejar la imagen. Se puede hacer un vídeo doméstico colocando la cámara en un lugar fijo y actuando frente a ella, pero no fue eso lo que hicieron; durante bastante tiempo estuvieron los dos en imagen y la cámara se movía de un lado a otro para cubrir toda la acción.

—No me di cuenta. Estaba demasiado centrada en lo que estaba ocurriendo.

—Sí, claro; además, tú solo la viste una vez. Yo la he visto dos veces más el otro día, no lo olvides.

—Así que pudiste fijarte en los detalles.

—Leveque tenía cierta formación en temas de vídeo. En concreto, trabajó durante tres años en una cadena de televisión, aunque hay que reconocer que con un rendimiento bastante bajo. Después encontró trabajo por su cuenta y más tarde fue dependiente en una tienda de Times Square y lo arrestaron durante una de las campañas de limpieza de Koch. Si tuvieras que elegir a alguien para grabar una peli



porno, él sería la opción más lógica.

—Pero ¿le dejarías ser testigo si fueses a cometer un asesinato?

—Tal vez lo tuviesen bien controlado y no tuvieran por qué preocuparse. O tal vez el asesinato no estuviese planeado, quizá solo quisieran hacer un poco de daño al chico, pero luego se les fuese la mano. Aunque en el fondo da igual. Al chaval lo mataron y la película se hizo. Y si Leveque no era quien estaba detrás de la cámara, desde luego tenía que ser alguna otra persona.

—Y la cinta acabó en sus manos.

—Y la escondió. De acuerdo con Herta Eigen, las únicas cintas que había en su apartamento eran las que le vendió a Fielding. Pero eso no encaja. Alguien de sus características seguro que tenía un montón de casetes no comerciales. Le encantaba el cine clásico; probablemente grabase cosas de la tele continuamente; y seguro que tenía copias de su propio trabajo, ya fueran pornográficas o no. Y es muy posible que también tuviera unas cuantas cintas vírgenes por si se presentaba la ocasión de usarlas.

—¿Crees que ella te mintió?

—No, lo que creo es que alguien entró en el apartamento de la avenida Columbus mientras su cadáver seguía enfriándose, tirado en aquel callejón de la Cuarenta y Nueve Oeste. Le habían quitado el reloj y la cartera para que pareciera un robo, pero también le faltaban las llaves. Creo que el asesino las cogió, fue a su casa y se largó con todos los casetes excepto los vídeos comerciales.

—¿Y por qué crees que no se lo llevaron todo?

—Probablemente porque no querían ver tres versiones diferentes de El halcón maltés. Tenían bastante con llevarse el material casero y sin etiquetar. ¿Para qué se iban a llevar algo que tenían claro que no era lo que estaban buscando?

—¿Y la cinta que estaban buscando es la que nosotros vimos?

—Bueno, puede que hubiera hecho más trabajos para el hombre de goma y es posible que tuviese copias de todos. Pero desde luego, esta la guardó a conciencia. No solo usó un casete comercial sino que además dejó quince minutos de la película original antes de empezar a copiar la otra encima. Cualquiera que le hubiera echado un vistazo superficial creería que realmente era Doce del patíbulo y la habría descartado.

—Debió de ser un auténtico susto para tu amigo. Estarían él y su mujer viendo a Lee Marvin y sus chicos y, de repente...

—Sí, lo sé —le dije.

—¿Por qué ocultaría la cinta tan cuidadosamente?

—Porque tenía miedo. Probablemente por esa misma razón le preguntó a Manny por un detective privado.

—Y antes de que consiguiese llamarte...

—No estoy seguro de que finalmente me hubiera llamado —le dije—. Hablé con Manny justo antes de llamarte a ti. Se fue a casa, revisó su agenda del año pasado y

fue capaz de localizar la fecha en la que habló con Leveque porque recordaba en qué trabajo coincidieron. Tuvo que ser en la tercera semana de abril, y a él no le mataron hasta el 9 de mayo. Probablemente le pidiese a más gente que le recomendase a alguien. De hecho, podría haber contratado a otro detective, o tal vez decidiera que podía encargarse él mismo de la situación.

—¿Qué situación estaba intentando controlar? ¿Algún chantaje?

—Desde luego es una de las posibilidades. Tal vez filmó un montón de escenas guarras, tal vez el hombre de goma no era la persona a la que estaba chantajeando. Y después, alguien lo asesinó. Es posible que pensase en llamarme, pero finalmente no lo hizo. No era mi cliente, y resolver su asesinato no es mi trabajo.

Un par de luces parpadearon en el edificio de enfrente.

—Tampoco tengo por qué ocuparme del hombre de goma. Mi trabajo es Thurman, y con él no estoy haciendo nada.

—Sería fantástico que todo estuviese relacionado.

—No creas que no lo he pensado —admití.

—¿Y?

—Yo no contaría con ello.

Empezó a decir algo, estornudó, y dijo que esperaba no haber cogido la gripe. Me despedí hasta el día siguiente y le recomendé que siguiese con la vitamina C y el zumo de limón. Me dijo que así lo haría, a pesar de estar convencida de que aquellos remedios caseros no servían para nada.

Me fui al hotel y me quedé un momento sentado en mi habitación, mirando por la ventana. Se suponía que aquella noche iba a hacer más frío, y que incluso era posible que por la mañana llegase a nevar. Cogí el Newgate Calendar y leí un rato sobre un salteador de caminos llamado Dick Turpin, que en sus tiempos había sido algo así como un héroe popular, aunque me resultaba difícil comprender por qué.

A las ocho menos cuarto, aproximadamente, hice un par de llamadas y conseguí localizar a Ray Galíndez, un joven dibujante de la policía que había trabajado con Elaine y conmigo para elaborar el retrato robot de un hombre que nos había tenido amenazados de muerte a ambos. Le dije que tenía trabajo para él si podía dedicarme una o dos horas. Me contestó que por la mañana podía arreglárselas, y quedamos en encontrarnos en la recepción del Northwestern a las diez.

Fui a la reunión de las ocho y media de San Pablo, y luego directamente a casa. Quería acostarme pronto, pero sin embargo, permanecí despierto durante horas. Leí un par de párrafos sobre algún asesino a quien habían colgado hacía un par de siglos, después dejé la lectura del libro y me quedé mirando un rato por la ventana.

Finalmente, aquella noche no nevó.

Ray Galíndez apareció justo a tiempo y subimos a mi habitación. Apoyó su maletín en la cama y sacó un bloc de dibujo, algunos lápices blandos y goma de borrar

Art-Gum.

—Después de hablar contigo anoche —me dijo— me acordé del individuo que os dibujé la última vez. ¿Al final lo atrapasteis?

—No, simplemente dejé de buscar. El tipo se suicidó.

—¿En serio? Así que finalmente no llegaste a verlo para poder compararlo con el dibujo.

En realidad sí que lo había visto, pero no podía decírselo.

—El dibujo valía lo que me costó —le dije—. Se lo enseñé a un montón de gente y lo reconocieron de inmediato.

Esto le encantó.

—¿Sigues en contacto con esa chica? Me acuerdo perfectamente de su apartamento, todo decorado en blanco y negro, y con esas vistas del río. Un lugar precioso.

—Sí, sigo en contacto con ella —le respondí—. De hecho, la veo bastante a menudo.

—¿Ah, sí? Es una mujer muy agradable. ¿Sigue viviendo en el mismo sitio? Seguro que sí, estaría loca si quisiera mudarse de allí.

Le dije que aquella seguía siendo su residencia.

—Y conserva el dibujo que le hiciste.

—¿El retrato robot de aquel tío? ¿A ese te refieres?

—Lo tiene colgado en la pared. Dice que para ella es arte, y de una clase que el mundo no aprecia. Me hizo fotocopiar el dibujo y ella enmarcó el original y lo colgó.

—Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro por Dios. Antes lo tenía en el salón, pero le pedí que lo pusiese en el baño. De otro modo, te sentases donde te sentases, sentías como si el tío estuviese allí mismo, mirándote. No estoy tomándote el pelo, Ray, lo ha puesto con un marco muy mono de aluminio y con cristal antirreflectante y todo.

—¡Jesús! —exclamó—. Nunca había oído nada semejante.

—Bueno, la verdad es que es una chica poco corriente.

—Desde luego que sí. Pero, en realidad, me gusta oírlo. Quiero decir, es una mujer con buen gusto. Recuerdo el cuadro que tenía en la pared.

Describió con todo lujo de detalles el enorme óleo abstracto de la pared de la ventana, y le dije que tenía una memoria prodigiosa.

—Bueno, para el arte sí, ya sabes. Es lo mío.

Agachó la cabeza, un tanto azorado.

—¿A quién me reservas para hoy? ¿A algún tipo muy malo?

—Sí, a uno muy muy malo —dije—, y además también tenemos un par de críos.

Resultó más sencillo de lo que pensaba. Había visto al chico mayor solo en cinta y al más joven nunca le había visto de cerca, ni tampoco al hombre. Pero les había mirado tan fijamente y había pensado en ellos con tal intensidad que las tres imágenes estaban muy claras en mi mente. El ejercicio de visualización que Galíndez

usaba también nos fue de ayuda, pero creo que en realidad no lo hubiese necesitado. No me costó en absoluto evocar sus caras. Lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos y allí estaban.

En menos de una hora había conseguido plasmar las imágenes de mi mente en las hojas de papel de dibujo de 21,5 por 28 que él utilizaba. Allí estaban los tres: el hombre que había visto junto al *ring*, el chico que estaba sentado a su lado, y el joven al que habíamos visto asesinar.

Galíndez y yo trabajábamos bien juntos. Había momentos en los que más bien parecía que estaba leyendo mi mente con su lápiz, ya que captaba detalles que estaban más allá de mis capacidades descriptivas. De algún modo, no sé bien cómo, aquellos tres dibujos capturaban el eco emocional de sus protagonistas. El hombre parecía peligroso; el chico más joven, tremendamente vulnerable, y el mayor tenía el aspecto de estar condenado a muerte.

Cuando terminamos, dejó el lápiz y suspiró.

—Esto es agotador —dijo—. No sé por qué, no es más que estar aquí sentado y dibujar, llevo haciéndolo toda mi vida. Pero ha sido como si estuviésemos conectados, o algo así.

—Elaine lo describiría diciendo que teníamos una conexión psíquica.

—¿Ah, sí? Desde luego, yo sentí algo, como si además estuviese conectado con los tres. Ha sido muy fuerte.

Le dije que los retratos eran exactamente lo que quería, y le pregunté cuánto le debía.

—Bueno, no sé. ¿Qué me diste la última vez? ¿Cien? Eso estará bien.

—Pero aquello fue por un dibujo, y esta vez me has hecho tres.

—Pero ha sido todo en una sesión, y, ¿cuánto tiempo me ha llevado, una hora? Con cien es suficiente.

Pero a mí no me lo pareció, y le di doscientos. Empezó a protestar, y le dije que el extra era para que me firmase el trabajo.

—Los originales son para Elaine —le expliqué—. Los voy a enmarcar y se los daré como regalo de San Valentín.

—¡Dios, eso podría dar dinero! Más vale que me lo plantee. Para San Valentín, ¿eh?

Señaló tímidamente la alianza de oro que llevaba en su dedo anular y añadió:

—Mira, esta es una novedad con respecto a la última vez que nos vimos.

—Felicidades.

—Gracias. ¿De verdad quieres que te lo firme? Lo haré con mucho gusto, y no tienes que pagarme ningún extra por ello; de hecho, es todo un honor.

—Coge el dinero, vamos —le dije—, y cómprale algo bonito a tu mujer.

Sonrió y firmó los tres dibujos.

Bajé con él por las escaleras. Ray iba a coger el metro en la Octava Avenida, y yo lo acompañé la mitad del camino, hasta la esquina, y me detuve en una copistería, donde me hicieron un par de docenas de copias de cada uno de los dibujos mientras yo estaba en el local de al lado tomándome una taza de café y un bagel. Dejé los originales para que me los enmarcasen en una pequeña tienda de arte de Broadway, y después volví a mi habitación y usé un sello de goma para marcar con mi dirección y mi nombre el reverso de las copias. Doblé unos cuantos ejemplares de cada dibujo para que me cupiesen en el bolsillo de la chaqueta, y volví a la calle, para dirigirme a continuación a Times Square.

La última vez que había andado por el Deuce había sido en mitad de una ola de calor. Ahora hacía mucho frío. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, y el abrigo abotonado hasta el cuello; y por un momento me lamenté de no haber tomado la precaución de ponerme guantes y bufanda. El cielo presentaba varios tonos de gris, y antes o después nos caería encima la nieve que nos habían predicho.

Aparte de las condiciones meteorológicas, la calle no presentaba demasiadas diferencias. Los chicos que estaban desperdigados en pequeños grupos por las aceras llevaban ropa un poco más gruesa, pero no se podía decir precisamente que estuviesen vestidos de forma adecuada para aquel tiempo. Lo que sí hacían era moverse más, meneándose para mantenerse calientes, pero, por lo demás, tenían más o menos el mismo aspecto.

Subí por un lado del edificio y bajé por el otro, y cuando un chico negro se me acercó y me preguntó, susurrando, si fumaba, no lo despaché con un rápido movimiento de cabeza. En cambio, le señalé con el dedo un portal y me dirigí hacia él. Vino conmigo de inmediato, y sus labios apenas se movieron cuando me preguntó qué quería.

—Estoy buscando a TJ —le respondí.

—TJ —repitió él—. Bueno, si tuviese algo de eso puedes estar seguro de que te lo vendería. Y además te haría un buen precio, tío.

—¿Lo conoces?

—Ah, que es una persona. Creí que era alguna clase de mierda, ya sabes.

—No pasa nada —le aseguré.

Me disponía a separarme de él, pero me puso una mano en el brazo.

—Eh, tranquilo —me dijo—. Estamos en mitad de una conversación. ¿Quién es ese tal TJ? ¿Es un DJ? TJ el DJ, ¿lo pillas?

—Si no lo conoces...

—Creo que he oído hablar de ese tío, lanza para los Yankees, ¿no? ¿Tommy John? Se retiró. Así que más vale que lo que quisieras de TJ, tío, me lo pidas a mí.

—Dile que me llame —le comenté, mientras le acercaba una de mis tarjetas.

—¿De qué me has visto pinta, tío? ¿Crees que soy su puto busca?

Tuve media docena de variaciones de esta conversación con otros tantos pilares de la comunidad. Unos me dijeron que conocían a TJ, y otros que no, y no encontré razón alguna para creer ni a los unos ni a los otros. Nadie tenía del todo claro quién era yo, pero desde luego tenía que ser algún explotador potencial o una posible víctima, alguien que les iba a apretar las tuercas, o alguien a quien apretárselas.

Se me ocurrió que tal vez sería mejor ponerme en contacto con alguna otra persona en lugar de intentar dar con TJ, quien, después de todo, no era más que otro timador callejero del Deuce, muy bueno en su negocio, eso sí, como demostraba el hecho de haber conseguido sacarle cinco dólares casi sin esfuerzo a un viejo hijo de puta de la calle como yo. Si estaba dispuesto a repartir billetes de cinco dólares, la calle estaba llena de críos que estarían encantados de recibirlos.

Y todos ellos eran más fáciles de encontrar que TJ, que además podía no estar disponible en aquel momento. Habían transcurrido seis meses desde que nos conociéramos, y la verdad es que, en aquella zona, eso era mucho tiempo. Podía haberse mudado a otra parte de la ciudad. Podía haber encontrado un trabajo. O podía estar en Riker Island, o cumpliendo una condena más seria en el interior.

Incluso podría estar muerto. Con esa posibilidad en mente, eché un vistazo al Deuce y me pregunté cuántos de los chavales que estaban en la calle en aquel momento llegarían a los 35. Las drogas echarían a perder a unos cuantos, la enfermedad se ocuparía de otros, y buena parte de los restantes se matarían entre sí. Era un pensamiento de lo más desalentador, y traté de quitármelo de la cabeza lo antes posible. La calle Cuarenta y Dos ya era bastante difícil de soportar cuando uno analizaba el presente, pero si se trataba de echar la vista hacia delante, resultaba ya imposible.

Testament House había comenzado su andadura cuando un sacerdote episcopaliano comenzó a permitir que niños de la calle durmieran en el suelo de su apartamento de Chelsea. Al cabo de algún tiempo, había conseguido convencer al dueño de un local de que le cediese una destartalada pensión situada a unos cuantos bloques de Penn Station, y otros donantes habían contribuido con cantidades en metálico que le permitieron comprar los edificios que estaban a ambos lados de aquella. Hacía dos años, otro benefactor había adquirido un edificio industrial de seis plantas y lo había donado para la causa. Me dirigí allí cuando abandoné la calle Cuarenta y Dos, y una mujer de pelo gris y ojos fríos y azules me contó la historia de la institución.

—A este edificio lo llaman New Testament House —me dijo—, y, por supuesto, el complejo original es Old Testamente House. El padre Joyner lleva mucho tiempo intentando organizar la donación de un edificio en el East Village, y ya no sé cómo le van a llamar a eso los chicos. Lo único que nos queda son los textos apócrifos, y me temo que eso no va a tener suficiente gancho para ellos.

Nos encontrábamos a la entrada del inmueble, y a nuestro lado había un cartel que

nos informaba de las reglas del lugar. Se permitía la entrada a cualquier menor de 21 años siempre y cuando no estuviese en posesión de alcohol, drogas o armas; y el recinto permanecía cerrado entre la una y las ocho de la mañana.

La señora Hillstrom se mostró encantadora, pero cauta a la vez, lo cual era fácilmente comprensible; ella ni siquiera sabía si yo podía ser un futuro donante o alguien con algún tipo de interés oculto, y probablemente malsano, por sus muchachos. Fuera lo que fuese, no estaba dispuesta a dejar que pasase por encima de ella y entrase en el edificio. No llevaba armas, ni tampoco drogas, pero era indudable que estaba por encima del límite de edad.

Le enseñé los dibujos de los dos chicos.

—Me temo que no entra dentro de nuestra política revelar quien vive con nosotros —me aseguró, sin tan siquiera mirarlos.

—No le pido que revele nada —le dije, mientras ella me observaba fijamente—. Me consta que ninguno de estos dos chicos vive aquí.

Finalmente les echó un vistazo.

—Son dibujos —comentó ella—, qué raro.

—Creo que uno de ellos, o tal vez los dos, han podido pasar por aquí. Supongo que son niños fugados de sus casas.

—Niños perdidos —me corrigió la mujer.

Eché un vistazo a cada uno de los dibujos, y luego añadió:

—Casi podrían ser hermanos. ¿Quiénes son?

—Eso es lo que trato de descubrir. No conozco sus nombres ni sé de dónde son.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Creo que uno de ellos está muerto —le informé—. Y supongo que el chaval más joven podría estar en peligro.

Me lo pensé un momento y luego concluí:

—Bueno, o tal vez ya no.

—«Tal vez ya no». Eso significa que tal vez también esté muerto, ¿es eso lo que quiere decir?

—Me temo que sí.

Ella inclinó la cabeza y buscó mis ojos.

—Me está ocultando algo. ¿Por qué tiene retratos robot en vez de fotografías? ¿Cómo es posible que esté buscando a estos chicos si no sabe ni quiénes son?

—Creo que no le gustaría oír las respuestas que pueda dar a sus preguntas.

—Bueno —dijo ella—, supongo que ya conozco la mayor parte de ellas. Soy una empleada a sueldo, señor Scudder, no trabajo como voluntaria. Dedico doce horas al día, seis días a la semana a este trabajo, y muchas veces ni siquiera me tomo el día libre que me corresponde. Y a cambio me dan un alojamiento para mí sola, tres comidas al día y diez dólares a la semana. Con eso no me podía pagar ni los cigarrillos, así que dejé de fumar, y ahora generalmente regalo la mitad de mi sueldo. Llevo aquí diez meses, señor Scudder, y me he marchado tres veces. Cuando te

entrenan, aceptas quedarte durante un año, así que la primera vez que me fui tuve miedo de que me chillasen. Hablé con el padre Joyner y le dije que era incapaz de soportarlo por más tiempo, que tenía que irme. Y él me dijo: «La envidio, Maggie, ojalá Dios me permitiese irme a mí también», y yo le respondí: «He cambiado de opinión, me quedo». «Bienvenida de nuevo a casa», me dijo.

»La siguiente vez que me fui, la que chilló fui yo; y la tercera ocasión me marché llorando. La primera de ellas, estaba cabreada, así que me fui, y la segunda, estaba llorando, así que también me largué; pero después, me calmaba y decidía quedarme. Todos los días veo cosas que me impulsan a irme calle abajo, agarrar a todos los que me encuentre por el camino, darles un buen meneo y decirles lo que está pasando. Todos los días me entero de cosas de esas que usted dice que no me gustaría enterarme. Uno de los tres edificios de Old Testament House se ha convertido en nuestra ala de VIH, ¿lo sabía? Todos los chavales que viven allí son seropositivos. Y todos tienen menos de 21 años. Cuando cumplen esa edad se tienen que marchar, pero muchos ni siquiera llegarán a hacerlo porque para entonces estarán muertos. ¿De verdad cree que hay algo que no pueda contarme? ¿De verdad cree que sabe algo que sea peor que esto?

—La razón por la que creo que el chico mayor está muerto —le dije— es porque vi una cinta de vídeo en la que estaba con un hombre y una mujer. Al final de la grabación, lo mataban. Y supongo que el más joven está muerto o en peligro, porque la semana pasada le vi con un hombre que creo que es el mismo que aparecía en aquella película.

—E hizo estos retratos.

—Yo no sería capaz de dibujar ni un monigote. Lo hizo un artista de la policía.

—Ya veo —dijo, volviendo la vista hacia un lado—. ¿Hay muchas películas de esas? ¿Resulta rentable hacer cosas así?

—No tengo ni idea de cuántas puede haber. Y no, no creo que sea particularmente rentable. Supongo que esta gente hizo la grabación para su disfrute personal.

—«Para su disfrute personal» —repitió, meneando la cabeza—. Existe una figura de la mitología griega que devoraba a sus propios hijos. Se llama Cronos. He olvidado por qué lo hacía, pero estoy segura de que tenía que tener una razón.

Sus ojos se clavaron en mí.

—Nosotros también devoramos a nuestros hijos, y lo estamos haciendo con toda una generación. Los destruimos, los tiramos a la basura, los despreciamos. Y en algunos casos, los devoramos de forma literal. Los adoradores del diablo sacrifican a los recién nacidos... y... los cocinan y se los comen. Hay hombres que compran a críos en las calles para practicar el sexo con ellos y después matarlos. Dice que vio a ese hombre, que estaba con el chico joven; ¿de verdad lo vio?

—No estoy seguro, pero creo que era el mismo tipo.

—¿Y era normal? ¿Tenía aspecto humano?

Le enseñé el dibujo.



—Pues sí, parece una persona normal —añadió—. Eso lo detesto. Detesto pensar que la gente normal es capaz de hacer semejantes atrocidades. Quisiera que tuvieran aspecto de monstruos. Actúan como monstruos, así que ¿no deberían tener su apariencia? ¿Usted entiende por qué esta gente hace esas cosas?

—No, no lo entiendo.

—«La envidia», me dijo el padre Joyner. «La envidia, ojalá Dios me permitiese irme a mí también». Después pensé que había sido una buena estrategia para hacer que me quedase. Muy ingeniosa. Pero la verdad es que ya no pienso igual, creo que quiso decir exactamente lo que dijo, creo que era literalmente lo que pensaba. Para mí, desde luego, lo es. Ojalá Dios me dejase irme.

—Ya sé a qué se refiere.

—¿De verdad? —me preguntó, mirando de nuevo los retratos—. Podría haber visto aquí a estos chicos. No los reconozco, pero es posible.

—Tal vez al mayor no lo haya visto. Dice que lleva aquí diez meses, y creo que la película es anterior a esa fecha.

Me preguntó si podía esperar un momento y desapareció dentro del edificio. Me quedé allí mientras un par de críos entraban y otros salían del inmueble. A mí me parecían chavales normales, no gente de la calle como los que había visto en la Cuarenta y Dos, no tan agobiados como deberían estar a juzgar por sus circunstancias vitales. Me pregunté cuál habría sido la razón por la que se habían marchado de sus hogares y se habían ido a vivir a las calles de aquella ciudad que se caía a trozos. Maggie Hillstrom probablemente me lo hubiera podido decir, pero la verdad es que prefería no oírlo.

Padres que los maltrataban, madres negligentes. Violencia a causa del alcoholismo. Abusos sexuales. No tenía que oírlo, podía imaginármelo yo mismo. Nadie se escapaba de La familia Brady y terminaba de aquella forma.

Estaba volviendo a leer las reglas cuando ella regresó. Nadie reconocía a ninguno de los chicos retratados. Se ofreció a guardárselos y enseñárselos posteriormente a los demás. Le dije que eso me podría ser de gran ayuda, y le di unas cuantas copias extra de ambos.

—Mi número de teléfono está detrás —le indiqué—. Puede llamarme en cualquier momento. Y permítame que también le deje unas cuantas copias del tercer dibujo, el del hombre mayor. Tal vez quiera enseñárselo a los chavales para que sepan que no deben irse con él a ninguna parte.

—Siempre les decimos que no se vayan con ningún hombre —me aseguró—, pero ellos no nos hacen caso.

—El padre Michael Joyner —me dijo Gordie Keltner—. Recibo correo suyo. Me temo que la mayor parte del mundo libre lo hace, pero yo recibiré para siempre sus boletines informativos porque en una ocasión le envié dinero. «Puede salvar a un chico por veinticinco dólares» era el eslogan de sus campañas de recaudación de fondos. «Aquí tiene cincuenta», le escribí. «Salve dos en mi nombre, ¿vale?». Y le devolví la carta con el cheque de cincuenta dólares dentro. ¿Has conocido al buen padre?

—No.

—Tampoco yo, pero un día lo oí en el metro. Le estaba hablando a Phil, o a Geraldo, o a Oprah sobre los peligros de los hombres adultos que se aprovechan de la juventud perdida, y del desagradable papel de la pornografía como industria que explota a los niños. Todo eso puede muy bien ser cierto, pero, pensé yo, oh, Michael, ¿no te parece que te estás pasando? Porque te juro que el buen padre pierde más aceite que yo.

—¿De veras?

—Bueno, ya sabes lo que dijo Tallulah Bankhead: «Lo único que puedo asegurar es que a mí no me comió la polla, cariño». No es que haya oído nada, ni tampoco es que lo haya visto en los bares de ambiente, y hasta es posible que sea perfectamente célibe, aunque a los episcopalianos no se les obliga a serlo, ¿lo sabías? Pero a mí me parece gay. Al menos eso es lo que transmite. Debe de ser la hostia para él vivir entre todos esos chavales calientes y tener que estar siempre seguro de que lleva los pantalones bien abrochados. No me extraña que nos dedique semejantes palabras a los que no somos unos chicos buenos como él.

Conocí a Gordie cuando aún era detective del Distrito 6, en el Village. Entonces, la comisaría estaba en la calle Charles, aunque ya hace mucho tiempo que la trasladaron a la Décima Oeste. Entonces él trabajaba a tiempo parcial en el bar Sinthia's. Aquel local ya ha desaparecido; Kenny Banks, el dueño, lo vendió y se trasladó a Key West. Pero antes de que eso ocurriera, Gordie y su pareja se vinieron a mi barrio y abrieron Kid Gloves en el local de la Novena Avenida donde Skip Devoe y John Kasabian habían tenido el Miss Kitty's. Kid Gloves no duró mucho tiempo, y ahora Gordie trabaja en un bar que era un almacén en la época en la que yo llevaba mi placa dorada. Se encuentra en la esquina sudoeste del Village, en Clarkson con Greenwich. Inicialmente lo llamó Uncle Bill's, pero ahora ha renacido como Calamity Jack's, y se ha convertido en un bar como los del lejano Oeste.

Aún quedaban unas cuantas horas de tarde, y Gordie tenía tiempo más que de sobra para pasarlo conmigo. Yo era uno de los tres únicos clientes que había en el establecimiento. Los otros dos eran un hombre mayor, de traje, que bebía café

irlandés y leía un periódico al otro lado de la barra, y un tipo fornido con vaqueros y botas negras de puntera cuadrada, que jugaba al bumper pool. Le enseñé a Gordie mis dibujos, igual que lo había hecho en otros bares del Village, y él negó con la cabeza.

—Reconozco que son muy monos —me dijo—, pero la verdad es que nunca me han gustado los jovencitos, a pesar de los comentarios que he hecho sobre el padre Mike.

—A Kenny sí le gustaban los adolescentes —le recordé.

—Kenny era incorregible. Yo mismo era un tierno mozalbete cuando trabajaba para él, y ya no lo atraía porque era demasiado mayor para su gusto. Pero en los bares no te vas a encontrar gente tan joven, Matt. Ya no es como antes, al menos desde que la edad reglamentaria para beber pasó de los 18 a los 21 años. Un chaval de 14 podría pasar por 18 en un local con poca luz, especialmente si es alto o te enseña un carné bien falsificado. Pero tendrías que tener unos 17 para poder pasar por 21, y para entonces ya has dejado atrás los mejores años de tu vida.

—¡Qué mundo este!

—Ya lo sé. Hace años que decidí no ser tan crítico, y sé muy bien que la mayor parte de los chavales participan de forma entusiasta en el juego de la seducción. A veces, incluso son ellos los que lo inician. Pero no me importa, me estoy volviendo moralista con los años. Me parece mal que un adulto se acueste con un crío. No me importa que el chaval quiera hacerlo, me sigue pareciendo igual de mal.

—Pues yo ya no sé lo que está bien y lo que está mal.

—Creí que los polis siempre lo sabían.

—Se supone que sí. Y puede que esa sea una de las razones por las que dejé el Cuerpo.

—Espero que esto no signifique que voy a tener que dejar de ser marica —me dijo—. Es lo único que sé hacer.

Cogió uno de los dibujos y se tiró del labio inferior mientras lo miraba.

—Ahora, la mayoría de chicos que ligan con tipos mayores se encuentran en la calle, o al menos eso es lo que he oído. Sobre todo en la avenida Lexington, en la Cincuenta. Y, por supuesto, también en Times Square. Y en los muelles del Hudson, desde la calle Morton hacia arriba. Los chavales dan vueltas por la zona del río de la calle West y los tíos pasan por allí con sus coches.

—Ya he estado en unos cuantos bares de la calle West antes de venir aquí.

Negó con la cabeza.

—No dejan entrar a los chicos en esos sitios. Y tampoco es ahí donde se reúnen las aves de presa. Generalmente pasan con su coche por los puentes y los túneles de camino a casa, a reunirse con su mujer y sus hijos.

Le echó un chorro de agua de Seltz fresca a mi vaso.

—Hay un bar en el que podrías probar, pero no hasta más tarde. No antes de las nueve y media o diez, creo yo. Allí no encontrarás chavales, pero sí podrás localizar a algunos viejos asquerosos que se interesan por los jovencitos. Se trata de Eighth

Square, en la calle Diez, un poco más allá de Greenwich Avenue.

—Ya sé dónde es —le dije—. Lo conozco, pero no sabía que era un sitio gay.

—Desde fuera no se nota, pero es donde van a beber la mayor parte de los cabrones más aficionados a andar con críos. El nombre lo dice todo, ¿verdad?

Me temo que me quedé mirándole con cara de asombro.

—Me refiero al ajedrez —me explicó—. Eighth Square, la octava casilla; ahí es donde los peones se convierten en reinas.

Había llamado antes a Elaine y ella había tenido que anular nuestra cita para cenar, como estaba previsto. O había cogido la gripe o el peor catarro del mundo, y eso había conseguido acabar con toda su energía, con su apetito, y con su capacidad de comprender lo que leía. Lo único que lograba hacer era dormirse frente al televisor. Me quedé en el centro, tomé pastel de espinacas y una patata asada en una cafetería de Sheridan Square y fui a una reunión en la sede de un club de la calle Perry. Allí me encontré con una mujer que conocía de San Pablo. Ella había conseguido dejar de beber en aquel sitio, y después se había mudado a casa de su novio en la calle Bleecker. Ahora estaba casada y visiblemente embarazada.

Después de la reunión me dirigí al Eighth Square. El camarero llevaba una camiseta sin mangas con un águila alemana y tenía aspecto de pasarse media vida en el gimnasio. Le dije que Gordie, el del Calamity Jack's, me había sugerido que le pidiese ayuda, y le enseñé los dibujos de los chicos.

—Mira a tu alrededor —me dijo—. ¿Ves a alguien con esa pinta por aquí? No te molestes, no hay ninguno. ¿No has visto el cartel? «Si no tienes 21, lárgate». No es simple decoración, lo decimos en serio.

—En Julius también había un cartel de esos —le respondí—. «Si eres gay, no entres en este local».

—Ya me acuerdo —dijo él, alegremente—. Como si a alguien que no tuviese algo de pluma se le hubiera ocurrido alguna vez cruzar su puerta. Pero ¿qué esperas de esas reinonas del Ivy League?

Se apoyó sobre un codo, y continuó:

—De todos modos, te estás remontando a mucho tiempo atrás. Eso es de antes del orgullo gay y de Stonewall.

—También es cierto.

—Deja que les eche otro vistazo. ¿Son hermanos? No, no creo, no se parecen tanto, es más bien el aire que tienen, ¿verdad? Los miras y se te vienen a la cabeza pensamientos positivos, excursiones de los *scouts* y baños desnudos en algún lago. El reparto de los periódicos. Jugar a pillar en el jardín de atrás con papá. ¿Me estás oyendo? Hablo igual que en *El show de Donna Reed*.

No reconoció a los chicos, y tampoco lo hicieron los pocos clientes a quienes les mostré los dibujos.

—No dejamos que esos críos entren en nuestro territorio —dijo uno de ellos—. Venimos aquí a quejarnos de lo crueles que son ellos con nosotros, o de lo mucho que nos cuesta mantenerlos contentos... Pero espere un minuto. ¿Quién es este?

Estaba observando el tercer dibujo, el del hombre de goma.

—Creo que a este sí que lo he visto. No podría jurarlo, pero creo que en algún sitio lo he visto.

Se me acercaron otro par de tíos y se inclinaron para ver el retrato.

—Por supuesto que lo has visto —asintió uno—. Lo has visto en el cine. Es Gene Hackman.

—Desde luego, se parece mucho —dijo el otro.

—En su peor día —apuntó el camarero—. No, tienes razón, se le parece, pero no es él, ¿verdad? De todos modos, ¿por qué llevas dibujos? ¿No sería más fácil identificar a alguien por una fotografía?

—Sí, pero las fotografías son demasiado corrientes —dijo uno de los otros—. Yo prefiero los dibujos, me parecen una idea muy refrescante.

—No estamos pensando en redecorar el bar, Jon. Estamos hablando de identificar a un tipo, no de adecentar el rincón de los desayunos.

Otro hombre, con la cara consumida por el sida, dijo:

—Yo sí he visto a ese tipo. Le he visto aquí y también en la calle West. Como media docena de veces en los últimos dos años. En un par de ocasiones iba con una mujer.

—¿Qué aspecto tenía ella?

—El mismo que un dóberman. Vestía de cuero negro de pies a cabeza, con botas de tacón alto, y creo que llevaba pulseras de pinchos en las muñecas.

—Probablemente fuera su madre —apuntó alguien.

—Estaba claro que iban de caza —dijo el hombre del sida—. Andaban rondando en busca de algún compañero de juegos. ¿Acaso mató a los chicos? ¿Por eso lo estás buscando?

La pregunta me sorprendió y le dije sin pensar:

—A uno de ellos. ¿Cómo lo sabes?

—Tienen pinta de asesinos —dijo simplemente—. Eso es lo que pensé la primera vez que los vi juntos. Ella era como Diana, la diosa de la caza. Y no sé quien podía ser él.

—Cronos —sugerí.

—¿Cronos? Bueno sí, eso puede pegarle Pero la verdad es que no fue eso lo que a mí se me vino a la cabeza. Recuerdo que llevaba un abrigo de cuero hasta los pies que le hacía parecer un agente de la Gestapo, uno de esos que vendrían a llamar a tu puerta a las tres de la mañana. Ya sabes a qué me refiero, lo has visto en las películas.

—Desde luego que sí.

—Pensé que eran criminales y que estaban buscando a alguien para llevárselo a casa y asesinarlo. Luego me dije que no debía ser tonto y pensar esas cosas, pero lo

cierto es que no estaba equivocado, ¿verdad?

—No, no lo estabas —le aseguré—. Tenías toda la razón.

Cogí el metro hasta Columbus Circle y, de camino a casa, compré la edición matinal del Times. No tenía mensajes en el escritorio ni nada interesante en el correo. Encendí la tele, vi las noticias de la CNN y leí el periódico durante los anuncios. No sé bien en qué momento me quedé enganchado con un largo artículo sobre las bandas de narcos de los Ángeles, pero terminé apagando el televisor.

Ya era más de medianoche cuando sonó el teléfono. Una voz suave me dijo:

—Matt, soy Gary, del Paris Green. No sé si hago bien en llamarte, pero el tipo por el que me preguntaste la otra noche acaba de entrar y sentarse en la barra. Puede que se termine la copa de un trago y se largue en el mismo momento en que yo cuelgue, pero me da la impresión de que se va a quedar un rato.

Me había quitado los zapatos, pero por lo demás, estaba listo para marcharme. Estaba cansado y no había dormido bien la noche anterior, pero ¡al diablo con todo!

Le dije que llegaría enseguida.

La carrera del taxi no pudo durar más de cinco minutos, pero a la mitad ya me estaba preguntando qué diantres estaba haciendo. ¿Qué es lo que iba a hacer, ver cómo bebía aquel hombre y preguntarme si era un asesino?

Lo absurdo de la situación se hizo aún más evidente cuando abrí la puerta y entré. Solo había dos personas en el local: Gary detrás de la barra y Richard Thurman frente a ella. La cocina estaba cerrada, y antes de irse, los camareros habían colocado las sillas sobre las mesas. El Paris Green no era el típico bar que está abierto hasta altas horas de la madrugada, Gary lo cerraba más o menos cuando los camareros terminaban y se iban a casa. Me dio la impresión de que aquella noche se quedaba por mí, y hubiese deseado que todo aquello tuviese más sentido.

Thurman se giró cuando me aproximé a él. A alguna gente apenas se le nota que ha bebido. Mick Ballou es uno de ellos. Puede tomarse todo lo que le dé la gana y el único signo externo de borrachera que presenta es un cierto endurecimiento en la expresión de sus ojos verdes. A Richard Thurman, sin embargo, le ocurría todo lo contrario. Con solo echarle un vistazo supe cuál era su estado. Era evidente por lo vidrioso de sus duros ojos azules, por la ligera hinchazón que se apreciaba en la parte baja de su cara, y por cómo le empezaba a colgar la piel alrededor de su abultada boca.

Me hizo un pequeño gesto con la cabeza y volvió a su bebida. No pude ver lo que era, pero desde luego, era algo con hielo, ni la cerveza sin alcohol ni el vermú que solía tomarse antes de cenar. Elegí un asiento situado en la barra, a dos metros y medio o tres del suyo, y Gary me trajo un vaso de soda sin que se lo pidiese.

—Vodka doble con tónica —me dijo—. ¿Te lo pongo en la cuenta, Matt?

Ni era vodka ni yo tenía cuenta allí. Gary era uno de los pocos camareros del barrio que no trataba de abrirse paso como actor o escritor, pero estaba claro que contaba con una considerable vena artística.

—Sí, perfecto —le dije, y luego tomé un largo trago de mi bebida.

—Eso se toma en verano —me dijo Thurman.

—Puede que sí —concedí—, pero yo me he acostumbrado a beberlo durante todo el año.

—Fueron los británicos los que inventaron la tónica. Cuando conquistaron los trópicos empezaron a beberla, ¿sabes por qué?

—¿Para refrescarse?

—No, porque previene la malaria. La bebían como profilaxis. ¿Sabes lo que es la tónica? ¿Sabes cómo la llaman también?

—¿Agua de quinina?

—Muy bien. Y lo que se toma contra la malaria es precisamente quinina. ¿Acaso estás tú preocupado por la malaria? ¿Ves por aquí algún mosquito?

—No.

—Entonces estás tomándote la bebida equivocada —me dijo, levantando su vaso—. «El burdeos es para los críos, el oporto es para los hombres, y los héroes solo toman brandi». ¿Sabes quién dijo eso?

—Algún borracho, supongo.

—Samuel Johnson, pero probablemente creas que hablo de un jugador de los Mets.

—No, ese es Daniel Strawberry. ¿También bebe brandi?

—Por Dios —dijo Thurman—, ¿pero qué estoy haciendo aquí? ¿Qué demonios me pasa?

Se echó las manos a la cabeza, y yo le dije:

—¡Eh, alégrate! ¿Es brandi lo que bebes?

—Brandi con crema de menta. Lo llaman stinger.

No me extrañó que estuviese en aquel estado.

—La bebida de los héroes —le dije—. Gary, ponle aquí a mi amigo otro trago de héroes.

—No sé... —dijo Thurman.

—Oh, vamos —lo animé—. Aún puedes con otra.

Gary le sirvió otro stinger y a mí otro vaso de soda, y se llevó a toda prisa el que apenas había tocado. Thurman y yo levantamos nuestros vasos para brindar, y yo dije:

—Por los amigos ausentes.

—¡Por Dios! —dijo él—. ¡No brindes por eso!

—¿Y por qué brindamos entonces? ¿Por el crimen?

Se le encorvaron los hombros, y se me quedó mirando. Sus gruesos labios estaban

levemente separados. Parecía que estaba a punto de decir algo, pero luego cambió de opinión y le dio un buen trago a su copa. Se le contrajo la expresión, y también se encogió un poco de hombros mientras el líquido descendía por su garganta.

—Me conoces, ¿no? —me preguntó.

—Claro, si ya somos casi viejos amigos.

—Lo digo en serio. ¿No sabes quién soy?

—Espera un momento —le respondí, después de mirarle un rato.

Él suponía que recordaría su cara de la foto de los periódicos. Le dejé esperando un rato más, y después, le dije:

—Del Maspeth Arena. De los combates del jueves por la noche. ¿Me equivoco?

—No puedo creérmelo.

—Eras el cámara. No, estabas en el cuadrilátero diciéndole al cámara lo que debía hacer.

—Soy el productor del programa de televisión.

—Por cable.

—Sí, de la Five Borough Cable. Me parece increíble. Regalamos las localidades y no conseguimos gente que quiera ocuparlas. La gente no sabe ni dónde está Maspeth. La única línea de metro relativamente cercana es la M, y nadie en Manhattan tiene ni idea de dónde se coge. Si me viste allí no me extraña que me reconozcas. Éramos prácticamente los únicos que estábamos en aquel sitio.

—Es un trabajo muy interesante —le comenté.

—¿De verdad lo crees?

—Hombre, ves el boxeo y encima le tocas el culo a una chica guapa.

—¿A quién, a Chelsea? No es más que una zorra, créeme.

Tomó un buen trago de su stinger, y prosiguió:

—¿Qué te llevó allí? Seguro que te gusta mucho el boxeo, no debes de perderte ni una velada.

—Estaba trabajando.

—Ah, ¿tú también? ¿Qué eres, periodista? Pensé que conocía a todos los chicos de la prensa.

Le di una de mis tarjetas, y cuando él señaló que solo aparecía en ella mi nombre y mi dirección, le enseñé la tarjeta que utilizaba cuando trabajaba para Wally, una tarjeta de presentación de Reliable Investigations con su dirección, su número de teléfono y mi nombre.

—Eres detective —dijo, asombrado.

—Exacto.

—Y estabas trabajando el otro día cuando viniste a Maspeth.

Yo asentí.

—¿Y qué estás haciendo ahora? ¿Es también esto parte de tu trabajo?

—¿Esto? ¿Beber y decir chorradas? No, por esto no me pagan. Ojalá lo hicieran, de verdad.



Me había guardado la tarjeta de Reliable, pero le dejé la otra, y él seguía mirándola. Leyó mi nombre en voz alta y me miró. Me preguntó si sabía cómo se llamaba él.

—No —le contesté—. ¿Cómo podría saberlo?

—Soy Richard Thurman. ¿No te suena?

—Solo por lo más obvio, por Thurman Mansos.

—Sí, me lo dicen mucho.

—Los Yankees no han vuelto a ser los mismos desde el accidente de avión.

—Sí, bueno, tampoco yo he vuelto a ser el mismo desde el accidente.

—No te entiendo.

—Nada, no tiene importancia.

Se quedó en silencio un momento, y luego añadió:

—Ibas a decirme lo que estabas haciendo en Maspeth.

—Ah, bueno, ya sabes...

—No, no lo sé. Por eso te lo pregunto.

—No es nada interesante.

—¿Lo dices en serio? Detective privado, el trabajo con el que sueña todo el mundo; por supuesto que me interesa —me dijo, poniéndome la mano en el hombro de forma amistosa—. ¿Cómo se llama el camarero?

—Gary.

—Eh, Gary, otro stinger. Y otro vodka doble con tónica para mi amigo. Entonces, ¿qué te trajo a Maspeth, Matt?

—Ya sabes —le respondí—. Lo más curioso es que a lo mejor podrías echarme una mano.

—¿Y eso?

—Bueno, tú estabas allí —le dije—. Puede que le vieras. Estaba justo al lado del *ring*.

—¿De qué me hablas?

—Del tipo al que se suponía que tenía que seguir.

Saqué una copia del retrato robot y me aseguré de que fuera el correcto.

—Este es. Estaba sentado en primera fila, y le acompañaba su hijo. Di con él allí, como esperaba, pero después lo perdí. No sabrás quién es...

Mientras él miraba el retrato, yo le miraba a él.

—Esto es un dibujo —me dijo al cabo de un rato.

Le dije que tenía razón.

—¿Lo has hecho tú? «Ray Galíndez». No, ese no eres tú.

—No.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han dado —afirmé—. ¿Lo reconoces entonces?

—¿Y se suponía que tenías que seguirlo?

—Exacto. Fui a mear, y cuando volví se había ido. Ya no estaban ni él ni el chico,

como si se hubiesen esfumado mientras me daba la vuelta.

—¿Por qué lo estabas siguiendo?

—La verdad es que no me lo cuentan todo. ¿Lo reconoces? ¿Sabes quién es? Estaba justo en primera fila, seguro que lo viste.

—¿Quién es tu cliente? ¿Quién te pidió que lo siguieras?

—No podría decírtelo ni aunque lo supiera. La confidencialidad lo es todo en nuestro negocio, ya sabes.

—Eh, venga —me dijo de forma persuasiva y cordial—. Estamos solos. ¿A quién se lo voy a contar?

—Pero si ni siquiera sé quién es el cliente —le mentí—, ni tampoco por qué tenía que seguirle. Me cayó una buena por perder a ese hijo de puta, créeme.

—Ya me lo imagino.

—Entonces, ¿lo reconoces? ¿Sabes quién es?

—No —me dijo—. Nunca lo había visto.

Se marchó al cabo de un rato. También yo me fui poco después, y crucé hasta el medio de la intersección para poder verle caminar hacia la Octava Avenida. Cuando ya me sacaba bastante ventaja, lo seguí, manteniendo en todo momento contacto visual con él. Se metió en su edificio, y unos cuantos minutos después vi cómo las luces se encendían en las ventanas del cuarto piso.

Volví al Paris Green. Gary había cerrado, pero me abrió la puerta.

—Bonito toque —le dije—. Vodka con tónica.

—Vodka doble con tónica.

—Y, además, me la apuntas en la cuenta.

—Bueno, no podía cobrarte seis dólares por una soda, ¿verdad? Era mucho más fácil así. Aún me queda algo de café. ¿Quieres una taza antes de que cierre?

Me tomé una y Gary se abrió una botella de Dos Equis. Traté de pagárselo, pero no quiso ni oír hablar de ello.

—Déjame, es mi pequeña colaboración a la causa —dijo—. No sería tan divertido si aceptase dinero por ello, le dijo la actriz al obispo. Bueno, ¿a qué conclusión has llegado? ¿Lo hizo él?

—Estoy seguro de que es culpable —le contesté—, pero antes ya lo estaba; y la verdad es que ahora no tengo más pruebas de las que tenía.

—Os he oído parte de la conversación. Me pareció fascinante el modo en que te transformaste en otra persona. De pronto eras el típico personaje de bar, y además parecía que estabas un poco achispado. Por un segundo, hasta tuve miedo de haberte echado vodka en la copa por error.

—Bueno, he pasado mucho tiempo en los bares. No me resulta difícil recordar cómo hay que moverse en ellos.

Lo cierto es que no sería difícil para mí volver a convertirme en aquella persona.

Lo único que tenía que hacer era echar algo de alcohol a la bebida, y remover; así que le dije:

—Estuvo a punto de soltársele la lengua. No digo que se me fuese a confesar esta noche, pero desde luego había cosas que quería decir. No sé, tal vez haya sido un error enseñarle el dibujo.

—Ah, ¿te refieres al papel que le diste? Se lo ha llevado.

—¿De verdad? Pues la tarjeta la ha dejado —aseguré, mientras la recogía—. Pero bueno, no importa, mi nombre y mi número de teléfono están en la parte de atrás del retrato. Además, estoy seguro de que lo reconoció. Lo noté desde el principio, y además, cuando dijo que no, fue muy poco convincente. Conoce a ese tipo.

—A lo mejor yo también.

—Quizá tenga otra copia —le dije.

Me miré en el bolsillo y desplegué un retrato tras otro hasta encontrar el correcto. Se lo pasé a Gary, y él lo inclinó un poco para que le diese mejor la luz.

—¡Qué cara de malo tiene este cabrón! —exclamó—. Se parece a Gene Hackman.

—No eres la primera persona que me lo dice.

—¿En serio? Pues antes no me había dado cuenta.

Me quedé mirándolo.

—Cuando vino aquí. Ya te dije que Thurman y su mujer habían cenado aquí en una ocasión con otra pareja; y esta es la mitad masculina de esa pareja.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro, estoy segurísimo de que este individuo y esa mujer cenaron aquí, al menos una vez, con los Thurman. Incluso puede que más de una. Si te ha dicho que no lo conocía, te ha mentado.

—También me dijiste que estuvo aquí con un tío algún tiempo después de la muerte de su mujer. ¿Se trata de la misma persona?

—No. Aquel era un tipo rubio como de su misma edad. Este, en cambio —dijo, golpeando el dibujo— se acerca más a la tuya.

—Y dices que estuvo aquí con Thurman y su mujer...

—Sí, estoy seguro.

—Y había otra mujer. ¿Qué aspecto tenía? No te acordarás.

—La verdad es que no. Tampoco te lo hubiese podido describir a él si no hubiese visto el dibujo. Eso me refrescó la memoria. Si tuvieses alguna imagen de ella...

Pero no la tenía. Había intentado trabajar con Galíndez para hacer un retrato robot de la chica de los carteles, pero sus rasgos faciales estaban muy poco definidos en mi memoria, y desde luego no estaba seguro, para nada, de que fuese la misma mujer que había visto en la película.

Dejé que les echase una ojeada a los dibujos de los dos chicos, pero a ellos nunca los había visto.

—Mierda —dijo—. Lo estaba haciendo tan bien, y ahora mi media es solo de uno

de tres. ¿Quieres más café? Puedo hacer más.

Aquello me dio el pie perfecto para marcharme, así que le dije que tenía que volver a casa.

—Y muchas gracias otra vez —le reiteré—. Te debo una bien grande. Cuando necesites algo, sea lo que sea...

—No seas tonto —me dijo.

Parecía que todo aquello le había dado bastante vergüenza, así que me comentó, con una imitación muy mala de un acento cockney:

—Solo estaba cumpliendo con mi obligación, jefe. Dejas que un tío se escape después de haber matado a su mujer, y quién sabe qué cosa horrible hará después.

Juro que tenía toda la intención de irme a casa, pero mis pies tenían una idea diferente. Me llevaron al sur en vez de al norte, y luego, al oeste en la Cincuenta, hasta la Décima Avenida.

Grogan's estaba a oscuras, pero las puertas metálicas permanecían sin cerrar por completo, y había luz dentro.

Me dirigí a la entrada, y eché un vistazo por el cristal. Mick me vio antes de que llegase siquiera a llamar. Me abrió y, una vez dentro, volvió a cerrar la puerta.

—Amigo mío —me dijo—. Sabía que vendrías.

—¿Y cómo lo sabías? Ni siquiera lo sabía yo.

—Pues yo sí. Le dije a Burke que te hiciera una cafetera bien fuerte, fíjate si estaría seguro de que ibas a venir a tomártela. Le mandé a casa hace una hora; bueno, en realidad los mandé a todos, y me quedé aquí, esperándote. ¿Te apetece entonces el café? ¿O prefieres una Coca-Cola o una soda?

—No, el café es perfecto. Ya me lo sirvo yo.

—De ninguna manera, tú siéntate —me ordenó, mientras una leve sonrisa afloraba a sus finos labios—. ¡Oh, Dios, cómo me alegro de que estés aquí!

Nos sentamos en una mesa de uno de los laterales. Yo me tomé una taza de café solo y bien fuerte, y él se llevó una botella del güisqui irlandés de doce años que acostumbra a tomar. La botella tenía tapón de corcho, una auténtica rareza en estos tiempos; y si no hubiera tenido etiqueta, podría haber sido una bonita licorera. Mick tomaba el güisqui en un vaso de cristal tallado, que muy bien podría ser de Waterford. Pero, fuera de la marca que fuera, desde luego era de calidad mucho mejor que la cristalería que se utiliza normalmente en los bares, y, al igual que el güisqui, estaba reservado para su uso privado.

—Estuve aquí anteanoche —le dije.

—Sí, Burke me contó que habías venido.

—Vi una película antigua y te estuve esperando. El hampa dorada, con Edward G. Robinson. «Madre misericordiosa, ¿será este el final de Rico?».

—Esperarías muchísimo —me dijo—. Anoche tuve trabajo.

Levantó el vaso y lo colocó de manera que le diese la luz.

—Dime una cosa, tío, ¿tú siempre necesitas dinero?

—Hombre, sin él no soy capaz de llegar muy lejos. Me lo tengo que gastar, así que me lo tengo que ganar.

—¿Pero tienes que andar por ahí, rascando de un sitio y de otro todo el puto tiempo?

Me lo tuve que pensar antes de responder.

—No —le dije al final—, en realidad, no. No gano mucho, pero tampoco necesito demasiado. El alquiler es barato, no tengo coche, no tengo seguro, y tampoco tengo que mantener a nadie más que a mí mismo. No aguantaría mucho tiempo sin trabajar, pero siempre me sale algún caso antes de que se me acabe el dinero del anterior.

—Pues a mí siempre me hace falta —me aseguró—. Salgo y lo gano, y me doy la vuelta y ya ha desaparecido. No sé adónde se va.

—Eso es lo que dice todo el mundo.

—Te juro que se me deshace en las manos como la nieve al sol. Conoces a Andy Buckley, ¿verdad?

—Sí, es el mejor jugador de dardos que he visto en mi vida.

—Es cierto que tiene buena mano. Y además es muy buen tipo.

—Sí, Andy me cae muy bien.

—Y a quién no. ¿Sabes que todavía vive en casa con su madre? Que Dios bendiga a los irlandeses, qué raza más extraña son.

Le dio un buen trago a su bebida y añadió:

—Andy no se gana la vida lanzando dardos a una diana, ¿sabes?

—Sí, la verdad es que ya suponía que debía hacer algo más que eso.

—A veces me hace algún trabajillo. Conduce fenomenal ese Andy. Es capaz de conducir cualquier cosa que le pidas, desde coches hasta camiones. Estoy seguro de que sería capaz de pilotar un avión si le dices las llaves.

Se le dibujó una sonrisa en el rostro durante un segundo.

—Bueno, y aunque no se las diese, también. Si pierdes las llaves del coche y necesitas a alguien que lo conduzca sin ellas, Andy es tu hombre.

—Ya veo.

—Así que le pedí que condujera un camión. Iba cargado con trajes de caballero, Botany 500, una marca de ropa muy buena. El conductor de la empresa sabía lo que tenía que hacer. Lo único que le pedíamos era que se dejase atar, que tardase un rato en soltarse y que luego contase que un par de negros le habían asaltado. Le íbamos a pagar muy bien por las molestias, te lo puedo asegurar.

—¿Y qué ocurrió?

—Ah, que nos equivocamos de conductor —reconoció, enojado—. El tipo con el que habíamos hecho el trato se despertó aquel día con dolor de cabeza y llamó al trabajo para decir que no iba, sin acordarse de que aquel día tenían que secuestrarle. Y Andy cogió al chofer equivocado y tuvo que pegarle en la cabeza para poder hacer el trabajo. Y, por supuesto, el tipo se soltó tan rápido como pudo, llamó a la policía de inmediato, localizaron el camión y lo siguieron. Gracias a Dios, Andy se dio cuenta, así que no llevó el camión al almacén. Si no, ahora mismo tendría a un buen puñado de mis hombres arrestados. Lo aparcó en la calle y trató de alejarse de él andando, con la esperanza de que se quedarían esperando a que volviese, pero fueron más listos que él, lo cogieron de inmediato y el puto conductor le señaló en una rueda de reconocimiento.

—¿Y dónde está Andy ahora?

—En casa, supongo que en la cama. Por lo menos allí estaba hace un rato, y me dijo que creía que había cogido la gripe.

—Igual que Elaine.

—¿Ah, sí? Pues no es nada agradable. A él lo he mandado a casa. Le he dicho que se meta en la cama y se tome un güisqui caliente, y por la mañana estará como nuevo.

—¿Le pusieron en libertad bajo fianza?

—Mi fiador lo sacó en cuestión de una hora, pero ya lo han soltado del todo. ¿Conoces a un abogado llamado Mark Rosenstein? Es un tipo judío de voz suave, yo no hago más que decirle que hable más alto. No me preguntes cuánto dinero he tenido que darle.

—No, no te lo voy a preguntar.

—Pues mira, te lo voy a decir de todos modos. Cincuenta mil dólares. Y no sé a dónde se han ido, yo simplemente se los puse en las manos y dejé que él dispusiese. Sé que una parte fue para el conductor, y el tipo cambió su versión y juró que no era Andy quien le había asaltado, que era otro individuo, alguien más alto, más delgado, de piel más oscura y no me extrañaría nada que añadiera que tenía acento ruso. Desde

luego, ese Rosenstein es muy bueno. No impresiona mucho en los tribunales, nunca se le oye lo que dice, pero es mucho mejor si no hay que llegar al juzgado, ¿verdad?

Se rellenó el vaso, para proseguir luego:

—Me pregunto cuánto de aquel dinero se quedó el judío. ¿Tú qué dirías? ¿La mitad?

—Aproximadamente.

—Bueno, la verdad es que se lo ha ganado. Uno no puede dejar que sus hombres se pudran en la cárcel —dijo, suspirando—, pero cuando te gastas el dinero de esta forma no te queda más remedio que salir a la calle y ganar más.

—¿Quieres decir que a Andy no le dejaron quedarse con los trajes?

Le conté la historia de Joe Durkin sobre Maurice, el narcotraficante que había pedido que le devolviesen la cocaína que la policía le había confiscado. Mick echó la cabeza hacia atrás, y se rio.

—Jo, qué genial —me dijo—, debería contárselo a Rosenstein. «Si de verdad fueses un buen profesional», le tendría que haber dicho, «lo habrías arreglado todo para que pudiésemos quedarnos con los trajes».

Meneó la cabeza.

—Putos narcos —continuó—. ¿Alguna vez has probado esa mierda, Matt? Me refiero a la cocaína.

—No, nunca.

—Pues yo la probé una vez.

—¿Y no te gustó?

Él se me quedó mirando.

—¡Coño que si me gustó! —exclamó—. ¡Por Dios, es genial! Estaba con una chica que no paró hasta que la probé. Después fue ella la que no paró, por si te lo preguntas. No me he sentido tan bien en mi vida. Estaba seguro de que era el tío más grande que nunca hubiera pisado la faz de la Tierra, y que podía encargarme del mundo entero y resolver todos sus problemas. Pero antes de eso, más valdría que me tomase otra rayita, ya sabes. Y lo siguiente que supe es que era media tarde, que la cocaína había desaparecido, que la chica y yo habíamos estado follando hasta volvernó locos, y que ella se estaba frotando contra mí como un gato y me decía dónde encontrar más droga.

—«Ponte la ropa», le dije, «y cómprate tú más cocaína si quieres, pero no me la vuelvas a traer aquí, porque no quiero volver a verla nunca; y tampoco a ti». La chica no debía saber qué es lo que estaba ocurriendo, pero desde luego fue lo suficientemente lista como para no quedarse a averiguarlo. Además, me dejó sin un duro, todas hacen lo mismo.

Pensé en Durkin y en los cien dólares que le había dado. «No debería aceptarlo», me había dicho, pero desde luego no me lo había devuelto.

—Nunca más he vuelto a tocar la cocaína —me aseguró Mick—. ¿Y sabes por qué? Porque la experiencia fue la hostia de buena. No quiero volver a sentirme tan

bien nunca en la vida.

Agarró la botella.

—Con esto ya me siento todo lo bien que necesito. Ir más allá va contra natura. Peor aún, es un puto peligro. Odio esa mierda. Y odio a los ricos bastardos con sus frasquitos de esnifar de jade, sus cucharillas de oro y sus rulos de plata. Odio a los que lo fuman por las esquinas. Por Dios, esta ciudad se está yendo al carajo. Esta noche ha salido un poli por la televisión diciendo que era mejor atrancar las puertas cuando ibas en taxi. Porque ahora resulta que cuando los taxis se paran en los semáforos, te siguen y te roban, ¿te lo imaginas?

—Sí, las cosas están cada vez peor.

—Desde luego que sí —dijo él.

Tomó otro trago y vi cómo saboreaba el güisqui antes de tragárselo. Recordaba perfectamente el sabor del JJ&S de doce años, yo solía beberlo con Billie Keegan hace años, cuando él trabajaba en el bar de Jimmy. Aún podía notar el sabor en la boca, pero no sabía por qué aquel recuerdo no hacía que me entrasen ganas de beber, ni despertaba mi miedo a la sed latente que habitaba en mi interior.

Beber era la última cosa que quería en noches como esta. Traté de explicárselo a Jim Faber, que comprensiblemente no se sentía muy cómodo con la idea de que yo pasase largas veladas en un bar viendo cómo bebía otro tipo. Lo mejor que podía hacer era pensar que Ballou estaba bebiendo por los dos, que el güisqui que bajaba por su garganta apagaba mi sed al mismo tiempo que la suya, pero que en el proceso yo seguía manteniéndome sobrio.

—Fui a Queens de nuevo el domingo por la noche —me dijo.

—¿A Maspeth no?

—No, a Maspeth no. A otro sitio. A Jamaica Estates, ¿lo conoces?

—Tengo una vaga idea de dónde está.

—Vas por Grand Central Parkway y sales por Utopía. La casa que estábamos buscando se encontraba en una calle pequeña más allá de Croydon Road. Pero la verdad es que no puedo decirte ni qué pinta tenía el barrio. Estaba muy oscuro. Fuimos los tres, y Andy conducía. Es un conductor genial, ¿te lo había dicho?

—Sí, ya me lo habías dicho.

—Nos estaban esperando, pero lo que no esperaban es que llevásemos armas. Eran hispanos, de algún país sudamericano. Estaban un tipo, su mujer y su suegra. Eran narcos, vendían cocaína por kilos.

»Le preguntamos al hombre dónde tenían el dinero y nos dijo que no tenía ni un dólar. O sea, que tenían cocaína para vender, pero no tenían dinero. Pero yo estaba seguro de que en aquella casa había pasta. Habían vendido mucho el día anterior y tenían que tener por allí parte de las ganancias.

—¿Cómo lo sabías?



—Por el tipo que me dio la dirección y me dijo cómo entrar. Bueno, el hecho es que me llevé al hombre a una habitación y traté de que se aviniese a razones. Con las manos, quiero decir. Pero esa bola de sebo seguía manteniéndose en sus trece.

»Y después, uno de los tíos aparece con un bebé. “Saca el dinero”, le dije al hombre, “o le corto el cuello al chiquillo”. Y el bebé, mientras tanto, allí llorando. No iba a hacerle daño, ya sabes, pero debía de tener hambre, o querría ir con su madre. Ya sabes cómo son las cosas de los críos.

—¿Y, al final, qué pasó?

—No te lo creerás —me dijo—, pero va el padre y nos dice que nos vayamos al infierno. «No creo que vayáis a hacerle nada al niño», nos dice, mirándome directamente a los ojos. «Tienes razón», le dije yo, «yo no mato bebés». Y le ordené a mi hombre que le llevase el chico a su madre y le dijera que le cambiase el pañal, o que le diese el biberón, o lo que creyese que tenía que hacer para que se callase.

Se estiró en la silla y siguió contándome.

—Y después me fui a por el padre. Le puse en una silla, me marché y regresé con el delantal de mi padre. Uno de los chicos, Tom, ya sabes quién es, el que está en la barra casi todas las tardes, le apunta en la cabeza con una pistola, y yo aparezco con un cuchillo de carnicero que también era de mi padre. Y voy y lo pruebo en la mesa que tenía al lado; le pego un buen corte, y la madera cae al suelo hecha un montón de astillas. Después, le agarro del brazo justo por encima de la muñeca, sujetándoselo muy bien al reposabrazos de la silla, y con la otra mano levanto el cuchillo. «Bueno, habla de una vez, bastardo», le digo, «¿dónde está el dinero, o qué piensas, que no te voy a cortar la puta mano?» —dijo, mientras sonreía con satisfacción al recordar aquel momento—. El dinero estaba en el lavadero, en la tubería de ventilación de la secadora. Podrías haberle dado vuelta a toda la casa y no encontrarlo. Salimos inmediatamente, y Andy nos trajo de vuelta a casa sin problemas. Yo me hubiera perdido en aquel lugar, pero él se conocía todas las salidas.

Me puse de pie y me fui detrás de la barra para servirme otra taza de café. Cuando volví a la mesa, Mick estaba mirando a un lado. Me senté, esperé a que el café se enfriase un poco y los dos permanecimos en silencio durante un rato.

Después, él me dijo:

—Los dejamos vivos, no matamos a nadie. No sé, puede que no fuera buena idea.

—No iban a llamar a la policía.

—No, eso no, y la verdad es que no tienen muchos contactos, así que no creo que vayan a ir a por nosotros. Y, además, les dejamos la cocaína. Encontramos unos diez kilos, en forma de pequeños balones de fútbol. «Te voy a dejar tu coca», le dije. «Y también te voy a dejar vivo. Pero si alguna vez tratas de devolvérmela, entonces volveré a por ti. Y llevaré esto puesto», le dije, apuntando al delantal, «y esto», refiriéndome al cuchillo, «y te cortaré las manos y los pies; y cualquier otra cosa que se me ocurra». Por supuesto que nunca lo haría. Simplemente lo mataría y ya está. Pero a un narco no se le puede asustar diciéndole que vas a matarle; todos saben que

antes o después van a acabar con ellos. Pero decirles que vas a mutilarles, en cambio, hace que la imagen se les grabe en la mente.

Se llenó el vaso y echó un trago.

—No quería matarlo —me dijo—, porque entonces tendría que matar también a la mujer y a la vieja. Y dejaría al bebé, porque un crío no puede señalarte en una rueda de reconocimiento, ¿pero qué futuro le esperaría? Ya va a tener una vida bastante mala con ese cabrón por padre.

»Pero fíjate qué farol se echó: “No creo que vayáis a hacerle nada al niño”. Al hijo de puta no le importaba lo que le fuera a hacer al crío. Parecía que me quería decir que podía matar al bebé; claro, total, siempre puede tener otro. Pero cuando la cuestión era ver cómo su mano acababa en el suelo, entonces, joder, entonces ya no se mostraba tan duro, ¿verdad?

Un rato después, me dijo:

—A veces no queda más remedio que matarlos. Uno sale corriendo hacia la puerta y tienes que derribarlo, y luego tienes que llevarte por delante también a los demás. Otras veces estás con gente que sabes que va a intentar vengarse, y se convierte en una cuestión de matarlos o tener que guardarte las espaldas durante toda la vida. En esas ocasiones lo que se hace es desparramar las drogas por todas partes. Después, machacas las paredes a balazos hasta dejarlas hechas polvo, lo echas todo encima de los cuerpos, y caminas por encima de la alfombra; para que parezca que son ajustes de cuentas entre traficantes. Los policías no se rompen la cabeza para resolver ese tipo de asesinatos.

—¿Y nunca te llevas las drogas?

—No, yo no —me aseguró—. Y te juro que pierdo una fortuna, pero no me importa. Se mueve muchísimo dinero en ese mundo, y lo único que tendría que hacer es venderle todo el lote a alguien. No es difícil encontrar a un comprador.

—No, supongo que no costará nada.

—Pero yo no quiero meterme en esos líos, ni tampoco trabajar con gente que consume o que trafica. La cocaína que dejamos en la casa la otra noche me habría dado más dinero que lo que cogí en metálico de la rejilla de ventilación de la secadora. Allí solo había ochenta mil.

Levantó el vaso y volvió a bajarlo.

—Estoy seguro de que en la casa había más pasta. Está claro que tenían algún otro escondite, pero tendría que haberle cortado la mano para conseguirlo, lo cual me hubiera obligado a matarle después, y a acabar también con todos los demás. Y luego tendría que llamar a la policía y decirle que había un bebé llorando en una casa de la calle tal y tal.

—Sí, era mejor llevarse solo los ochenta mil.

—Eso pensé yo —dijo—. De todas formas, hay que descontar cuatro mil directamente para el tipo que nos dijo a dónde ir y cómo entrar. Era su comisión, como se suele decir. El cinco por ciento, y no me extrañaría que creyese que

habíamos conseguido más y que lo estábamos engañando. Cuatro mil, por tanto, para él, y un buen pellizco por el trabajo de toda la noche para Tom, Andy, y el cuarto tipo, al que no conoces. Y lo que me queda a mí es poco más de lo que pagué por sacar a Andy del apuro del secuestro.

Meneó la cabeza.

—Siempre necesito dinero —me dijo—, no lo entiendo.

Le hablé sobre Richard Thurman y su mujer muerta, y sobre el hombre que habíamos visto en el boxeo en Maspeth. Saqué el retrato robot y él lo miró:

—Se parece mucho a él —me dijo—. Y el dibujante nunca había visto al tipo, ¿verdad? Parece imposible.

Aparté el dibujo y él añadió:

—¿Crees en el Infierno?

—No, en absoluto.

—Pues qué suerte tienes. Yo sí creo. Y además estoy seguro de que ya tengo reservado sitio allí, un asiento junto al fuego.

—¿De verdad que lo crees, Mick?

—Lo del fuego no lo sé, ni tampoco estoy seguro de que haya pequeños demonios con putos tridentes. Pero sí creo que existe algo después de la muerte y que si has llevado mala vida, te queda mucho sufrimiento por delante. Y, desde luego, mi existencia no ha sido la de un santo.

—No, no lo ha sido.

—Mato a gente. Solo lo hago por necesidad, pero en mi vida el asesinato en una obligación —me aseguró, mientras me miraba seriamente—, y la verdad es que no me importa, incluso a veces me resulta agradable. ¿Puedes comprenderlo?

—Sí.

—Pero matar a tu mujer por el dinero del seguro, o a un crío por placer... —añadió, con el ceño fruncido—, o tomar a una mujer por la fuerza... Y hay más hombres de los que pensamos a quienes esto último les encanta. Uno pensaría que solo los más perversos son capaces de hacerlo, pero, a veces se podría pensar que es la mitad de la raza humana, o por lo menos la mitad de los del sexo masculino.

—Ya lo sé —le dije—. Cuando estaba en la academia nos enseñaron que la violación era un crimen provocado por la ira contra las mujeres, que realmente no tenía demasiado que ver con el sexo. Pero con los años ya no me lo creo. La mitad de las veces me da la impresión de que hoy en día no es más que lo que se llama un crimen de oportunidad, un modo de obtener sexo sin tener que llevarte antes a la chica a cenar. Entran a algún sitio a robar, se encuentran con una mujer, les parece guapa, y ¿por qué no...?

—En otra ocasión —me dijo, asintiendo— como la de anoche, pero al otro lado del río, en Jersey, fuimos a por unos traficantes que estaban en una casa muy buena

en el campo, y estaba claro que íbamos a tener que cargárnoslos a todos. Lo sabíamos incluso antes de entrar.

Tomó un buen trago de güisqui y suspiró.

—Estoy seguro de que iré al infierno. De todos modos, ellos también eran asesinos, aunque eso no es una excusa, ¿verdad?

—Tal vez sí —le dije—, no lo sé.

—No, no es excusa —vacío el vaso y rodeó la botella con la mano, pero no la levantó de la mesa—. Bueno, el caso es que yo liquidé a un tipo mientras otro buscaba más dinero, y oí unos llantos que venían de la habitación de al lado, así que entré allí y me encontré a uno de los chicos encima de una mujer, con la falda levantada y la ropa rasgada, luchando y deshecha en lágrimas. «Apártate de ella», le dije, y se me echó encima a mí como si estuviera loco. Me dijo que la chica estaba allí y que de todos modos íbamos a matarla, así que no veía por qué no se lo iba a montar con ella antes de que ya no le sirviera a nadie.

—¿Y qué hiciste?

—Le di una patada —me dijo—. Le di una patada tan fuerte que le rompí tres costillas, pero antes de nada le pegué a ella un tiro entre los ojos, para que no tuviese que sufrir más. Después le cogí a él, le tiré contra la pared, y cuando se me volvió a acercar tambaleándose, le pegué en la cara. Lo habría matado, pero había gente que sabía que trabajaba para mí y sería como dejar mi tarjeta de visita en la escena del crimen. Así que me lo llevé de allí, le di su parte, conseguí que un médico amigo mío le vendase las costillas y después lo largué. Era de Filadelfia y le dije que se volviese a su ciudad, que sus días en Nueva York habían acabado. Estoy seguro de que aún hoy no tiene conciencia de que lo que hizo estuvo mal. Ella iba a morir de todos modos, así que ¿por qué no usarla antes? O mejor, ¿por qué no asar su hígado y comérselo? ¿Por qué íbamos a dejar que la carne se perdiese?

—Bonita reflexión.

—En el nombre de Dios —me dijo—, todos vamos a morir, ¿verdad? Así que, ¿por qué no someternos entre nosotros a todos los tipos de crueldades que se nos ocurran? ¿No es cierto? ¿No es así como funciona el mundo?

—La verdad es que no entiendo muy bien cómo funciona el mundo.

—No, yo tampoco. Y no sé cómo puedes aguantarlo bebiendo solo ese puto café. Te juro que yo no podría. Si no tuviera esto...

Y se rellenó el vaso.

Más tarde nos pusimos a hablar sobre los negros. No tenía demasiados tratos con ellos, y me contó por qué.

—Hay que reconocer que algunos no están mal —me dijo—. ¿Cómo se llama ese tipo que conocimos en el boxeo?

—Chance.

—Pues ese me cae bien —me comentó—, pero es completamente distinto a la mayoría. Es educado, un caballero, un auténtico profesional.

—¿Sabes cómo lo conocí?

—En su negocio, supongo, ¿o me dijiste que le habías conocido en el boxeo?

—Sí, nos conocimos allí, pero la razón de la reunión sí fueron los negocios. Eso ocurrió antes de que Chance se convirtiese en marchante de arte. En aquella época era chulo. Una de sus chicas fue asesinada por un lunático con un machete, y él me contrató para que investigara el crimen.

—Así que es chulo.

—No, ya no. Ahora es marchante de arte.

—Y amigo tuyo.

—Sí, amigo mío también.

—Tienes un gusto bastante raro para los amigos. ¿De qué te ríes?

—«Un gusto bastante raro para los amigos». Un poli que conozco me dijo eso hace poco.

—¿Y?

—Que estábamos hablando de ti.

—¿En serio? —preguntó riéndose—. Bueno, sería difícil rebatírsele, ¿verdad?

En noches como aquellas, las historias se sucedían unas a otras, y los silencios que se intercalaban entre ellas no resultaban incómodos. Él me habló de su padre y de su madre, ambos muertos desde hacía mucho tiempo, y también de su hermano Dennis, que se había dejado el pellejo en Vietnam. Tenía otros dos hermanos, uno era abogado y agente inmobiliario en White Plains, y el otro vendía coches en Medford, Oregón.

—Al menos eso fue lo último que oí de él —me dijo—. Francis se iba a hacer cura, pero aguantó menos de un año en el seminario. «Me di cuenta de que me gustaban demasiado las chicas y el alcohol». Joder, como si no hubiera curas que se llevasen una buena ración de las dos cosas. Probó con varios trabajos, y hace dos años se marchó a Oregón a vender Plymouths. «Aquí se vive muy bien, Mickey, cuando quieras ven a visitarme». Pero nunca he ido, y probablemente ya se haya marchado a algún otro sitio. Creo que el pobre bastardo aún desea ser cura, aunque ya hace mucho tiempo que perdió la fe. ¿Te lo imaginas?

—Creo que sí.

—¿Tuviste una educación católica? No, ¿verdad?

—La verdad es que no. En mi familia ha habido católicos y protestantes, pero nadie se esforzaba demasiado en practicar la religión. Crecí sin ir a misa, y creo que no habría sabido ni a cuál ir. Incluso uno de mis abuelos era medio judío.

—¿Ah, sí? Así que podrías haber acabado siendo un abogado como Rosenstein.

Me contó la historia que había comenzado el jueves por la noche, sobre aquel tío,

el dueño de la fábrica de Maspeth en la que ensamblaban quitagrapas. El hombre había contraído deudas de juego y quería que Mick quemase la empresa para poder cobrar el seguro. Pero el incendiario al que Mick contrató se equivocó y prendió fuego al local que estaba justo al otro lado de la calle. Cuando le comunicaron su error, el hombre insistió en que no había problema, que volvería a la noche siguiente y que lo haría bien. Y que, además, como gesto de buena voluntad, quemaría también la casa del empresario por el mismo precio.

Yo le conté una historia de la que no me había vuelto a acordar desde hacía muchos años:

—Acababa de salir de la academia —le dije— y me pusieron de compañero de un perro viejo llamado Vince Mahaffey. Debía de tener unos treinta años de experiencia en el Cuerpo, y nunca iba de incógnito, no le gustaba. Me enseñó mucho, incluidas cosas que la Policía probablemente no quisiera que hubiera aprendido, como la diferencia entre el trabajo limpio y el trabajo sucio y cómo conseguir la mayor parte de trabajo limpio posible. Bebía como un pez, comía como un cerdo, y fumaba cigarrillos de esos italianos pequeños. Los llamaba cigarrillos de Indias. Yo creía que tenías que ser de las cinco familias de la mafia para fumar esas cosas. Ese Vince era un verdadero modelo digno de imitar.

»Una noche tuvimos un aviso; se había producido un altercado doméstico y los vecinos nos habían llamado. Era en Brooklyn, en Park Slope. Ahora la zona está toda aburguesada, pero esto ocurrió mucho antes de que empezase el cambio. Entonces era un barrio blanco normal, de clase trabajadora.

»El apartamento estaba en el quinto piso de un bloque sin ascensor, y Mahaffey tuvo que pararse un par de veces mientras subía las escaleras. Finalmente, nos quedamos frente a la puerta escuchando un momento, aunque no se oía nada. “Oh, mierda”, dijo Vince. “¿Qué te apuestas a que la ha matado? Ahora estará llorando y tirándose de los pelos y encima nosotros tendremos que ser comprensivos con él”.

»Pero llamamos a la puerta y nos abrieron los dos, un hombre y una mujer. Él era un tipo grande, de unos 55 años, un obrero de la construcción, y ella parecía la típica chica que había sido muy guapa durante sus años de instituto pero que luego se había echado a perder. Se mostraron muy extrañados cuando les dijimos que habíamos recibido quejas de los vecinos, no se podían creer que hubieran estado haciendo demasiado ruido. Bueno, reconocían que a lo mejor habían tenido la tele un poco alta, pero desde luego en aquellos momentos, el domicilio estaba tan silencioso como un cementerio. Mahaffey les presionó un poco, les dijo que nos habían asegurado que los habían oído pelear y discutir ruidosamente; se miraron entre sí y dijeron que bueno, que sí, que habían tenido una discusión que más bien se había convertido en una pelea, que tal vez se hubieran gritado un poco, que tal vez hubiesen dado algún que otro puñetazo en la mesa de la cocina para recalcar sus argumentos y que tendrían cuidado de no hacer más ruido en toda la noche, porque desde luego no querían molestar a nadie.

»Él había estado bebiendo, aunque tal vez no pudiera decirse que estaba borracho, y ambos se mostraban calmados y complacientes. Si por mí hubiera sido, les hubiéramos dado las buenas noches y nos hubiéramos dedicado a otra cosa. Pero Vince se había encontrado con cientos de altercados domésticos, y aquel le daba mala espina. También yo podría haberme dado cuenta de que allí había gato encerrado de no haber sido tan novato. Estaba claro que ocultaban algo. Si no, nos habrían dicho que no se había producido ninguna pelea, que en su casa no había problema alguno, y nos habrían mandado al infierno.

»Así que Vince se entretuvo hablando de esto y aquello, y yo me preguntaba qué pretendía, si estaría esperando a que el marido abriese una botella y nos ofreciese una copa. Pero entonces, los dos oímos un ruido, como si se tratase de un gato, aunque estaba claro que no lo era. “Oh, no es nada”, dijeron. Pero Mahaffey los quitó de en medio, abrió una puerta y encontramos allí una niña, de unos 7 años pero bastante bajita para su edad, y entonces nos quedó claro por qué la pelea no había dejado señal alguna en la mujer. Todas las marcas las llevaba la cría.

»El padre le había dado una buena paliza. Estaba llena de moratones, tenía un ojo cerrado, y marcas en los brazos de haberle quemado con cigarrillos. “Se ha caído”, insistía la madre, “él jamás la tocaría; la niña se ha caído”.

»Los llevamos a comisaría y los encerramos en un calabozo. Después trasladamos a la niña a un hospital, pero antes Mahaffey la metió en una oficina vacía y le pidió a alguien una cámara. La desvistió hasta dejarla en ropa interior, y le sacó una docena de fotos. “Soy muy mal fotógrafo”, me dijo, “si saco muchas, a lo mejor logro que alguna se vea”.

»Tuvimos que soltar a los padres. Los médicos del hospital confirmaron lo que nosotros ya sabíamos, que las heridas de la niña solo podían ser el resultado de una paliza, pero el marido juraba que él no se la había dado, y la mujer le respaldaba. Y, desde luego, la chiquilla no iba a testificar. En aquella época era muy difícil que las autoridades se metiesen en cuestiones de maltrato infantil. Ahora las cosas han cambiado un poco en ese aspecto, o al menos eso creo yo. Así que no nos quedó más remedio que dejarlos ir.

—Supongo que querías matar a ese hijo de puta —dijo Mick.

—Lo que quería era meterlo en la cárcel. No podía creerme que pudiese hacer algo así y salir impune. Mahaffey me dijo que cosas como esa pasaban continuamente. Los casos como aquel llegaban pocas veces a juicio, a menos que el niño muriese, y en ocasiones, ni aun así. Pero entonces, me preguntaba, ¿por qué se habría molestado en hacer las fotos? Me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que aquellas imágenes valían su peso en oro. La verdad es que no sabía a qué se estaba refiriendo.

»A mediados de la semana siguiente volvíamos a estar en el coche. “Hace buen día”, me dijo. “Vamos a dar una vuelta por Manhattan”. Yo no tenía ni idea de adónde demonios me llevaba. Terminamos en la Tercera Avenida, a la altura de los números

ochenta. Estábamos en una obra; habían derribado un grupo de edificios y estaban haciendo uno grande. “He descubierto dónde va a beber”, dijo Mahaffey, y entramos en el bar de la barriada; se llamaba Carney’s, Cartey’s o algo así; hace mucho que ya no existe. El sitio estaba lleno de tipos con calzado de trabajo y casco, trabajadores de la construcción que estaban en el descanso o acababan de terminar su turno, que pasaban el rato y se tomaban una cerveza para relajarse.

»Bueno, los dos llevábamos el uniforme, y las conversaciones se detuvieron en cuanto entramos. El padre estaba en la barra, en medio de un grupo de colegas. Es curioso, pero ni siquiera recuerdo su nombre.

—¿Y por qué debías recordarlo? Hace muchos años de todo aquello.

—Pero uno cree que debería recordarlo. Bueno, la cuestión es que Vince se metió en medio de ellos y, señalando al tipo, se giró hacia los hombres que estaban a su alrededor y les preguntó si le conocían. «¿Y les cae bien? ¿Creen que es un tipo decente?». Y todos dijeron que sí, que era buena persona. ¿Qué iban a decir?

»Así que Mahaffey se abrió la guerrera azul del uniforme y sacó un sobre marrón que tenía las fotos de la niña. Había pedido que se las ampliaran a 20 por 25, y habían salido todas perfectas. “Esto es lo que le hizo este cabrón a su propia hija”, les dijo y les pasó a todos las instantáneas. “Echad un vistazo, esto es lo que este canalla les hace a los niños indefensos”. Y cuando todos las habían visto, les dijo que éramos polis, pero que no podíamos encerrar en la cárcel a aquel individuo, y que tampoco podíamos ponerle un dedo encima; y también les comentó que ellos no lo eran y que una vez que saliésemos por la puerta no podríamos detenerles si decidían hacer lo que considerasen oportuno. “Y sé que harán lo correcto”, añadió.

—¿Y qué hicieron?

—No nos quedamos para verlo. Cuando regresábamos a Brooklyn, Mahaffey me dijo: «Matt, aprende bien esta lección, nunca hagas nada si puedes conseguir que alguien lo haga por ti». Sabía lo que iba a ocurrir, y luego nos enteramos de que, en efecto, habían estado a punto de matar a aquel hijo de puta. Lundy, así se llamaba. Jim Lundy, o tal vez fuese John.

»Acabó en el hospital y estuvo ingresado durante una semana. Pero no se quejó, no dijo quién le había causado las lesiones. Juraba que se había caído y que todo había sido culpa de su torpeza.

»Cuando se recuperó, no pudo volver a aquella obra porque sabía que sus antiguos compañeros no iban a permitir, de ninguna manera, que trabajase con ellos. Pero supongo que siguió en la construcción y que consiguió otros trabajos, porque unos años más tarde oí que se había caído. Se precipitó desde lo alto de un edificio, lo que ellos llaman “irse por el agujero”.

—¿Le empujó alguien?

—No lo sé. Puede que estuviera borracho y perdiese el equilibrio, o incluso pudo haberle pasado estando totalmente sobrio. O quién sabe, tal vez le diese a alguien algún motivo para tirarle del edificio. No lo sé. Tampoco sé lo que fue de la niña. Ni



de la madre. Probablemente nada bueno, pero la verdad es que eso se podría decir prácticamente de todo el mundo.

—¿Y Mahaffey? Supongo que ya habrá muerto.

Asentí.

—Murió en acto de servicio. Tenía que haberse jubilado hacía mucho, pero él no quería, y un día... Ya no éramos compañeros. Yo acababa de hacerme detective gracias a un asunto que resolví en un noventa y nueve por ciento por pura suerte; sea como sea, un día estaba subiendo por las escaleras de otro edificio, y su corazón se paró. Ingresó cadáver en el King's County. En su funeral todo el mundo dijo que probablemente murió como deseaba, pero yo estoy seguro de que no. Yo sabía lo que él quería. Quería vivir para siempre.

Poco antes del amanecer me preguntó:

—Matt, ¿crees que soy alcohólico?

—¡Por Dios bendito! —le contesté—. ¿Cuántos años me costó a mí aceptar que lo era? Me temo que eso no es algo que pueda decir de nadie más.

Me levanté, fui al baño de caballeros, y cuando volví me dijo:

—Dios sabe que me gusta beber. No podría soportar el mundo sin la bebida.

—Tampoco con ella se soporta muy bien.

—Ya lo sé, pero a veces esta mierda te hace perder un poco la perspectiva. O al menos la difumina un poco.

Levantó el vaso y se lo quedó mirando.

—Dicen que no se puede mirar un eclipse de sol a simple vista, que hay que mirarlo a través de un cristal ahumado para no perder la visión. Y, con la vida, ¿no pasa lo mismo? ¿No se necesita también ahumarla un poco con esto para poder verla?

—Bonito modo de expresarlo.

—Bueno, no son más que chorradas y poesía, es el güisqui el que habla. Pero deja que te diga algo. ¿Sabes qué es lo mejor de beber?

—Disfrutar de noches como esta.

—Sí, disfrutar de noches como esta, pero no solo la bebida hace noches como estas. Las hace que uno de nosotros beba y el otro no, y además hay algo más que no soy capaz de explicar.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—No, lo mejor de beber es un momento concreto que solo pasa de vez en cuando. Tampoco sé si le ocurre a todo el mundo. A mí me pasa algunas noches que estoy sentado con la única compañía del vaso y la botella. Tengo que estar borracho, pero no demasiado, ya sabes. Y entonces echo la vista atrás y pienso y no pienso, ¿sabes a qué me refiero?

—Sí, lo sé.

—Y entonces se produce un instante en el que todo se aclara, un momento en el

que estoy a punto de entenderlo todo. Mi mente se expande y se envuelve sobre sí misma y abarca toda la creación, y estoy muy cerca de comprenderlo. Y después... —dijo chasqueando los dedos— desaparece. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Claro que sí.

—Cuando bebías...

—Sí —afirmé—, me ocurría de vez en cuando, pero ¿sabes una cosa? También me ha pasado estando sobrio.

—¿De verdad?

—Sí. No muy a menudo, y, desde luego, no en los dos primeros años, pero a veces estoy sentado en la habitación de mi hotel con un libro, leyendo unas cuantas páginas, y me pongo a mirar por la ventana y a pensar en lo que estoy leyendo o en alguna otra cosa, o en nada en absoluto.

—Ya.

—Y entonces me ocurre eso que acabas de describir. Es una especie de revelación, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Pero, una revelación, ¿de qué? No lo puedo explicar. Siempre he dado por sentado que era el alcohol lo que provocaba esas sensaciones, pero cuando me ocurrió estando sobrio me di cuenta de que no podía ser eso.

—Pues ya me has dado algo en qué pensar. Jamás se me habría ocurrido que podría pasar estando sobrio.

—Pues sí puede. Y es exactamente como lo has descrito. Pero te diré algo, Mick. Cuando te ocurre sin haber bebido, y lo ves todo sin ese trozo de cristal ahumado delante de los ojos...

—Ya.

—... y estás a punto de alcanzarlo..., ya estás a punto de lograrlo y después desaparece... —dije, mirándole a los ojos—, se te rompe el corazón.

—Siempre pasa lo mismo —convino—, estés borracho o sobrio, siempre se te rompe el corazón.

Ya era de día cuando él miró a su reloj y se puso en pie. Entró en la oficina y volvió llevando puesto su delantal de carnicero. Era de algodón blanco; estaba deshilachado aquí y allá, después de años de lavado tras lavado; y lo cubría desde el cuello hasta debajo de las rodillas. Estaba cubierto de manchas de sangre de color óxido, como si de un lienzo abstracto se tratase. Unas habían desaparecido casi por completo; otras, en cambio, parecían frescas.

—Vamos —me dijo—, ya es la hora.

No habíamos hablado de aquello ni una sola vez durante la larga noche, pero yo sabía a dónde íbamos y no puse la menor objeción. Caminamos hasta el garaje donde guardaba su automóvil, y bajamos por la Novena Avenida hasta la Catorce. Giramos

a la izquierda, y a mitad del bloque dejó el enorme coche en una zona en la que el aparcamiento estaba prohibido, frente a una funeraria. El propietario, Twomey, lo conocía a él y también conocía el coche. No se lo llevaría la grúa ni le pondrían multa.

St. Bernard estaba justo al este del local de Twomey. Seguí a Mick escaleras arriba, y por el pasillo de la izquierda. Entre semana había misa a las siete de la mañana en el altar mayor, pero cuando llegamos ya había empezado. Sin embargo se celebraba otra de menor solemnidad una hora después en una pequeña capilla situada a la izquierda del altar, a la que generalmente asistía un puñado de monjas y otros cuantos feligreses que se paraban para oírla antes de ir al trabajo. El padre de Mick solía hacerlo prácticamente todos los días, y también acudían otros carniceros, aunque no sé si alguien más llamaba a aquella ceremonia la misa de los carniceros.

Mick iba de vez en cuando, de forma más o menos esporádica, aunque había temporadas en las que asistía a diario durante una o dos semanas y después dejaba de hacerlo durante un mes completo. Lo había acompañado a aquella celebración en un montón de ocasiones desde que le conocía. No sabía a ciencia cierta el motivo de su asistencia, y mucho menos el de la mía.

En esta oportunidad fue como en todas las demás. Seguí el servicio religioso en el libro y repetí las oraciones que oía al resto de los feligreses; me puse de pie cuando ellos lo hacían, me arrodillé a la vez que los demás, y repetí las respuestas adecuadas. Cuando el joven sacerdote mostró la Sagrada Forma, Mick y yo nos quedamos en nuestro sitio, pero el resto de la comunidad se acercó a recibir la Comunión.

Una vez fuera, Mick me dijo:

—Mira eso.

Estaba nevando. Unos enormes y suaves copos caían sin cesar. Debía de haber empezado después de que entrásemos en la vieja iglesia. Una fina capa de nieve cubría los peldaños y la calle.

—Vamos —me dijo—, te llevo a casa.

Me desperté hacia las dos de la tarde, después de cinco horas de un sueño inquieto y lleno de pesadillas, la mayoría de ellas solo un grado o dos por debajo del umbral de la consciencia. La gran cantidad de café que tomé durante la velada pudo tener parte de la culpa, sobre todo si tenemos en cuenta que casi todo había ido a parar a un estómago en el que no había entrado nada de comida desde el pastel de espinacas que había tomado en Tiffany's.

Bajé zumbando por las escaleras y le dije al empleado de recepción que podía volver a pasarme las llamadas. El teléfono sonó mientras me encontraba en la ducha. Llamé al vestíbulo para ver quién era, pero el recepcionista me informó de que no habían dejado mensaje.

—También tuvo otras llamadas a lo largo de la mañana —me comentó—, pero tampoco le dejaron mensajes.

Me afeité, me vestí y bajé a desayunar. Había dejado de nevar, pero la nieve aún estaba fresca y blanca en los lugares en los que ni el tráfico humano ni el rodado la habían convertido aún en una pasta oscura y desagradable. Compré el periódico y me lo llevé a la habitación. Lo leí y miré por la ventana la nieve, que había cuajado en los tejados y en los alféizares. Había casi ocho centímetros de espesor, suficiente como para silenciar parte del ruido de la ciudad. Resultaba un bonito espectáculo con el que entretenerme mientras esperaba a que sonase el teléfono.

La primera en ponerse en contacto conmigo fue Elaine, y le pregunté si me había llamado antes. Pero no había sido ella, así que quise saber cómo se encontraba.

—No demasiado bien —me comunicó—. Tengo algo de fiebre y diarrea; parece que mi cuerpo está intentando deshacerse de lo que no necesita, lo cual parece incluir todo salvo los huesos y los vasos sanguíneos.

—¿No crees que debería verte un médico?

—¿Para qué? Me dirá que he pillado la mierda esa que hay por ahí, y eso ya lo sé yo. «Tápatelo bien y bebe mucho líquido», me recomendará. Bien. La cosa es que, ya ves, me estoy leyendo un libro de Borges, ese escritor argentino que es ciego. Bueno, en realidad ya está muerto, pero, por supuesto...

—Pero, por supuesto, no lo estaba cuando lo escribí.

—Exacto. El caso es que su obra es más bien surrealista, hasta un tanto narcótica, diría yo; y la verdad es que ya no sé dónde acaba el libro y dónde empieza la fiebre, ¿me entiendes? Casi todo el tiempo me da la impresión de que este no es el mejor estado para leer este tipo de literatura, pero otras veces creo que es el único modo de hacerlo.

Le conté algunas de las cosas que habían ocurrido desde nuestra última conversación. Le hablé del encuentro con Thurman en el Paris Green, y le dije

también que había pasado toda la noche con Mick Ballou.

—Ah, bueno —dijo ella—. Hombres.

Continué leyendo el periódico. Había dos historias que me llamaron particularmente la atención. Una informaba de que un jurado había absuelto a un capo de la mafia a quien se había acusado de ordenar el asalto a un directivo de un sindicato. La absolución no resultó una sorpresa para nadie, especialmente porque la víctima, que recibió varios tiros en las piernas, había visto adecuado testificar para la defensa; y se publicaba una foto del impecable abogado rodeado de admiradores y simpatizantes de camino al juzgado. Era la tercera vez que lo llevaban a juicio en los últimos cuatro años, y la tercera vez que lo exculpaban. Era, según el reportero, una especie de héroe popular.

La otra historia trataba de un trabajador que salía de la estación de metro con su hija de cuatro años, cuando un vagabundo que aparentemente estaba afectado por algún tipo de perturbación mental, los atacó y los escupió. Mientras el padre trataba de defenderse, golpeó la cabeza del lunático contra el suelo, y cuando dejó de hacerlo, se dio cuenta de que el vagabundo estaba muerto. Un portavoz de la oficina del fiscal del distrito había anunciado que se había decidido procesar al hombre por homicidio involuntario. Sacaban una foto suya, con mirada confusa y cara de sentirse asediado. A él no se le veía impecable, y era bastante poco probable que se convirtiese en un héroe popular.

Dejé el periódico y volvió a sonar el teléfono. Lo cogí, y una voz me preguntó:

—Así que ese eres tú.

Me costó un rato percatarme de quién era mi interlocutor, pero luego le dije:

—¿TJ?

—Hola, Matthew. Todo el mundo quiere saber quién es el tío ese que anda dando vueltas por el Deuce, dándole tarjetas a todo el que se encuentra y preguntándole dónde está TJ. Estaba en el cine, tío, viendo una de esas mierdas de kung fu. ¿Tú sabes hacer esas cosas?

—Yo, no.

—Era una puta pasada, tío. Ya me gustaría poder aprender algo así alguna vez.

Le di mi dirección y le pregunté si podía acercarse a verme.

—No lo sé —me dijo—. ¿Qué tipo de hotel es ese? ¿Uno de esos grandes de lujo?

—No, es un hotel modesto. En recepción no te pondrán ningún inconveniente para que entres, y si lo hacen, diles simplemente que me llamen por la línea interna.

—Supongo que no habrá problema.

Colgué, y el teléfono volvió a sonar casi de inmediato. Era Maggie Hillstrom, la mujer de Testament House. Les había enseñado a los críos y a los trabajadores del centro los retratos robot que yo le había dejado, tanto a los de Old Testament House como a los de New Testament House. Nadie fue capaz de identificar al chaval más joven ni al hombre, aunque alguno de los chicos le había dicho que uno, el otro, o incluso los dos, le resultaban familiares.

—Pero, la verdad es que no sé si es una información muy útil —me dijo—. Bueno, a lo que íbamos... Hemos podido identificar al chico mayor. No llegó a vivir aquí, pero sí se quedó a dormir en algunas ocasiones.

—¿Ha podido enterarse de su nombre?

—Happy —respondió—, así es como se hacía llamar. Parece irónico, ¿verdad? Y, sobre todo, injusto. No sé si ese apodo ya lo tenía de antes o se lo pusieron aquí en la calle. Hemos llegado a la conclusión de que era del sur o del sudoeste. Un empleado asegura recordar que decía que era de Texas, pero un chaval que lo conocía está igual de seguro de que dijo que venía del norte de Carolina. Pero claro, pudo contar diferentes historias a diferentes personas.

Era chaperero, me dijo, se iba con tíos por dinero, y consumía drogas cuando se las podía permitir. Nadie recordaba haberlo visto en el último año.

—Desaparecen continuamente —me dijo—. Es normal no verlos durante una temporada; de pronto te das cuenta de que llevas sin ver a alguien durante una o dos semanas, o incluso un mes. A veces vuelven, pero otras veces no, y nadie sabe si el último sitio al que fueron resultó ser para ellos mejor o peor.

Suspiró.

—Un chico me dijo que creía que Happy había vuelto a casa. Y en un cierto sentido, quizá lo haya hecho; a la casa del Padre, quiero decir.

La siguiente llamada fue desde recepción, y me anunciaba la llegada de TJ. Les dije que lo mandaran subir, y me reuní con él en la puerta del ascensor. Lo llevé hasta mi habitación, y él dio unas cuantas vueltas como un bailarín, mirándolo todo.

—Eh, esto es guay, tío —me dijo—. No verás el Trade Center desde aquí, ¿verdad? Y encima tienes tu propio cuarto de baño. Jo, está muy bien.

Por lo que yo recordaba, llevaba la misma ropa que el otro día. La chaqueta vaquera con la que me había dado la impresión de que se estaba cociendo en verano, ahora me parecía poco apropiada para el frío invernal. Sus zapatillas deportivas de caña alta parecían nuevas, y había añadido al conjunto una gorra de color azul marino.

Le enseñé los retratos. Miró el de arriba y luego me miró a mí con ojos recelosos.

—¿Qué quieres, dibujarme? ¿De qué te ríes?

—Estoy seguro de que serías un estupendo modelo —le dije—, pero yo no soy artista.

Miró los tres y examinó la firma.

—Raymond algo. ¿Qué hay, Ray? ¿Qué pasa?

—¿Reconoces a alguno de los tres?

Me dijo que no, pero yo seguía insistiendo.

—El chaval más mayor se llama Happy —le informé—, y creo que está muerto.

—Lo que crees es que los dos lo están, ¿verdad?

—Sí, me temo que sí.

—¿Y qué quieres saber de ellos?

—Sus nombres, de dónde son...

—Ya sabes su nombre, si lo acabas de decir. Happy, ¿no es eso lo que has dicho?

—Hombre, supongo que él se llama Happy igual que tú te llamas TJ.

Me echó una buena mirada.

—Si me llamas TJ, cualquiera a quien le preguntes sabrá a quién te refieres.

Volvió a mirar el retrato robot.

—Quieres decir que Happy es su nombre de la calle.

—Sí, eso es.

—Pues si es su nombre de la calle es el único nombre por el que le van a conocer.

¿Quién te ha dado ese nombre, Testament House?

Asentí.

—Me dijeron que no vivía allí, pero que se había quedado unas cuantas noches.

—Sí, claro, son buena gente, pero no todo el mundo es capaz de cumplir sus normas y toda su mierda, ¿entiendes?

—¿Has estado alguna vez allí, TJ?

—Joder, ¿por qué iba a estar? A mí no me hace falta meterme en ninguno de esos sitios. Tengo casa, ¿sabes, tío?

—¿Dónde?

—No te importa dónde. Lo único que importa es que yo pueda encontrarla.

Volvió a repasar los dibujos, y finalmente dijo de forma distraída:

—A este tipo le he visto.

—¿Dónde?

—No lo sé. En el Deuce, pero no me preguntes dónde ni cuándo.

Se sentó en el borde de la cama, se quitó la gorra y le dio vueltas en sus manos, y al final, dijo:

—¿Qué quieres de mí, tío?

Saqué un billete de veinte dólares de mi cartera y se lo acerqué. No se movió para cogerlo, y sus ojos repitieron la pregunta: ¿qué es lo que quería yo de él?

—Conoces el Deuce, la terminal de autobuses y a los chicos de la calle —le dije—. Podrías ir a sitios que yo no conozco y hablar con gente que no hablaría conmigo.

—Eso es mucho por veinte dólares —me aseguró, sonriendo—. La última vez que te vi me diste cinco y no hice nada.

—Tampoco ahora has hecho nada —repuse.

—Sí, pero lo que me dices podría llevarme mucho tiempo, tío. Hablar con la gente, ir de un lado para otro...

Empecé a guardarme otra vez el billete, pero su mano fue más rápida y me lo arrancó de entre los dedos.

—No hagas eso, tío, yo no he dicho que no, ¿verdad? Solo quería ajustar un poco las cosas.

Miró a su alrededor por toda la habitación.

—Pero supongo que no eres un tipo rico, ¿no es cierto?

No tuve más remedio que echarme a reír.

—No, no lo soy —le respondí.

También me llamó Chance. Le había preguntado a unas cuantas personas relacionadas con el mundillo del boxeo, y algunos parecían recordar a un padre con su hijo sentados junto al *ring* el jueves pasado. Nadie se acordaba de haberlos visto antes, ni en Maspeth ni en ningún otro sitio. Yo comenté que el hombre no tenía necesariamente que haber ido con el chico en otras ocasiones, y él me dijo que lo que la gente recordaba era haberles visto a los dos juntos.

—Así que por separado probablemente no los reconocieran —me dijo—. ¿Vas a volver al boxeo mañana por la noche?

—No lo sé.

—También podrías verlo por la tele. Es posible que lo localices si es que vuelve a estar en primera fila.

No hablamos mucho tiempo porque yo quería dejar la línea libre cuanto antes. Colgué y esperé, y Danny Boy Bell fue quien hizo la siguiente llamada.

—Voy a cenar en Poogan's —me dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo? Ya sabes lo poco que me gusta comer solo.

—¿Has conseguido algo?

—Nada importante —aseguró—, pero tendrás que cenar, ¿no? Quedamos a las ocho y media, ¿vale?

Colgué y miré la hora. Eran las cinco. Encendí la tele, vi la cabecera del informativo pero volví a apagarla al darme cuenta de que no le estaba prestando atención. Cogí el teléfono y marqué el número de Thurman. Cuando me respondió el contestador, no dije nada, pero tampoco colgué. Me quedé allí, esperando, con la línea abierta durante unos treinta segundos antes de cortar definitivamente la comunicación.

Cogí el The Newgate Calendar y sonó el teléfono casi de inmediato. Contesté, y enseguida me di cuenta de que era Jim Faber.

—Ah, hola —lo saludé.

—Pareces decepcionado.

—Llevo toda la tarde esperando una llamada —le confesé.

—Descuida, no te entretendré —me dijo—, no tengo nada importante que decirte. ¿Vas a ir a San Pablo esta noche?

—No, no creo, voy a reunirme con alguien a las ocho en la calle Setenta y Dos y no sé cuánto tiempo vamos a estar juntos. De todos modos, fui anoche.

—¡Qué raro! Estuve buscándote y no te vi.

—Bueno, lo que pasa es que fui al centro, a la calle Perry.



—¿Ah, sí? Ahí terminé yo el domingo por la noche. Es perfecto, puedes decir lo que quieras y a nadie le importa un bledo. Dije cosas terribles sobre Bev, y luego me sentí muchísimo mejor. ¿Estaba Helen anoche? ¿Te contó lo del atraco?

—¿Qué atraco?

—El de la calle Perry. Mira, estás esperando una llamada y no quiero entretenerte.

—No, no te preocupes —le dije—. ¿Alguien entró en la calle Perry? ¿Y qué se han llevado? Si ya no tienen ni café.

—Bueno, me temo que no fue un delito especialmente bien planeado. Era su reunión de los viernes por la noche sobre los doce pasos. Estaba hablando un tipo llamado Bruce, no sé si le conoces, y en cualquier caso eso no es lo importante. Estuvo hablando unos veinte minutos, y después un colgado se puso en pie y anunció que había ido a esa reunión un año antes, que había puesto cuarenta dólares en el cesto por error, que tenía una pistola en el bolsillo y que si no recuperaba su dinero iba a empezar a liquidar gente.

—¡Dios mío!

—Espera, que aún falta lo mejor. Va Bruce y le dice: «Lo siento, no es tu turno, no podemos interrumpir la reunión por esa tontería. Tendrás que esperar al descanso de las nueve menos cuarto». El tipo empezó a decir algo, y Bruce va y coge el martillo que tienen en esa especie de podio, le dice que se siente, llama a otra persona y la reunión continúa.

—¿Y ese chalado se quedó allí sentado?

—Me imagino que pensó que no le quedaba más remedio. Las reglas son las reglas, ¿no? Después, otro tipo, un tío llamado Harry, se le acercó y le preguntó si quería café o un cigarro, y el colgado va y le dice que sí, que un café le vendría muy bien. «Voy ahora mismo y te traigo uno», le susurró Harry, y lo que hizo fue escaparse y acercarse a la comisaría, creo que hay una bastante cerca.

—Sí, la del Distrito 6, en la Diez Oeste.

—Sí, pues fue a esa, y volvió con un par de agentes que inmovilizaron al loco y se lo llevaron. «Espera un momento», dijo. «¿Dónde están mis cuarenta dólares? ¿Y dónde está mi café?». Estas cosas solo pasan en la calle Perry.

—Qué va, esas cosas pasan en todas partes.

—Pues no estoy yo tan seguro. No me imagino una reunión del Upper East Side en la que se pusieran a distraer al hijo de puta y después intentasen encontrarle un apartamento. Bueno, no te entretengo más; sé que estás esperando una llamada, pero tenía que contártelo.

—Y te lo agradezco —le dije.

Quedarse sentado esperando puede volver loco a cualquiera, pero la verdad es que no quería ir a ninguna parte. Sabía que me iba a llamar y no quería perder la llamada.

El teléfono sonó a las seis y media. Lo cogí y saludé, pero no hubo respuesta.

Insistí y esperé. Sabía que la comunicación no se había cortado, así que dije hola por tercera vez y entonces sí me colgaron.

Cogí el libro y volví a dejarlo; luego consulté mi cuaderno y marqué el número de Lyman Warriner en Cambridge.

—Sé que le comenté que no iba a pasarle informes sobre mi trabajo —le dije—, pero quería que supiera que hemos hecho algunos progresos. Tengo una idea bastante clara de lo que ocurrió.

—Es culpable, ¿verdad?

—Me temo que no hay lugar a dudas —le confirmé—. Yo no las tengo y él tampoco.

—¿Cómo que él tampoco?

—Lleva algo dentro, no sé si es culpa, miedo o las dos cosas. Me acaba de llamar hace un minuto, pero ni siquiera abrió la boca. Tiene miedo de hablar, pero tampoco quiere callárselo, por eso me ha llamado. Estoy convencido de que volverá a hacerlo.

—Parece que espera que se confiese con usted.

—Creo que quiere hacerlo. Y al mismo tiempo estoy seguro de que le da miedo. La verdad es que no sé por qué le he llamado, Lyman. Debería haber esperado hasta que todo esté resuelto.

—No, me alegro de que se haya puesto en contacto conmigo.

—Tengo la impresión de que una vez que las cosas echen a rodar van a ir con bastante rapidez —dije, tras un segundo de duda—. El asesinato de su hermana solo es una pieza del rompecabezas.

—¿De verdad?

—Eso es lo que parece ahora mismo. Volveré a hablar con usted cuando tenga algo más concreto. Pero, mientras tanto, quería ponerle al día de la marcha de las investigaciones.

Tuve otra llamada a las siete. La cogí, saludé e inmediatamente se oyó un clic que indicaba que habían colgado. Marqué el número del apartamento de Thurman y le devolví la llamada de inmediato. Sonó cuatro veces, y saltó el contestador. Colgué.

A las siete y media volvió a llamarme. Saludé, y al ver que no había respuesta dije:

—Sé quién eres. Puedes hablar con toda confianza.

La única respuesta fue el silencio.

—Ahora tengo que salir —añadí—. Volveré a las diez en punto. Llámame a esa hora.

Podía oír su respiración.

—A las diez en punto —repetí.

Y luego corté la comunicación. Esperé diez minutos por si volvía a llamar con la intención de confesármelo todo, pero no fue así; por el momento, aquel era el final.

Cogí mi abrigo y me fui a cenar con Danny Boy.

—La Five Borough Cable —dijo Danny Boy—. Muy buena idea, teniendo en cuenta que los neoyorquinos están más interesados en la programación local de deportes que en la pesca del róbalo de los famosos o en las bases del fútbol australiano. Empezaron poco a poco y cometieron un error muy frecuente: la descapitalización.

»Hace aproximadamente un año resolvieron el problema vendiendo una parte importante de las acciones a un par de hermanos con un apellido que soy incapaz de pronunciar, pero que me han asegurado que es iraní. Eso es todo lo que saben de ellos, aparte del hecho de que viven en Los Ángeles, y que aquí les representa un abogado.

»Para la Five Borough no es más que un negocio. No ganan dinero, pero tampoco lo pierden, y además a los nuevos inversores no les importa tener que perder dinero durante unos cuantos años. De hecho, creo que estarían dispuestos a perderlo para siempre.

—Entiendo.

—¿De verdad? Lo más curioso es que los hermanos parecen satisfechos con el papel prácticamente pasivo que han adoptado. Cualquiera esperaría que fueran a hacer cambios en la ejecutiva de la compañía, pero la verdad es que se quedaron con todos los antiguos trabajadores y tampoco trajeron a nadie nuevo. El único cambio es que ahora hay una persona que anda por allí muy a menudo. No trabaja para la cadena ni cobra un salario, pero si vas por las instalaciones, sin duda lo verás por el rabillo del ojo.

—¿Quién es?

—Esa es una pregunta muy interesante —me respondió—. Se llama Bergen Stettner; suena a alemán, ¿verdad? O al menos a teutón, pero me temo que no es el nombre que le pusieron sus padres. Vive con su mujer en un apartamento, en el ático de uno de los hoteles de Trump, al sur de Central Park. Tiene una oficina en el edificio Greybar, en Lexington. Se dedica al cambio de divisas y a la compraventa de metales preciosos. ¿Qué te sugiere todo eso?

—Que blanquea dinero.

—Y que la Five Borough actúa como tapadera. Cómo, o por qué, o para quién, o hasta qué punto... son preguntas que no estamos en condiciones de responder —dijo mientras se servía un vodka—. Así que no sé si toda esta información te servirá para algo, Matthew. No he podido descubrir nada sobre Richard Thurman. Si contrató a alguna escoria de la calle para que lo atase y se cargase a su mujer, o dio con una pareja muy discreta de delincuentes cuya paga incluía un pasaje a Nueva Zelanda es algo que no he podido averiguar, porque, desde luego, en la calle no se habla de ello.

—Eso encaja.

—¿De veras? —dijo, al tiempo que volvía a dejar el Stoly—. Espero que lo que te he contado de la Five Borough te sirva de algo. Lo cierto es que no te lo quería decir por teléfono. Nunca me ha hecho mucha gracia, y, encima, tus llamadas pasan por la centralita del hotel, ¿verdad? ¿Eso no es un verdadero fastidio?

—Yo puedo llamar directamente al exterior —le informé—. Ellos solo me cogen los mensajes.

—Sí, claro, claro que te los cogen. Lo que pasa es que a mí no me gusta dejar mensajes si puedo evitarlo. Me ofrecería a investigar un poco más sobre Stettner, pero me temo que me costaría mucho ya que procura mantenerse escondido. ¿Tú qué has descubierto?

—Creo que tengo su retrato robot —le dije desplegando el dibujo.

Danny Boy lo miró y después me miró a mí.

—Entonces, ya lo conocías —me dijo.

—No.

—Ah, o sea que ha sido casualidad que tuvieras un dibujo suyo a lápiz guardado en el bolsillo de tu chaqueta. Pero, por Dios, si hasta está firmado. ¿Quién es Raymond Galíndez?

—El próximo Norman Rockwell. ¿Entonces este es Stettner?

—No lo sé, Matthew. Nunca le he puesto la vista encima.

—Bueno, en eso te llevo ventaja. Yo sí le he visto, el único problema es que entonces no sabía que era él —dije, mientras doblaba el dibujo y volvía a recogerlo—. No cuentes nada de esto por el momento, pero si las cosas salen como espero, se va a pasar una buena temporada en la cárcel.

—¿Por blanqueo?

—No —le dije—. Eso es su trabajo. Lo que lo va poner a la sombra son sus pasatiempos.

De camino a casa pasé junto a San Pablo. Eran las nueve y media cuando llegué, y me quedé a la última media hora de la reunión. Me tomé una taza de café y me dejé caer en una silla de la última fila. Me fijé en Will Haberman, que estaba sentado unas cuantas filas delante de mí, y me imaginé poniéndolo al día de los últimos acontecimientos. «Will, de momento sabemos que en esa versión de Doce del patíbulo que me dejaste, el papel del hombre de goma lo representaba Bergen Stettner. Un chaval sin experiencia previa en la interpretación hacía de galán joven. Utilizaba el nombre artístico de Happy. Aún no estamos seguros de quién es la mujer de cuero, pero existe la posibilidad de que se llame Chelsea».

Aquel era el nombre que Thurman había dejado caer la noche pasada. «¿Quién, Chelsea? No es más que una zorra, créeme». Y, desde luego, lo creí. Pero cada vez estaba menos convencido de que la chica que se contoneaba en el cuadrilátero con los carteles numerados fuese la mujer de la máscara de cuero.

No me estaba enterando mucho de lo que pasaba en la reunión. El coloquio seguía a mi alrededor, mientras mi mente giraba describiendo sus propios círculos. Había bajado al sótano de la iglesia no por lo que pudiese escuchar allí, sino simplemente para encontrarme en un lugar seguro durante unos minutos.

Me largué del local muy temprano, y volví a mi habitación con un par de minutos de adelanto sobre la hora prevista. Las diez de la noche llegaron y pasaron, y cinco minutos después sonó el teléfono y yo lo cogí.

—Scudder —dije.

—¿Sabes quién soy?

—Sí.

—No digas mi nombre. Solo dime de qué me conoces.

—Del Paris Green —le respondí—, entre otros sitios.

—Sí, vale. No sé cuánto bebiste la otra noche, ni cuánto recuerdas.

—Tengo bastante buena memoria.

—También yo; y te diré algo, hay veces que preferiría no tenerla. Eres detective.

—Sí, lo soy.

—¿De verdad que lo eres? No he podido encontrarte en la guía.

—Porque no estoy en ella.

—Trabajas para una agencia. Me enseñaste la tarjeta, pero no me acuerdo del nombre.

—En realidad no pertenezco a la empresa, aunque a veces trabajo para ellos. Pero generalmente lo hago por mi cuenta.

—Entonces podría contratarte directamente.

—Sí —le dije—, claro que podrías.

Se hizo una pausa mientras se lo pensaba.

—El problema —me confesó— es que creo que me he metido en un lío.

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué sabes sobre mí, Scudder?

—Lo mismo que todo el mundo.

—La otra noche no reconociste mi nombre.

—Eso fue entonces.

—Ya, y esto es ahora, ¿verdad? Mira, creo que tenemos que hablar.

—Sí, yo también lo creo.

—Bueno, el problema es dónde vernos. Desde luego, no podemos quedar en el Paris Green.

—¿Y por qué no quedamos en tu casa?

—No. No creo que eso sea buena idea. Prefiero algún lugar público, pero donde no puedan reconocirme. Ningún sitio de los que se me ocurren nos sirve, porque son a los que voy habitualmente.

—Ya sé de uno al que podemos ir —le comenté.

Me dijo:

—¿Sabes?, este sitio es perfecto, a mí jamás se me hubiese ocurrido. Se podría decir que esta es la típica taberna irlandesa de vecindario, ¿verdad?

—Sí, efectivamente.

—No está a más de unos bloques de donde yo vivo y ni sabía que existía, pero podría haber pasado junto a ella todos los días y ni siquiera le habría prestado atención, ¿sabes? Pertenece a un mundo totalmente diferente al mío. Aquí lo que viene es gente decente de clase trabajadora, gente honesta, la sal de la tierra. Y mira, tiene hasta su techo de hojalata, su suelo de baldosas, y su diana en la pared. Es perfecto.

Por supuesto, estábamos en Grogan's, y me pregunté por un instante si alguien habría definido alguna vez a su dueño como la sal de la tierra, o como una persona honesta. Aun así, el lugar sí parecía muy adecuado para nuestros propósitos. Era silencioso, estaba casi vacío, y además era muy poco probable que apareciese por allí alguien que conociese a Thurman.

Le pregunté qué quería beber. Me dijo que creía que una cerveza estaría bien, y yo me acerqué a la barra a por una botella de Harp y un vaso de Coca-Cola.

—El gran hombre se ha ido —me informó Burke—. Hace por lo menos una hora. Dice que lo tuviste despierto toda la noche.

Volví a la mesa y Thurman se dio cuenta de que lo que llevaba en mi vaso era un refresco de cola.

—Eso no es lo que bebías anoche —me dijo.

—Bueno, tú estabas bebiendo stingers.

—No me lo recuerdes. El caso es que por lo general no bebo demasiado. Un martini antes de cenar y tal vez un par de cervezas. La última noche cogí una buena. De hecho, no estoy muy seguro de cuánto te conté. Ni de cuánto sabes.

—Pues te diré que sé más de lo que sabía la otra noche.

—Y la otra noche ya sabías más de lo que demostraste saber.

—Tal vez deberías decirme de una vez lo que te preocupa.

Se lo pensó un segundo, y después asintió brevemente. Se llevó las manos a los bolsillos y encontró el retrato robot que le había dado la vez anterior. Lo desdobló y lo miró, primero a él y luego a mí. Me preguntó si sabía quién era aquel tipo.

—¿Por qué no me lo dices tú?

—Se llama Bergen Stettner.

Empezamos bien, pensé.

—Creo que quiere matarme.

—¿Por qué? ¿Ha matado a alguien antes?

—¡Dios mío! —exclamó—. No sé ni por dónde empezar.

Dijo:

—Nunca había conocido antes a alguien como Bergen. Empezó a venir por la cadena después de que vendiésemos las acciones y nos hicimos amigos de inmediato. Me pareció un hombre fantástico, muy fuerte, muy seguro de sí mismo. Cuando estás con él es fácil creer que el mundo ha cambiado sus reglas. La primera vez que lo vi me llevó a su apartamento. Bebimos champán en la terraza con todo Central Park a nuestros pies como si fuese su jardín privado.

»La segunda vez que fui a su casa, conocí a su esposa, Olga. Es una mujer preciosa, y desprende tanta energía sexual que marea. Él se fue al baño y ella se sentó a mi lado, me puso la mano en el regazo y empezó a acariciarme a través de los pantalones. “Quiero chupártela”, me dijo, “y quiero que me lo hagas por detrás. Quiero sentarme en tu cara”. No podía creer lo que me estaba ocurriendo. Estaba seguro de que Bergen iba a entrar y pillarme así, pero para cuando volvió, ella ya estaba sentada en una silla al otro lado de la habitación y hablaba de uno de los cuadros.

»Al día siguiente, él no dejaba de comentarme lo bien que le había caído a Olga, y que ella decía continuamente que deberían verme más a menudo. Unos días después, mi mujer y yo fuimos a cenar con ellos. Fue bastante raro por todo lo que había pasado entre Olga y yo. Al final de la velada, Bergen besó a Amanda en la mano; todo muy correcto, pero a la vez cargado de una cierta ironía. Olga también me ofreció su mano para que la besase, y sus dedos olían..., bueno..., olían a coño. Debía de haberse estado tocando. Y yo la miré, ya sabes. Tenía una expresión en la cara que me atrajo tanto como aquel olor.

—Por supuesto, él sabía todo lo que estaba pasando. Lo habían planeado juntos; ahora lo sé. Cuando volví a su apartamento él me dijo que tenía algo para enseñarme, que no era nada que se pudiese ver por el cable, pero que probablemente me interesase. Puso en el video una película porno, una grabación doméstica. Dos hombres con una mujer. A la mitad, vino Olga y se sentó a mi lado. Yo ni siquiera sabía que ella estaba en casa, creía que Bergen y yo estábamos solos.

»Cuando la cinta terminó, el hombre la cambió por otra. En aquella salían dos mujeres, una negra y otra blanca. A la negra la estaban dominando. Tardé un minuto en darme cuenta de que la blanca era Olga. No podía apartar la vista de la pantalla.

»Cuando acabó, miré a mi alrededor y Bergen se había ido. Olga y yo nos arrancamos la ropa y nos echamos sobre el sofá. Al cabo de un rato me di cuenta de que el marido estaba mirándonos desde la habitación. Después, todos nos levantamos y nos fuimos juntos al dormitorio.

Aparte del sexo, Stettner le puso a dieta constante de filosofía. Las reglas existen para que las sigan los que no tienen suficiente imaginación como para romperlas. Los hombres y las mujeres superiores establecen sus propias reglas, o viven sin ellas. Le gustaba citar a Nietzsche, y Olga le ponía un cierto toque New Age al viejo alemán.



Realmente no hay víctimas si uno reclama su poder, porque su destino no es más que una manifestación de su propio deseo de sometimiento. Ellos han creado su destino igual que tú has creado el tuyo.

Una vez Stettner le llamó a su oficina. «Deja lo que estés haciendo», le dijo. «Baja las escaleras y espérame en la esquina, te recogeré dentro de quince minutos». Bergen se lo llevó a dar una larga vuelta en coche, diciéndole simplemente que tenía un regalo para él. Aparcó en un barrio que no le era familiar y condujo a Thurman por una escalera hasta llegar a un sótano. Allí había una mujer desnuda, esposada a una estructura metálica y con la boca tapada por una mordaza. «Es tuya», le dijo Stettner. «Haz con ella lo que quieras».

Mantuvo relaciones sexuales con ella. Habría sido descortés rechazarla, igual que no coger una bebida o no tomar una comida o cualquier otro signo de hospitalidad. Además, la absoluta indefensión de la mujer le resultaba fuertemente excitante. Cuando terminó con ella, Bergen le preguntó si había algo más que quisiese hacerle. Él respondió que no.

Se marcharon del edificio y volvieron al coche de Stettner. El viejo le dijo que esperase un minuto, que había olvidado hacer algo. Regresó enseguida y arrancó. Le preguntó a Thurman si en alguna ocasión había sido el primer amante de una mujer. Él le respondió que sí.

—Pero no de tu esposa.

No, reconoció Thurman. Amanda ya no era virgen cuando se conocieron.

—Pues este es mi regalo —le dijo Stettner—. Ya habías sido el primer amante de una mujer, y ahora has sido el último de esta. Con esa chica que acabas de estar... nadie más podrá volver a estar, nunca. Nadie más que los gusanos. ¿Sabes lo que hice cuando volví al sótano? La maté para ti. Le quité la mordaza de la boca y le dije: «Adiós, cariño», y le corté el cuello.

Thurman no sabía qué decir.

—No sabes si creerme, ¿verdad? Es posible que haya vuelto simplemente para ir al baño o para soltarla. ¿Quieres volver y verla?

—No.

—Bien. Ya sabes que siempre digo la verdad. Estás desconcertado, no sabes cómo sentirte con todo este asunto. Pero relájate. Tú no has hecho nada, he sido yo. De todos modos, esa chica hubiera muerto un día u otro. Nadie vive para siempre.

Alargó la mano y cogió la de Thurman con la suya.

—Ahora tú y yo estamos muy cerca. Somos hermanos de sangre y semen.

Le había llevado mucho tiempo servirse la cerveza y ahora le estaba llevando aún más tomársela. Cogía el vaso, lo levantaba hasta la mitad del camino hasta sus labios, volvía a dejarlo y seguía hablando. Probablemente aquella cerveza le daba igual, lo que quería era soltarlo todo.

Me dijo:

—No sé si mató a la mujer. Probablemente fuese solo una puta que había contratado para la ocasión y no volvió más que para pagarla y dejarla marchar. O a lo mejor le rebanó el cuello, como me dijo. No hay modo de saberlo.

A partir de aquel momento, vivió dos vidas. Aparentemente no era más que un joven ejecutivo con un prometedor futuro por delante. Tenía un gran apartamento, una mujer rica y un porvenir color de rosa. Pero al mismo tiempo llevaba una vida secreta con Bergen y Olga Stettner.

—Aprendí a entrar y salir de aquel mundo —me dijo—. Igual que se deja el trabajo de la oficina, yo dejaba toda una faceta de mí mismo para cuando estaba con ellos. Los veía una o dos veces por semana. No siempre hacíamos cosas. A veces simplemente nos sentábamos y hablábamos. Pero siempre existía esa energía, esa especie de corriente que fluía entre nosotros. Y después, cerraba el grifo, me marchaba a casa y me comportaba como un marido normal.

Transcurridos unos meses desde que se conocieran, Stettner le dijo que necesitaba su ayuda.

—Lo estaban chantajeando. Habían hecho una cinta. No sé lo que había en ella, pero tenía que ser algo malo ya que el cámara se había guardado una copia y quería cincuenta mil dólares por ella.

—Arnold Leveque —le dije.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cuánto sabes?

—Sé lo que le ocurrió a Leveque. ¿Ayudaste tú a matarlo?

Esta vez sí se llevó el vaso a los labios. Se los secó con el dorso de la mano y respondió:

—Juro que no sabía lo que iba a pasar. Me dijo que le daría los cincuenta mil pero que no podía llevárselos él personalmente, que al hombre le daba miedo. Es fácil imaginarse por qué. Aseguró que lo haría en una sola entrega y así se acabaría la cuestión, porque aquel tipo no sería tan tonto como para intentar la misma proeza dos veces.

»Hay un restaurante tailandés en la esquina de la Décima Avenida con la calle Cuarenta y Nueve. Me reuní con Leveque allí. Era uno de esos tipos gordos que caminan como patos y que parecen tentetiesos. No hacía más que decirme que sentía lo que estaba haciendo, pero que de verdad necesitaba el dinero. Cuanto más lo decía, más despreciable me parecía.

»Le di el maletín y dejé que lo abriese. Parecía más asustado aún cuando lo vio lleno de billetes. Se suponía que yo era abogado, eso fue lo que le dijimos, y llevaría un traje de raya diplomática de la marca Brooks. Traté de meter términos legales en la conversación, como si hiciese falta.

»Hicimos el intercambio; yo le dije que podía quedarse con el maletín, pero que no podía dejarle marchar antes de asegurarme de que el casete era el que mi cliente

quería. “Mi coche está aparcado cerca”, le dije, “y estamos solo a unos minutos de mi oficina; en cuanto haya visto cinco minutos de la cinta podrás marcharte con el dinero”.

»Negó con la cabeza. Podría haberse puesto de pie en ese mismo momento y haberse marchado, me dijo, ¿y yo qué habría podido hacer yo? Pero creo que confiaba en mí. Caminamos juntos hasta la mitad de la Undécima Avenida y Bergen nos estaba esperando. Iba a pegarle a Leveque en la cabeza y nos íbamos a marchar de allí con el dinero y la cinta.

—Pero no fue eso lo que ocurrió.

—No —me dijo—. Antes de que Leveque pudiese reaccionar, Bergen ya le estaba pegando. Al menos, eso es lo que parecía. Pero entonces vi que tenía una navaja en la mano. Lo apuñaló allí mismo, en mitad de la calle; después lo agarró, lo metió en el callejón y me dijo que cogiese el maletín. Yo lo cogí y entré en la calle mientras él sujetaba a Leveque contra el muro de ladrillos y lo remataba. Leveque se quedó allí mirando. A lo mejor ya estaba muerto, no lo sé. No llegó a hacer el menor ruido.

Después cogieron las llaves de Leveque y registraron su apartamento. Se llevaron dos bolsas llenas de cintas domésticas. Stettner creía que aquel tipo se habría guardado una copia de seguridad del casete que estaba utilizando para sobornarlo, pero resultó que no.

—La mayor parte eran películas grabadas de la tele —dijo Thurman—, sobre todo viejos clásicos en blanco y negro. Había algo de porno, y también algunos programas antiguos de televisión.

Stettner los vio todos personalmente y acabó tirando casi todo a la basura. Thurman no llegó a ver la película que había ayudado a recuperar, la que le había costado la vida a Arnold Leveque.

—Yo sí la vi —le dije—. Salen los dos cometiendo un asesinato, matando a un chaval.

—Me imaginé que tenía que tratarse de algo así. Si no, ¿por qué iban a pagar tal cantidad de dinero por ella? Pero ¿cómo es posible que tú la hayas visto?

—Leveque tenía una copia que se os pasó por alto. Estaba grabada encima de una película comercial.

—Pues tenía montones de ellas —recordó—. Ni siquiera nos preocupamos de mirarlas, las dejamos allí. Fue muy listo.

Cogió el vaso y volvió a dejarlo sin tocarlo.

—Aunque no le sirvió de mucho.

Los críos eran una parte de la vida de Stettner en la que Thurman nunca estuvo interesado.

—No me gustan los homosexuales —confesó abiertamente—. No forman parte de mi mundo ni nunca lo han hecho. El hermano de Amanda es gay. Nunca le caí bien, ni él a mí. Fue así desde el primer momento. Stettner decía que a él le ocurría lo mismo, que pensaba que los maricas no eran más que pobres pusilánimes, y que el

sida era el modo que tenía el planeta de acabar con ellos. «Pero usar a estos chavales no es ningún acto homosexual», solía decir. «Los tomas igual que lo harías con una mujer, eso es todo. Y son tan fáciles de conseguir... Están por todas partes pidiéndote que te los lleves. Y a nadie le importa. Puedes hacer con ellos lo que te dé la gana y nadie te va a pedir cuentas».

—¿De dónde los sacaba?

—No lo sé. Ya te lo dije. Esa era una parcela de su vida en la que yo tenía mucho cuidado de no participar. A veces lo veía con uno de esos chicos; en ocasiones se lo llevaba por ahí, igual que cuando lo viste en el boxeo la semana pasada. Lo trata como a un hijo, y de pronto un día, dejas de verle. Ni se me hubiera ocurrido preguntarle qué le había pasado.

—Pero lo sabías.

—Ni siquiera pensaba en ello. No era asunto mío, así que ¿por qué iba a planteármelo?

—Pero tenías que saberlo, Richard.

Nunca antes lo había llamado por su nombre de pila. Tal vez aquello contribuyese a que mis palabras atravesasen su armadura. No sé si fue eso, pero desde luego algo funcionó, porque hizo un gesto de dolor con la cara, como si le hubieran pegado un rechazo directo al corazón.

—Supongo que los mataba —confesó.

Yo no dije nada.

—Supongo que ha matado a un montón de gente.

—¿Y tú?

—Yo nunca he matado a nadie —contestó rápidamente.

—Fuiste cómplice en el asesinato de Leveque. Según la ley, eres tan culpable como si hubieses empuñado tú mismo la navaja.

—¡Pero si ni siquiera sabía que iba a matarlo!

Lo sabía, igual que sabía lo que había ocurrido con los chicos, pero no quise insistir.

—Sabías que iba a cometer un asalto y un robo —repuse yo—. Eso te hace cómplice, lo cual ya es suficiente para declararte culpable si el delito acaba en muerte. Serías culpable de asesinato aunque Leveque hubiera muerto de un ataque al corazón. A los ojos de la ley, lo eres.

Respiró profundamente un par de veces, y luego me dijo con tono de desánimo:

—Muy bien, ya lo sé. Y podría decirse lo mismo de la chica del sótano, si es que llegó a asesinarla. Supongo que también soy culpable de violación. Ella no se resistió, pero tampoco podríamos decir que me dio su consentimiento.

Se me quedó mirando.

—No puedo defender lo que hice. No puedo justificarlo. No voy a intentar decir que me tenía hipnotizado, aunque fuera verdad, puedes creerme; su modo de engañarme y..., y conseguir que hiciera lo que ellos querían...

—¿Y cómo lo hacían, Richard?

—Ellos solo...

—¿Cómo lograron que matases a tu mujer?

—Oh, Dios... —dijo, mientras dejaba caer la cara entre las manos.

Tal vez lo hubiesen planeado todo desde el principio. Tal vez formase parte desde el inicio de un plan secreto.

—Más vale que te des una ducha —solía decir Olga—. Ya es hora de que vuelvas a casa con tu mujercita.

Siempre pronunciaba aquello de tu mujercita, tu querida esposa, tu adorable mujer, con un toque de ironía, con cierta sorna. Le aseguraba que había pasado una hora en el mundo de los valientes, de los audaces, de los temerarios, de los atrevidos, y que ahora iba a volver a su mundo rutinario, en blanco y negro, con la muñequita Barbie con la que lo compartía.

«Es una pena que sea ella quien tiene todo el dinero», solía decir Stettner. «Pierdes todo el poder cuando tu mujer gana más dinero que tú».

Al principio había tenido miedo de que Bergen deseara a Amanda sexualmente. Había permitido que Thurman y él compartiesen a Olga, y probablemente le pidiese un quid pro quo. A Richard no le gustaba la idea. Quería mantener sus dos mundos separados, y se sintió muy aliviado al ver que los Stettner no mostraban interés alguno en su esposa ni en la idea de que ella participase de su relación. La primera vez que se reunieron los cuatro no resultó ningún éxito, y, en las dos ocasiones siguientes en las que ambas parejas quedaron para tomar algo y cenar juntos, la conversación fue bastante forzada.

Fue Stettner quien le sugirió que aumentase la cobertura de su seguro de vida. «Viene un niño en camino, no querrás dejarlo desprotegido. Y supongo que también querrás que la madre esté bien cubierta. Si le pasase algo a ella, tendrías que contratar a una niñera, a una institutriz, y tendrías gastos durante muchos años». Y después, cuando las nuevas pólizas entraron en vigor, aprovechó para decir: «Ya sabes, Richard, eres el marido de una mujer rica. Si ella muriese, tú serías un hombre rico. La diferencia es considerable, ¿no te parece?».

La idea fue madurando de forma gradual, poco a poco.

—No sé cómo explicarlo —me dijo—. No era algo real. Gastábamos bromas sobre ello. Fantaseábamos con modos totalmente inverosímiles de llevarlo a cabo. «Es una lástima que los microondas sean tan pequeños», decía él, «podríamos meter a Amanda dentro, con una manzana en la boca y cocinarla de dentro para fuera». Resulta espeluznante recordarlo ahora, pero entonces nos parecía gracioso, porque no era real, no era más que una broma que no le hacía daño a nadie. Pero seguimos insistiendo en el tema, hasta que poco a poco se fue convirtiendo en algo más creíble. «Lo haremos el jueves», solía decir Bergen, pero ideábamos algún escenario de

comedia negra totalmente ridículo y ahí acababa todo. Después, llegaba el jueves y Olga decía: «Oh, se nos ha olvidado, hoy era el día que íbamos a matar a la pequeña Amanda». Era un juego, un chiste nuestro.

»Cuando estaba con mi esposa, cuando ellos no estaban cerca, era un hombre normal felizmente casado. Parece imposible, ¿verdad?, pero es cierto. Supongo que albergaba la idea de que algún día Bergen y Olga sencillamente desaparecerían. No sabía decir de qué modo esperaba que ocurriese, si les iban a pillar por alguno de los delitos que habían cometido, o si dejarían de verme o se mudarían de piso..., o no lo sé. A lo mejor, lo que esperaba es que muriesen. Y en ese caso, todo el lado oscuro de mi vida que se asociaba a ellos, desaparecería también sin dejar rastro, y Amanda y yo viviríamos felices para siempre.

»Una vez, sin embargo, estaba en la cama y ella dormía a mi lado y empezaron a venirme a la cabeza diferentes imágenes sobre cómo podría matarla. No quería tener semejantes pensamientos, pero tampoco podía alejarlos de mi mente. Me imaginaba asfixiándola con una almohada, o apuñalándola, o acabando con ella de cualquier otro modo. Tuve que irme a la habitación de al lado y tomarme un par de copas. No tenía miedo de que fuera a hacerlo, simplemente me molestaba que esas cosas se me hubieran pasado por la cabeza.

»Poco antes del 1 de noviembre mencioné que nuestros vecinos de abajo se iban a pasar seis meses a Florida. “Bien”, me dijo Bergen, “ahí será donde matemos a Amanda. Es el lugar perfecto para un robo, con los dueños fuera de la ciudad. Y además es muy conveniente, ella no tendrá que ir muy lejos. Y, desde luego, es mucho mejor que hacerlo en tu apartamento porque no creo que quieras tener un desfile de policías entrando y saliendo de tu casa. Hacen mucho follón, a veces incluso te roban cosas”.

»Creí que era otra de sus bromas. “¿Vais a una fiesta? Bien, pues cuando volváis os estaremos esperando en el apartamento de los judíos de abajo. Os encontrareis en mitad de un robo. Espero recordar cómo forzar una puerta. Pero estoy seguro que es como andar en bici, una vez que has aprendido, nunca lo olvidas”.

»La noche de la fiesta ya no sabía si aquellos planes eran en broma o no. Me resulta difícil de explicar. Lo sabía pero no lo sabía. Las dos partes de mi vida estaban tan distantes entre sí que era como si no pudiese creer que algo de un lado pudiese tocar algo del otro. Es como si supiera que iban a estar esperándonos allí, pero sin poder creérmelo realmente.

»Cuando nos marchamos de la fiesta sugerí ir a casa dando un paseo, porque quería retrasar la llegada por miedo a que estuviesen allí, a que esta vez sí fuera cierto. De camino a casa, ella empezó a hablar de su hermano, de lo preocupada que estaba por su salud, y yo hice una broma bastante pesada. Así que nos peleamos, y yo pensé: Muy bien, puta, dentro de una hora serás historia. E imaginar aquello me resultó excitante.

»Al subir por las escaleras vi que la puerta del apartamento de los Gottschalk

estaba cerrada, y me sentí aliviado, pero entonces me di cuenta de que el marco estaba astillado y que había marcas de palanca alrededor de la cerradura, así que supe que los Stettner estaban dentro. No obstante pensé que si no hacíamos ruido podríamos pasar frente a la puerta cerrada y subir hasta nuestro propio apartamento, con lo que estaríamos a salvo. Por supuesto, podríamos habernos dado la vuelta y volver a bajar por las escaleras, pero en aquellos momentos ni siquiera se me ocurrió.

»Entonces llegamos a lo alto de las escaleras y la puerta se abrió; y allí estaban ellos, esperándonos. Olga llevaba un traje de cuero que se pone a veces, y Bergen un abrigo largo también de cuero. Parecía que acababan de salir de un libro de cómics. Amanda no los reconoció al principio, simplemente se los quedó mirando sin saber qué pensar, y antes de que ella pudiese decir nada, el hombre le soltó: “Estás muerta, zorra”, y le dio un puñetazo en la cara. Él llevaba puestos unos de esos guantes de cuero muy fino, de los que se usan para conducir. Cerró el puño y le pegó con todas sus fuerzas en la mandíbula.

»Bergen la cogió, la metió dentro mientras le tapaba la boca con la mano, puso las manos de Amanda detrás de su espalda y la esposó. Le pusieron una cinta en la boca. Olga le puso la zancadilla y, cuando cayó, empezó a darle patadas en la cara.

»La desnudaron, la llevaron a la habitación y la tiraron en la cama. Stettner la violó, le dio la vuelta y volvió a violarla. Olga le pegó en la cara con una palanca y creo que eso pudo hacer que se desmayara. Supongo que la mayor parte del tiempo estuvo inconsciente.

»Al menos, eso espero.

»Me dijeron que también yo tenía que tirármela. Y esta es la peor parte. Creí que me iba a poner enfermo, que me iba a marear, que iba a vomitar; no sé si lo entenderás, pero estaba muy excitado. La tenía dura. No tenía ganas de sexo, yo no quería hacerlo, pero mi polla sí. Dios, me resulta repulsivo solo recordarlo. No pude terminar. Estaba encima de ella y no pude terminar, y lo único que quería era correrme para poder acabar con todo aquello, pero no pude.

»Después, mientras yo seguía encima de Amanda, Bergen le rodeó el cuello con la media, y me obligó a coger un extremo en cada mano. Me dijo que tenía que hacerlo, y yo me quedé allí de pie, mirándolo. Olga estaba de rodillas, mamándomela, y las manos del hombre enfundadas en aquellos guantes sostenían las mías, y yo sostenía los extremos de las medias y no podía soltarme de él. Separó sus manos de un tirón y eso provocó que las mías también se separasen, y los ojos de ella me estaban mirando, me miraban continuamente, ¿sabes? Y Olga me estaba haciendo aquello, ya sabes, y Bergen me estaba sujetando muy fuerte, y todo estaba lleno del olor a sangre, cuero y sexo.

»Y tuve un orgasmo.

»Y Amanda estaba muerta.

—Lo demás ocurrió más o menos como nos lo imaginábamos —le dije a Durkin—. A él lo ataron, le pegaron un poco para que tuviese el aspecto que buscaban y prepararon el escenario para que encajase con el de un robo. Se marcharon a su casa y él pidió ayuda una hora más tarde. Ya tenía la historia preparada. Había tenido días para pensársela, todo el tiempo que supuestamente se había estado diciendo a sí mismo que aquel plan no era más que una broma.

—Y ahora quiere contratarte.

—Ya me ha contratado —le confirmé—. Fue anoche, justo antes de que nos separásemos.

—¿Por qué razón lo ha hecho?

—Porque tiene miedo de los Stettner, teme que le maten.

—¿Y por qué habrían de hacerlo?

—Para cubrirse las espaldas. Temen que hable, porque parece que tiene mala conciencia.

—Joder, eso espero.

—Bueno, según él, sí la tiene. Dice que no se le va de la cabeza que ella lo quería de verdad, que es la única persona que lo ha querido y que lo va a querer en su vida.

—Sí, la única persona tan tonta como para hacerlo.

—Y también quiere creer que su esposa murió sin darse cuenta de que él formaba parte de toda aquella sórdida trama. Cree que estaba inconsciente cuando se la tiró; y que estaba inconsciente, o incluso muerta, cuando Stettner le obligó a estrangularla.

—Pues si lo que desea es que alguien le confirme lo que él quiere, no necesita un detective, lo que necesita es un médium.

Era media mañana de un jueves. Yo había ido a Midtown North a desayunar, y había estado esperando a que apareciese Joe, y ahora nos encontrábamos frente a su escritorio. Tenía un cigarrillo encendido. Debía de haber dejado de fumar al menos una docena de veces, que yo supiese, pero no parecía capaz de vivir sin el tabaco.

—Cree que su conciencia le delata —le dije—, y cree que Stettner ya no lo necesita para nada.

—¿Y por qué le necesitaba antes, Matt? A mí me suena a que nos está haciendo creer que el fuerte es Stettner, cuando el que realmente le ha estado utilizando ha sido Thurman a él y no al revés. Por lo que veo, este tipo se ha llevado millón y medio de todo este asunto. ¿Y qué se ha llevado Stettner? ¿Darle por culo a una mujer medio muerta?

—De momento —le corregí—, Stettner ha conseguido cuatrocientos mil dólares.

—Esa parte de la historia me la he debido perder.

—Ahora te la iba a contar. Cuando todo terminó, cuando Amanda estuvo



enterrada y la cobertura mediática fue disminuyendo, Stettner mantuvo una charlita con el viudo. Le dijo que su pequeña aventura conjunta había sido un gran éxito, pero teniendo en cuenta precisamente que habían compartido la hazaña, era obvio que lo más justo sería que también las ganancias fueran conjuntas.

—En otras palabras, que le soltase la mitad de la pasta.

—Sí, esa era la idea. No pretendía que dividiese la pasta que había heredado de su esposa, a Stettner no le importaba prescindir de esa parte de la fortuna, pero desde luego no se le iba a escapar el dinero de la póliza. En cuando la compañía de seguros pagó, él reclamó la mitad. Con la doble indemnización, ascendía a un millón, ya que el asesinato se considera muerte por accidente...

—Eso es algo que nunca entenderé.

—Tampoco yo, pero supongo que desde el punto de vista de la víctima se puede considerar como tal. De todos modos, se juntó con un millón libre de impuestos, y su colega quería la mitad. La aseguradora pagó el mes pasado, lo que me parece muy rápido en un caso como este.

—Mandaron aquí a un tipo —me contó—. Quería saber si Thurman era sospechoso. Oficialmente no lo es, y eso es lo que tuve que decirle. Yo estaba convencido de que era culpable, ya lo sabes, pero...

—Sí.

—... pero el único móvil que teníamos era el dinero, y la verdad es que no podíamos demostrar que lo necesitase, ni tampoco que fuese tras él ninguna otra persona relacionada con el caso. Y tampoco encontramos otra razón por la que quisiese matarla.

Se le frunció el entrecejo, y luego continuó:

—Pero, en realidad, por lo que me estás diciendo, nunca tuvo motivo alguno para querer librarse de ella.

—A juzgar por cómo lo cuenta él, no. Bueno, el caso es que la compañía de seguros pagó, y Stettner quería su parte. Quedaron en que Thurman le iría pasando dinero en efectivo a Stettner en plazos de cien mil dólares, que se usarían en apariencia para comprar moneda extranjera. La pasta caería directamente en el bolsillo de Stettner, pero Thurman se llevaría recibos de transacciones inexistentes y lo organizarían todo de tal modo que al final el viudo pudiese justificar la mayor parte como pérdidas por cuestiones de impuestos. Creo que esta es mi parte favorita de la historia, Joe, compartir las ganancias con tu cómplice y luego desgravarlo de los impuestos.

—No está mal. ¿Y ya ha hecho, entonces, cuatro de esos pagos?

—A intervalos de una semana. La última entrega será esta noche. Se va a reunir con Stettner en Maspeth; produce la emisión de la velada de boxeo de hoy. Le volcará delante un maletín con cien de los grandes y ahí se acabará todo.

—Y entonces cree que Stettner lo matará. Porque ya tiene el dinero y no le necesita para nada. Además, no es más que un cabo suelto, y encima está empezando

a tener remordimientos de conciencia, así que mejor cerrarle la boca.

—Exacto.

—Y quiere que tú le protejas —me dijo—. ¿Y se le ocurrió sugerir cómo?

—No me comentó nada. Me voy a reunir con él esta tarde para ultimar detalles.

—¿Y después te irás a ese sitio, a Maspeth?

—Probablemente.

Apagó su cigarrillo.

—¿Y por qué tú?

—Porque me conoce.

—¿Que te conoce? ¿Y se puede saber de qué?

—Nos conocimos en un bar.

—Ah, sí, ya me lo contaste, el otro día en el agujero ese de tu amigo Ballou. Por cierto, no sé qué coño haces con un tío como ese.

—Es amigo mío.

—Un día de estos se va a pillar los dedos, y espero que no estés cerca cuando eso ocurra. Se mueve muy bien, es tan resbaladizo como una puta anguila, pero en cualquier momento los federales conseguirán acusarlo de estafa o completar el rompecabezas, y se ganará un viajecito a Atlanta con todos los gastos pagados.

—Madre misericordia, ¿será este el fin de Scalextric?

—¿Qué?

—Nada —le dije—. No importa. Nos reunimos en Grogan's la otra noche porque necesitábamos un lugar tranquilo donde hablar. La razón por la que me llamó es porque nos habíamos conocido por casualidad la noche anterior en otro bar, en un local de su barrio.

—Vamos, que hiciste por encontrarte con él porque estás trabajando en su caso. ¿Lo sabe él?

—Por supuesto que no. Él piensa que estoy trabajando en el caso de Stettner.

—¿Y por qué pensó que estabas investigando eso?

No le había contado nada de la cinta en la que se grabó el asesinato de Happy, ni tampoco de la muerte de Arnold Leveque. Todo eso me había parecido irrelevante. El caso abierto de Joe era el asesinato de Amanda Thurman, y para eso es para lo que me había contratado su hermano; y parecía que el asunto empezaba a resolverse.

—Fue una manera de engancharlo —le aseguré—. Conseguí conectarlo con Stettner, y parece que aquello fue la clave. Si lograba inculpar de todo a Bergen y a Olga, tal vez él pudiese librarse.

—¿Crees que te las arreglarás para que confiese, Matt?

—Eso espero. Eso es lo que voy a intentar cuando lo vea esta tarde.

—Quiero que lleves un micro.

—Vale.

—Vale, dice el tío. Ojalá hubieses llevado uno cuando te reuniste con él anoche. Resulta que tienes un golpe de suerte, que al tipo le da por hablar, que te lo cuenta

todo y así hasta se encuentra mejor. Luego, se levanta a la mañana siguiente y se pregunta qué le ha pasado, y ya en toda su vida no vuelve a apetecerle abrirse de nuevo. ¿Por qué demonios no viniste y te cogiste un micro antes de ir a verle?

—Vamos —le dije—. Me llamó así de repente a las diez de la noche, y quería verme de inmediato. Si ni siquiera debías estar aquí a aquellas horas.

—Bueno, pero un micro te lo podía haber dado cualquiera.

—Sí claro, para organizarlo todo solo hubiera necesitado dos horas y diez llamadas telefónicas. Además, no había ninguna razón real para pensar que el tipo iba a cantar de esa manera desde el principio.

—Ya, bueno, en eso tienes razón.

—Pero ahora creo que puedo conseguir que declare —le dije—. Me parece que en el fondo es lo que quiere hacer.

—Sería fantástico —repuso—, pero si no lo hace, por lo menos algo te contará; y en ese caso, llevarás puesto un micro. ¿La reunión es a las cuatro? Ojalá fuese antes.

—Tiene citas hasta entonces.

—Y los negocios son los negocios, ¿verdad? Te veo aquí a las tres —me dijo mientras se ponía en pie—. Entretanto, también yo tengo asuntos de que ocuparme.

Fui dando un paseo hasta el piso de Elaine y me paré por el camino a comprarle flores y una bolsa de naranjas Jaffa. Ella puso las flores en agua y las naranjas en un enorme cuenco de cristal azul, y me dijo que ya se encontraba mucho mejor.

—Débil —apuntó—, eso sí, pero, desde luego, ya me estoy recuperando. Y tú, ¿estás bien?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Tienes ojeras. ¿Te volviste a quedar de cháchara anoche?

—No, pero tampoco dormí bien. El caso está empezando a resolverse. Debería solucionarse todo en un par de horas.

—¿Y cómo lo has logrado? Hoy es miércoles, ¿no? ¿O se me han pasado un par de días con esto de los delirios?

—Thurman necesitaba un confidente y resultó que ese confidente fui yo. Estaba sometido a mucha presión, en parte por mi culpa, supongo, pero principalmente por la de Stettner.

—¿Quién es Stettner?

—El hombre de goma —le respondí.

Le conté una versión resumida de nuestra conversación de la noche anterior en Grogan's.

—Estaba en el lugar adecuado en el momento preciso —le aseguré—. Tuve suerte.

—A diferencia de Amanda Thurman.

—Y de otro montón de gente, por lo que me han dicho. Pero va a ser Amanda la

que les haga caer. Entre el testimonio de Thurman y alguna prueba física que consigamos, es muy probable que el caso quede bien fundamentado.

—Y entonces, ¿por qué tienes esa cara? Deberías estar pavoneándote como un gallo. ¿Qué ha pasado con eso de que hay que disfrutar de los momentos de triunfo?

—Supongo que estoy cansado.

—Sí, ya, ¿y qué más?

—No lo sé —le contesté, encogiéndome de hombros—. Pasé un par de horas con Thurman anoche. Y no es que ahora ese gilipollas me caiga bien, pero tampoco me quiero regodear en su caída. Hace una semana me daba la impresión de que era una especie de genio criminal frío y calculador, pero ahora resulta que me parece sencillamente un imbécil. Un par de pervertidos manipuladores lo tenían cogido por los huevos.

—Te da pena.

—No, no me da pena. Creo que él también es un bastardo manipulador, pero se encontró con Stettner, que lo es aún más. Y tampoco me trago todo lo que me contó anoche. No creo que me contase ninguna mentira descarada, pero me da la impresión de que maquilló las cosas más de lo que tiene derecho a hacer. De momento, me da la impresión de que Amanda no era la primera persona que mataba.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Pues que Stettner no es ningún estúpido. Sabía que la policía iba a coger a Thurman y lo iba a machacar si su mujer resultaba muerta en semejantes circunstancias. Aunque no sospechasen que estaba involucrado, lo interrogarían en repetidas ocasiones para intentar dar con los asesinos, y no pasar por alto ninguna posible pista. Así que Stettner probablemente quisiera templarle un poco los ánimos antes, acostumbrarle a matar. Desde luego, estaba allí cuando asesinaron a Leveque; entonces no fue más que un cómplice, pero creo que ha tenido que haber ocasiones en las que él y uno o los dos miembros del matrimonio jugasen con alguna chica y esta terminase muerta. Eso es lo que yo hubiera hecho de ser Stettner.

—Pues menos mal que no lo eres.

—Y tampoco me creo mucho ese ataque suyo de remordimiento —le dije—. Me parece que lo único que tiene es miedo. Una vez que Stettner consiga sacarle los últimos cien de los grandes, no tendrá razones para seguir manteniéndolo con vida. A no ser que también quiera conseguir el resto del dinero, lo que siempre es una posibilidad que hay que tener en cuenta. Tal vez ese sea el miedo real de Thurman, perder el resto de la pasta.

—Pero tampoco podrá quedársela, ¿no? Quiero decir, si confiesa.

—No pretende confesar.

—Pero pensé que me habías dicho que ibas a intentar que lo hiciese.

—Y voy a intentarlo. Espero poder manipularlo, igual que lo hizo Stettner.

—¿Qué quieres, que vaya yo allí y se la chupe?

—Hombre, no creo que sea necesario.

—Mejor.

—Lo que creo —le dije— es que está intentando manipularme él a mí. Igual lo que quiere es que sea yo quien mate a Stettner por él. Me parece una posibilidad un tanto remota, pero no la descarto. A lo mejor quiere que lo ayude a organizar una especie de ajuste de cuentas para dejar pruebas que lleven a la cárcel a Stettner en caso de que él muera. Si lo planea todo bien y se lo dice a Stettner, conseguirá salvarse.

—Pero cualquier evidencia que te dé...

—Va directa a Joe Durkin... ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Que son las once y media y no voy a verlo hasta las cuatro. Debí seguir presionándole anoche en vez de darle tiempo para pensar. El problema era que los dos estábamos agotados. Pensé que podríamos hacerlo todo esta mañana, pero armó mucho jaleo con que tenía citas de trabajo. Tendría que haberle dicho que podía permitirse el lujo de cancelarlas, que ya se le podía considerar fuera del negocio, pero no podía hacer eso. Ya sabes, me llamó unas cuantas veces ayer por la tarde y ni siquiera me habló.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Si hubiese conseguido reunirme con él entonces, a estas horas ya podría estar todo solucionado. Pero claro, en ese caso no hubiera llegado a hablar con Danny Boy y no sabría nada de Stettner.

Suspiré.

—Bueno, supongo que todo saldrá bien.

—Siempre es así, cariño. ¿Por qué no te acuestas una hora o dos? Métete en la cama, o si quieres, te preparo el sofá.

—Creo que no.

—Pues no te vendría mal. Yo me ocuparé de despertarte a tiempo para que vayas a ver a Joe y te pongan el micro.

—No, en realidad, ya lo llevo, de alguna manera.

—A eso me refiero.

Asistí a una reunión al mediodía y luego me fui dando un paseo hasta mi hotel; pero antes me detuve en una pizzería y tomé una comida rápida. Le puse pepperoni a la *pizza*, con la intención de cubrir de esa forma los cuatro grupos de alimentos básicos.

Quizá fuese la reunión lo que me relajó, o quizá haber comido algo nutritivo, pero para cuando volví a mi cuarto ya me sentía lo suficientemente cansado como para acostarme una horita. Me puse el despertador a las dos y media, y también pedí en recepción que me llamasen a esa hora, por si acaso. Me quité los zapatos y me tumbé en la cama con ropa y todo, y debí de quedarme dormido antes de que los ojos llegasen a cerrárame por completo.

No supe nada más hasta que desperté y el teléfono estaba sonando. Me senté, miré la hora y vi que eran solo las dos, así que cogí el auricular con la intención de gruñirle al chico de recepción. Pero era TJ.

—Tío —me dijo—, ¿cómo es que nunca estás en casa? ¿Cómo voy a contarte lo que he descubierto si ni siquiera puedo dar contigo?

—¿Y qué has descubierto?

—El nombre del chico. Del más joven. Me encontré con un chaval que le conoce, dice que se llama Bobby.

—¿Y sabes su apellido?

—No hay muchos apellidos en el Deuce, Matt. Tampoco hay demasiados nombres. La mayor parte son apodos, ¿sabes? Cosas como Cool Fool y Hats, y Dagwood. Bobby debía de ser nuevo en la zona y aún no le habían puesto mote. Este chaval me dice que llegó aquí más o menos por Navidad.

Si eso era cierto, no había durado demasiado. Quería decirle a TJ que ya no importaba, que el tipo que salía con Bobby estaba a punto de ir a la cárcel por otro asunto, una historia que le mantendría bien alejado de los críos durante mucho tiempo.

—No sé de dónde vino —añadió—. Un día simplemente se bajó de un autobús. Debía de ser de algún sitio en el que los tipos matan a los chavales jóvenes, porque eso es lo que se estuvo buscando desde el principio. Antes de que se diera cuenta, uno de los chulos lo enganchó y empezó a vender su culito blanco.

—¿Qué chulo concretamente?

—¿Quieres que me entere? Seguro que puedo hacerlo, pero los veinte dólares que me diste el otro día ya no dan para más.

No sabía si merecía la pena. Lo más fácil era pillar a Stettner por el asesinato de Amanda Thurman. Teníamos el cuerpo, un testigo, y, con toda seguridad, algún tipo de prueba física; y no había nada de todo esto en el asesinato de Bobby. ¿Por qué iba a ponerme a perseguir a un chulo?

—Bueno, mira a ver qué averiguas —me oí decir a mí mismo—. Y ya me dirás cuánto te debo.

A las tres me presenté en Midtown North y me quité la chaqueta y la camisa. Un oficial de policía llamado Westerberg me puso el micro.

—Ya has llevado uno de estos antes, ¿verdad? —me dijo Durkin—. Cuando lo de aquella casera a la que los periódicos llamaban el ángel de la muerte.

—Exacto.

—Así que ya sabes cómo funciona. Con Thurman no va a haber ningún problema. Si quiere que te vayas a la cama con él, lo único que tienes que hacer es dejarte la camisa puesta.

—No va a querer. No le gustan los homosexuales.

—Bueno, así que Richard no es rarito, ¿eh? ¿Quieres chaleco? Bueno, creo que lo mejor es que te lleves uno.

—¿Encima del micro?

—Es de Kevlar, no debería interferir con la señal. Lo único que se supone que tiene que interceptar es una bala.

—Pero si no va a haber balas, Joe. De momento nadie ha usado una pistola, y el chaleco no va a evitar que me apuñalen.

—Tal vez sí.

—Pero desde luego, lo que no evita es que me pongan una media al cuello.

—Supongo que no —reconoció—. Lo que pasa es que no me gusta la idea de mandarte sin protección.

—No me estás mandando a ninguna parte. No estoy bajo tus órdenes. Soy un ciudadano particular que lleva un micro por simple sentido cívico de la responsabilidad. Coopero contigo, pero no eres responsable de mi seguridad.

—Tengo que acordarme de decirles eso cuando me llamen a declarar después de que te metamos en una bolsa para cadáveres.

—Eso no va a pasar —le aseguré.

—Supón que Thurman se ha levantado esta mañana y se ha dado cuenta de que había hablado demasiado, y ahora eres tú el cabo suelto del que tiene que deshacerse. Negué con la cabeza.

—Soy su as en la manga —le contradije—. Soy su seguro de vida, soy el tipo que se va a ocupar de que Stettner no tenga posibilidad de matarlo. Coño, si me ha contratado, Joe, no va ahora a matarme.

—¿Te ha contratado?

—Sí, anoche. Me dio un anticipo e insistió mucho en que lo cogiera.

—¿Cuánto te dio?

—Cien dólares. Un billete de cien dólares nuevecito.

—Bueno, granito a granito...

—No me lo he quedado.

—¿Cómo que no te lo has quedado? ¿Se lo has devuelto? Y, entonces, ¿cómo va a confiar en ti?

—No se lo he devuelto, me he deshecho de él.

—Pero ¿por qué? El dinero es dinero, salga de donde salga.

—Quizá no.

—El dinero no tiene dueño. Es el principio básico de la ley. ¿Cómo te deshiciste de él?

—De camino a casa —le dije—. Nos fuimos andando juntos hasta la Novena Avenida con la calle Cincuenta y Dos y entonces él se fue para un lado y yo para otro. Al primer tipo que me encontré en una puerta pidiendo limosna le metí el billete de Thurman en la taza. Ahora todos llevan tazas; bueno, vasitos de plástico de los del café, de esos que a ti tanto te gustan.

—Es para que la gente no tenga que tocarles. ¿Así que le has dado a un vagabundo un billete de cien dólares? ¿Cómo va a gastárselo? ¿Quién se lo va a cambiar?

—Bueno —le contesté—, eso no es problema mío, ¿no crees?



Me acerqué andando hasta donde vivía Richard Thurman y me quedé en un portal situado frente a su edificio. Llegué diez minutos antes de nuestra cita de las cuatro y pasé el tiempo observando a la gente que caminaba por la acera. No podía asegurar si había o no luz en el apartamento. El inmueble estaba en la zona alta de la manzana y las ventanas de las viviendas reflejaban la luz del sol, devolviéndola hacia donde yo me encontraba.

Esperé hasta las cuatro, y luego otros dos minutos aproximadamente antes de cruzar la calle y entrar en el vestíbulo que estaba junto a la entrada de Radicchio's. Llamé al timbre del domicilio de Thurman y esperé a que me abrieran. Pero no ocurrió nada. Volví a llamar, esperé, y tampoco hubo respuesta. Entré en el restaurante y miré en la barra, pero no estaba allí. Regresé a mi puesto de vigilancia al otro lado de la calle, y diez minutos más tarde fui hasta la esquina y encontré un teléfono público que funcionaba. Llamé a su apartamento, pero saltó el contestador automático. Después de oír la señal, le pregunté:

—Richard, ¿estás ahí? Si es así, coge el teléfono.

Pero no contestó.

Llamé a mi hotel para ver si había recibido alguna llamada, pero no tenía ninguna. Conseguí en información el número de la Five Borough y hablé con una secretaria que lo único que me dijo es que no se encontraba en la oficina. No sabía ni dónde estaba ni cuándo se suponía que debía volver.

Regresé al edificio de Thurman y toqué el timbre del agente de viajes del segundo piso. Enseguida me abrieron y subí un tramo de escaleras esperando que alguien saliese al descansillo a recibirme. Pero tampoco así logré ver a nadie. Seguí escaleras arriba. La puerta de los Gottschalk la habían arreglado ya después del robo; le habían reforzado el marco y le habían cambiado las cerraduras. Subí hasta el quinto piso y escuché tras la puerta de Thurman. No oí nada. Llamé al timbre y escuché cómo sonaba dentro del apartamento. A pesar de todo, golpeé la puerta con las manos. Tampoco así obtuve respuesta.

Intenté abrir la puerta, pero no cedió. Tenía tres cerraduras, aunque no había modo de decir cuántas de ellas estaban cerradas. Dos llevaban cilindros Medeco a prueba de ganzúas, y todas estaban aseguradas con placas metálicas de protección. Un inglete metálico instalado en la junta de la puerta con el marco hacía que no se pudiese forzar con una palanca.

Me detuve en las dos oficinas del segundo piso, la del agente de viajes y la del representante de teatro, y pregunté si habían visto a Thurman aquel día, si por casualidad no les habría dejado algún mensaje para mí. Pero ni lo uno ni lo otro. También pregunté en Radicchio's, pero obtuve la misma respuesta. Volví a apostarme

en la acera de enfrente y a las cinco en punto llamé nuevamente al Northwestern y me enteré de que seguía sin haber llamadas, ni de Thurman ni de nadie. Colgué y me gasté otros veinticinco centavos en telefonar a Durkin.

—No se ha presentado —le dije.

—Mierda. ¿Cuánto lleva ya de retraso, una hora?

—Tampoco ha intentado llamarme.

—Ese soplapollas probablemente esté camino a Brasil.

—No, eso no me encaja. A lo mejor está en un atasco o pendiente de algún cliente, algún promotor de deportes o algún patrocinador.

—Sí, o pegándole a la señora Stettner un revolcón de despedida.

—Una hora no es nada. Recuerda, me ha contratado. Trabajo para él, así que se supone que puede dejarme aquí plantado o llegar tarde sin preocuparse de que vaya a decirle nada. Sé dónde va a estar esta noche; se suponía que lo iba a acompañar a Maspeth para que él hiciera la retransmisión del boxeo. Le voy a dar otra hora, y si no aparece, iré allí a buscarle.

—No te habrás quitado el micro, ¿verdad?

—Claro que no. Pero no se pondrá a grabar hasta que yo lo encienda, y aún no lo he hecho.

Se pensó un momento lo que me iba a decir.

—Supongo que estoy de acuerdo —repuso.

—Pero me gustaría pedirte algo.

—¿Qué?

—Me preguntaba si podías mandar a alguien para que abriese su apartamento.

—¿Ahora?

—¿Y por qué no? No creo que se vaya a presentar en la próxima hora. Y si lo hace, yo le interceptaré en la planta baja, y me lo llevaré a algún sitio a tomar algo.

—¿Y qué esperas encontrar?

—No lo sé.

Y después de un breve silencio, me dijo:

—No, jamás me darían una orden. ¿Qué iba a decirle al juez? ¿Que tenía una cita con un tipo y como no ha aparecido quiero darle una patada a su puerta y echarla abajo? Además, lleva tiempo conseguir una orden y antes de eso tú ya estarás en Maspeth.

—¿Y si se te olvidase pedir la orden?

—De ninguna manera. Es lo peor que podría hacer. Imagínate que encontramos algo comprometedor; sería como la fruta del árbol prohibido. Ni aunque encontrásemos una confesión firmada y una foto en brillo de 20 por 25 de él mientras estrangulaba a su esposa podríamos utilizarlas en su contra. No sería admisible, porque conseguimos las pruebas en un registro no autorizado.

Suspiró.

—Eso sí, si quieres entrar por tu cuenta sin que yo me entere...

—Yo no sé hacer esas cosas. Tiene cilindros antiganzúas. Podría estar una semana entera intentando entrar en esa casa y no lograría abrir la puerta.

—Entonces, olvídalo. Lo que necesitamos para agarrarlos es su confesión, y no una prueba que pueda tener oculta en su apartamento.

Al final, le dije lo que estaba pensando:

—Suponte que esté él allí.

—Muerto, quieres decir. Bueno, pues si está muerto, está muerto, ya sabes. Si ahora está muerto, también lo estará mañana, y si sigues sin tener noticias de él para entonces, ya habrá razones suficientes como para pedirle al juez que me dé la orden y hacerlo todo de forma legal. Matt, si ya está muerto, no va a poder decirte nada hoy que no pueda decirte mañana.

Me quedé en silencio, y él añadió:

—Bueno, venga, dímelo. Has estado frente a su puerta, ¿te dio la impresión de que estaba muerto al otro lado?

—Vamos, Joe —le dije—, yo no soy vidente.

—No, pero tienes instinto de poli. O como quieras llamarlo. ¿Crees que estaba allí?

—No —le respondí—. A mí me pareció que el apartamento estaba vacío.

A las seis aún no había dado señales de vida, y yo ya estaba harto de acechar desde los portales. Volví a llamar a mi hotel, y me gasté dos monedas más de veinticinco para telefonar al Paris Green y a Grogan's. Aunque no fue ninguna sorpresa, no localicé a Thurman en ninguno de esos dos lugares.

Luego, tres conductores de taxi seguidos me dejaron claro que ellos no iban a Maspeth. Me fui a la estación del metro de la Cincuenta con la Octava y estudié el plano. La línea M me llevaría a Maspeth, pero me pareció tremendamente complicado llegar hasta ella, y tampoco sabía hacia dónde tenía que ir cuando me apease. Así que decidí coger la línea E, bajarme dos paradas más allá, en Queens, y llegar hasta la plaza, donde suponía que sí podría coger un taxi. Conseguí dar con un taxista que no solo sabía llegar a Maspeth, sino que también sabía dónde estaba el estadio. Me dejó justo enfrente de la entrada y ya desde allí vi las caravanas de la FBCS aparcadas en el mismo sitio donde las había visto una semana antes.

Aquella visión me hizo sentirme más seguro. Pagué la carrera y me dirigí a las caravanas, pero no vi a Thurman. Compré mi entrada, entré a través de la puerta giratoria y encontré un asiento en el mismo lugar en el que Mick y yo habíamos estado la semana anterior. Los primeros combates ya se estaban disputando, y un par de apáticos pesos medios se tanteaban mutuamente en mitad del *ring*. Escudriñé los asientos que estaban junto al cuadrilátero en la sección central, donde había visto la vez anterior a Bergen Stettner. Pero hoy no estaba, ni tampoco el chico.

El ganador del combate tuvieron que decidirlo los jueces. Mientras el árbitro

recogía las tarjetas con las puntuaciones, yo me acerqué al *ring* y llamé la atención del cámara. Le pregunté dónde se encontraba Richard Thurman.

—No sé dónde demonios está —me respondió—. ¿Se suponía que tenía que estar aquí esta noche? A lo mejor está en el camión.

Salí fuera, pero allí tampoco hubo nadie que supiera darme noticias de Thurman. Un hombre que estaba viendo la retransmisión en un monitor me dijo que había oído que el productor llegaría tarde, y otro tipo me comentó que tenía la impresión de que Thurman finalmente no vendría. A nadie parecía importarle demasiado su ausencia.

Mostré el resguardo de mi entrada, volví a pasar por la puerta giratoria y regresé a mi localidad. El siguiente combate enfrentaba a dos pesos pluma locales, un par de jóvenes y despreocupados hispanos. Uno era de cerca de Woodside, y tenía unas manos muy grandes. Los dos pegaban mucho, pero ninguno parecía capaz de hacerle demasiado daño al otro. La pelea llegó al sexto asalto y se resolvió por puntos. Le dieron la victoria al chico de Brooklyn, y a mí me pareció justo, pero el público no estaba de acuerdo. Estaban programados dos combates de ocho asaltos antes del principal, que sería de diez. El primero no llegó muy lejos; los boxeadores eran pesos pesados, y más que músculos, tenían michelines. Y además, los dos tendían a telegrafiar los puñetazos. Al cabo más o menos de un minuto de iniciado el primer asalto, uno de ellos falló un derechazo, lo que le llevó a describir un círculo completo y, como consecuencia, recibir un gancho de izquierda. Se fue a la lona como un buey muerto y tuvieron que echarle agua para reanimarlo. A la gente le encantó.

Los luchadores del combate estrella estaban ya encima del cuadrilátero, esperando a que el locutor los presentase, cuando de pronto algo me obligó a dirigir la mirada hacia la entrada. Y allí estaba Bergen Stettner.

No llevaba el abrigo de la Gestapo que unas cuantas personas ya me habían descrito, ni tampoco el jersey que yo le había visto la semana anterior. Lucía una chaqueta de ante, de color marrón claro, y debajo una camisa marrón oscuro y un pañuelo de caballero de cachemir.

El chico no lo acompañaba.

Lo estuve observando mientras charlaba con otro tipo a unos metros de la puerta giratoria. Terminó la presentación de los púgiles, y sonó la campana que daba comienzo al combate. Yo seguí mirando a Stettner. Uno o dos minutos más tarde, le dio unas palmaditas en la espalda a su interlocutor y salió del recinto.

Salí detrás de él, pero cuando llegué a la calle no fui capaz de saber dónde se había metido. Me acerqué hasta las caravanas de la FBCS y volví a buscar a Richard Thurman, pero no estaba allí y ya dejé de pensar en que iba a aparecer. Me quedé entre las sombras y vi que Bergen Stettner daba la vuelta al edificio y se acercaba también a las caravanas. Durante unos segundos, estuvo hablando con alguien que estaba en el interior de una de ellas, y después volvió por donde había venido.

Esperé unos minutos antes de aproximarme al vehículo. Asomé la cabeza por la parte trasera, y dije:

—¿Dónde coño está Stettner? No puedo encontrarlo por ninguna parte.

—Acaba de estar aquí —respondió el hombre, sin tan siquiera girarse—. Se acaba de ir justo ahora, ha estado aquí no hace ni cinco minutos.

—Mierda —dije—. Oye, no te diría dónde se ha metido Thurman.

Entonces sí que se giró.

—Ah, vale —espetó—, eres el que le estaba buscando antes. No, Stettner también quería saber dónde estaba. Parece que Thurman se va a meter en un lío.

—Ni te imaginas cómo de grande —le confirmé.

Volví a mostrar mi resguardo y a cruzar una vez más la puerta giratoria. Ya iban por el cuarto asalto. Yo no sabía nada de los boxeadores, me había perdido las presentaciones, y no me molesté ni en volver a sentarme. Fui al puesto de los refrescos y pedí una Coca-Cola, que me sirvieron en un vaso de papel; y me quedé allí atrás, bebiéndomela. Seguí buscando a Stettner, pero no pude encontrarlo. Me volví a girar hacia la entrada y vi a una mujer, y durante uno o dos segundos creí que era Chelsea, la chica de los carteles. Pero miré de nuevo y me di cuenta de que a quien estaba contemplando era a Olga Stettner.

Llevaba su largo pelo apartado de la cara, recogido hacia atrás en una especie de moño en lo alto de la cabeza. Creo que lo llaman chignon. Aquel peinado acentuaba aún más sus prominentes pómulos y le daba un aspecto severo, aunque me temo que ese mismo aire lo habría tenido de todos modos. Llevaba una chaqueta corta de piel oscura y un par de botas de ante que le llegaban por encima de las pantorrillas. La observé mientras ella recorría el local con la mirada. No sabía a quién estaba buscando, si a su marido o a Thurman. Desde luego no era a mí, porque sus ojos pasaron sobre mi figura sin tan siquiera pestañear, sin dar la menor muestra de que me conociese.

Me pregunto cómo hubiese reaccionado yo ante una mujer así de no haber sabido quién era. Desde luego, era muy atractiva, pero había algo en ella, una especie de magnetismo que probablemente se debiera en gran parte a todo lo que sabía de ella. Y, joder, la verdad es que sabía mucho sobre aquella mujer. Y todo aquel conocimiento hacía que mirarla me resultase imposible, pero que tampoco pudiese apartar la vista de ella.

Cuando llegó el final del combate, los dos estaban allí de pie, Bergen y Olga, mirando la gran sala como si fueran sus dueños. El locutor anunció la decisión de los jueces y cada uno de los boxeadores, acompañados de su comitiva de tres o cuatro hombres, se dirigieron, uno antes y otro después, desde el cuadrilátero hasta la escalera situada a la izquierda de las puertas de entrada. Cuando desaparecieron de la vista del público, otros dos púgiles, con aspecto mucho más descansado que los que se acababan de marchar, salieron del sótano por aquellas mismas escaleras y se dirigieron hacia el *ring* por el pasillo central. Eran pesos medios y ambos habían

disputado un buen número de peleas en la zona. Yo los conocía del Garden. Los dos eran negros, los dos habían ganado la mayor parte de sus combates, y el más bajo y de tez más oscura tenía un enorme potencial en cada uno de sus puños para noquear a sus adversarios. El otro no pegaba tan fuerte, pero era muy rápido y tenía la capacidad de alcanzar al contrincante con más facilidad. Desde luego, parecía que aquel iba a ser un combate de lo más interesante.

Igual que la semana anterior, presentaron a un puñado de figuras del boxeo, entre ellos, a los dos púgiles previstos para el combate estrella de la siguiente semana. Un político, el vicepresidente del distrito de Queens, también fue presentado, y recibió todo un coro de abucheos, que además arrancaron las sonrisas del público. Después, despejaron el cuadrilátero y anunciaron a los contrincantes, mientras yo veía cómo los Stettner se dirigían escaleras abajo.

Les di una ventaja de un minuto. Después sonó la campana que indicaba el comienzo de la pelea y yo bajé tras ellos hasta el sótano.

Al pie de las escaleras había un amplio recibidor con paredes de hormigón visto. La primera puerta con la que me topé estaba abierta, y dentro pude ver al ganador del combate anterior. Tenía en la mano una botella de medio litro de Smirnoff, de la que servía a sus amigos y a la que le daba él mismo pequeños traguitos.

Seguí un poco más adelante, y me quedé escuchando tras una puerta cerrada, cuyo picaporte traté luego de girar. Pero estaba cerrada con llave. La puerta siguiente, en cambio, estaba abierta, pero la habitación estaba vacía y con la luz apagada. Tenía las mismas paredes que el recibidor, y el mismo suelo de baldosas blancas y negras. Seguí caminando, y una voz masculina me llamó:

—¡Eh!

Me giré. Era Stettner, y su mujer se encontraba unos cuantos pasos detrás de él. Estaba a unos quince o veinte metros de mí y caminaba en mi dirección muy despacio, con una leve sonrisa en los labios.

—¿Puedo ayudarlo? —me preguntó—. ¿Busca algo?

—Sí —le contesté—. Busco el baño de caballeros. ¿Dónde coño está?

—Arriba.

—Entonces, ¿por qué ese payaso me ha mandado aquí abajo?

—No lo sé —me dijo—, pero esta zona es privada. Vuelva a subir; el servicio de caballeros está justo al lado del puesto de refrescos.

—Ah, vale —dije—, entonces ya sé dónde está.

Pasé a su lado y subí por las escaleras. Noté cómo se me clavaban los ojos en la espalda mientras lo hacía.

Volví a mi asiento y traté de concentrarme en la pelea. Los púgiles se estaban provocando mutuamente, y eso al público le encantaba, pero después de dos asaltos me di cuenta de que ya no les estaba prestando ninguna atención. Me levanté y me

fui.

En el exterior, el aire se había hecho más frío y el viento soplaba con mucha fuerza. Caminé una manzana y traté de orientarme. No conocía el barrio, y no había nadie a quien preguntar. Quería coger un taxi o localizar un teléfono, pero la verdad es que no tenía ni idea de cómo conseguir ni lo uno ni lo otro.

Acabé por hacerle señas a un taxi no oficial en Grand Avenue. No tenía taxímetro ni el distintivo de la ciudad y se suponía que no podía cobrar dinero en la calle, pero fuera de Manhattan nadie respeta esa regla. Pedía nada más y nada menos que veinte dólares por llevarme a cualquier lugar de Manhattan. Al final nos pusimos de acuerdo en quince y le di la dirección de Thurman, pero luego cambié de opinión ante la idea de quedarme otra hora más en el quicio de una puerta mirando al vacío. Le pedí que me llevase a mi hotel.

El vehículo estaba hecho un desastre; hasta se colaban los humos del tubo de escape por el suelo. Bajé todo lo que pude las dos ventanillas de atrás. El conductor tenía la radio puesta en una emisora en la que ponían polcas y el locutor hablaba y hablaba alegremente en un idioma que a mí me parecía polaco. Nos metimos en Metropolitan Avenue y atravesamos el puente de Williamsburg hasta el Lower East Side, lo que me pareció un buen rodeo, pero no dije nada. Como no llevaba taxímetro, aquello no me iba a costar más, así que fingí aceptar que aquel era el camino más corto.

El único mensaje que tenía al llegar al hotel era de Joe Durkin. Me había dejado el número de teléfono de su casa. Subí por las escaleras y lo primero que hice fue intentar contactar con Thurman, pero colgué cuando me respondió el contestador. Luego llamé a Joe y cogió el teléfono su esposa, que le avisó inmediatamente. Cuando lo tuve en línea, le dije:

—No se ha presentado en Maspeth, pero Stettner sí. Los dos Stettner, en realidad. También ellos lo estaban buscando, así que supongo que no soy la única persona a la que le han dado plantón esta noche. Nadie de los de la tele sabía adónde había ido. Supongo que se ha fugado.

—Desde luego lo ha intentado, pero me temo que le han cortado las alas.

—¿Qué?

—Hay un restaurante debajo de su apartamento. Se me ha olvidado el nombre, pero sé que significa rábano en italiano.

—Es radicchio, no rábano. Es una especie de lechuga.

—Bueno, lo que sea. A las seis y media, más o menos, que debió ser cuando te marchaste para Maspeth, un tipo salió del local con un montón de basura de la cocina. Fue hacia el callejón de atrás, y junto a los cubos se encontró un cuerpo. Imagínate de quién.

—Oh, no.

—Me temo que sí. La identificación no ha dejado lugar a dudas. Se ha tirado desde una de las ventanas del quinto piso, así que no tenía tan buen aspecto como

antes, pero los rasgos de su cara aún eran lo suficientemente reconocibles como para saber quién era. ¿Estás seguro de que no significa rábano? Me lo dijo Antonelli. Se supone que él debería saberlo, ¿no?



A los periódicos les encantó la noticia. Richard Thurman había encontrado la muerte solo a unos metros de distancia de donde su mujer había sido brutalmente violada y asesinada no hacía ni tres meses. Un ganador en potencia del premio Pulitzer especulaba con la posibilidad de que lo último que hubiese visto en su vida hubiese sido un destello del apartamento de los Gottschalk, mientras pasaba junto a su ventana en la caída. Parecía poco probable, ya que generalmente uno deja las persianas bajadas cuando se marcha seis meses y un día de la ciudad, pero desde luego no iba a ser yo quien escribiese una carta al director para comentarle el detalle.

Nadie se cuestionaba que aquello pudiese no ser un suicidio, aunque sus razones para hacerlo no estuvieran del todo claras. O la pérdida de su esposa y de su hijo no nacido lo habían dejado desesperado, o estaba sumido en la culpa por haber provocado la muerte de ambos. Un editorial del News decía que aquel caso ejemplificaba el fallo de lo que se había dado en llamar la avaricia de los ochenta. «De lo único que se hablaba era de tenerlo todo», escribía. «Pues bien, hace tres meses Richard Thurman lo tenía todo: dinero en el banco, un apartamento fantástico, una mujer preciosa, un trabajo fascinante en la cada vez más floreciente industria de la televisión por cable y un bebé en camino. Y en un segundo, todo se convirtió en cenizas, y el trabajo y el dinero no fueron suficientes para llenar el vacío que su esposa y su hijo dejaron en su corazón. Se podía pensar que era un auténtico villano, que había preparado el cruel escenario que habíamos visto en noviembre en aquella casa de la calle Cuarenta y Dos Este. O se le podía ver como una víctima. Sea como fuere, desde luego era un hombre que lo había tenido todo, y que se quedó sin nada a lo que aferrarse cuando lo perdió».

—Tu instinto no te falló —me dijo Durkin—. Temías que algo le hubiera ocurrido y querías que entrásemos en su apartamento. Y al mismo tiempo, no creías que estuviera allí. Bueno, pues no estaba. El forense estima la hora de la muerte entre las siete y las nueve de la mañana, lo cual encaja perfectamente, porque a partir de las diez había gente en la cocina del restaurante de abajo y probablemente hubieran oído el impacto cuando cayó. Es raro que nadie se diese cuenta a la hora de la comida de que el cuerpo estaba allí, pero el lugar en el que estaba el cadáver no se veía bien desde la puerta de servicio, y nadie se acercó lo suficiente como para percatarse de su presencia. Cuando tienes los brazos llenos de sobras de berenjenas, supongo que lo único que quieres es tirarlas y volver dentro, especialmente si hace frío.

—Es una casa muy bonita —reconoció Joe—. Muebles modernos, todo con mucho estilo, cualquier persona podría vivir aquí muy a gusto. La decoración tal vez

sea un poco recargada, pero todo está pensado para que resulte muy comfortable. Eso se suele decir de las mujeres, ¿no? «Hecha para el confort, no para la velocidad». ¿Pero de dónde ha salido lo de la velocidad? No lo sabrás, ¿verdad?

—Creo que antes se decía eso mismo de los caballos.

—¿Ah, sí? Pues tiene sentido. Siempre y cuando sea verdad que resulte más cómodo montar un caballo gordo. Le voy a tener que preguntar a los chicos de la TPF. Cuando era crío, ya quería ser poli, era a lo que quería dedicarme, ya sabes. Veía a la policía a caballo y me decía a mí mismo que eso era lo que quería hacer. Por supuesto, aquello lo superé en cuanto entré en la academia. Pero sigo creyendo que no llevan mala vida.

—Si te gustan los caballos.

—Bueno, sí, claro. Si no te gustasen ya de entrada...

—Thurman no se suicidó —le dije.

—Hombre, no podemos estar tan seguros. El tipo te lo suelta todo, vuelve a casa, se despierta pronto y se da cuenta de lo que ha hecho. Se ve sin escapatoria, y además está en lo cierto, porque tú le vas a pillar por haberse cargado a su mujer. Tal vez la conciencia le empieza a incordiar en serio. Quizá se da cuenta de que va a ir a la cárcel para una buena temporada y de cómo va a ser la vida allí dentro para un chico guapo como él. Así que se tira por la ventana, y problema solucionado.

—Él no era de ese tipo. Y no le daba miedo la Ley, a quien temía era a Stettner.

—Pues en su ventana no hemos encontrado más que sus huellas, Matt.

—Stettner se puso guantes cuando lo de Amanda. Pudo haber hecho lo mismo para tirar a Richard por la ventana. Thurman vivía aquí, sus huellas seguro que ya estaban. O incluso es posible que Stettner consiguiera que abriese la ventana él mismo. «Richard, hace muchísimo calor aquí, ¿podrías abrir para que entre un poco de aire?».

—Ya, pero ha dejado una nota.

—Sí, pero escrita a máquina, por lo que me has dicho.

—Bueno, ya lo sé, pero algunos suicidas auténticos también las escriben a máquina. La nota resulta de lo más genérica: «Que Dios me perdone, pero no he podido soportarlo más». No decía que él hubiera asesinado a su esposa, pero tampoco lo contrario.

—Eso es porque Stettner no sabía bien cuánto habíamos averiguado.

—O porque Thurman no quería correr riesgos. Imagínate que se tira desde su apartamento y sobrevive. Acaba en el hospital con veinte huesos rotos y encima tiene que enfrentarse al cargo de asesinato a causa de la puta nota de suicidio.

»Pero estoy de acuerdo contigo —prosiguió— en que existe la posibilidad de que lo ayudasen a saltar por la ventana. Por eso pedí a los chicos del laboratorio que hicieran anoche un trabajo concienzudo, y por eso estamos buscando algún testigo que viese entrar o salir a alguna persona de aquí ayer por la mañana. Sería genial dar con alguien, y aún más poder situar a Stettner en la escena del crimen, pero desde

ahora te digo que eso no va a pasar. Y aunque así fuera, seguimos sin tener caso por el que poder atraparlo. Dirá que sí, que vino aquí, ¿y qué? Thurman estaba vivo cuando se marchó. Estaba desesperado, parecía muy inquieto, pero ¿quién iba a pensar que el pobre hombre se iba a quitar la vida? Puede que no sean más que un montón de mentiras, pero ¿dime cómo lo pruebas?

No le respondí.

—Además —me dijo—, ¿el caso está tan mal así? Sabemos que Thurman mató a su mujer y finalmente no ha salido impune del hecho. Vale, es cierto que tuvo ayuda, y tal vez quien se la prestó fue Stettner...

—Por supuesto que fue Stettner.

—¿Por qué estás tan seguro? Lo único que tenemos es la palabra de Thurman, y te lo contó en una conversación privada, que además no grabamos, unas cuantas horas antes de tirarse por la ventana. A lo mejor estaba tratando de distraerte, ¿te has parado a pensar en esa posibilidad?

—Sé que no lo estaba haciendo, Joe. Quería quedar en buen lugar, en el mejor posible, y que Stettner apareciese como una especie de mezcla de Svengali y Jack el Destripador. ¿Y qué?

—Pues que a lo mejor no fue Stettner. Tal vez Thurman tuviese otros cómplices, a lo mejor tenían un móvil económico para inculparle a él. Mira, no digo que las cosas sucediesen así, sé que es poco probable, pero todo el puto caso resulta bastante inverosímil. Lo único que digo es que Thurman organizó el asesinato de su mujer y que ahora está muerto, y que si todos los casos de asesinato en los que he trabajado en mi vida hubiesen acabado así de bien, no me quedaría aquí machacándome, ¿sabes a qué me refiero? Si fue Stettner el que lo hizo y se libra, ¡qué le vamos a hacer! Tengo que convivir todos los días con cosas peores que esa. Y si fuera tan malo como Thurman te lo pintó, ya se habría pillado los dedos en algún momento, y, desde luego, eso no ha pasado. Ese tipo nunca ha sido arrestado, no está fichado en ninguna parte, por lo que yo sé, y ni siquiera le han puesto nunca una multa por exceso de velocidad.

—Así que lo has comprobado.

—Por supuesto que lo he comprobado, por Dios santo. ¿Qué querías que hiciera? Si el tipo se lo merece, me encantaría ponerlo a la sombra, pero a mí no me parece tan terrible como nos lo quieren presentar, por lo menos, no oficialmente.

—Ya, otro Albert Schweitzer, todo un Premio Nobel de la Paz.

—No —me corrigió—, probablemente sea un auténtico imbécil. Eso seguro. Pero la estupidez no está penada por la Ley.

Llamé a Lyman Warriner a Cambridge. No tuve que contarle las noticias. Algún reportero de lengua mordaz ya lo había hecho; había llamado al hermano de Amanda para conseguir sus primeras declaraciones.

—Por supuesto, me negué a hacer comentarios —me dijo—. Ni siquiera sabía si

era cierto. ¿De verdad se ha suicidado?

—Eso es lo que parece.

—Ya veo. Lo cuál no significa que lo haya hecho, ¿verdad?

—Existe la posibilidad de que fuera asesinado por un cómplice. La policía está investigándolo, pero no creen que consigan demostrar nada. En este momento, no hay prueba alguna que contradiga la hipótesis del suicidio.

—Pero usted no cree que sea lo que realmente ha sucedido.

—No lo sé, pero lo que yo crea no es lo importante. Pasé un par de horas con Thurman la noche anterior a su muerte y conseguí lo que quería. Admitió haber matado a su hermana.

—¿De verdad lo admitió?

—Sí, lo hizo. Trató de presentar a su cómplice como el verdadero culpable, pero reconoció haber participado en los hechos.

Decidí hacerle una concesión.

—También me aseguró que ella había estado inconsciente durante todo el tiempo, Lyman. Dice que le dieron un golpe en la cabeza muy al principio, y ya no se enteró de lo que le estaban haciendo.

—Ojalá pudiese creérmelo.

—Se suponía que tenía que reunirme con Thurman ayer por la tarde —continué—. Esperaba poder hablar con él; hasta creí que me lo confesaría todo, y estaba preparado para grabar nuestra conversación y presentársela a la policía. Pero antes de que pudiese hacerlo...

—Él mismo se quitó de en medio... Bueno, le diré una cosa. Me alegro de haberlo contratado.

—¿Por qué?

—¿Diría que su investigación precipitó los acontecimientos?

Lo pensé un momento.

—Supongo que podría decirse que sí —sentencié.

—Y desde luego, estoy satisfecho de que todo acabase de este modo. Es más rápido y más limpio que afrontar un juicio, tras el que, de todos modos cabía la posibilidad de que saliese absuelto, ¿verdad? A pesar de que todo el mundo supiera que es culpable.

—Sí, ocurre a veces.

—E incluso cuando no es así, las penas que se les imponen a los asesinos nunca son lo suficientemente largas o los sacan por buena conducta, porque son prisioneros modélicos, y tras cuatro o cinco años les conceden la condicional. No, estoy más que satisfecho, Matthew. ¿Le debo más dinero?

—No, probablemente se lo deba yo a usted.

—No sea absurdo, ni se le ocurra enviarme nada. No lo aceptaría bajo ningún concepto.

—Hablando de dinero, le dije que tal vez pudiese poner en marcha los

procedimientos para recobrar el dinero de su hermana y también el importe de la póliza del seguro. Legalmente creo que no se tiene derecho a beneficio alguno si se ha perpetrado un crimen —le expliqué—. Quiero decir que si Thurman mató a su hermana, no puede heredar ni cobrar el dinero del seguro. No conozco los términos en los que fue redactado el testamento de Amanda, pero supongo que todo pasaría a usted en caso de que su cuñado falleciese.

—Eso creo yo también.

—Legalmente él no ha quedado implicado en la muerte de Amanda —le dije—, y no sé si le imputarán algún cargo ahora que ya está muerto. Pero supongo que podrá poner en marcha procedimientos civiles, cuya normativa es diferente a la penal. Por ejemplo, cabe la posibilidad de que yo testifique sobre mi conversación con él la noche anterior a su muerte. No podemos aportar más que mi palabra, pero no tienen por qué rechazarla. Le recomiendo que hable con su abogado. En un caso como este, no creo que tenga que probar la culpabilidad de Thurman de igual forma que si fuera un juicio por lo penal, más allá de la duda razonable. Creo que hay alguna norma en los casos civiles que es diferente. Como le acabo de decir, es mejor que lo consulte con su abogado.

Se quedó en silencio un momento y después me dijo:

—Creo que no voy a hacerlo. ¿Qué ocurrirá con el dinero si no hago nada? No creo que él hubiese cambiado su testamento desde la muerte de Amanda. Se lo había dejado todo a ella y, en caso de que ella muriese antes que él, pasaría a manos de sus parientes. —Tosió, pero trató de contenerse—. No quiero pelearme con sus hermanas, sus primos y sus tías. No me importa que se queden con el dinero. ¿Para qué me iba a servir a mí?

—No lo sé.

—Tengo más dinero del que voy a gastar en el tiempo que me queda. Me importa más el tiempo que el dinero, y no quiero pasarme el resto de la vida en juzgados y oficinas de abogados. Supongo que lo entiende, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Puede parecer una postura arrogante, pero...

—De ninguna manera —le dije—, no lo es en absoluto.

A las cinco y media de la tarde fui a una reunión en una iglesia franciscana situada nada más doblar la esquina de Penn Station. A ella asistía una interesante mezcla de gente de los barrios periféricos vestida con traje, y también borrachos de los bajos fondos en los primeros estadios de su rehabilitación. Ninguno de ellos parecía encontrarse incómodo con los demás.

En medio de la discusión, levanté la mano y dije:

—Llevo todo el día con ganas de beber. Estoy inmerso en una situación en la que no puedo hacer nada, pero que se supone que debería resolver. Ya he hecho todo lo

que he podido, y todo el mundo a mi alrededor está satisfecho con los resultados, pero yo soy alcohólico y quiero que todo sea perfecto; y nunca lo es.

Me marché al hotel y me encontré con dos mensajes. Ambos decían que TJ me había llamado, pero yo no tenía su número de teléfono. Me fui a Armstrong's y me tomé un cuenco de chile de alubias pintas; después asistí a la reunión de las ocho y media de San Pablo. Estábamos discutiendo el segundo paso, el que trataba de llegar a creer en la capacidad de un poder superior a nosotros mismos para devolvernos el sano juicio. Cuando llegó mi turno de hablar, dije:

—Mi nombre es Matt y soy alcohólico, y lo único que sé acerca de un poder superior es que actúa de modos misteriosos para alcanzar sus objetivos.

Estaba sentado junto a Jim Faber, quien me susurró que si mi trabajo como detective se iba al diablo, siempre podría dedicarme a escribir galletas de la fortuna.

Otro miembro de la asociación, una mujer llamada Jane, dijo:

—Si una persona normal se levanta por la mañana y a su coche se le ha pinchado una rueda, llama a un taller. Un alcohólico, en cambio, llama a la Liga de Prevención de Suicidios.

Jim me dio un buen codazo en las costillas.

—Eso no puede ir por mí —le aseguré con mucha sorna—. Ni siquiera tengo coche.

Cuando volví al hotel, tenía otro mensaje de TJ y seguía sin tener modo alguno de contactar con él. Me di una ducha y me fui a la cama, y ya estaba empezando a dormirme cuando sonó el teléfono.

—Cuesta encontrarte, tío —me dijo.

—Tú sí que eres difícil de localizar. Me has dejado un montón de mensajes, pero no tengo forma de llamarte.

—Te los he dejado precisamente porque la última vez me dijiste que no te había dejado ninguno.

—Pues esta vez sí me has dejado los mensajes, pero no me has dicho cómo podía ponerme en contacto contigo.

—¿Quieres decir un número al que llamarme?

—Pues sí, algo así.

—Ya, pero es que no tengo teléfono.

—Me lo imaginaba.

—Sí —asintió—. Bueno, ya lo solucionaremos un día de estos. El caso es que he descubierto lo que me habías encargado.

—¿Lo del chulo?

—Sí, y me he encontrado con un montón de mierda.

—Pues suéltala.

—¿Por teléfono, tío? Bueno, si es lo que quieres...

—No.

—La verdad es que no parece muy buena idea.

—No, probablemente no lo sea —le dije, mientras me sentaba en la cama—. Hay una cafetería que se llama Flame, en la esquina de la Cincuenta y Ocho con la Novena, o sea, en la esquina sudoeste...

—Si está ahí, la encontraré.

—Vale, claro que sí —le dije—. Nos vemos allí dentro de media hora.

Se reunió conmigo fuera del local, entramos y nos sentamos en una mesa. Hizo un gesto muy teatral, como si estuviera olfateando el aire, y dijo que algo olía de maravilla. Me reí, le pasé el menú y le dije que pidiera lo que quisiera. Pidió una hamburguesa con queso y bacón, patatas fritas y un batido doble de chocolate. Yo me tomé una taza de café y una tostada inglesa.

—He encontrado a una tipa —me dijo— que vive más allá de Alphabet City. Dice que ella antes trabajaba para ese chulo, que se llama Juke. Probablemente ese sea su nombre de guerra. Tío, estaba asustadísima. Dejó de tratar con él el verano pasado; se escapó de donde la tenía viviendo, o algo así, y aún sigue girándose mientras camina por si la persigue. En una ocasión le dijo que si alguna vez lo metía en un lío, le iba a cortar la nariz, y todo el tiempo que estuve con ella se la estuvo tocando, como si quisiera asegurarse de que aún la tenía.

—Si le dejó el verano pasado, no habrá llegado a conocer a Bobby.

—Sí, claro —me dijo—, pero es lo único que tenemos, el tipo que conocía a Bobby me dijo que todo lo que sabía del chulo era que era el mismo que llevaba a...

Se detuvo un segundo, y luego continuó:

—Le dije que no diría su nombre. Supongo que no importa que te lo diga a ti, pero...

—No, no necesito que me lo digas. Los dos tenían el mismo chulo, pero no al mismo tiempo; así que si has descubierto quién era el de ella, sabremos quién era el de Bobby.

—Sí, eso es.

—Y dices que el tío se llama Juke.

—Sí. No sabe su apellido. Box, probablemente —dijo, riéndose—. No sabe tampoco dónde vive. A ella la tenía viviendo en Washington Heights, pero me contó que tenía varios apartamentos, y que en todos tenía chavales metidos.

Cogió una patata y la mojó en ketchup.

—Ese Juke está todo el tiempo buscando chavales nuevos.

—Así va el negocio, ¿eh?

—Eso es lo que dice ella, que siempre está buscando chavales nuevos porque los que tiene no le duran mucho —dijo, echando la cabeza hacia atrás, como si no quisiera demostrar que lo que había dicho le afectaba, pero la verdad es que no

consiguió disimularlo—. Solía decirle a ella y a todo el mundo que hay dos maneras para ir a una cita: con billete de ida y vuelta o solo con billete de ida. ¿Sabes lo que significa eso?

—Dímelo tú.

—Con ida y vuelta significa que volverás de la cita, pero si es solo de ida, no volverás. Es como si el cliente te comprase para él y no tuviese que devolverte. O sea, que puede hacer contigo lo que le dé la gana —dijo, mirando hacia su plato—. Te puede matar, si eso es lo que quiere, y no tendrá ningún problema con Juke. Dice que le decía: «Sé buena o te mandaré con billete solo de ida». Y el problema es que nunca sabes cuándo te llega la hora. Te dice: «Oh, no te preocupes por este cliente, es un tipo fácil, probablemente hasta te compre algo de ropa bonita, te tratará bien». Y en cuanto ella sale por la puerta, él le dice a los demás: «Ya no vais a ver a esa zorra nunca más, porque la he mandado con billete de ida». Y después lloran un rato, como si fueran sus amigos..., pero no la vuelven a ver.

Cuando terminó la comida le di tres billetes de veinte y le dije que esperaba que le pareciese suficiente. Él me dijo:

—Sí, está muy bien. Ya sé que no eres un tipo rico.

Una vez fuera del local, le comenté:

—Ya puedes dejarlo, TJ. No quiero que investigues más sobre Juke.

—Podría preguntarles a un par de tipos para ver lo que me dicen.

—No, no lo hagas.

—No te costará nada.

—No es eso lo que me preocupa. No quisiera que Juke se enterase de que alguien lo está buscando. Podría cabrearse y tratar de vengarse de ti.

Se le entornaron los ojos.

—Eso sería malo, tío —me dijo—. La chica dice que es un puto cabrón, además dice que es muy grande, aunque a ella todo el mundo debe de parecersele.

—¿Qué edad tiene?

—No, si tiene doce —me respondió—, pero es algo pequeña para su edad.



El sábado me quedé cerca de casa. Solo salí para tomar un sándwich y una taza de café y asistir a una reunión al mediodía en un local situado al otro lado de la calle del videoclub de Phil Fielding. A las ocho menos diez me reuní con Elaine frente al Carnegie Recital Hall, en la Cincuenta y Siete. Tenía entradas para una serie de conciertos de música de cámara y ya se encontraba lo suficientemente recuperada como para poder asistir. El grupo que actuaba aquella noche era un cuarteto de cuerda. La violonchelista era una mujer negra con la cabeza afeitada. Los otros tres eran hombres de origen chino, todos ellos vestidos y arreglados como ejecutivos.

En el intermedio, decidimos que luego iríamos al Paris Green y que nos pasaríamos por Grogan's, pero para cuando acabó la segunda parte ya no nos quedaba energía. Nos fuimos a su apartamento y pedimos comida china. Me quedé a pasar la noche, y al día siguiente fuimos a comer juntos.

El domingo fui a cenar con Jim y luego a la reunión de las ocho y media de Roosevelt.

El lunes por la mañana me dirigí a la Midtown North. Había llamado antes, así que Durkin ya estaba esperándome. Llevaba mi cuadernillo, como casi siempre hago. También me había traído el videocasete de Doce del patíbulo. Lo llevaba conmigo desde que salí del apartamento de Elaine el día anterior.

—Siéntate —me dijo—. ¿Quieres café?

—No, acabo de tomarme uno.

—Ojalá pudiese decir yo lo mismo. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Bergen Stettner.

—Sí, bueno. No me sorprende. Eres como un perro al que le han dado un hueso. ¿Qué tienes?

Le pasé el casete.

—Una gran película —me aseguró—. ¿Y?

—Esta versión es un poco diferente a la que tú recuerdas. La mejor parte es cuando los Stettner cometen un asesinato frente a la cámara.

—¿De qué hablas?

—Alguien ha grabado encima de esta película. Después de quince minutos de Lee Marvin, aparece un vídeo doméstico de Bergen y Olga con un amigo, pero para cuando la grabación termina, el chaval está muerto.

Cogió el casete y lo sostuvo en su mano.

—¿Me estás diciendo que esto es una película *snuff*?

—Exactamente.

—¿Y que la han hecho los Stettner? ¿Cómo demonios...?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Es que además es demasiado complicada.

—Bueno, menos mal que has venido prontito, aún tengo la mente despejada.

Debí estar hablando durante una hora. Le conté todo desde el principio, desde que Will Haberman se me acercó aterrorizado y me pidió que viese la cinta, y luego el resto de la historia, procurando no dejarme nada importante en el tintero. Durkin tenía un cuaderno de espiral encima del escritorio, y, al poco de empezar yo a hablar, lo abrió por una página en blanco y empezó a apuntar cosas. Me interrumpía de vez en cuando para que le aclarase algún detalle, pero durante la mayor parte del tiempo me dejó contarle sin paréntesis.

Cuando hube terminado, me dijo:

—Es extraño cómo encaja todo. Si tu amigo no hubiese alquilado la cinta, y si no te la hubiese dado, jamás habríamos relacionado a Thurman con Stettner.

—Y jamás habría podido presionar a Thurman —reconocí—, ni él me habría contado toda la historia. La noche que me encontré con él en el Paris Green fui solamente a echar un vistazo, no pensé que aquello fuera a llevarme a ninguna parte. Pensé que podía conocer a Stettner por la conexión con la Five Borrough Cable, y porque los había visto a los dos en el New Maspeth Arena. Le enseñé el retrato robot únicamente para despistarlo, y fue eso lo que puso en marcha el resto de acontecimientos.

—Y lo que hizo que se tirase por la ventana.

—Pero aún hay más coincidencias —le dije—. Estuve a punto de verme inmerso en todo el asunto incluso antes de que Haberman alquilase la cinta. Un amigo mío le mencionó mi nombre a Leveque cuando se enteró de que estaba buscando un detective privado. Si me hubiese llamado entonces, tal vez ahora no estaría muerto.

—O tal vez te hubiesen matado a ti también.

Se pasó el casete de una mano a la otra como si quisiera que alguien se lo quitara de encima.

—Supongo que tengo que ver esto, ¿no? —me dijo—. Hay un vídeo en la sala, si es que conseguimos quitárselo a esos inútiles que están ahí todo el día sentados viendo Debbie does Dallas.

Se puso de pie.

—Lo vas a ver conmigo, ¿verdad? Lo digo por si me pierdo algún detalle, así me lo vas comentando.

La sala estaba vacía y él puso un cartel en la puerta para evitar que alguien entrase mientras nosotros estábamos allí. Pasamos la parte inicial de Doce del patíbulo, y luego comenzó el vídeo doméstico de los Stettner. Al principio, Joe hacía los típicos comentarios de poli, destacando cosas sobre la ropa y sobre el tipo de Olga, pero en cuanto comenzó la acción, se quedó totalmente en silencio. Ese era el

efecto que producía la película. Nada de lo que se pudiese decir estaba a la altura de lo que se veía.

Mientras yo la rebobinaba, él exclamó:

—¡Jesús!

—Sí, lo sé.

—Háblame más del chaval que se acaban de cargar. ¿Dices que se llamaba Bobby?

—No, este era Happy —le aclaré—. Bobby era el más joven, el del otro retrato que te di.

—Bobby es el que viste en el boxeo. ¿Y a Happy no le has visto nunca?

—No.

—No, claro que no. ¿Cómo ibas a verle? Ya estaba muerto antes de que te dejasen el casete, antes incluso de que Leveque fuese asesinado. Esto es muy complicado, pero ya me lo advertiste, ¿no es cierto?

Sacó un cigarrillo y se dio golpecillos con él en el dorso de la mano.

—Creo que voy a tener que enseñarle esto a bastante gente. Gente de arriba, ya sabes, como por ejemplo de la oficina del fiscal del distrito de Manhattan. Este es un asunto muy delicado.

—Ya lo sé.

—Deja que me quede con la cinta. Sigues en el mismo número, ¿verdad? En el hotel.

—Sí, pero voy a estar yendo y viniendo todo el día.

—Vale; pero no te sorprenda que no te llame hoy. Quizá pueda hacerlo mañana, o tal vez el miércoles. Tengo que atender también a los casos en los que estaba trabajando, pero voy a empezar a mover esto ahora mismo.

Sacó la cinta del vídeo.

—Esto es muy fuerte —añadió—, ¿habías visto antes algo parecido?

—La verdad es que no.

—Detesto estas mierdas que tenemos que ver. Cuando era un crío y veía a los tíos de la TPF en sus caballos, ya sabes, no me imaginaba esto de ninguna manera.

—Ya lo sé.

—No tenía ni puta idea —añadió—. Ni puta idea.

No volví a tener noticias tuyas hasta el miércoles por la noche. Estuve en San Pablo hasta las diez en punto, y cuando volví al hotel tenía dos mensajes. El primero se había registrado a las nueve menos cuarto, y me pedía que llamase a comisaría. Habían vuelto a llamar tres cuartos de hora más tarde para dejarme un número que no reconocí.

Llamé y pregunté si se encontraba allí Joe Durkin. Mi interlocutor tapó el auricular con la mano, pero aun así, conseguí oír lo que decía: «Preguntan por Joe

Durkin. ¿Hay aquí algún Joe Durkin?». Hubo una pausa, y luego Joe se puso al teléfono.

—Trabajas hasta tarde, ¿eh? —le dije.

—Sí, bueno, ahora mismo no estoy trabajando. Escucha, ¿tienes unos minutos? Quiero hablar contigo.

—Vale.

—Vendrás aquí, ¿verdad? Pero ¿dónde coño está este sitio? Espera un minuto.

Volvió y me dijo:

—El sitio se llama Pete's All-American, y está en...

—Ya sé dónde está, por Dios.

—¿Qué te pasa?

—No, nada —le contesté—. ¿Es suficiente con que lleve chaqueta deportiva y corbata o tengo que ponerme traje?

—No seas capullo.

—Vale, vale.

—El sitio es un poco guarro, de acuerdo, pero no creo que eso sea problema para ti, ¿no?

—No, no es problema.

—Encaja muy bien con cómo me siento ahora mismo. ¿A dónde voy a ir, al Carlile? ¿Al Rainbow Room?

—Estoy ahí enseguida —le dije.

Pete's All-American estaba en el lado oeste de la Décima Avenida, un bloque por encima de Grogan's. Llevaba allí generaciones, pero desde luego no iba a engrosar el registro nacional de lugares históricos. Siempre ha sido un auténtico cubo de mierda.

Olía a cerveza pasada y cañerías. Cuando crucé la puerta, el camarero me miró sin el menor interés. La media docena de tirados que había en el bar ni siquiera se molestaron en girarse. Pasé junto a ellos hasta una mesa situada al fondo, en la que estaba sentado Joe de espaldas a la pared. Había un cenicero encima de la mesa a punto de desbordarse, además de un vaso con hielo y una botella de Hiram Walker Ten High. Se supone que no te dejan que te lleves la botella a la mesa, va contra las reglas de garantía de calidad del servicio, pero mucha gente está dispuesta a romper la normativa si se lo pide alguien que le enseña una placa dorada.

—Ya veo que has encontrado el sitio, cógete un vaso.

—No, estoy bien.

—Ah, claro, tú no bebes. Nunca tocas esta mierda.

Cogió el vaso, bebió un poco e hizo un gesto extraño.

—¿Quieres una Coca-Cola o algo? Te la vas a tener que poner tú, aquí el servicio no es muy bueno.

—Igual más tarde.

—Siéntate —me dijo, mientras apagaba el cigarrillo—. Por Dios santo, Matt, por Dios santo.

—¿Qué ocurre?

—Oh, mierda —espetó.

Echó la mano hacia abajo, sacó el videocasete y lo tiró encima de la mesa. La cinta fue resbalando por la mesa hasta que aterrizó en mi regazo.

—Que no se te caiga. Me ha costado horrores recuperarla. No querían dármela. Querían quedársela.

—¿Qué ha pasado?

—Pero yo también se la he jugado a ellos —continuó—. Les dije: «Eh, si no vais a jugar, devolved el bate y la bola». No les hizo mucha gracia pero prefirieron dármela a aguantar la que les estaba liando.

Apuró el vaso y lo dejó sobre la mesa dándole un buen golpe.

—Te puedes ir olvidando de Stettner, no tenemos caso.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no tenemos caso. Hablé con la poli. Hablé con la oficina del fiscal del distrito. Tenemos un montón de cosas, pero entre todas no valen nada.

—Pero tenemos una grabación en la que dos personas están cometiendo un asesinato.

—Sí —admitió—. Eso es lo que yo vi y eso es lo que no me puedo quitar de la cabeza. Y por eso estoy bebiendo güisqui malo en el peor sitio de la ciudad. Pero, en el fondo, ¿qué tenemos? Él lleva una capucha que le cubre la mayor parte de la cara, y ella una puta máscara. ¿Quiénes son? Tú dices que son Bergen y Olga y supongo que tendrás razón, pero ¿te imaginas sentándoles a los dos en el banquillo de los acusados y enseñándole esto a un jurado para que les identifiquen? «Alguacil, ¿le importaría desnudar a la señorita para que el jurado le pueda ver bien las tetas y comprobar si coinciden con las que se ven en la película?». Porque las tetas es lo único que se le ve bien.

—También se le ve la boca.

—Sí, casi siempre tiene algo dentro. Mira, el caso es este: lo más probable es que jamás logremos que un jurado vea esta cinta. Además, cualquier abogado va a intentar, que la desestimen, y es muy probable que lo consiga, porque es dinamita. Joder si lo es, a mí me ha hecho tanto efecto que quería meter a esos dos hijos de puta en la cárcel y que les soldasen la puerta para que nunca más pudiesen salir.

—Pero, sin embargo, dices que un jurado nunca llegará a verla.

—Probablemente no, es más, no es que no sea fácil que llegue tan lejos, sino que me dicen que ni siquiera vamos a conseguir una orden, porque, ¿qué tenemos para presentarle al gran jurado? Lo primero, ¿quién es la víctima?

—Un niño.

—Un niño del que no sabemos nada. A lo mejor se llamaba Happy y puede que fuera de Texas, de Carolina del Sur, o de algún otro estado en el que se juega mucho al fútbol. Pero ¿dónde está el cuerpo? Nadie lo sabe. ¿Cuándo se produjo el presunto asesinato? Tampoco lo sabe nadie. ¿Le mataron de verdad? Ni idea.

—Pero si lo has visto, Joe.

—Todos los días vemos cosas en la tele y en el cine. Efectos especiales, se llaman. Acuérdate de esos dos asesinos, Jason y Freddie; salen en una película tras otra, cargándose a gente por todas partes, y te juro que parece tan real como lo de Bergen y Olga.

—Pero si no había ningún efecto especial en lo que hemos visto. Es un vídeo doméstico.

—Ya lo sé. Pero también sé que esa cinta no vale como prueba de que se haya cometido un asesinato, y que sin el dónde, el cuándo y alguna otra prueba de que alguien realmente haya sido asesinado, no tienes absolutamente nada coherente que presentar ante un jurado.

—¿Y qué hay de Leveque?

—¿Qué pasa con él?

—Su asesinato sí está claro.

—¿Y? No existe nada que relacione a Arnold Leveque con ninguno de los Stettner. El único vínculo es el testimonio de Richard Thurman, que además no podemos demostrar, ya que convenientemente se suicidó; y además te lo contó en el curso de una conversación privada, sin testigo alguno, lo cual no prueba nada y seguramente ni siquiera será válido en términos legales. Y ni el mismo Thurman hubiese podido relacionar a los Stettner con la cinta. Lo que dijo fue que Leveque estaba intentando chantajear a Stettner con una película, y también que Stettner se hizo con ella, y ahí se acabó todo. Podemos estar seguros de que hablamos de la misma grabación, y también está claro que Leveque era el cámara y estaba allí cuando la sangre del chaval se colaba por la alcantarilla, pero eso no es una prueba. No se podría ni mencionar en un juicio sin que el abogado te saltase directamente a la yugular.

—¿Y qué hay del otro chico? De Bobby, el más joven.

—Por Dios —me dijo—. De ese, ¿qué tenemos? Solamente un dibujo basado en el recuerdo que tienes del día que lo viste sentado junto a Stettner en el boxeo. Y otro crío con el que ha dado alguien a quien ni siquiera conocemos y que dice reconocer al chaval y que se llama Bobby, pero que no sabe su apellido, ni de dónde es, ni lo que le ha pasado. Y hay alguien más que dice que ese tal Bobby solía ir con un chulo a quien le gusta amenazar a sus chicos con que les mandará a hacer algún trabajito del que no volverán.

—Se llama Juke —le informé—. No debe ser tan difícil de localizar.

—Es sencillísimo, en realidad. La gente se queja mucho del sistema de ordenadores, pero lo cierto es que facilitan mucho las cosas. Juke es un tipo que se llama Walter Nicholson. Le llaman Juke o Juke Box. La primera vez lo cogimos por abrir las máquinas esas de monedas, y de ahí le viene el nombre. Luego fue arrestado por violación, por inducir a un menor a la delincuencia y por requerimientos inmorales. En otras palabras, que lo hemos arrestado un montón de veces por

proxeneta; tenemos un archivo entero sobre sus actividades como chulo de críos. Está muy claro.

—¿Y no podéis cogerlo? A lo mejor a través de él se puede relacionar a Bobby con Stettner.

—Para eso tendrías que hacerle hablar, lo cual sería muy complicado si no tienes nada con qué amenazarle, y la verdad es que no se me ocurre nada con lo que poder hacerlo. Y después tendríamos que lograr que el jurado creyese en la palabra de ese cabrón. Pero de todos modos es imposible porque el gilipollas está muerto.

—Stettner se ocupó de él.

—No, Stettner no se ha ocupado de este.

—Hizo lo mismo que con Thurman, deshacerse de un testigo antes de que alguien pudiese dar con él. Mierda, si me hubiese ocupado directamente del tema, si no hubiera dejado pasar el fin de semana...

—Matt, a Juke lo mataron hace una semana, y Stettner no tuvo nada que ver con ello y probablemente ni sepa lo que ha sucedido. Juke y otro de su misma calaña se dispararon entre sí en un club de la avenida Lenox. Se estaban peleando por una chavalita de diez años. Debía estar muy buena para que dos adultos se matasen a tiros por ella, ¿no crees?

Ni siquiera le respondí.

—Mira —me dijo—, odio esta puta mierda. Me lo dijiste anoche, y esta mañana me lo llevé, y la verdad es que tienen razón. Están haciendo mal, pero tienen razón. Y he esperado hasta esta noche para llamarte porque no estaba precisamente deseando tener esta conversación, lo creas o no. Por mucho que me guste tu compañía en otras circunstancias.

Se echó más güisqui en el vaso. Su olor me inundó el olfato, pero no despertó mi sed, aunque desde luego no era el peor olor de los que había en Pete's All-American.

—Creo que te entiendo, Joe —repuse—. Ya sabía que con Thurman muerto todo iba a resultar muy complicado.

—Si él estuviera vivo, probablemente ya los habríamos pillado, pero con él muerto, no tenemos caso.

—Pero si pusieses en marcha una investigación a gran escala...

—Por Dios —protestó—, ¿es que no lo entiendes? No hay nada que investigar. No hay denuncia en la que basarse, no hay causa probable para una orden, tenemos un montón de nada, eso es lo que tenemos. Ese tipo ni siquiera es un criminal, en realidad. Nunca lo han arrestado. Dices que tiene conexiones con la mafia, pero su nombre no aparece en ningún archivo, ni tampoco ha aparecido nunca en ninguna de las investigaciones que se han llevado a cabo hasta ahora. Está limpio como una patena. Vive al sur de Central Park, y se gana muy bien la vida negociando con divisas extranjeras...

—Pero eso es blanqueo de dinero.

—Eso es lo que tú dices, pero ¿cómo lo pruebas? Él paga sus impuestos, colabora

económicamente con instituciones de caridad, incluso hace importantes contribuciones a partidos políticos...

—¿Y?

—Vamos, no me vengas ahora con esas. No hay ninguna persona influyente que impida que lo pillemos. Nadie nos ha ordenado que le dejemos en paz porque el gilipollas sea intocable, o porque tenga enchufe con alguien importante. No hay nada de eso. Pero tampoco es un crío de la calle al quien te puedas llevar sin que nadie se queje. Tienes que tener algo firme en lo que basarte y que pueda mantenerse en un juicio. ¿Y sabes qué es lo que se mantiene muy bien en un juzgado? Deja que te lo diga solo en dos palabras. ¿Quieres oírlas? Warren Madison.

—¿Qué?

—Sí. Warren Madison. El terror del Bronx. Trafica, ha matado a cuatro tipos, que sepamos con seguridad, y está en la lista de sospechosos de por lo menos otros cinco asesinatos. Y cuando finalmente pillan al cabrón en el apartamento de su madre, dispara a seis polis antes de que consigan ponerle las esposas. ¡Se lleva por delante a seis polis!

—Sí, ya me acuerdo.

—Y ese hijo de puta de Gruliow, va y le defiende, y ¿qué es lo que hace? Pues lo de siempre: lleva a la policía a juicio, salpica toda la mierda que puede diciendo que los policías del Bronx estaban usando a Madison como gancho, y que le daban cocaína confiscada para que la vendiera, y que después querían cargárselo para que no hablase. ¿Te lo puedes creer, joder? Seis oficiales de policía cosidos a balas, y ni siquiera una para el puto Warren Madison. Y va el gilipollas y dice que lo ha tramado todo el departamento de policía para matarle a él, el muy hijo de puta.

—Y el jurado se lo tragó.

—Un puto jurado del Bronx. Esos hubieran dejado libre al mismísimo Hitler, y lo hubieran mandado a casa en taxi. Y eso pasó con un camello cabrón que todo el mundo sabía que era culpable. ¿Te puedes imaginar cómo acabaría un caso contra un ciudadano modélico como Stettner? Mira, Matt, ¿ves a lo que me refiero? ¿Quieres que siga adelante con esto?

Estaba claro, pero a pesar de ello continuamos dándole vueltas. Al cabo de un rato, el Ten High empezó a adueñarse de la situación. Los ojos de Joe ya no enfocaban, y su lengua arrastraba las palabras. Pronto comenzó a repetirse y a perder el hilo de sus propias ideas.

—Salgamos de este antro —le aconsejé—. ¿Tienes hambre? Vamos a comer algo o a tomar un café.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Que me apetece comer algo.

—Y una mierda. No me trates como si fueras mi padre, cabrón.

—No pretendía hacerlo.

—No, joder, claro que no. ¿Es eso lo que te enseñan en esas putas reuniones? ¿A



convertirte en un grano en el culo cuando otro tío quiere tomarse tranquilamente un par de copas?

—No.

—El que tú seas un puto blando que no aguanta la bebida no significa que Dios te haya elegido para que todo el puto mundo deje de beber.

—Tienes razón.

—Pues entonces, siéntate. ¿Adónde vas? Siéntate, joder.

—Creo que me voy a casa ya —le dije.

—Matt, lo siento. Me he pasado, ¿vale? No quería decirte esas cosas.

—No pasa nada.

Se disculpó de nuevo, y le dije que no se preocupase. Y después la borrachera volvió a llevarlo por el mismo camino y me gritó que no le gustaba el tono con el que le estaba hablando.

—Espera un segundo —le dije—. Quédate aquí, volveré ahora mismo.

Me marché de allí y me fui a casa.

Estaba borracho y aún tenía una botella casi llena frente a sí. Llevaba su revólver reglamentario atado a la cadera, y creí reconocer su coche aparcado junto al bordillo, al lado de una boca de incendios. Todo ello era una peligrosa combinación, pero como él había dicho, Dios no me había elegido para que todo el puto mundo dejase de beber, ni tampoco para asegurarme de que el resto de la humanidad llegase a casa sana y salva.

Cuando me fui a dormir aquella noche, coloqué el videocasete en la mesa, junto al reloj, y fue lo primero que vieron mis ojos a la mañana siguiente. Lo dejé allí y salí a enfrentarme con un nuevo día. Era jueves, y como aquella noche no iba a ir a Maspeth a ver el boxeo, lo que hice fue volver a casa a tiempo de ver el combate principal por televisión. Pero la verdad es que no era lo mismo.

Pasó otro día antes de que se me ocurriera que el casete estaría mejor en mi caja fuerte, pero era sábado y el banco estaba cerrado. Me fui a ver a Elaine, y pasamos el final de la tarde dando una vuelta por las galerías de arte del Soho, comiendo en un restaurante italiano del Village y escuchando a un trío con piano en Sweet Basil. Fue un día de largos silencios, de esos que solo son posibles entre personas que tienen mucha confianza entre sí. En el taxi que nos llevó a casa, fuimos agarrados de la mano, pero sin decirnos ni una sola palabra.

Ya le había contado mi conversación con Joe, y ninguno de los dos volvimos a tocar el tema durante toda la velada. La noche siguiente, Jim Faber y yo nos reunimos, como todos los domingos, para cenar, y no le comenté nada del caso. Se me ocurrió hacerlo en una o dos ocasiones, pero preferí obviar el tema.

Ahora me parece extraño, pero durante aquellos días no dediqué demasiado tiempo a pensar en ello. Y tampoco es que tuviese muchas otras cosas en la cabeza; ni que pudiese ocupar mi tiempo divirtiéndome con los deportes, ya que estábamos atravesando esa etapa de sequía que se extiende entre la Super Bowl y el comienzo de los entrenamientos de primavera.

La mente, por lo que yo sé, posee varios niveles o compartimentos, y se ocupa de los asuntos de muchos otros modos aparte del pensamiento consciente. Cuando trabajaba como detective para la policía, y también después, cuando ya estaba por mi cuenta, en pocas ocasiones me había sentado a resolver algo de forma consciente. La mayor parte del tiempo, comprender un último detalle hacía por fin la solución obvia, pero cuando se requería una cierta perspicacia por mi parte, muchas veces la respuesta simplemente se me venía a la cabeza. Alguna parcela inconsciente de mi mente había procesado los datos disponibles y me permitía ver el rompecabezas bajo una nueva perspectiva.

Así que supongo que también entonces tomé la decisión inconsciente de almacenar temporalmente el asunto de los Stettner, de quitármelo de la cabeza (o quizá de dejarlo en la cabeza, en algún recóndito lugar de mí mismo) hasta que supiera qué hacer con él.

La verdad es que no me costó mucho tiempo resolverlo. Lo que ya es más difícil de saber es si la solución fue la correcta.

El martes por la mañana marqué el 411 y pedí el número de Bergen Stettner de su casa al sur de Central Park. La operadora me dijo que no me podía facilitar su número particular, pero que el mismo abonado tenía un registro empresarial en la avenida Lexington. Le di las gracias y colgué. Volví a llamar, y en esta ocasión me contestó un hombre. Me identifiqué como oficial de policía y le di un nombre y un número de placa. Le dije que necesitaba un teléfono que no aparecía en las guías, y le di el nombre y la dirección. Me facilitó el número, le di las gracias y lo marqué.

Me respondió una voz femenina, y pregunté por el señor Stettner. Me dijo que había salido y yo le pregunté si era la señora Stettner. Tardó uno o dos segundos más en decidir la respuesta, y luego me contestó que sí, que era ella.

Le dije:

—Sra. Stettner, tengo algo que les pertenece a usted y a su marido y espero que me ofrezcan una buena compensación por devolvérsela.

—¿Con quién hablo?

—Me llamo Scudder —le respondí—. Matthew Scudder.

—No creo conocerlo.

—Pues nos conocemos —la contradije—, pero supongo que no me recordará. Soy amigo de Richard Thurman.

La pausa en esta ocasión fue mucho más larga, sospecho que para darle tiempo a decidir si debía desvelar su amistad con Thurman. Evidentemente llegó a la conclusión de que no había problema.

—Un caso verdaderamente trágico —dijo—. Fue un auténtico golpe para nosotros.

—Sí, debió de serlo.

—¿Y dice que era amigo suyo?

—Exacto. Y también era amigo íntimo de Arnold Leveque.

Se produjo otra pausa.

—Me temo que a él no le conozco.

—Otro asunto trágico.

—¿Perdone?

—También él está muerto.

—Lo siento mucho, pero no lo conocía. ¿Puede decirme lo que desea?

—¿Por teléfono? ¿Está segura de que es eso lo que quiere?

—Mi marido no se encuentra en casa en estos momentos —dijo ella—. Si me deja su número tal vez podamos llamarlo nosotros.

—Tengo una cinta que grabó Leveque —le informé—. ¿De verdad quiere que hablemos de ella por teléfono?

—No.

—Quisiera verla en privado, a usted sola, sin su esposo.

—Ya veo.

—En algún lugar público, pero lo suficientemente discreto como para que nadie nos oiga.

—Un momento —dijo ella.

Se lo pensó durante todo un minuto, y luego añadió:

—¿Sabe dónde vivo? Seguro que sí. Incluso tiene mi número de teléfono. Por cierto, ¿cómo lo consiguió? Se supone que no se puede localizar un número que no aparece en las guías.

—Tal vez alguien cometió un error.

—Ese tipo de errores no ocurren. Bueno, claro, se lo dio Richard. Pero...

—¿Pero qué?

—Nada. Ya sabe mi dirección. Hay un salón de cócteles justo aquí en mi edificio. Durante el día siempre está muy tranquilo. Reúnase conmigo dentro de una hora.

—Está bien.

—Espere un momento. ¿Cómo voy a reconocerlo?

—Yo la reconoceré a usted —le dije—. Póngase la máscara. Y quítese la camisa.

El salón de cócteles se llamaba «El muro de Adriano». Adriano fue un emperador romano y el muro que recibía su nombre era una barrera de sillares de piedra construida a lo largo del norte de Inglaterra para proteger de las tribus bárbaras los asentamientos romanos de la región. Más allá de aquello, las connotaciones del nombre se me escapaban. La decoración era verdaderamente cara, pero sencilla; estaba todo lleno de bancos de cuero rojo y mesas negras de mica. La iluminación era tenue e indirecta, y la música casi no se oía.

Llegué cinco minutos antes, me senté en una mesa y me pedí una Perrier. Ella llegó diez minutos tarde, y entró a través del vestíbulo. Se quedó en mitad de la entrada y empezó a examinar el local. Me puse en pie para facilitarle la labor, y ella caminó sin titubear hacia mi mesa.

—Espero no haberte hecho aguardar demasiado —me dijo—. Soy Olga Stettner.

—Matthew Scudder.

Me acercó la mano y yo se la estreché. Era una mano suave y un tanto fría al tacto, pero apretaba con fuerza. En mi mente se apareció la imagen de una mano de hierro enfundada en un guante de terciopelo. Sus uñas eran largas y las llevaba pintadas de un tono escarlata igual al de su lápiz de labios.

En el vídeo también llevaba el mismo color en los pezones.

Ambos nos sentamos, y casi inmediatamente el camarero se presentó en nuestra mesa. Ella le llamó por el nombre y le pidió un vaso de vino blanco, y yo le dije que podía servirme otra Perrier. Ninguno de los dos dijo nada hasta que el hombre nos trajo las bebidas y se hubo marchado de nuevo. Después ella me comentó:

—Yo a ti te he visto antes.

—Ya te he dicho que nos conocíamos.

—Pero no sé dónde —dijo frunciendo el ceño—. Ah, ya claro; en el estadio. En la planta baja; estabas merodeando por allí.

—Estaba buscando el servicio de caballeros.

—Sí, eso dijiste.

Levantó el vaso de vino y dio un pequeño sorbo, que apenas llegó a mojarle la lengua. Llevaba una blusa de seda oscura y un pañuelo estampado del mismo tejido, sujeto en el cuello con un broche de piedras preciosas. Parecían lapislázulis, de un azul igual al de sus ojos, pero era difícil distinguir la tonalidad en aquel lugar con tan poca luz.

—Dime lo que quieres —me instó.

—¿Por qué no te cuento primero lo que tengo?

—Muy bien.

Empecé diciendo que era expolicía, lo cual no pareció sorprenderla. Supongo que se me nota el aire. Le conté que había conocido a un hombre llamado Arnold Leveque cuando le había enganchado en una redada programada para limpiar la zona de Times Square. Le dije que Leveque era el dependiente de una de las librerías para adultos, y que le arrestamos por posesión y venta de material pornográfico.

—Después —continué— pasó algo y tuve ocasión de dejar el departamento de policía. El año pasado volví a contactar con Leveque, a quien le habían dicho que estaba trabajando por mi cuenta. Bueno, hacía años que no veía a Arnie, pero la verdad es que era el mismo de siempre. Más gordo, pero seguía igual.

—No conocía a ese hombre.

—Como tú quieras. El caso es que nos reunimos, y él fue muy cauteloso. Me contó una historia sobre una película que había hecho en el sótano de alguien, un vídeo doméstico con un cierto toque profesional, y para el que le habían contratado como cámara. La verdad es que yo no creo que consiguiese ponerme a tono con un tío tan asqueroso como Arnie mirando, pero supongo que eso a ti no te distrajo, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

No llevaba micro, pero la verdad es que hubiese podido llevar cincuenta y me hubiese dado lo mismo. Aquella mujer no iba a decirme nada. Sus ojos indicaban con claridad que entendía todo lo que le decía, pero que iba a guardarse muy bien de decir una sola palabra.

—Como te dije —continué—, Arnie tuvo mucho cuidado. Se había guardado una copia de la cinta y estaba organizándolo todo para venderla por un montón de dinero, aunque no llegó a decirme cuánto. Sin embargo, tenía miedo de que el comprador fuera a jugarle una mala pasada, y ahí es donde entraba yo. Se suponía que yo iba a apoyarle, a asegurarme de que el comprador no se lo llevase por delante.

—¿Y lo conseguiste?

—Ahí Arnie se pasó de listo —le dije—. Quería un hombre que lo respaldase, pero no quería un socio; lo quería todo para él. A lo mejor me daba uno de los

grandes por las molestias, pero nada más, así que no me lo contó todo para protegerse de mí, y mientras tanto, se le olvidó resguardarse del comprador, como es obvio, pues lo mataron a puñaladas en un callejón de los suburbios.

—¡Qué lastima!

—Bueno, esas cosas pasan. Ya sabes lo que dicen: la mitad del tiempo, en este mundo no hay ética; y la otra mitad, tampoco. Tan pronto como me enteré de lo que había pasado, fui corriendo a su apartamento, le di un par de dólares a la casera, y eché un vistazo. No esperaba encontrar gran cosa, porque la poli ya había estado allí, y tampoco creo que hubieran sido los primeros en llegar, porque las llaves de Arnie habían desaparecido cuando encontraron su cadáver. Aquel sitio estaba más profanado que el culo de una dómina, no sé si me entiendes.

Se me quedó mirando.

—El caso es —proseguí— que yo sabía que Arnie tenía una copia del casete, porque él me lo había dicho, así que cogí todas las cintas que tenía; debía de haber unas cuarenta, todas películas antiguas, de esas que cambias inmediatamente de cadena cuando las ves por la tele. Adoraba esa porquería. Lo que hice fue sentarme delante del televisor, enganchar el vídeo y revisarlas todas. Y, ¡sorpresa!, una de ellas no era lo que se suponía que tenía que ser. La estaba pasando hacia delante, igual que había hecho con las demás, y de repente la imagen normal desapareció y me encontré en una sala con un adolescente atado a una estructura de metal como sacada de la Inquisición española, y una mujer preciosa con pantalones de cuero, guantes, tacones altos y nada más. Ya me he fijado que hoy también llevas pantalones de cuero, pero supongo que no son los mismos, porque los que lucías en la cinta no tenían entrepierna.

—Háblame de la película.

Le conté lo suficiente como para dejar claro que la había visto.

—No tenía demasiado argumento —le dije—, pero el final era la leche, y además ese último plano tan simbólico de la sangre fluyendo por el suelo hasta llegar a la alcantarilla... Desde luego, Arnie estuvo ahí muy creativo, hay que reconocérselo, y las baldosas blancas y negras eran iguales que las del estadio de Maspeth, ¿no es una gran coincidencia?

Arrugó los labios y dejó salir un resoplido sin sonido. Aún le quedaba medio vaso de vino, pero no lo tocó, y alargó, en cambio, la mano para coger mi Perrier. Tomó un sorbo y volvió a dejarla donde la había encontrado. Aquella acción resultó ser curiosamente íntima.

—Habías mencionado a Richard Thurman —me dijo.

—Bueno, sí —afirmé—. Ya ves, tenía la cinta de Arnie, pero ¿qué iba a hacer con ella? El cabrón jamás me dijo quiénes eran los que salían en ella, y allí estaba yo con una cinta cuyos protagonistas estarían encantados de poder recuperarla, y desde luego a mí me valía mucho la pena hacerles el inestimable favor de devolvérsela, pero ¿cómo iba a encontrarlos? Empecé a moverme por ahí con los ojos y los oídos bien

abiertos, pero si no me encontraba con un tipo vestido con un traje de goma y la polla colgando, ¿cómo iba a identificarlos?

Cogí mi Perrier y giré el vaso para beber por el mismo lado en el que sus labios habían tocado el cristal. Aquello era casi un beso.

—Y entonces apareció Thurman —continué—, con su mujer muerta y la opinión pública dividida sobre si él había sido o no el responsable. Me encontré con él en un bar, y como estaba en el negocio de la televisión, nos pusimos a hablar de Arnie, que trabajaba para una cadena antes de que yo le conociera. Y, por extraño que parezca, tu nombre salió a relucir.

—¿Mi nombre?

—El tuyo y el de tu marido. Unos nombres muy curiosos, fáciles de recordar incluso después de pasado toda una noche en un bar. Eso sí, Thurman bebió bastante más que yo, pero estuvo muy simpático, hubo muchas indirectas, muchas insinuaciones. Creí que volveríamos a reunirnos para charlar alguna otra vez, pero lo siguiente que supe de él es que había muerto. Dicen que se suicidó.

—Sí, es muy triste.

—Y trágico, como me dijiste por teléfono. El mismo día que resultó muerto, yo fui a Maspeth. Iba a encontrarme con él en el boxeo, y me iba a mostrar quien era tu marido. Pero Thurman no vino. Supongo que para entonces ya estaba muerto. Pero no necesité su ayuda, porque os reconocí a los dos. Después, bajé por las escaleras y también reconocí el suelo. No fui capaz de encontrar la sala donde grabasteis la película, porque probablemente fuera una de las que estaban cerradas con llave. O a lo mejor la redecorasteis desde el día de la grabación.

Me encogí de hombros.

—Pero no importa. Tampoco importa en qué estuviera metido Thurman, ni siquiera qué tipo de ayuda utilizara para saltar por la ventana. Lo que importa es que yo me encuentro en la afortunada posición de poder hacer algo útil por alguien que puede ofrecerme una buena recompensa por ello.

—¿Y qué quieres?

—¿Que qué quiero? Pues muy fácil. Quiero básicamente lo mismo que quería Arnie. ¿No es eso, más o menos, lo mismo que quiere todo el mundo?

Tenía la mano encima de la mesa, a centímetros de la mía. Extendí un dedo y conseguí tocar el dorso de su mano.

—Pero yo no quiero lo que le disteis a él, ¿de acuerdo?

Durante un rato, se quedó allí sentada mirando nuestras manos sobre la mesa. Después cubrió la mía con la suya y me sostuvo la mirada. Fue entonces cuando verdaderamente pude descubrir el tono azul de sus ojos, y la intensidad de su mirada me atrapó.

—Matthew —me dijo, como probando cómo le sabía mi nombre en la boca—.

No, creo que te voy a llamar Scudder.

—Como tú quieras.

Se puso en pie. Por un momento, creí que iba a marcharse, pero en lugar de hacerlo, dio la vuelta a la mesa y me hizo un gesto para que me moviese un poco a la izquierda. Se sentó a mi lado en el banco y, de nuevo, puso su mano sobre la mía.

—Ahora estamos del mismo lado —afirmó.

Llevaba muchísimo perfume. Olía un poco a almizcle, lo que no me resultó una sorpresa; no esperaba que oliese a pino, precisamente.

—Cuesta decir ciertas cosas —me dijo—, ya sabes a qué me refiero, ¿verdad, Scudder?

No sé si tenía acento, pero desde luego su forma de hablar resultaba claramente europea.

—¿Qué puedo decir? Podrías estar engañándome, podrías llevar micrófonos por todas partes para que todo lo que diga quede grabado.

—No, no llevo micros.

—¿Y cómo lo sé yo?

Se giró hacia mí y me puso la mano en la corbata, justo por debajo del nudo. Deslizó la mano por ella hasta colocarla debajo de mi chaqueta. Acarició con ahínco la pechera de mi camisa.

—Porque te lo acabo de decir —le aclaré.

—Sí, me lo acabas de decir —murmuró ella.

Tenía la boca muy cerca de mi oído, y su aliento resultaba cálido junto a mi cara. Bajó la mano hasta mi pierna, y la deslizó hacia arriba por la cara interna de mi muslo.

—¿Has traído la cinta?

—Está en la caja fuerte de un banco.

—Es una pena. Podríamos subir a mi casa y verla. ¿Cómo te sentiste cuando la viste?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué tipo de respuesta es esa? Por supuesto que lo sabes. Te pusiste caliente, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Así que supones que sí. Ahora estás caliente, Scudder, la tienes dura, podría hacer que te corriese ahora mismo solamente tocándote. ¿Te gustaría?

No respondí.

—Yo estoy caliente y húmeda —dijo ella—. No llevo ropa interior. Es genial llevar pantalones de cuero apretados sin ropa interior y mojarse dentro del cuero. ¿Quieres subir conmigo? Podría follarte hasta volverte loco. ¿Te acuerdas de lo que le hice a ese chico?

—Le mataste.

—¿Y tan mal crees que lo pasó?



Se me acercó más, y cogió el lóbulo de mi oreja entre sus dientes.

—Lo follamos durante tres días hasta desquiciarlo, Bergen y yo. Lo follamos, se la comimos y le dejamos tomar todas las drogas que quiso. Consiguió más placer durante aquel tiempo del que hubiera logrado de otro modo en toda su vida.

—Ya, pero supongo que el final no le gustó demasiado.

—Le dolió un poco, vale. ¿Y qué?

Su mano me tocaba al ritmo de sus palabras.

—No vivió cien años. No llegó a ser viejo. ¿Y quién quiere serlo?

—Supongo que murió feliz.

—Así lo llamaban en el barrio, Happy.

—Ya lo sé.

—¿Así que ya lo sabías? Sabes mucho, Scudder. ¿Y no crees que en realidad ese crío te importa una mierda? Porque si te importase mucho, ¿cómo es que se te ha puesto dura?

Buena pregunta.

—Yo nunca he dicho que me importase.

—¿Y qué es lo que te importa?

—Sacar dinero de la cinta. Y vivir lo suficiente como para gastármelo.

—¿Y qué más?

—Por ahora es suficiente.

—También me deseas a mí, ¿verdad?

—La gente que está en el infierno desea agua helada.

—Pero no pueden tenerla. En cambio a mí podrías tenerme si quisieras. Podríamos subir ahora mismo.

—No lo creo.

Se recostó contra el asiento.

—Dios, eres duro —me dijo—. Eres un caso perdido, ¿verdad?

—No creas.

—A estas horas, Richard ya se habría metido debajo de la mesa. Ya estaría intentando comerme el coño a través de los pantalones de cuero.

—Y mira cómo acabó.

—Tampoco él lo pasó tan mal.

—Ya lo sé —dije—. ¿Quién quiere llegar a viejo? Pero mira, solo porque me la pongas dura no significa que puedas hacer conmigo lo que quieras. Por supuesto que te deseo. Desde el primer momento en que te vi en la cinta.

Le cogí la mano y se la coloqué en su propio regazo.

—Serás mía —le dije— después de que cerremos el negocio.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, lo creo de verdad.

—¿Sabes a quién me recuerdas? A Bergen.

—A mí no me sienta bien la goma negra.

—No estés tan seguro.

—Y yo estoy circuncidado.

—A lo mejor te pueden hacer un trasplante. No, lo que quiero decir es que te pareces a él en la personalidad, los dos sois igual de duros. Claro que tú eras poli...

—Exacto.

—¿Has matado a alguien?

—¿Por qué?

—Así que lo has hecho. No es necesario que me respondas, te lo noto. ¿Te gustó?

—No especialmente.

—¿Estás seguro de que dices la verdad?

—¿Y qué es la verdad?

—Ah, bueno, sí, la vieja pregunta. Pero creo que me voy a volver a sentar al otro lado de la mesa. Si vamos a hablar de negocios es mejor que nos veamos las caras.

Le dije que yo no era ningún avaro. Quería cincuenta mil dólares en un solo pago. Eso era lo que le habían dado a Leveque, aunque, claro, no habían permitido que se lo quedase. A mí podían pagarme lo mismo.

—Y tú podrías hacer lo mismo que él —me dijo—. Podrías quedarte una copia aunque hubieses jurado que no lo harías.

—Él era un estúpido.

—¿Por quedarse con la copia?

—Por mentiros sobre ello. Por supuesto que tengo otra copia. Bueno, en realidad tengo dos. Una está en poder de un abogado y la otra en la caja fuerte de un detective privado. Por si acaso me atracan en un callejón o me caigo por una ventana.

—Pero si tienes más copias podrías seguir intentando sacarnos dinero.

Negué con la cabeza.

—Las copias no son más que mi seguro. Y mi inteligencia es el vuestro. Si os vendo la cinta una vez no os estoy sacando dinero, solamente os estoy haciendo un favor. Pero si lo intentase una segunda vez, más os valdría matarme. Y soy lo suficientemente listo como darme cuenta de ello.

—¿Y si no quisiéramos pagarte la primera vez? ¿Irías a la policía?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque la cinta no es suficiente como para mandaros a la cárcel. No, lo que haría sería ir a la prensa. A los periódicos sensacionalistas les encantaría la historia. Además, estarían seguros de que vuestras manos están lo suficientemente manchadas de sangre como para no arriesgaros a ponerles un pleito por difamación. Os pondrían las cosas verdaderamente difíciles. Es posible que jamás os enfrentaseis a ningún cargo criminal, pero desde luego, la atención pública se centraría en vosotros mucho más de lo que os gustaría. Los amigos de tu marido en California no estarían muy

contentos de veros tan en primer plano, y vuestros vecinos os mirarían mal en el ascensor. Pagaríais cincuenta de los grandes para evitar ese tipo de publicidad, ¿verdad? Demonios, cualquiera lo haría.

—Pero eso es muchísimo dinero.

—¿De verdad lo crees? No sé si podría conseguir tanto de uno de esos tabloides, pero desde luego, sí la mitad. Si no venden periódicos con una historia como esa, es que se han equivocado de negocio. Podría ir a una de sus oficinas esta misma tarde y salir con un cheque de veinticinco mil dólares y nadie diría que es un chantaje. Dirían que soy un héroe, y probablemente me darían más dinero para que siguiese trabajando y destapando más mierda.

—Tendré que hablar con Bergen. Tú dices que no es tanto dinero, pero lo que está claro es que vamos a necesitar algún tiempo para reunirlo.

—Cuéntale a otro esa historia —le dije—. Cuando un tipo tiene un negocio de blanqueo de dinero no creo que le cueste demasiado conseguir efectivo. Seguramente tenéis cinco veces esa cantidad ahora mismo en vuestro apartamento.

—Tienes muy poca idea de cómo funciona el negocio.

—Estoy seguro de que para mañana por la noche podréis tener la pasta —le comenté—. Lo quiero para entonces.

—Por Dios —dijo ella—, cuánto te pareces a Bergen.

—Nuestros gustos son diferentes.

—¿De verdad lo crees? No estés tan seguro de cuáles son tus gustos hasta que no hayas probado todo lo que tienes en el plato. Y aún no lo has hecho, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que no me he perdido demasiadas cosas.

—Bergen querrá conocerte.

—Pues podrá hacerlo mañana por la noche, cuando hagamos la transacción. Os llevaré la cinta para que podáis verla antes de comprarla. ¿Tenéis vídeo en Maspeth?

—¿Quieres hacer el intercambio allí? ¿En el estadio?

—Creo que es el lugar más seguro para todos.

—Desde luego es un sitio muy discreto —comentó—. Excepto los jueves por la noche, el resto de los días toda esa zona está desierta. En realidad, ni siquiera los jueves hay demasiada gente. Y mañana qué es... ¿Miércoles? Creo que podremos hacerlo, aunque, claro, aún tengo que hablar con Bergen.

—Sí, por supuesto.

—¿A qué hora te viene bien?

—Tarde —le contesté—. Pero puedo llamaros dentro de un rato y acordar los detalles.

—Sí —dijo mirando el reloj—. Llámame hacia las cuatro.

—Así lo haré.

—Bien.

Abrió el monedero, puso sobre la mesa dinero para pagar nuestras bebidas y luego prosiguió:

—Te voy a decir algo, Scudder. De verdad que antes quería subir contigo a mi casa. Estaba muy mojada. No era una estratagema.

—Ya sabía que no lo era.

—Y tú también me deseabas mucho. Pero me alegro de que no hayamos hecho nada. ¿Sabes por qué?

—Dímelo tú.

—Porque así aún existe esa tensión sexual entre nosotros. ¿La notas?

—Sí.

—Y no va a desaparecer. Aún seguiré ahí mañana por la noche. A lo mejor me pongo los pantalones sin entrepierna para ir a Maspeth. ¿Te gustaría?

—Tal vez.

—Y también guantes largos y tacones altos —añadió, mientras se me quedaba mirando—. Pero camisa, no.

—Y te pintarás los pezones con lápiz de labios.

—Con rouge.

—Pero que sea del mismo tono que llevas ahora en los labios y las uñas.

—Podríamos jugar —dijo ella—. Después del intercambio. Tal vez sea divertido, los tres juntos.

—No lo sé.

—¿Qué crees, que intentaremos recuperar el dinero? Aún tendrás el resto de las copias. Una en manos de tu abogado y la otra en las de un detective privado.

—Ese no es el problema.

—¿Y cuál es, entonces?

—Eso de jugar los tres. Nunca me han gustado las multitudes.

—No te preocupes —me dijo—, vas a disponer de todo el espacio que necesites.

Llamé a las cuatro en punto. Debía de estar sentada al lado del teléfono, porque lo descolgó al segundo tono.

—Scudder —le dije.

—Eres puntual —señaló ella—. Es buena señal.

—¿De qué?

—De puntualidad. He hablado con mi marido. Se aviene a tus condiciones. Le parece bien mañana por la noche. En cuanto a la hora, él sugiere la medianoche.

—Mejor a la una.

—¿A la una de la mañana? Espera un momento.

Se produjo una pausa, y después Stettner se puso al teléfono:

—¿Scudder? Soy Bergen Stettner. A la una de la mañana está bien.

—Vale.

—Estoy deseando conocerlo. Ha impresionado usted mucho a mi mujer.

—También ella resulta bastante impresionante.

—Siempre lo he pensado. Tengo entendido que, de algún modo, ya nos conocemos. Era usted el aficionado al boxeo que estaba buscando el baño en el sitio equivocado. Debo admitir que no recuerdo su aspecto.

—Me reconocerá cuando me vea.

—Siento que ya lo conozco. Pero tengo un problema con el acuerdo. Por lo que Olga me ha explicado, tiene usted copias de la cinta en poder de un abogado y un agente, ¿es correcto?

—De un abogado y un detective privado.

—Que se abrirían en caso de que usted muera, con especificaciones de lo que quiere que se haga con ellas, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Sus precauciones son comprensibles, pero puedo asegurarle que son del todo innecesarias, aunque supongo que eso no le tranquilizará.

—No, no del todo.

—«Confía en todo el mundo, pero corta tú las cartas», ¿no dicen eso? Pero aquí está mi dilema, Scudder. Supongamos que concluimos nuestra transacción a satisfacción de ambos, usted se va por su lado y nosotros por el nuestro, y cinco años después va a cruzar la calle y lo atropella un autobús. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí.

—Porque si yo confío en usted...

—Lo comprendo —le dije—. Conozco a alguien que se encontraba en una situación parecida. Déjeme un segundo, a ver si recuerdo cómo lo solucionó.

Pensé un momento.

—Muy bien —añadí—. A ver qué le parece esto. Les diré que si muriese dentro de un año o más a partir de la fecha de hoy, deberán destruir el material que les dejé, a no ser que se den ciertas circunstancias especiales.

—¿Y cuáles serían esas circunstancias?

—Si existe alguna sospecha fundada de que he muerto como consecuencia de algún tipo de juego sucio, y si el asesino no ha sido identificado o arrestado; en otras palabras, estarán ustedes a salvo si me atropella un autobús o me dispara una amante celosa. Pero si me asesinan una o varias personas desconocidas, tendrán un problema.

—¿Y si mueres dentro del primer año?

—Entonces también lo tendrán.

—¿Aunque le pille un autobús?

—Aunque me dé un infarto.

—Por Dios —me dijo—. Eso no me gusta demasiado.

—Es lo máximo que puedo ofrecer.

—Mierda. ¿Qué tal anda usted de salud?

—Bastante bien.

—Espero que no se exceda con la coca.

—No suelo beber demasiada, no me gustan las burbujas.

—Buena respuesta. No practica paracaidismo, ni ala delta ni nada de eso, ¿verdad? Ni pilota su propio avión. Por Dios, si parezco un agente de seguros cuidando de los intereses de su compañía. Bueno, cuídese, ¿quiere, Scudder?

—Procuraré no meterme en situaciones de riesgo.

—Sí, será mejor —me dijo—. Creo que Olga tiene razón, ¿sabe? Creo que me va a caer bien. ¿Qué va a hacer esta noche?

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche. ¿Por qué no cenamos juntos? Tomaremos champán y nos reiremos un rato. Lo de mañana es una cita de negocios, pero no hay razón alguna para que no podamos reunirnos esta noche por placer.

—No, yo no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque ya había hecho planes.

—Pues cáncélelos. ¿Son tan importantes que no pueda posponerlos?

—Tengo que ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Se rio un buen rato y con ganas.

—¡Genial! —exclamó—. Sí, claro, ahora que lo dices, también nosotros tenemos planes. Olga va de acompañante a un baile de la organización de las juventudes católicas y yo también tengo que ir a...

—¿Al consejo de Boy Scouts? —le sugerí.

—Sí, exactamente, a la cena anual de entrega de premios del consejo local de Boy Scouts. Van a darme una banda al mérito por sodomía, uno de los galardones más codiciados. Desde luego que es usted un tipo gracioso, Scudder. Me va a costar un

montón de dinero, pero por lo menos, nos vamos a reír mucho.

En cuanto colgué el teléfono llamé a una agencia de alquiler de coches del vecindario, y reservé uno. No lo recogí inmediatamente, sino que antes me dirigí a Coliseum Books, donde compré un mapa Hagstrom de Queens. Cuando salía de la librería me di cuenta que el local se encontraba justo al otro lado de la calle en la que está la galería donde había dejado los originales de los retratos robot de Ray Galíndez para que me los enmarcaran. Habían hecho un trabajo perfecto; me quedé mirando los dibujos a lápiz detrás de su escudo de cristal antirreflectante y traté de verlos como puro arte. La verdad es que no lo logré del todo. Seguía viendo a dos chavales muertos y al hombre que los había matado.

Me los envolvieron, pagué con la tarjeta de crédito, y me los llevé al hotel. Los guardé en el armario y dediqué unos minutos a estudiar el plano de Queens. Fui a tomar un sándwich y una taza de café, y a leer el periódico. Después regresé al hotel y nuevamente estudié el mapa durante un rato. Hacia las siete me dirigí al sitio de alquiler de coches y volví a pagar con la tarjeta. Me pusieron al volante de un Toyota Corolla de color gris con casi diez mil kilómetros en el cuentakilómetros. Tenía el depósito de gasolina lleno y los ceniceros vacíos, pero el que se había ocupado de pasar el aspirador por dentro había hecho un trabajo bastante penoso.

Me llevé el plano, pero pude llegar allí sin necesidad de consultarlo; cogí el túnel de Midtown y la Long Island Expressway, y salí de ella justo después del intercambio BQE. Había bastante tráfico en la LIE, pero no demasiado, ya que para esa hora, la mayoría de la gente que regresaba a casa desde la ciudad estaba ya viendo la tele. Me di una vuelta por la zona, y cuando llegué al New Maspeth Arena, rodeé lentamente el edificio hasta encontrar un aparcamiento a mi gusto.

Me quedé allí una hora o más, como un viejo y vago poli en misión de vigilancia. Al cabo de un rato tuve que ir a mear, ya que no me había llevado el jarrillo vacío que se usa en esas ocasiones, como me habían enseñado años atrás. El hecho de que el barrio estuviera desierto y que no hubiera visto un alma en la última media hora hizo que me comportase de una forma verdaderamente descuidada, ya que conduje hasta un par de bloques más allá, me bajé del coche y meé con abandono en un muro de ladrillos. Di la vuelta al bloque y aparqué en otro punto, en la calle de enfrente del estadio. La zona era el sueño de cualquier conductor hecho realidad, pues todos los aparcamientos estaban libres.

Hacia las nueve o un poco más, dejé el Toyota y me acerqué caminando al estadio. Tardé un rato, ya que iba prestando mucha atención a todo lo que había a mi alrededor, y cuando volví al coche, saqué mi cuadernillo e hice algunos croquis. Encendí la luz del techo, pero no durante demasiado tiempo.

A las diez, decidí regresar a la ciudad, pero tomando una ruta diferente. El chico del garaje me dijo que tenía que cobrarme un día entero.

—Podría usted quedárselo toda la noche —me aconsejó—. Si me lo trae mañana al mediodía, el alquiler no le costará ni un penique más.

Le dije que ya no lo necesitaba. El garaje estaba en la Undécima Avenida, entre la Cincuenta y Siete y la Cincuenta y Ocho. Caminé una manzana hacia el este y después hacia el sur. Miré en Armstrong's, pero no vi a nadie conocido, y solo por si acaso eché un vistazo desde la puerta de Pete's All-American para ver si Durkin había vuelto allí. Pero no lo había hecho. Había hablado con él unos cuantos días antes, y me había dicho que esperaba no haber metido demasiado la pata. Le aseguré que se había comportado como un perfecto caballero.

—Pues sería la primera vez en mi vida —me aseguró—. No es que sea muy habitual, pero de vez en cuando, un hombre tiene que sacar el demonio que lleva dentro.

Le dije que comprendía perfectamente lo que me quería decir.

Mick tampoco estaba en Grogan's.

—Probablemente venga más tarde —me dijo Burke—. Lo más seguro es que pase por aquí antes de que cerremos.

Me senté en la barra con una Coca-Cola, y cuando me la hube terminado, pedí una soda. Después de un rato, entró Andy Buckley, y Burke le sirvió una pinta de Guinness. Él se sentó en el taburete que estaba a mi lado, y comenzó a hablarme de baloncesto. Me gustaba verlo, pero en los últimos años no lo había seguido con demasiada asiduidad. Estuve a gusto, porque a él no le importaba ser el que llevase el peso de la conversación. Había ido al Garden la noche anterior, y los Knicks habían marcado un triple en el último segundo, lo que había hecho que el equipo ganara el partido y Andy su apuesta.

Dejé que me convenciera para jugar una partida de dardos, pero no fui tan tonto como para apostar con él. Habría podido jugar con la mano derecha atada a la espalda, y aun así me hubiera ganado. Jugamos otra partida, y después volví a la barra y me tomé otra Coca-Cola mientras veía la televisión y Andy se quedaba en la diana practicando.

Al cabo de un rato se me ocurrió acudir a la reunión de medianoche. Cuando dejé de beber solían celebrarse reuniones todas las noches a las doce en la Iglesia Moravia de Lexington con la Treinta. Después, se quedaron sin aquel lugar, y el grupo tuvo que trasladarse al Alanon House, una sede de Alcohólicos Anónimos que ha ocupado diversos locales en el distrito de los teatros y que hoy en día se encuentra en un apartamento del tercer piso de la Cuarenta y Seis Oeste. En un momento en el que Alanon House se encontraba de mudanza, alguna gente empezó a celebrar de nuevo las reuniones de medianoche en el centro, en la calle Houston, junto a Varick, en la zona en la que el Village se junta con el Soho. El grupo del centro fue añadiendo otras reuniones, incluida una especial para insomnes todos los días a las dos de la



mañana.

Así que tenía varias reuniones de medianoche para elegir, y podía decirle a Burke que le comunicase a Mick que yo lo estaba buscando, y que volvería sobre la una y media, como muy tarde. Pero algo me detuvo, algo me mantuvo pegado a mi asiento y me llevó a pedir otra Coca-Cola cuando mi vaso se quedó vacío.

Estaba en el baño cuando finalmente apareció Mick, algo antes de la una. Cuando salí, él ya se encontraba en la barra con su botella de JJ&S y su vaso de Waterford.

—Amigo mío —me dijo—. Burke me ha dicho que estabas aquí y le he pedido que ponga a hacer café. Espero que te apetezca pasar aquí la velada.

—Esta noche no, Mick —le contesté.

—Bueno, quién sabe —repuso—. A lo mejor consigo hacerte cambiar de opinión. Nos sentamos en la mesa de siempre, se llenó el vaso y lo miró al trasluz.

—La verdad es que este color sí que es genial —dijo, y luego le dio un trago.

—Si alguna vez dejas de beber, puedes probar un refresco que tiene exactamente ese mismo color.

—¿En serio?

—Hombre, tendrías que esperar a que se le fuesen las burbujas —le dije.

—Eso estropearía el efecto, ¿no?

Tomó otro trago y suspiró.

—¿Así que un refresco, eh?

Hablamos de tonterías, y después me incliné hacia delante y le dije:

—¿Sigues necesitando dinero, Mick?

—¿Qué pasa, que tengo agujeros en los zapatos? —me preguntó.

—No.

—Ya sabes que siempre necesito dinero, te lo dije la otra noche.

—Sí, ya lo sé.

—¿Por qué?

—Sé de dónde puedes sacar un poco —le comenté.

—Ah —repuso.

Se sentó allí en silencio durante un rato, mientras una leve sonrisa aparecía y desaparecía de su rostro.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Como mínimo, cincuenta mil. Incluso puede que más.

—¿Y de quién es la pasta?

Aquella era una buena pregunta. Joe Durkin me había recordado que el dinero no tiene dueño. Según él afirmaba, aquello era una ley.

—De una pareja llamada Stettner —le contesté.

—¿Traficantes?

—Casi. Él trafica con divisas; blanquea dinero para un par de hermanos iraníes que viven en Los Ángeles.

—Iraníes —dijo con sorna—. Bueno, dame más detalles.

Debí de pasar unos veinte minutos hablando. Saqué el cuadernillo y le enseñé los croquis que había hecho en Maspeth. No había demasiado que contar, pero él me pidió que le aclarase varios puntos, para que todo quedase bien atado. Se quedó callado uno o dos minutos, y después llenó su vaso de güisqui y se lo bebió de un trago, como si se tratase de agua fresca en una tarde de verano.

—Mañana por la noche —me dijo—. Con cuatro hombres será suficiente. Otros dos y yo; y Andy para que conduzca. Tom podría ser uno de ellos, y el otro, tal vez Eddie o John. A Tom ya lo conoces, pero a Eddie y a John, no.

Tom era el camarero de día, un hombre de tez pálida y labios finos que procedía de Belfast. Siempre me había preguntado a qué se dedicaba por las tardes.

—Maspeth —me dijo—. ¿Puede salir algo bueno de allí? Por Dios... Así que mientras estábamos sentados viendo cómo dos negros se pegaban estaban blanqueando dinero bajo nuestros pies. ¿Por eso fuiste allí? ¿Y me llevaste a mí para que te acompañase?

—No. Sí que fui por cuestiones de trabajo, pero se trataba de otro asunto.

—Ya, pero por lo que veo ibas con los ojos bien abiertos.

—Sí, podríamos decir que sí.

—Y sumaste dos más dos —apuntó—. Bueno, es el tipo de asunto del que puedo ocuparme, pero desde luego, he de decirte que me sorprendes.

—¿Por qué?

—Por venirme con estas. No parece propio de ti. Es más de lo que cualquiera haría por amistad.

—Sueles pagar comisiones a los intermediarios de tus negocios, ¿no? —le pregunté.

—Ah —me dijo, mientras se le iluminaba la mirada con un brillo especial—. Sí —añadió—. Un cinco por ciento.

Se excusó para ir a hacer una llamada de teléfono. Mientras estuve solo, me quedé sentado mirando la botella y el vaso. Podía haberme tomado un poco del café que Burke me había hecho, pero no me apetecía, aunque tampoco quería el güisqui.

Cuando volvió, le dije:

—El cinco por ciento no es suficiente.

—¿Ah, no? —repuso, mientras su expresión se endurecía—. Por Dios, hoy eres una caja de sorpresas, y eso que creí que te conocía. ¿Qué hay de malo en el cinco por ciento? ¿Cuánto crees que debería darte?

—No, no es que haya nada de malo en el cinco por ciento —le contesté—, si es para un intermediario. Pero yo no quiero ser solo un intermediario.

—¿No? Entonces, ¿qué demonios quieres ser?

—Uno de los colaboradores —le dije—. Yo también quiero participar.

Se apoyó en el respaldo de la silla y se me quedó mirando. Se sirvió otra copa, pero ni siquiera la tocó; se quedó allí respirando profundamente y mirándome aún

más.

—Bueno, que me jodan —me dijo finalmente—. Que me jodan si te entiendo.

Por la mañana conseguí llevar finalmente Doce del patíbulo a mi caja fuerte. Compré una copia de la película para llevar a Maspeth, pero luego empecé a imaginarme todas las cosas que podrían salir mal, así que volví al banco, recuperé la original, y dejé la otra para no tener la posibilidad de confundirme.

Si me mataban en Maspeth, Joe Durkin se quedaría viendo aquel casete una y otra vez, tratando de sacarle algún significado oculto.

Estuve todo el día pensando que debería ir a una reunión. No había asistido a ninguna desde el domingo por la noche. Pensé en pasarme por una a la hora de comer, pero no lo hice. Luego me acordé de la que solía celebrarse a la hora feliz, hacia las cinco y media, y finalmente decidí ir al menos a la primera mitad de la habitual de San Pablo. Pero acabé sin ir tampoco a esa.

A las diez y media me fui a Grogan's.

Mick estaba allí, y nos metimos en la oficina que tenía en la parte posterior del local. Allí tiene un viejo escritorio de madera, sillas de oficina y un sillón reclinable Naugahyde. También tiene un viejo sofá de cuero verde, donde a veces se tumba a descansar durante unas horas. Una vez me dijo que tenía tres apartamentos en la ciudad, cada uno de ellos alquilado a nombre de una persona diferente. Y, por supuesto, también tiene la granja del norte.

—Eres el primero en llegar —me dijo—. Tom y Andy estarán aquí a las once. Matt, ¿te lo has pensado bien?

—Sí.

—¿Y no tienes remordimientos?

—¿Por qué iba a tenerlos?

—No pasaría nada aunque los tuvieses. Es probable que haya mucho derramamiento de sangre. Ya te lo dije anoche.

—Sí, me acuerdo perfectamente.

—Tendrás que llevar pistola; y si la llevas...

—Tienes que estar dispuesto a usarla. Sí, ya lo sé.

—Oh, por Dios —me dijo—. ¿Estás seguro de que vas a ser capaz de hacerlo?

—Ya lo veremos, ¿no?

Abrió la caja fuerte y me enseñó varias armas. La que me recomendaba era una SIG Sauer de 9 mm automática. Pesaba una tonelada y, desde luego, parecía capaz de parar un tren sin frenos. Jugué un rato con ella, probé el pasador, le quité el cargador y volví a ponérselo, y la verdad es que me gustaba cómo me sentía con ella en la mano. Era una pieza magnífica y estaba claro que resultaba impresionante. Pero terminé devolviéndosela y eligiendo un revolver de cañón recortado S&W del calibre 38. No tenía el aspecto amenazador de la SIG Sauer, por no hablar de su potencia,

pero me resultaba mucho más cómodo de llevar en los riñones, debajo del cinturón. Y además se parecía a la que solía llevar cuando pertenecía al cuerpo.

Mick se quedó con la SIG para él.

A las once, Tom y Andy ya habían llegado, y habían entrado en la oficina para elegir también ellos un arma. La puerta del despacho, por supuesto, se quedó cerrada, y todos dimos vueltas por allí hablando del buen tiempo que hacía, intentando convencernos de que todo iba a ser muy sencillo. Después Andy se fue, trajo el coche, salimos de Grogan's todos en fila y nos metimos dentro.

El vehículo era un Ford, un LTD Crown Victoria de unos cinco años. Era largo, tenía mucho espacio, un maletero enorme y un motor de gran potencia. Al principio creí que lo habían robado para la ocasión, pero luego me enteré de que Ballou se lo había comprado hacía algún tiempo. Andy Buckley lo tenía en un garaje del Bronx y lo sacaba para este tipo de trabajos. Las matrículas eran verdaderas, pero aunque las investigasen no les iban a llevar a ninguna parte, porque el nombre y la dirección del registro eran ficticios.

Andy cruzó la ciudad por la calle Cincuenta y Siete y después cogió el puente de la Cincuenta y Nueve hasta Queens. Esta ruta me gustó más que la que yo había seguido el día anterior. Una vez dentro del coche, ya no hablamos demasiado, y una vez que cruzamos el puente, el silencio prácticamente ya no volvió a romperse. Es posible que unos minutos antes de un partido por el campeonato los vestuarios también estuviesen así. O tal vez no; en los deportes no se dispara al que pierde.

No creo que tardásemos más de media hora en hacer el trayecto; no había tráfico, y Andy conocía muy bien el camino. Así que debimos de llegar al estadio aproximadamente a media noche. No había conducido muy rápido, pero luego redujo la velocidad a poco más de treinta kilómetros por hora para que pudiésemos examinar el edificio y sus alrededores mientras hacíamos una pasada. Subimos por una calle y bajamos por otra, y de vez en cuando pasábamos por el estadio y le echábamos un vistazo. Las calles estaban tan desiertas como la noche anterior, y el hecho de que fuera más tarde hacía que parecieran aún más solitarias. Después de dar vueltas durante veinte minutos o más, Mick le dijo que ya podía aparcar.

—Si seguimos conduciendo de un lado para otro, algún puto poli va a venir a preguntarnos si nos hemos perdido.

—No he visto a ninguno desde que cruzamos el puente —apuntó Andy.

Mick iba delante, en el asiento del copiloto, y yo atrás con Tom, que no había abierto la boca desde que salimos de la oficina de su jefe.

—Hemos llegado pronto —comentó el conductor—. ¿Qué quieres que haga?

—Aparca cerca del sitio, pero no justo enfrente —contestó Mick—. Nos quedaremos aquí y esperaremos. Si alguien nos provoca, nos iremos a casa y nos emborracharemos.

Terminamos aparcados medio bloque más allá del estadio, al otro lado de la calle. Andy apagó el motor y las luces. Me quedé allí sentado, tratando de averiguar en qué

distrito nos encontrábamos para saber quién podía venir a buscarnos. Tendría que ser el 108 o el 104, pero no era capaz de recordar dónde se encontraba el límite entre ambos, ni tampoco sabía dónde estábamos nosotros con respecto a él. No sé cuánto tiempo permanecí allí sentado, con el ceño fruncido, muy concentrado, tratando de ver el plano de Queens en mi cabeza, y colocándole un mapa de los distritos encima. Nada podía tener menos importancia en aquel momento, pero mi mente se afanaba en esos pensamientos como si de encontrar la respuesta a ellos dependiese el destino del mundo.

Todavía no lo había resuelto cuando Mick se giró hacia mí y señaló el reloj. Era la una en punto. Hora de irse.

Tuve que entrar solo. Aquella parecía ser la parte más sencilla, pero a mí no me lo pareció cuando llegó el momento de enfrentarme a ella. No había modo de saber qué tipo de recibimiento me esperaba. Si Stettner había decidido, cosa muy razonable además, que era más barato y más seguro matarme que pagarme, lo único que tenía que hacer era entornar la puerta unos centímetros y dispararme sin que prácticamente le hubiera puesto los ojos encima. Allí se podía disparar un cañón sin que nadie se enterase, y, además, aunque alguien lo oyese, le importaría un bledo.

Ni siquiera sabía si Bergen y Olga estaban en el interior. Yo llegaba justo a la hora, y ellos debían de llevar allí muchísimo tiempo. Eran los anfitriones, y no tenía sentido que llegasen tarde a su propia fiesta. Aun así, yo no había visto por la calle ningún coche que pudiese ser suyo, y no había detectado signo alguno de vida en el estadio, al menos desde donde estábamos aparcados.

Probablemente hubiera un garaje en el interior del edificio; me había parecido ver la puerta de uno en el lado opuesto. Si yo hubiera estado en su lugar, habría preferido tener dónde aparcar allí dentro. No sabía qué coche tendrían, pero si fuera alguno que encajase en su modo de vida desde luego no sería del tipo que a uno le gustaría dejar aparcado en la calle.

Todo aquello lo pensaba únicamente para mantener la cabeza ocupada en cosas vanas, igual que antes había hecho al tratar de adivinar el distrito en el que nos encontrábamos. ¿Estarían o no estarían? ¿Me saludarían con un apretón de manos o con una bala? Y el caso es que intuía desde el principio que estaban allí, porque sentía que unos ojos me observaban mientras me acercaba a la puerta. Llevaba el casete en el bolsillo del abrigo, ya que suponía que no me dispararían antes de asegurarse de que lo llevaba conmigo. También llevaba la Smith del calibre 38 en el mismo lugar que la había colocado al principio, debajo del abrigo y de la chaqueta del traje, sujeta bajo la cinturilla de los pantalones. En aquel momento me hubiera resultado mucho más práctico llevarla en el bolsillo del abrigo, pero quería tenerla a mano después de quitármelo y...

Me estaban observando, ya estaba claro, porque la puerta se abrió antes de que

llegase a llamar. No había ninguna pistola apuntándome, solo Bergen Stettner vestido como lo había visto el jueves por la noche, con la chaqueta deportiva de ante. En esta ocasión, sus pantalones eran de color caqui, y parecían de un uniforme militar; además se había metido la parte inferior dentro de las botas. Desde luego, era una imagen muy curiosa, ya que las diferentes partes de su indumentaria en principio parecían no encajar unas con otras, aunque, sin saber muy bien cómo, sí lo hacían.

—Scudder —me dijo—, llegas justo a tiempo.

Me acercó la mano y nos dimos un apretón. Su forma de agarrarme fue firme, pero no hizo de ella un concurso de fuerza, sino que se limitó a estrecharme la mano de forma brusca y luego me la soltó.

—Ahora sí que te reconozco —me aseguró—. Sabía quién eras, pero no recordaba bien tus facciones. Olga dice que le recuerdas a mí. Pero supongo que no será por el físico, ¿o crees que tú y yo nos parecemos?

Se encogió de hombros.

—A mí, al menos no me lo parece —concluyó—. Bueno, ¿bajamos? La señora nos está esperando.

Había algo premeditado en su forma de actuar, como si nos estuviera observando un público invisible. ¿Nos estarían grabando? La verdad es que no se me ocurría ninguna razón por la que pudiera querer hacerlo.

Me di la vuelta y agarré la puerta para cerrarla. Llevaba una bolita de chicle en la mano y la metí dentro de la cerradura, para que esta solo se cerrase en apariencia. No estaba seguro de que aquella treta fuese a funcionar, pero de todas formas sabía que no era imprescindible, ya que Ballou podría darle una patada y abrirla sin problemas; o abrirse paso a tiros si no quedaba más remedio.

—Déjala —dijo Stettner—; se cierra automáticamente.

Me aparté de la puerta. Él ya estaba en lo alto de las escaleras, metiéndome prisa con un gesto que resultaba cortés e irónico a la vez.

—Detrás de ti —me indicó.

Lo precedí escaleras abajo, y él se puso a mi altura al llegar al final. Me cogió del brazo y me llevó pasillo adelante, a lo largo de las puertas de las salas en las que había logrado curiosear la última vez, hasta llegar a una puerta al final del corredor. La habitación que había tras el umbral contrastaba enormemente con el resto del edificio, y no cabía duda de que no había servido como escenario para su película. Era un salón enorme de casi diez metros de largo por seis de ancho, con el suelo cubierto por una gruesa alfombra gris y las paredes tapizadas con una tela de color blanco roto.

Al otro lado de la estancia vi una cama de agua de gran tamaño, cubierta con lo que parecía ser una piel de cebra. Sobre la cama había colgado un cuadro de estilo abstracto, con figuras geométricas; todo ángulos rectos, líneas rectas y colores primarios.

Más cerca de la puerta, un enorme sofá y dos sillones a juego estaban agrupados

frente a una especie de repisa en la que había una pantalla de televisión de muchas pulgadas y un vídeo. El sofá y uno de los sillones eran de color gris carbón, varios tonos más oscuros que la alfombra. El otro era blanco, y sobre él habían colocado un maletín de cuero marrón.

Por toda la pared se veía un sistema estéreo modular, y justo a su derecha, una caja fuerte Mosler. Tenía como metro ochenta de alto y casi otro tanto de ancho. Había otro cuadro encima del estéreo, un pequeño óleo de un árbol, con hojas de un color verde vivo. A medio camino se podía ver un par de retratos de la primera época americana con sendos marcos labrados, dorados e idénticos.

En uno de los lados había instalado un bar, justo debajo de los retratos. Olga salió de él con un vaso en la mano y me preguntó qué quería tomar.

—Nada, gracias.

—Pero tienes que tomarte algo —replicó ella—. Bergen, dile a Scudder que se tome algo.

—No le apetece —la reprendió Stettner.

Olga se enfurruñó. Como había prometido, iba vestida con la misma indumentaria que en la película: guantes largos, tacones altos, pantalones de cuero sin entrepierna y carmín en los pezones. Se nos acercó con la bebida en la mano, un líquido claro con hielo. Sin que se lo preguntara, me dijo que era aguardiente y que si estaba seguro de que no quería que me sirviese uno a mí. Le dije que sí lo estaba.

—¡Menuda habitación! —exclamé.

Stettner me miró satisfecho.

—¿Sorprendido, eh? Aquí, en este horrible edificio, en la parte más solitaria de un lúgubre vecindario, nosotros tenemos este refugio; la última avanzadilla de la civilización está aquí escondida. Yo solo le añadiría una cosa más.

—¿Y qué sería?

—Me gustaría que tuviese un sótano más.

Se rio ante mi sorpresa.

—Lo excavaría —me explicó—. Me haría un sótano más, y crearía un espacio que abarcase todo el edificio. Cavaría tan profundo como quisiera, dejaría los techos a unos cuatro metros. ¡Qué coño! ¡A cinco metros! Y por supuesto, mantendría la entrada oculta. Se podría registrar el edificio a placer sin sospechar jamás que todo un mundo de lujo existía debajo de él.

Olga entornó los ojos y se rio.

—Ella cree que estoy loco —dijo—, y tal vez lo esté. Pero vivo como quiero, ¿sabes? Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Quítate el abrigo. Debes estar cociéndote.

Me lo quité, y saqué el casete del bolsillo. Stettner se llevó el gabán y lo dejó sobre el respaldo del sofá. No mencionó la cinta, y yo no dije nada acerca del maletín. Nuestro comportamiento estaba a la altura del lugar en el que nos encontrábamos.

—No haces más que mirar ese cuadro —me dijo—. ¿Conoces al autor?



Se trataba del pequeño paisaje, el lienzo del árbol.

—Parece un Corot —le contesté.

Él levantó las cejas impresionado.

—Tienes buen ojo —afirmó.

—¿Es auténtico?

—Eso cree el museo. Y también el ladrón que los libró de él. Dadas las circunstancias en las que lo adquirí, difícilmente podría traer un experto que lo autentificase —dijo, sonriendo—. Lo que sí querría autentificar es lo que estoy a punto de comprar, si no te importa.

—Por supuesto que no —asentí.

Le pasé el casete; él leyó el título en voz alta y se rio.

—Así que a Leveque no le faltaba sentido del humor, después de todo —me dijo—. Lo mantuvo bien guardado durante toda su vida. Si quieres autentificar tu parte del trato, no tienes más que coger el maletín.

Abrí los cerrojos y levanté la tapa. Contenía fajos de billetes de veinte dólares atados con cintas de goma.

—Espero que no te importe que te lo dé en billetes de veinte —me dijo—. No especificaste cómo los querías.

—Así está bien.

—Son cincuenta fajos de cincuenta billetes cada uno. ¿Por qué no los cuentas?

—Me fío de ti.

—Yo debería ser igual de cortés y fiarme de que esta es la cinta de Leveque. Pero creo que la voy a poner para asegurarme.

—¿Por qué no? Yo también he abierto el maletín.

—Sí, habría sido un verdadero acto de fe, ¿verdad? Quiero decir, aceptarlo cerrado. Olga, tenías razón. Me gusta este hombre.

Me dio una palmada en el hombro.

—¿Sabes una cosa, Scudder? Me parece que tú y yo vamos a ser amigos. Creo que estamos predestinados a estar muy cerca el uno del otro.

Recordé lo que le había dicho a Richard Thurman: «Ahora tú y yo estamos muy cerca. Somos hermanos de sangre y semen».

Puso el casete, pero quitó el sonido. Pasó a trozos la primera parte, y hubo un momento en que pensé que la había jodido en el banco y me había traído la versión normal de Doce del patíbulo. No habría importado lo que contuviese la cinta si Mick Ballou hubiese movido el culo y derribado ya la puerta, pero las cosas parecían estar tranquilas allá fuera, al menos por el momento.

—Ahí está —dijo Stettner.

Y me tranquilicé, porque ya estábamos viendo su vídeo doméstico. El hombre se quedó mirando, con los brazos en jarras, muy atento a la pantalla. El aparato era más grande que el de Elaine, y la imagen, de algún modo, resultaba aún más impactante. Me di cuenta de que también había captado mi atención, aunque no quería. Olga, tras

acercarse a su marido, miraba el televisor como hipnotizada.

—Eres una mujer preciosa —le dijo Stettner.

Y a mí me comentó:

—Aquí la tengo en carne y hueso, pero he de verla en la pantalla para apreciar lo bella que es. Es curioso, ¿no crees?

Ya no importó la respuesta que yo fuera a darle, porque se perdió para siempre al oírse un ruido de disparos en alguna parte del edificio. Hubo dos detonaciones muy seguidas, y después una lluvia de tiros en respuesta a aquellos. Stettner dijo:

—¡Jesucristo bendito!

Y se dio la vuelta para mirar a la puerta. Había empezado a moverse al segundo de percatarnos de lo que eran aquellos sonidos. Yo di un paso atrás, me separé la parte trasera de la chaqueta del traje con la mano izquierda y cogí la pistola con la derecha. La sostuve en la mano, con el dedo puesto en el gatillo y el pulgar en el percutor. Tenía la espalda contra la pared, con lo que podía cubrirles y ver al mismo tiempo la puerta que daba al pasillo.

—Quietos —les dije—. Que nadie se mueva.

En la pantalla, Olga montaba al chico, empalada en su pene. Lo cabalgaba de forma furiosa en aquel completo silencio. Podía verla por el rabillo del ojo, pero Bergen y su esposa ya no estaban mirando. Estaban uno junto al otro observándonos a mí y a la pistola que tenía en la mano. Los tres nos quedamos tan callados como la pareja que aparecía en la pantalla.

Un único disparo rompió el silencio. Después lo llenó todo de nuevo, hasta que unos pasos en las escaleras volvieron a romperlo.

Hubo más pasos por el pasillo, y ruidos de puertas que se abrían y se cerraban. Stettner parecía estar a punto de decir algo. Entonces oí cómo me llamaba Ballou.

—¡Aquí! —le grité—. Al final del pasillo.

Entró a toda prisa en la habitación, con la tremenda automática como el juguete de un niño en su enorme mano. Llevaba el delantal de su padre. Su cara estaba contraída por la ira.

—Han disparado a Tom —dijo.

—¿Es grave?

—No demasiado, pero ha caído. Era una puta trampa, entramos por la puerta y dos de ellos estaban escondidos en las sombras y empuñando pistolas. Por suerte, tenían muy mala puntería, pero Tom recibió una bala antes de que pudiese derribarlos.

Respiraba con dificultad, con enormes bocanadas de aire.

—He matado a uno, y al otro lo he derribado de dos tiros en el estómago. Acabo de meterle la pistola en la boca y saltarle la tapa de los sesos. Puto bastardo, disparar emboscado a un hombre...

Por eso Stettner parecía estar actuando cuando me abrió la puerta. Tenía público; después de todo, sus guardias estaban escondidos en las sombras.

—¿Dónde está la pasta? Cojámosla y llevemos a Tom a un médico.

—Ahí tienes tu dinero —dijo Stettner con tono grave, señalando al maletín todavía abierto—. Lo único que tenías que hacer era cogerlo y marcharte. No hacía falta nada de esto.

—Pero si tú tenías guardias apostados en la entrada... —le recriminé.

—Era únicamente una medida de precaución, y parece que acertada. Aunque no me ha servido de nada, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Ahí está tu dinero —repitió—. Cógelo y sal de aquí.

—Son cincuenta mil —le dije a Ballou—. Pero hay más en la caja fuerte.

Se quedó mirando, primero a la enorme Mosler y después a Stettner.

—Ábrela —le ordenó.

—No hay nada ahí dentro.

—¡Abre la puta caja!

—No hay más que cintas, aunque ninguna tan buena como la que estábamos viendo. Es interesante, ¿no crees?

Ballou echó un vistazo a la televisión; ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí. Necesitó uno o dos segundos para comprender lo que estaba ocurriendo en el silencio de las imágenes. Después apuntó y le pegó un tiro, con la Sauer bien agarrada para amortiguar el considerable retroceso del arma. El tubo de imagen del aparato explotó y el estruendo fue enorme.

—Abre la caja —repitió.

—Ahí dentro no hay dinero. Tengo algo en otras cajas, y el resto en mi oficina.

—Ábrela o estás muerto.

—No creo que pueda —dijo fríamente Stettner—. Nunca recuerdo la combinación.

Ballou lo agarró por la pechera de la camisa y lo tiró contra la pared de un bofetón con el revés de la mano. Stettner no perdió la compostura. Un hilillo de sangre resbaló de una de sus fosas nasales, pero si se dio cuenta de ello, no mostró signo alguno.

—Esto es una tontería —dijo—. No voy a abrirla. Si la abro, estamos muertos.

—Y si no la abres, también —replicó Ballou.

—Solo si eres idiota. Vivos te podemos conseguir más dinero; muertos, jamás podrás abrir la caja.

—Estamos muertos en cualquier caso —dijo Olga.

—Yo no lo creo —le corrigió Stettner.

Y luego se dirigió a Ballou:

—Puedes pegarnos si quieres. Tú tienes la pistola, así que tú decides. Pero ¿no ves que no tiene ningún sentido? Y mientras tanto, tu hombre, Tom, está tirado en el suelo, desangrándose ahí arriba. Morirá mientras tú pierdes el tiempo intentando persuadirme de que abra una caja fuerte vacía. ¿Por qué no ahorras tiempo, coges los

cincuenta mil y te llevas a tu chico a un médico, que es lo que en realidad necesita?

Mick se me quedó mirando. Me preguntó qué creía que había en la caja.

—Algo bueno —le contesté—, o ya la habría abierto.

Él asintió lentamente; después se giró y dejó la SIG Sauer junto al maletín. Yo aún apuntaba al matrimonio con mi Smith del 38. De un bolsillo del delantal de carnicero sacó un cuchillo que llevaba la hoja metida en una funda de cuero. Lo desenvainó. La hoja era de acero al carbono, y había ido perdiendo color con los años. A mí el arma me resultaba verdaderamente aterradora, pero Stettner se la quedó mirando con aparente agrado.

—Abre la caja —repitió Ballou.

—Creo que no.

—Le voy a cortar esas preciosas tetas a tu mujer —le dijo en tono amenazante—. La voy a convertir en comida para gatos.

—Eso no te va reportar beneficios económicos, ¿o sí?

Me acordé del traficante de Jamaica Estates y el farol que se había echado. Yo no sabía si lo de Mick también lo sería, y la verdad es que no quería comprobarlo.

Agarró a Olga por el antebrazo, y la atrajo hacia sí.

—Espera —le pedí.

Se me quedó mirando con ojos furibundos.

—Los cuadros —continué.

—¿De qué estás hablando, tío?

Señalé el pequeño Corot.

—Eso vale más de lo que puede tener en la caja —le aseguré.

—No quiero molestarte en vender un puto cuadro.

—Tampoco yo —le dije, pero apunté la pistola y descerrajé un tiro que dejó una enorme marca en la pared, al lado del óleo. El hormigón se descascarilló, pero lo que quedó hecho pedazos fue la sangre fría de Stettner.

—Puedes estar seguro que lo haré —le dije—. Le dispararé a ese y a los demás.

Dirigí la pistola hacia el par de retratos y apreté el gatillo sin haber apuntado previamente. La bala atravesó el retrato de la mujer, y le dejó un pequeño agujero a unos centímetros de la frente.

—¡Por Dios! —se escandalizó Stettner—. Sois unos auténticos vándalos.

—No es más que pintura y tela.

—¡Por Dios! Abriré la caja.

Marcó la combinación con mano rápida y segura. El único sonido que se podía oír era el giro de la ruedecilla. Yo agarraba fuertemente la Smith y respiraba el olor a pólvora que desprendía. La pistola pesaba y me dolía un poco la mano a causa del retroceso de los disparos. Quería dejarla. No había necesidad de apuntarle a nadie. Bergen estaba ocupado con la caja, y Olga, como congelada de miedo e incapaz de moverse.

Stettner metió el último número, giró la manilla y abrió las puertas gemelas.

Todos miramos, y vimos en su interior varios fajos de billetes. Yo estaba a un lado, y mi visión estaba parcialmente bloqueada por los otros dos hombres. Vi cómo la mano de Stettner se metía a toda prisa en la caja abierta y grité:

—Mick, tiene una pistola.

Si hubiera sido una película, nos habrían mostrado la escena a cámara lenta; y es curioso que sea así como yo la recuerdo. Stettner metió la mano dentro de la caja, y agarró una pistola automática de acero. La mano de Mick que sujetaba el enorme cuchillo estaba colocada muy en lo alto, y de pronto vi que caía dibujando un mortífero arco. La hoja cortó la carne limpiamente, de forma casi quirúrgica, justo por la muñeca. La mano pareció saltar hacia delante, alejándose del filo, como liberándose del brazo.

Stettner se giró, se alejó de la caja abierta y se nos quedó mirando. Tenía la cara pálida y la boca abierta de horror. Alargó el brazo como si se tratase de un escudo. La sangre de sus arterias, brillante como el sol, salía a borbotones de su brazo mutilado. El hombre fue dando tumbos hacia delante, moviendo la boca pero sin pronunciar sonido alguno, y salpicándonos con la sangre de su brazo lisiado, hasta que Ballou dejó escapar un horrible sonido desde lo más profundo de su garganta, volvió a lanzar el cuchillo, y lo enterró esta vez entre el hombro y el cuello de Stettner. Aquella embestida obligó al hombre a caer de rodillas y los dos dimos un paso atrás, para despejarle el camino. Cayó de bruces, y se quedó en el suelo, muy quieto, mientras toda la alfombra se empapaba de sangre.

Olga parecía petrificada, no creo que se hubiese movido ni un milímetro. Tenía la boca floja, y las manos colocadas a ambos lados de sus pechos, lo que permitía ver que el color de sus uñas era exactamente igual que el de sus pezones.

La miré a ella y luego a Ballou. En aquel momento, él se giraba hacia la mujer, con el delantal teñido de carmesí por la sangre fresca, y la mano bien agarrada a la empuñadura del cuchillo.

Me di la vuelta con la Smith en la mano, y no lo dudé ni un segundo. Apreté el gatillo y la pistola me golpeó en la mano.

El primer tiro fue muy precipitado, y se me desvió por completo. Le di en el hombro derecho. Apreté muy fuerte el codo contra mis costillas, y disparé otra vez; y después una tercera. Ambos impactos fueron al centro del tórax, en medio de aquellos pechos pintados de rojo. La luz de sus ojos desapareció antes de que llegara siquiera a golpear el suelo.

—Matt.

Me quedé allí de pie, mirando cómo caía, mientras Mick me llamaba por mi nombre. Sentí su mano sobre mi hombro. Aquella habitación apestaba a muerte; el olor de los disparos, de la sangre y de los desechos corporales inundaba el ambiente. De pronto, me invadió el cansancio, y se me instaló un nudo en la garganta, como si algo se me hubiese quedado allí atragantado y pugnase por salir.

—Vamos, tío. Tenemos que largarnos de aquí.

Empecé a moverme rápidamente una vez me deshice de la sensación que me atenazaba. Mientras él vaciaba la caja fuerte y lanzaba los fajos de billetes a un saco de lona, yo me puse a borrar las huellas que cualquiera de los dos hubiéramos podido dejar. Saqué el casete del vídeo, me lo metí en el bolsillo del abrigo y me lo eché sobre el brazo. Metí la pistola nuevamente en mi cinturón y la SIG Sauer de Mick en el bolsillo. Cogí el maletín y seguí a Ballou por el pasillo y las escaleras.

Tom estaba justo al lado de la puerta, apoyado contra un muro para poder mantenerse sentado. A juzgar por su cara, parecía que no le quedaba sangre en el cuerpo, pero la verdad es que siempre había sido muy pálido. Mick dejó los dos sacos de dinero en el suelo, cogió a Tom en brazos y se lo llevó hasta el coche. Andy tenía la puerta del vehículo abierta, y Mick colocó al herido en el asiento trasero.

Ballou volvió a recoger el dinero mientras Andy abría el maletero. Yo eché dentro todo lo que llevaba, y Mick añadió al botín los dos sacos de dinero, y cerró la tapa con fuerza. Volví a entrar en el estadio y comprobé la habitación de la masacre. Estaban los dos muertos, y no creía haber pasado nada por alto. En la parte superior de la escalera, encontré a los dos guardias, y los dos estaban muertos también. Limpié la zona en la que Tom había estado sentado por si había dejado huellas, y quité de la cerradura la mayor parte del chicle para que la puerta no se quedase abierta. También limpié la cerradura y las partes de la puerta que hubiésemos podido tocar.

Me hacían señas desde el coche. Yo miré a mi alrededor. El barrio estaba más desierto que nunca. Corrí por el pavimento. La puerta delantera del Ford estaba abierta, y el asiento del copiloto, vacío. Mick se había sentado atrás, con Tom, y le hablaba en voz baja, presionando la herida de su hombro con un trozo de tela. Parecía que ya había cedido la hemorragia, pero no sabíamos cuánta sangre habría perdido.

Entré en el coche y cerré la puerta. El motor ya estaba encendido, y Andy arrancó

con suavidad. Mick le dijo:

—Ya sabes adónde vamos, Andy.

—Sí, Mick.

—No queremos que nos pongan una multa, bien lo sabe Dios, pero písale todo lo que puedas.

Mick tiene una granja en el condado de Úlster. La ciudad más cercana es Ellenville. Una pareja de Westmeath, unos tales señor y señora O'Mara, cuidan de la propiedad, y son sus nombres los que aparecen en las escrituras. Fue allí a donde nos dirigimos; llegamos a las tres o tres y media de la madrugada. Andy conducía con el detector de radar encendido y aun así, no se pasó demasiado del límite de velocidad.

Metimos a Tom dentro de la casa, lo acomodamos en el sofá cama de la terraza y Mick salió con Andy y despertó a un médico que conocía, un hombre pequeño, con cara de pocos amigos y manchas en el dorso de las manos. Estuvo con el herido durante casi una hora, y cuando salió, se lavó las manos durante un montón de tiempo en la pila de la cocina.

—Se recuperará —anunció—. Es un bastardo duro de pelar, ¿verdad? Me ha dicho: «Ya me habían disparado antes, doctor», y yo le he dicho: «Bueno, chico, ¿es que no vas a aprender nunca a agacharte?». No he conseguido arrancarle una sonrisa, pero no parece que tenga costumbre de dejar escapar demasiadas. Se pondrá bien; sobrevivirá para que le vuelvan a disparar otra vez más. Si sois creyentes, agradecedle a Dios que se haya descubierto la penicilina. Antes, con una herida como esa, acababas con una septicemia que te mataba en una semana o diez días. Pero hoy, eso ya no ocurre. ¿No es curioso que aún no podamos vivir para siempre?

Mientras el médico trabajaba, nosotros nos quedamos sentados alrededor de la mesa de la cocina. Mick abrió una botella de güisqui, y la mayor parte ya había desaparecido para cuando Andy llevó al doctor a casa. Andy se había tomado la primera cerveza lo más despacio posible, y después una segunda. Yo había encontrado una botella de ginger ale en la parte de atrás de la nevera, y me la había bebido. Nos habíamos quedado allí sentados, pero nadie se había atrevido a hablar del asunto.

Después de dejar al médico, volvió a recogernos, paró el coche frente a la casa y tocó el claxon. Mick se puso de copiloto, y yo me senté atrás. Tom se quedó en la granja, porque el doctor quería que hiciese reposo en cama durante unos días, y tenía pensado pasar a visitarle de nuevo el fin de semana, o incluso antes si le subía la fiebre. La señora O'Mara le cuidaría. Supuse que ya antes habría hecho cosas parecidas.

Andy tomó la Thruway y volvió a ponernos en ruta. Cogimos por Saw Mill y Henry Hudson, y terminamos frente a Grogan's. Ya eran las seis y media de la mañana, pero yo no había estado tan despierto en mi vida. Metimos dentro los sacos

de dinero y Mick los guardó en su caja fuerte. Le dimos a Andy las pistolas que habían sido disparadas, y él, de camino a casa, las tiró al río.

—Saldaremos cuentas dentro de uno o dos días —le dijo Mick—, tan pronto cuente lo que nos hemos llevado y calcule lo que le corresponde a cada uno. Nos llevaremos una buena suma por el excelente trabajo que hemos hecho esta noche.

—Eso no me preocupa —aseguró Andy.

—Vete ya a casa —le aconsejó Mick—. Dale recuerdos a tu madre, es una mujer adorable. Y tú eres un conductor fantástico, Andy; eres el mejor.

Nos sentamos en la mesa de siempre, con las puertas cerradas y la luz del amanecer como única iluminación. Mick cogió una botella y un vaso, pero bebió con moderación. Yo había cogido una Coca-Cola para mí y había encontrado un trozo de limón para quitarle un poco el dulzor, pero una vez que conseguí servírmela como quería, apenas toqué el maldito vaso.

Durante al menos una hora apenas intercambiamos una sola palabra. Cuando Mick se puso en pie, hacia las siete y media, yo le seguí. No tenía que preguntarle a dónde íbamos, y él tampoco necesitó entrar a coger el delantal. Aún lo llevaba puesto.

Lo acompañé a recoger el Cadillac y nos fuimos en él, en silencio, Novena Avenida abajo hasta la calle Catorce. Aparcamos frente a Towmey's, subimos por las escaleras, y entramos en el santuario de St. Bernard. Llegábamos unos minutos antes de la cuenta y tomamos asiento en la última fila de la pequeña capilla donde se celebraba la misa de los carniceros.

El cura que la oficiaba aquella mañana era joven, tenía la cara rosada y suave, como si nunca hubiera tenido que afeitarse. Tenía un fuerte acento del oeste de Irlanda y probablemente hubiese llegado al país hacía poco tiempo. Parecía seguro de sí mismo, al menos delante de su pequeña congregación de monjas y carniceros.

No recuerdo el contenido del oficio. Estaba allí y no estaba. Me ponía de pie cuando los demás lo hacían, y de la misma manera me sentaba y me arrodillaba. Incluso repetía las palabras que se suponía que tenía que decir. Pero mientras lo hacía, seguía respirando el olor de la mezcla de sangre y pólvora, veía cómo descendía el cuchillo describiendo su furioso arco, y observaba cómo chorreaba la sangre mientras la pistola me golpeaba la mano.

Y entonces ocurrió algo curioso.

Cuando los demás se pusieron en fila para recibir la comunión, Mick y yo nos quedamos en nuestros asientos, como siempre habíamos hecho. Pero mientras la gente se iba moviendo, a medida que cada persona decía amén y recibía la hostia, algo hizo que me levantara y me pusiera al final de la cola. Sentí un ligero hormigueo en las palmas de las manos y una especie de latido en la garganta.

La fila seguía avanzando.

—El cuerpo de Cristo —decía el cura una y otra vez.



—Amén —contestaba cada uno de los comulgantes.

Seguíamos aproximándonos, y de pronto, me encontré frente al sacerdote, y Ballou estaba justo detrás de mí.

—El cuerpo de Cristo —me dijo el cura.

—Amén —contesté yo.

Y tomé la Sagrada Forma sobre mi lengua.

Fuera, el sol brillaba y el aire me despertaba con su frescura. En mitad de las escaleras de la iglesia, Mick se puso a mi lado y me cogió del brazo. Tenía una enorme sonrisa en los labios.

—Bueno, ya está claro que nos vamos a abrasar en el Infierno —me dijo—. Hemos ido a comulgar con sangre en las manos. Si hay alguna forma más segura de entrar en el Infierno, desde luego a mí no se me ocurre. Llevo treinta años sin confesar mis pecados, y mi delantal aún está húmedo de la sangre de ese bastardo, y voy y me subo al altar como si estuviera en estado de gracia.

Suspiró de puro asombro.

—Y lo tuyo aún es mejor. Ni siquiera eres católico... Porque no estás bautizado, ¿verdad?

—Creo que no.

—Jesús bendito, un puto pagano yendo a comulgar al altar; y yo voy y me coloco detrás de él como una oveja descarriada. ¿Qué te ha llevado a hacer eso, tío?

—No lo sé.

—La otra noche te dije que eras una caja de sorpresas. Pero por Dios que no conocía ni la mitad de ellas. Anda, vamos.

—¿Adónde vamos?

—Necesito beber algo —me dijo—. Y quiero que me acompañes.

Fuimos a un bar de carniceros en la esquina de la Trece con Washington. Ya habíamos ido allí en otras ocasiones. El suelo estaba cubierto de serrín, y el aire estaba viciado por el humo del cigarro del camarero. Nos sentamos en una mesa con un güisqui para él y un café solo bien cargado para mí.

Me preguntó simplemente:

—¿Por qué?

Me quedé un rato pensando, y luego negué con la cabeza.

—No lo sé —le dije—. No lo tenía planeado. Algo hizo que me pusiese en pie y me dirigiese al altar.

—No hablaba de eso.

—¡Ah!

—¿Por qué has venido esta noche? ¿Qué es lo que te ha impulsado a ir a Maspeth con una pistola en la mano?

—Ah, ya —dije.

—¿Y?

Soplé el café para que se enfriase un poco.

—Es una buena pregunta —le contesté.

—No irás a decirme que ha sido por el dinero. Te habrías podido llevar cincuenta

mil simplemente por darle la cinta. No sé cómo saldrá el reparto, pero desde luego no llegará a esa cantidad. ¿Por qué doblar el riego para obtener una recompensa menor?

—Porque el dinero no era lo que más me importaba.

—No, el dinero no te importaba en absoluto —me dijo—. ¿Cuándo te ha importado a ti el dinero? Jamás.

Bebió un trago.

—Te voy a contar un secreto. Tampoco a mí me importa lo más mínimo. Lo necesito todo el puto tiempo, pero la verdad es que me da igual.

—Ya lo sé.

—No querías venderles la cinta, ¿verdad?

—No —le dije—. Los quería muertos.

Él asintió.

—¿Sabes de quién me acordé la otra noche? Del viejo poli del que me hablaste, aquel irlandés que tenías como compañero cuando empezaste.

—Mahaffey.

—Sí, ese. Me acordé de Mahaffey.

—Ya sé por qué.

—Me acordé de lo que te dijo: «Nunca hagas nada si puedes encontrar a alguien que lo haga por ti»; ¿no fue eso lo que te dijo?

—Más o menos.

—Y yo me dije a mí mismo que no había nada de malo en ello. ¿Por qué no vamos a dejarles los asesinatos a los chicos de los delantales ensangrentados? Pero entonces dijiste que querías más pasta que la que cobra un intermediario, y por un momento pensé que me había equivocado contigo.

—Lo sé. Y te molestó.

—Pues sí, porque me negaba a verte como un tipo con semejante sed de dinero. Aquello significaba que no eras el hombre que yo pensaba que eras, y me fastidió mucho. Pero enseguida me volvió a quedar todo claro. Dijiste que querías tu parte, y que querías ir allí con la pistola.

—Sí.

—¿Por qué?

—Me pareció más fácil así. Iban a estar esperándome, e iban a dejarme pasar.

—Esa no es la razón.

—No, en realidad no lo es. Supongo que decidí que Mahaffey se equivocaba, o que su consejo no podía aplicarse a este caso en concreto. No me parecía bien eso de dejarles el trabajo sucio a otros. Si yo les había sentenciado a muerte, lo menos que podía hacer era estar presente cuando les ejecutasen.

Bebió e hizo un gesto con la cara.

—Te voy a decir algo —me aclaró—. El güisqui que sirvo yo en mi bar es bastante mejor que este.

—No te lo bebas si no te parece bueno.

Volvió a probarlo para asegurarse.

—Yo no diría que es malo —me dijo—. Ya sabes, con la cerveza o con el vino no me importa mucho, pero ya he tomado mi buena ración de ambos; y he tomado cervezas con tan poco cuerpo como el agua y vinos que ya estaban avinagrados. Y también me he llevado a la boca carne y huevos pasados, y comida mal preparada y echada a perder. Pero en toda mi vida no creo que haya tomado un solo vaso de güisqui de mala calidad.

—No —le dije—. Yo tampoco.

—¿Cómo te encuentras, Matt?

—¿Que cómo me encuentro? Pues no lo sé. Soy un alcohólico, nunca sé cómo me encuentro.

—Ah.

—Pero lo que sí sé es que estoy sobrio. Así es como me encuentro, sobrio.

—Te creo, muchacho.

Se me quedó mirando por encima del vaso, y luego añadió:

—Seguro que se merecían morir.

—¿De verdad lo crees?

—Si había alguien en este mundo que mereciera la muerte, eran ellos.

—Supongo que todos merecemos morir —le dije—. Probablemente por eso nadie sale vivo de este mundo. No sé dónde me coloca a mí esto de decidir quién merece morir y quién no. Hemos dejado cuatro cadáveres detrás de nosotros, y a dos de ellos ni siquiera los conocía; ¿ellos también merecerían morir?

—Llevaban pistolas en las manos. Y nadie les había dado vela en ese entierro.

—Pero ¿se lo merecían? Si a todos nos dieran lo que merecemos...

—Oh, Dios no lo quiera —dijo él—. Matt, tengo que preguntarte una cosa. ¿Por qué le disparaste a la mujer?

—Alguien tenía que hacerlo.

—Pero no tenías por qué haber sido tú.

—No.

Me tomé unos segundos para pensarlo, y luego añadí:

—No estoy seguro. Solo se me ocurre una cosa.

—Pues dímelas.

—Bueno, no sé —le dije—, es probable que también yo quisiera mancharme el delantal de sangre.

El domingo cené con Jim Faber. Le conté toda la historia desde el principio, y aquella noche no fuimos a la reunión. Seguíamos en el restaurante chino cuando nuestros compañeros debían de estar ya rezando el padrenuestro.

—Menuda historia —me dijo—. Y supongo que podríamos decir que tuvo un final feliz, porque no bebiste y no vas a ir a la cárcel, ¿o sí?

—No.

—Debe de producir una sensación fascinante jugar a ser juez y jurado, decidir quién debe vivir y quién he de morir. Debe de ser como jugar a ser Dios, supongo.

—Supongo que sí.

—¿Crees que te vas a acostumbrar a esto?

Negué con la cabeza.

—No creo que vuelva a hacerlo nunca. Pero tampoco creía que fuera a hacerlo esta vez. He hecho cosas poco ortodoxas a lo largo de los años, tanto cuando trabajaba en la policía como después. He amañado pruebas, he distorsionado situaciones...

—Pero esto ha sido algo un tanto diferente.

—Ha sido totalmente diferente. Mira, vi la cinta en verano y jamás conseguí quitármela del todo de la mente. Y después me encuentro con ese hijo de puta por pura casualidad, lo reconozco por un gesto, por la manera en que acaricia el pelo de un crío y se lo aparta de la cara. Probablemente fuera algo que su padre le hacía a él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tuvo que haber algo que lo convirtiera en el monstruo que era. Tal vez su padre abusase de él, tal vez lo violasen de niño. Así es como funcionan estas cosas. Y no habría sido tan difícil comprender a Stettner, compadecerse de él.

—Ya me di cuenta cuando me estuviste hablando de él. En ningún momento he tenido la impresión de que lo odiases.

—¿Y por qué iba a odiarlo? La verdad es que era un hombre encantador. Tenía buenos modales, era ingenioso y tenía sentido del humor. Si nos ponemos a dividir el mundo en buena y mala gente, desde luego este era de los malos. Pero yo no estoy seguro de poder hacer tal división. Antes sí podía, pero cada vez me cuesta más.

Me incliné hacia delante.

—Iban a seguir matando —dije—. Asesinaban por placer, lo hacían como quien practica un deporte. Les gustaba. No puedo entenderlo, pero también hay mucha gente que no entiende cómo puedo disfrutar yo de un combate de boxeo. Tal vez lo que le gusta y no le gusta a la gente también sea un asunto que escapa a la razón.

—Pero el problema es que estaban asesinando impunemente. Y yo entré en su caso, tuve suerte y me enteré de lo que estaban haciendo, cómo y a quién se lo hacían, pero legalmente tenía las manos atadas. No había acusación ni posibilidad de arrestarlos ni de imputarles cargo alguno; ni siquiera se les podía investigar. Uno de los mejores polis que conozco encontró el caso tan frustrante que bebió hasta perder el sentido. Y yo no estaba preparado para seguir sus pasos.

—Bueno —me dijo—, eso lo hiciste bien. Y entonces decidiste que no estabas dispuesto a que fuese el universo quien se ocupase del asunto. Dios está de mierda hasta el cuello, te dijiste a ti mismo, y aquí estoy yo para ayudarlo.

—¿Dios? —le dije.

—Bueno, como quieras llamarlo. El Poder Superior, la fuerza creadora del

universo, la Gran Incógnita. ¿No era así como le llamaba Rabelais? La Gran Incógnita. No creías que la Gran Incógnita fuese a enfrentarse a una tarea como esta, así que ahí estabas tú para ocuparte de ella.

—No —le dije—. No fue así.

—Pues dime cómo fue.

—Pensé que podía dejar las cosas tal cual, que podía dejarlo pasar, y que todo se solucionaría como tuviese que solucionarse. Porque eso es lo que ocurre siempre. Sabía eso cuando aún creía en la Gran Incógnita, y todavía lo sé hoy en día cuando mi Poder Superior se ha transformado en algo así como el Gran «¿Y si no?». Y hay algo de lo que estoy seguro; haya o no un Dios, desde luego no soy yo.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Simplemente porque los quería muertos —contesté—. Y porque quería ser el hijo de puta que les matase. Y no, no voy a volver a hacerlo.

—Pero cogiste el dinero.

—Sí.

—¿Treinta y cinco, me dijiste?

—Sí, Mick nos dio treinta y cinco a cada uno, aunque su parte debió de ascender a un cuarto de millón, por lo menos; pero claro, contando con el montón de moneda extranjera que cogió de la caja fuerte. No sé cómo va a ponerla en circulación.

—El que parte y reparte...

—Exacto.

—¿Y qué vas a hacer con lo tuyo?

—No lo sé. De momento está en mi caja fuerte, con la cinta por la que empezó todo. Probablemente dé el diez por ciento a Testament House. Me pareció la institución más lógica a la que donarlo.

—Podrías donárselo todo.

—Claro que podría —asentí—, pero creo que no lo voy a hacer. Creo que voy a quedarme con el resto. ¿Por qué demonios no iba a hacerlo? Mi trabajo me ha costado.

—Me temo que sí.

—Y además no me vendrá mal tener un poco de pasta ahorrada por si me caso con Elaine.

—¿Pero es que vais a casaros?

—¿Y cómo demonios voy a saberlo?

—Oh, oh... ¿Y por qué fuiste a misa?

—Ya había ido antes con Ballou. Supongo que se podría decir que fui para estrechar nuestros lazos. Lo único que sé es que parece formar parte ocasional de nuestra amistad.

—¿Y por qué comulgaste?

—Eso sí que no lo sé.

—Pero debes de tener alguna idea.

—No —le dije—, de verdad que no. Hay montones de cosas que hago sin saber por qué diantres las hago. Si te digo la verdad, la mitad del tiempo ni siquiera sé por qué me mantengo sobrio. Y cuando bebía todo el tiempo tampoco sabía por qué lo hacía.

—Bueno, ¿y qué va a pasar ahora?

—Mantente a la escucha —le dije—. No cambies de canal.

# Notas



[1] Sobrio: término que se utiliza en Alcohólicos Anónimos para referirse a aquellos de sus miembros que han logrado dejar de beber. <<

[2] Gipsy Rose Lee: Actriz norteamericana considerada la pionera del *striptease*. <<